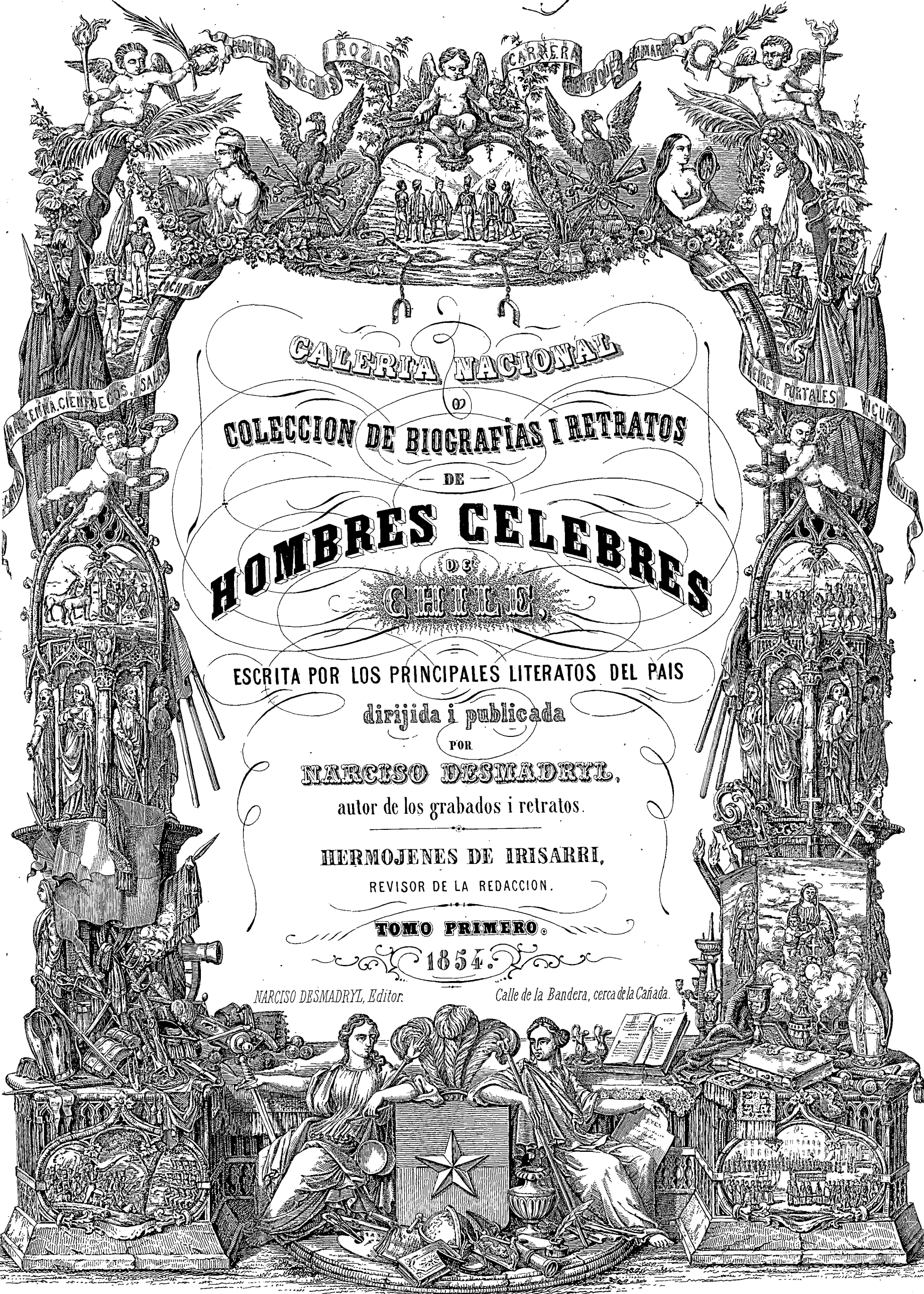


Carlas & Ullery



GALERIA NACIONAL
COLECCION DE BIOGRAFIAS I RETRATOS
DE
HOMBRES CELEBRES
DE
CHILE

ESCRITA POR LOS PRINCIPALES LITERATOS DEL PAIS

dirijida i publicada

POR

NARCISO DESMADRYL,
autor de los grabados i retratos.

HERMOJENES DE IRISARRI,
REVISOR DE LA REDACCION.

TOMO PRIMERO.
1854.

NARCISO DESMADRYL, Editor.

Calle de la Bandera, cerca de la Cañada.





A estension de territorio que hoi comprende bajo sus límites la república de Chile, formâba no hace muchos años uno de los apartados rincones del inmenso hemisferio que regaló a los reyes católicos el jenio de Colon.

Conquistóse el suelo de Chile como se habia conquistado el resto de la América española. Si la doblez y el engaño entraron por mucha parte en lo que le cabia de esfuerzo y de constancia a la raza que se derramó en el nuevo mundo, no fué ménos astuta y sagaz, no fué ménos apta para la guerra, ni ménos certera en la eleccion de los lugares donde fundaba sus establecimientos, la que con don Pedro de Valdivia a su cabeza, debia engastar la perla de Chile en la enjoyada corona del poderoso emperador don Carlos V de Austria.

Pero no fué para los conquistadores una obra de poco momento, no les fué tan fácil posesionarse de estas espléndidas y ricas comarcas. Hallaron el suelo mas férax y fecundo, el cielo mas clemente y benigno; pero topáronse con los naturales mas guerreros e indomables que hasta entónces les hubiera descubierto su aventurada carrera de exploradores. La historia de esta conquista es la mas interesante de cuantas hizo la raza española en el

nuevo mundo : está sembrada de peripeccias inesperadas, de esperanzas frustradas, de hechos heroicos por una y otra parte, de combates sangrientos, de incendios y devastaciones, que revelan hasta donde llevaban los naturales su ardoroso amor a la libertad, y hasta qué punto alcanzaba el leson de los invasores.

En los ímpetus de la primera acometida se llevó la conquista hasta tal estremidad donde no pudieron mantenerla, ni los planes mejor combinados ni el arrojo de los jefes mas valientes, ni la superioridad que sus armas y su disciplina les daban sobre los naturales. Estos, despues de sangrientas batallas, empeñados en una lucha de siglos, que a tanto alcanzaba su porfiado empeño de ser libres, logran al fin rescatar una gran parte y la mas bella de su perdido territorio, y fijan para siempre los límites que habian de separarlos del resto de las poblaciones que los conquistadores habian fundado en el suelo de Chile.

Cuando el filósofo recorre las memorables páginas de la historia de esta lucha sangrienta, siente arder en su pecho el jeneroso ardor del amor patrio llevado hasta su última espresion. Contemplando a un pueblo pobre y desnudo, ignorante y casi indefenso, llegar a las manos con la nacion mas belicosa de la Europa, y por último, contenerla, hasta el extremo de hacer que la respete y mire como igual, el corazon rebosa en entusiasmo, se arranca del pecho un viva prolongado, sincero y estrepitoso, que anuncia a los que lo escuchan cuan profundas son las raices que ha echado en el alma humana el amor a la independencia y a la libertad.

Tal fué la tierra, tales fueron los hombres con quienes tuvieron que habérselas los españoles. Escusado será que me detenga en describir como sucedió que a mediados de la tercera centuria, apenas se bastaba la colonia a sus necesidades y que los pobladores, amagados continuamente por los indios independientes, no tenian dias ni momentos seguros. Añádase a esto tambien, que los jefes peninsulares que mandaban la colonia, tenian un interes privado en que la guerra con los indijenias se prolongase, hágase atencion a la inmensa distancia que nos separaba de la metrópoli, y piénsese por un momento en la lejislacion especial que se habia fabricado para las Américas, y se vendrá fácilmente en conocimiento del estado de ignorancia y de abatimiento en que debia encontrarse nuestro Chile, al tiempo en que debia amanecerle una aurora risueña de libertad, precursora de la prosperidad futura de estas apartadas rejiones.

Los hechos son estos. El estudio de nuestra historia colonial a cada instante nos enseña en cada una de sus severas páginas, cuantos fueron los desaciertos que se cometieron al principiarse la colonización y con qué tison se llevó a su término el despotismo mas absoluto, el sistema de exclusivismo mas contrario a los intereses coloniales y, de rechazo, mas perjudicial a los verdaderos y eternos de la metrópoli. No pretendo hacer cargos injustos, no intento juzgar a los hombres de los siglos pasados, por las ideas

de hoy. Conozco la diferencia que existe entre las nociones que aquellos tenían de la cosa pública y las que ahora dominan en las naciones civilizadas. Principios incontrovertibles entonces, son hoy mirados como absurdos. A aquellos hombres es necesario juzgarlos con las luces de su siglo, con sus preocupaciones mismas, con sus usos, sus costumbres y sus leyes.

Pero me será permitido, por lo mismo, tomar en aquellos hombres y en aquel siglo los antecedentes de nuestra constitucion política y social, para ver hasta que punto aquellas ideas pudieron influir en el desarrollo de nuestra revolucion.

El descubrimiento de la América acaece cuando la monarquía española toca al apogeo de su grandeza. Ninguna entre todas las naciones europeas mas temida y poderosa que ella, ninguna mas apta para los grandes destinos a que sin duda la reservaba la Providencia en la grande escena del universo. Tocaba a su término la porfiada lucha con los moros que hubiera gastado otras naturalezas que no fueran las de los indomables antiguos celtíberos; y ábrese de repente a sus miradas un nuevo teatro en donde ya a esparcirse y derramarse esa fuerza de voluntad y de poder que no halla ya en su propio suelo quien pueda contrarestar el impetuoso arranque. Allá, a la América corren esos caballeros que ansiosos de escribir su nombre en el libro de los héroes, ven un vasto campo donde sembrar hazañas para cosechar inmensa copia de laureles. Con ellos, allá van tambien los mismos soldados que habían clavado sobre los muros de Granada el estandarte de la cruz. Con ellos su celo, su fé, su jenio, su carácter, sus costumbres, sus tradiciones. No hacen mas que llegar y vencer. Por todas partes se les rinden los inocentes americanos, y bien a poca costa de los invasores, dominan y maniatan a las indefensas tribus. Poderosos imperios se derrumban, ábrenseles los templos venerandos y colocan la imájen del Salvador en las mismas aras en que el dia anterior se veneraba a los dioses de la idolatría.

Pero esos atrevidos navegantes, esos indomables guerreros ¿sufrieron tales trabajos para ellos solos? ¿pelearon, conquistaron y murieron por hacerse ellos los dueños y señores de cuanto descubrian y ganaban? No, que por mas que fuese hecha la conquista con sus bajeles, con sus caballos, sus armas, sus peones y todo a espensas propias, lo ganaban para un monarca que a menudo no hacia por ellos mas que recompensar con injusticias y desprecios las ofrendas de nuevos paises y reinos que humildes y jenerosos colocaban a sus pies.

Para un español de entonces, hubiera sido un sacrilejio pensar siquiera de otra manera. El monarca era todo para él: al monarca se le pedia humildemente la gracia de que se dignase aceptar el cetro de una nueva monarquía. ¡Felices si alcanzaban a obtener de su munificencia que les diese algun título, los confirmase en alguna gubernatura, y era ya mucho desear, mucho obtener, si se lograba la provision de un vireinato en la persona de algun conquistador!

Dependiendo todo de la metrópoli, era preciso que la accion de los mandatarios de la colonia fuese casi nula, y la España como ántes hemos dicho, tocaba al apogeo de su grandeza, término culminante de su poder y principio de su decadencia. Por lo ménos tal debe entenderse en cuanto a las garantías individuales y a las libertades españolas.

Pasa el luminoso reinado de Fernando e Isábel, y ya al descubrirse y poblarse Chile en el del nieto de aquellos monarcas, principian a sufrir las libertades españolas los rudos ataques de la omnímota potestad real que no sufre diques ni vallas que la contengan. Villalar comienza el drama de esa lucha que habia de ser tan fatal a las instituciones populares de la península, que hubo de seguirse representando mas tarde en Aragon y que, por último, debia tener su desenlace en nuestros dias. La gran confederacion española era monarquía absoluta, despótica. Los pueblos no se hallaron con fuerzas para disputarle el paso a la invasion, y sufrieron el yugo que les impuso la corona.

Bajo de tales auspicios se comienza a poblar este pais. Fácil es ver que no podiamos esperar que fuésemos mejor tratados que lo eran los habitantes de la metrópoli, y que las leyes que se nos darian, debian ser, si posible fuera, las mas duras y estrechas que pudiesen imaginarse. Así está el código de indias y las reales cédulas, famoso monumento de las ideas políticas y económicas de los siglos que nos precedieron. Por él se viene a conocer que la España estuvo persuadida de que la riqueza americana consistia en las minas, y que esta idea la dominó por trescientos años. Para la explotacion de los metales preciosos, se hicieron inmediatamente ordenanzas protectoras: para el comercio, la industria, la agricultura, las prohibiciones mas absurdas. Creyó que su poder caducaria cuando el oro americano le faltase; cuidó de desentrañarlo de la tierra, poblando su centro de víctimas humanas, y no vió que esos brazos le hacian mucha falta para mas grandiosas empresas, para obras mas humanas, mas fértiles en resultados eternos de ventura y prosperidad. No cuidó, pues, de lo que deberia cuidar: del cultivo de la intelijencia de los mismos hijos suyos, puesto que en las venas de los colonos circulaba la sangre de los españoles.

El sistema de aislamiento debia ser el primer sustentáculo del sistema político. De aquí brotan, como consecuencias naturales todas las demas ramas del árbol de la política prohibitiva. Por eso las prescripciones de las leyes que declaran cerrados los puertos de América a todo libro que pueda influir en la ilustracion de los naturales, con mas la circunstancia de prohibir en la América aquellos libros de devocion que no estaban prohibidos en la península. Era preciso que el monopolio llegase a su última espresion; «y quedó monopolizado en beneficio del monasterio de San Lorenzo, el consumo de las oraciones a Dios.»

Ya se deja ver que el establecimiento de imprentas en las colonias, era prohibido tambien. Chile no obtuvo jamas el permiso de plantear una, ni

llegó a ver establecidas de un modo permanente escuelas de matemáticas ni de derecho público.

El sistema restrictivo sigue siempre en una pendiente rápida; y las prohibiciones contra los plantíos de viñas, olivares y almendrales que se encuentran en el código de indias, debían necesariamente acarrear los impedimentos que se opusieron al comercio de estos artículos, cuando se vió que era imposible destruir los plantíos de Chile y el Perú. El gobierno español prohibía el comercio de vinos, porque hacia daño a los indios y mandaba que los licores que se decomisasen fuesen vendidos por cuenta de S. M., « como si el vino, observa un escritor contemporáneo, mejorase de calidad en el momento que pasaba a ser propiedad real. »

Una lijera ojeada a la historia basta para hacer conocer a cualquiera las causas que han influido en el atraso intelectual, material y comercial de la colonia. Supuestos los antecedentes veamos las consecuencias. En la lejanía inmensa de la metrópoli que todo lo concentra y lo absorbe, con mandatarios impotentes para hacer el bien sino a medias, con obscuridad y servilismo por de dentro, tirantez por de fuera; la indijencia y la ignorancia debían ser la herencia de los habitantes de Chile. Esta fértil y rica rejion era preciso que fuese un pais que figuraba en el mapa; pero un pais del que no se tenia en el mundo noticia mas exacta que la que él en jeneral podia haber adquirido de las demas naciones de la tierra.

Por tanto, no debe estrañarse que nuestros historiadores hallen al comenzarse la lucha de nuestra independendencia, a principios del siglo en que vivimos, tan decaida la industria, tan escasa la poblacion del pais y tan falta de cultura intelectual. Vejetaba mas bien que vivia, y en este estado de atonia que no dejaba presajiar mejores dias al cuerpo enfermo de la nacion, ni por su propia virtud ni por la incuria de los que deberian atenderlo, sonó la hora en que debía sacudirse y dar una señal de vitalidad y de fuerza.

Hacia algunos años que el viejo mundo se encontraba ajitado, y el siglo moderno se inauguraba con estrépito. Las antiguas monarquías se sacudían hasta sus cimientos. La revolucion habia llamado a la lid a todas las poderosas naciones del continente europeo, y, despues de borrar algunas del mapa, creando nuevas nacionalidades y nuevos principios, rompe de repente con su pasado de siglos, con sus ideas rejeneradoras y liberales de mas reciente fecha, y establece un poderoso imperio absoluto en la misma capital del orbe revolucionario.

Allá fueron a arrodillarse los que obtaban a la soberanía de los pueblos. Papas, emperadores, reyes, se creían favorecidos con que el coloso de la Francia se dignara echarles una benévola mirada, y el gran distribuidor de cetros se paseaba en salones donde se ostentaban como cortejos testas coronadas. Habia adquirido ya el batallador la fama de invencible. Napoleon habia paseado sus falanjes victoriosas del uno al otro extremo de la Europa :

sabia lo que valia su prestigio, sabia lo que importaba su nombre. Poco le quedaba que hacer para realizar el sueño de Alejandro al que ceñia la diadema de César, «al guerrero que supo formarse a pura pérdida para los pueblos un grande imperio sobre el llanto y la turbacion de cien millones de habitantes a quienes tocó con su cetro;» la monarquía universal no debia, por esta vez, ser un fantasma: debia convertirse en una realidad: él mismo nos lo dice. «¡Quedaba tan poco qué hacer!»

La España era ese poco que debia pesar por mucho en los destinos del continente; y esa pobre España, su mas íntima aliada, habia de ofrecerle pronto la ocasion que apetecia. No le valieron sus buenos y oficiosos servicios, no le valió haber derramado su sangre en defensa del prodigio del siglo y de su ambicion de conquistas. Los mismos reyes de la nacion que espiaba le habian de arrojar otra corona que deberia alzar para colocarla en las sienes de otro individuo de su imperial familia.

Vienen las escenas de Aranjuez y del Escorial a poner de manifiesto el desacuerdo que reina en el gabinete de Madrid. Buscan a Bonaparte como mediador del rei y el príncipe; y quien debia reanudar las relaciones entre los miembros de la rejia familia española, hace de manera que, de buena voluntad al parecer, le cedan la corona disputada.

Pero el pueblo español se espanta de tamaña felonía, disculpa a sus reyes, vuelve sobre los juglares de Bayona sus furibundas miradas, y, a los escamotadores de su soberanía, les responde con el grito de guerra mas terrible que habian escuchado las lejiones del invencible guerrero. Era la nacion en masa que se levantaba para conservar en la frente de sus reyes la deslustrada corona de la nacion. Era el pueblo que protestaba contra los propios y los estraños soberanos, y que a fuer de leal y de valiente desafiaba al coloso continental.

Si no existió entónces el gobierno de la monarquía española, el gobierno de la nacion estaba en todas partes: donde quiera que habia españoles allí estaba el gobierno; porque por todas partes se hacian juntas a quienes animaba un solo objeto, que tenian un solo pensamiento, la defensa nacional. Estas juntas empuñan el baston de mando; y, a su ejemplo, otras y otras adonde no llega la accion de las primeras, secundan la misma idea.

La América escucha la señal de alarma. Como la metrópoli se conmueve de un cabo a otro del hemisferio. Por todas partes brilla el entusiasmo. Sucédense a las juntas de Sevilla y de Cadiz las de América, y entre ellas las de Buenos Aires y Chile. El ejemplo habia sido contagioso. Pero los mandatarios peninsulares, existentes entónces en América, comprendieron toda la importancia del movimiento, y trataron de oponer a la corriente el débil dique de una autoridad que yacia desprestijiada en su orijen. Si habia sido funesta para la España la abdicacion del soberano y la humillacion del heredero, no lo fueron ménos para la conservacion de sus dominios de América, los cuales a la sombra de las juntas de la península hicieron las

suyas, despreciando en los vireyes y capitanes jenerales una autoridad que se hallaba desvirtuada; desde que el soberano mismo habia renunciado a ella. De aquí, pues, data el primer período de nuestra revolucion en nombre de Fernando VII.

No fué sincera, es verdad, se enmascaró con el antifaz de la fidelidad; pero ¿quiénes fueron los que padecieron el engaño? No lo fueron la mayor parte de los que encabezaron el movimiento, no lo fueron los vireyes del coloniaje que desde Lima nos hicieron tan cruda guerra, no lo fueron tampoco, las numerosas familias chilenas adictas al sistema español. ¿Para qué, pues, se cubrió con aquel disfraz? Curioso es observar, cómo por todas partes se procedió de la misma manera. Las primeras juntas obraron siempre en América del mismo modo. Consultando la tradicion de aquellos sucesos, se viene en conocimiento de las causas que los motivaron. No convenia, dicen, arrojar a la faz de un pueblo desapercibido, ideas que no se hallaba en estado de comprender: era necesario educarlo primeramente, hacerle consentir que podia gobernarse por sí solo, que no era un niño ya y que debia arrojar los andadores. Para esto ¿cuál mejor ocasion? Los vireyes del Perú estaban en el caso de hacer esfuerzos inauditos para ahogar el movimiento, debian tratar de sofocar en Chile toda idea de independencia. Era entónces el momento de que los patriotas les saliesen al encuentro, les negasen la autoridad que sobre este pais pretendian arrogarse, y les declarasen que tanto podian ser ellos los representantes de la autoridad metropolitana como los que con tanta arrogancia así se titulaban. Y luego ¿dónde estaba el monarca a quien ámbos invocaban? En una prision; desprestijiado, solo y humillado hasta el extremo de rebajarse a solicitar la mano de una Bonaparte que jamas se le quiso conceder. ¿De qué autoridad podian ser lejitimos representantes los delegados de un rei que habia abdicado su corona, y de un príncipe que se envilecia hasta el punto de celebrar las victorias que Napoleon conseguia sobre sus propios súbditos españoles?

Era, pues, la ocasion propicia, debia aceptarse la guerra: con ella vendrian los desastres que la acompañan; pero con ella se crearian soldados, con ella los jenerales y con ella, al fin, se daria principio al ejercicio del mando y se formarían los hombres de estado que mas tarde deberian reconstruir el edificio político y social. Con ella tambien el pueblo aprenderia a ejercer los derechos del ciudadano y del hombre libre, y una vez dado el primer impulso, nada habria mas fácil que proclamar mas tarde una independencia absoluta que declarada por de pronto, se veria en peligro quizás de ser rechazada.

Como primeros instrumentos la propaganda oral desempeña su activo papel, y la tribuna de la prensa llena el suyo con atinado celo: numerosos emisarios se esparcen por las provincias y, so capa de fidelidad y de circunstancias excepcionales, los escritos mas astutos se siembran por todas

partes y difunden en el pueblo las ideas mas atrevidas. Como halagüeñas, prenden en su alma, de donde mas tarde no será posible arrancarlas sino con la vida.

Tal es el carácter de los primeros acontecimientos del año de 1810, creada la primera junta gubernativa, y tales son las ideas dominantes de toda la primera época en nuestra guerra con las que mas tarde debian invadirnos. Hai bajo este aspecto una unidad marcada y decidida en los diversos acontecimientos que componen y llenan nuestra primera época desde 1810 hasta 1814, año en que el pais sucumbió, mas que al influjo de los ejércitos enemigos, a las discordias intestinas que lo devoraron. Pero es menester hacer de paso una observacion. Quien quiera que fuese el jefe que se hallaba a la cabeza de la nacion, no cometió nunca la indiscrecion de desaprobar lo obrado por el que acababa de dejar el mando. El pensamiento revolucionario siguió siempre los mismos pasos, bajo la misma máscara, proclamándose solamente independiente de las pretensiones de los vireyes, y haciendo servir esta idea para arrojar despues otra mas atrevida y que debia deslindar la cuestion con un solo golpe. La primera junta, comprendiendo la situacion marca y deslinda la senda por donde deben caminar todas las que se le siguieron, hasta la ereccion del directorio que a su vez es reemplazado por otra junta que sigue el mismo camino que las anteriores y el mismo rumbo del directorio. Y tan evidente es lo que acabo de decir, que en varios documentos públicos se registra del modo mas terminantemente comprobado, que la última junta compuesta de don José Miguel Carrera, don M. Muñoz Urzúa y don Julian Uribe, reclama del jeneral español don Mariano Ossorio el cumplimiento de las estipulaciones celebradas por el director don Francisco de la Lastra en el campo de Lircai.

Esto por lo que tocaba a la cuestion mirada puramente bajo el aspecto de la manera como debia considerarse al invasor y el modo como aconsejaba la prudencia tratar al enemigo. No es ahora del caso averiguar si fué o no bien meditada esta conducta; pero bastará hacer presente que la idea no nos perteneció esclusivamente, que fué la misma de todos los pueblos que nos precedieron en la carrera de nuestra revolucion, y que en todos ellos, así como en Chile, produjo idénticos resultados---la independenciam que se anhelaba. Y esto bastará para su descargo contra los que quisieran increparla mas allá de lo que permite la estricta justicia.

No dominó, es verdad, el mismo espíritu de union en el centro revolucionario: no se estuvo de acuerdo siempre y en todas ocasiones en cuanto a las personas que debian encontrarse a la cabeza del movimiento, al frente de los negocios y encargados del mando de los ejércitos; y esta fué la causa principal de nuestros desaciertos y de nuestras catástrofes. El astuto enemigo, que mas unido que nosotros nos acechaba, halla las ocasiones mas propicias para aumentar sus fuerzas, aprovechándose del tiempo que nos-

otros perdiamos en cuestiones de poco momento. Principióse la campaña con todas las ventajas en nuestro favor, y acabamos por ser derrotados en una de las batallas mas sangrientas que se anotan en nuestros anales. Por eso diremos que es preciso hacer justicia a quien de derecho le compete: tuvimos que habérmolas con hombres decididos, intrépidos y emprendedores, con militares avezados a pelear, con hombres que aprendieron en buena escuela a organizar ejércitos y a mandar batallas: por mucho que el espíritu de las publicaciones de aquellas épocas rebaje su mérito, es menester no cerrar los ojos a la luz que arrojan de sí los resultados: esos hombres no fueron hombres comunes: tuvieron en mayor grado que nosotros la prevision necesaria para aprovecharse de nuestros desaciertos y de nuestra impericia, allanándonos nosotros mismos el camino que los habia de conducir al fin que se proponian.

Verdad es que los héroes que por nosotros combatian, dieron las pruebas mas inequívocas de valentía y de arrojo; es cierto que en mas de un encuentro, en mas de una batalla conseguimos el laurel de la victoria; testigos los campos de Yerbas Buenas, el Roble, Quilo, Membrillar, Maule, Quechereguas y cien otros; pero tambien es cierto que tantos triunfos parciales no fueron los que decidieron de la suerte de Chile, aunque presajiaron el esplendor de los que posteriormente debian fijarla. Y aunque el humo del cañon de Rancagua empañó el brillo de la estrella de nuestra independencia, el sangriento polvo de las calles de aquel pueblo heroico honró la frente de sus ínclitos defensores, tanto como hubiera podido hacerlo la misma corona del triunfo. Aquellos hombres pudieron exclamar con tanta justicia como Francisco I de Francia: *Todo se ha perdido, ménos el honor.*

La historia de nuestra independencia no es propiamente hablando más que la historia de nuestras batallas. Poco, mui poco se hizo en los primeros tiempos por echar las bases del sistema político de libertad que mas tarde hubo de plantearse. Las ideas, sin embargo, habian producido su efecto: la revolucion francesa que las puso en voga, golpeó con ellas fuertemente a la cerrada puerta de la América, la cual no hallándose abierta de par en par, pudo darles paso por sus resquicios. Una vez inoculadas aquellas ideas debian producir los resultados que eran consiguientes. Ya habia visto Chile que no era tan difícil como se le pintara el ejercicio del mando. Aunque por poco tiempo, por un reducido número de años; pero ya se habia acostumbrado a gobernarse por sí mismo, y la idea de una emancipacion absoluta y sin disfraz era mas jeneral y mejor admitida que lo hubiera sido al principio, al comenzarse la segunda época de la guerra. La prensa habia difundido los principios de independencia por mas de tres años consecutivos; ya no asustaban y se oian en boca de personas que en el año de diez ni siquiera hubieran soñado en ellos. El campo habia sido preparado, la tierra estaba bien cultivada, se habia botado la semilla y esta habia pren-

dido ; por todas partes se notaba que el grano fructificaba : al segundo riego precisamente habia de madurar y hacerse la cosecha.

Pero ¿cómo? El pais habia caído en poder del enemigo por consecuencia de la pérdida de Rancagua. Los mas ardorosos patriotas se hallaban en la emigracion ; otros ocultos, huyendo de las persecuciones del enemigo. ¿Cómo alimentar una esperanza? Era que los emigrados trabajaban asiduamente por volver a traer la libertad a su pais, y era que los que se habian quedado los ayudaban como podian, desde sus escondites, y por sobre toda la vijilancia de los dominadores.

Aun no hacia tres años que el poder español se hallaba establecido, y un dia se nota una estraña conmocion en la ciudad. Se aprestan tropas, caballos, cañones, corren, entran, salen, se reparten órdenes, contraórdenes ; en un momento todo se pone en movimiento. ¿Qué sucede? se preguntan. Nadie sabe responder definitivamente. Pero los que ménos saben lo que sucede son los que deberian saberlo. El gobierno de Chile no sabe cómo ; pero sí sabe que tiene a la vista un respetable ejército que combatir ; y sabe mas, sabe que es preciso vencerlo, destruirlo, ántes que llegue a llamar a las puertas de Santiago ; y todo esto es menester que se haga en ménos de cuatro dias ; porque si no aquel ejército habrá tomado posesion de la capital, sin que nadie haya podido estorbarlo. ¿Hasta ese punto pudieron descuidarse las autoridades españolas? No ; responderemos : hasta ese punto pudo, si, alcanzar la astucia del jefe ilustré que mandaba el ejército expedicionario con que ayudaba a los patriotas de Chile la nacion argentina. San-Martin pudo pasar las mas altas cordilleras del mundo, y las mas difíciles de transitar para hombres solos, con un numeroso ejército, con trenes de artillería y todo cuanto es indispensable en provisiones y pertrechos de guerra, sin que el contrario supiese jamas a punto fijo por dónde debia ser atacado, ni el número de fuerzas que lo amenazaban hasta que las tuvo a la vista. San-Martin pudo decir con orgullo : *en veinticuatro dias hice la campaña, pasé las cordilleras mas elevadas del globo, concluí con los tiranos y dí la libertad a Chile.*

Tan decisiva se presentó por lo pronto la victoria de Chacabuco : nadie dudó del éxito de las armas independientes : un año despues, el dia 12 de febrero de 1818, se publicó a la faz de las naciones de la tierra la acta solemne de nuestra emancipacion política. La metrópoli no quiso reconocernos el derecho en nuestra *razon* ; pero tuvo que sufrirlo por la *fuerza*. No desmayó, no desamparó sus pretensiones tampoco, siguió haciéndonos la guerra y tuvimos que afrontar nuevas expediciones ; todavía nuevos combates, nueva sangre que derramar.

La estrella de Chile vuelve a querer empañarse en el campo de Lircái ; pero para brillar con mas radiante esplendor, pasados pocos dias, en las llanuras de Maipo, donde casi todos los enemigos fueron o muertos o prisioneros. Desde entónces una inmarcesible aureola de gloria ilustra a nues-

tro tricolor. Parecia que nadie podría afrontarlo, y sin embargo, un simple sarjento, un hombre que mas de una vez habia burlado a la tumba, halla como formarse un ejército respetable que oponer en nombre del rei a las falanjes independientes: él tambien habia sido en otra época contado entre el número de los que pertenecieron a estas últimas. Pues bien, este hombre extraordinario, este ser incomprendible, mezcla confusa de cuanto tiene de bueno y de malo el corazon humano, ese Benavides de inmortal memoria, ese hombre que llevó su abnegacion a la causa de la metrópoli, hasta el extremo de afrontar el cadalso mas de una vez, ese hombre tuvo la gloria de poner al ejército de los libres en mas duro trance que lo pusieron los jenerales experimentados de la metrópoli. Pero tambien se afrontó con otro guerrero mas afortunado que él, y en las Vegas de Talcahuano se deshicieron sus dorados ensueños, para venir a expiar en un patíbulo el crimen de haber traicionado las banderas a las cuales en otro tiempo perteneciera.

Todavía no estaba todo concluido: era necesario completar la unidad nacional; pero esta no se alcanza hasta que, despues de multitud de triunfos mas o ménos importantes en mar y tierra, se gana la memorable batalla de Pudeto el 14 de enero de 1826. El último asilo de los realistas en Chile ve flamear el estandarte tricolor, y queda clavado para siempre en las poblaciones mas meridionales del territorio de la nacion.

Hasta aquí nuestros triunfos: habiamos tambien dominado el Pacífico. Se habia creado una escuadra bastante poderosa que al mando de un ilustre marino, Lord Cockrane, nos hizo enseñorearnos del mar desde el cabo de Hornos hasta Guayaquil. Dos expediciones importantes y numerosas llevaron su apoyo a nuestros hermanos del Perú. Los esfuerzos fueron inauditos; los resultados lisonjeros.

Pero el pais estaba ya muy agotado, el cansancio fatigaba ya a la nacion. No se estraee tanta sangre de un cuerpo sin que se sienta débil. Todo le faltaba, hombres y dinero: mas aun este último, nervio de la guerra, motor poderoso de la tranquilidad y de la prosperidad de los pueblos.

Este disgusto, este cansancio, provoca los conflictos. Los hombres son naturalmente inclinados en política a echar sobre los administradores de la cosa pública la culpa de las dolencias nacionales, sin reparar en nada. Creen que los mandatarios y nadie mas que estos deben darles lo que necesitan: no consultan a los tiempos, devoran las distancias, y con febril imaginacion piensan hallar en los cambios de instituciones políticas lo que solo puede darles el porvenir con su reposo, su constancia, su calma reparadora, que tanto se parece al primer sueño que gusta un enfermo desvelado que, amaneciendo ya restauradas sus fuerzas, vé que las cosas que lo rodean están teñidas con otros colores que la víspera. Y, sin embargo, el mismo sol les ha prestado su luz.

Tal fué el carácter de la época turbulenta de nuestras revoluciones intestinas. Nos apresuramos a darnos una constitucion en momentos bien

poco propósito para ello. A aquella se siguieron otra y otras hasta el número de quince entre reglamentos y constituciones: algunas de ellas ni siquiera llegaron a hallarse en vigor, apesar de que cada una fué saludada como la espresion mas completa del voto nacional, como la salvaguardia de las garantías individuales; mas a poco andar, eran subrogadas por otras que duraban poco mas o ménos tanto como la anterior y quizás ménos que las que le sucedian.

Entre tanto, el pais sucumbia: el peor de todos los males es el de la anarquía. Era preciso, indispensable, robustecer a la autoridad; poner un poder en sus manos que fuese realmente un poder y no una sombra de tal. Los ensayos hechos hasta el año de 1828 habian manifestado en la índole de los pueblos de Chile faltos de moral política, poco acostumbrados a la obediencia, desde que rompieron el yugo colonial, tendencias nada dispuestas a sufrir o a esperar los resultados de las combinaciones que se ensayaban. De aquí la necesidad imperiosa de la lei fundamental que nos rige. ¿Es ella adecuada a las necesidades nacionales? ¿Está exenta de defectos? ¿Ha conseguido hermanar el poder que se ambicionaba en el mando con las garantías del ciudadano, del hombre libre? ¿Será esta definitivamente la última de las transformaciones constitucionales por donde tengamos que pasar?

Cuestiones son las que he enumerado que yo no me atreveré a resolver. Pocas son, mui pocas, las naciones de la tierra que puedan gloriarse de haber encontrado la forma de gobierno que les conviene. El sistema republicano democrático, hasta ahora el único que parecia convenir a la América española, yace desacreditado en toda ella: puede decirse que, con escepcion de Chile, en ninguna parte quiere arraigarse. A nosotros mismos ¿cuánta sangre nos cuesta? Pero de esto ¿tiene acaso la culpa la idea republicana? Yo no lo creo, y pienso que cualesquiera otros sistemas hubieran quizás sido mas funestos. En favor del que se ha adoptado, aboga la simultaneidad con que ha sido planteado por todas y cada una de las diversas nacionalidades que fueron desprendiéndose de la corona española, al emanciparse las colonias; y esta unidad de pensamiento hace desde luego pensar, que es una de las ideas madres que no será posible combatir sin derramar a torrentes sangre americana. Será mas o ménos decididamente democrática; dominará en unas partes mas que en otras el elemento oligárquico; pero en ninguna asomará el aristocrático, porque este, por mas que se diga, no existe en la América española.

Hemos alcanzado tambien una época escepcional, vivimos en tiempos tan difíciles, dias tan trabajados, momentos en que abrumba la cabeza del pensador la multitud de sistemas que se debaten en la arena de los pueblos libres, que acaso no seria desacertado dejar que calmase la efervescencia de los ánimos y la exaltacion de las pasiones, si hubiésemos de retocar nuestras instituciones en algo de fundamental. Lo necesitan, sin duda;

cada dia que pasa deja nuevos elementos que contribuyen a hacer mas perentoria una reforma, y ha de llegar el instante en que sea necesarísimo poner la mano en ella. De otro modo no sabriamos esplicarnos el misterio que hubiera precedido a la formacion de un código concebido en momentos tan críticos, como lo fueron los que dieron oríjen al nuestro. El no tendrá, de seguro, una duracion eterna. Si los tiempos se acercan en que deba hacerse mas completa la obra de 1833; quiera el cielo prestar a los que acometan tarea tan delicada, toda la sabiduría que se necesita y que solo él puede dar.

Chile, entre tanto, ha hecho progresos inmensos. La emancipacion fué su aliento, su luz, su vida: el código fundamental que lo rije el paladion del órden, de la tranquilidad y el reposo que ha saboreado por mas de veinte años, no sin que de vez en cuando se hayan dejado de notar síntomas alarmantes de trastorno, no sin que se haya derramado sangre por mantenerlo ileso. Pero es verdad, que a su sombra se han realizado mejoras materiales de alta importancia: el comercio ha adquirido un desarrollo que no se hubiera pensado tan rápido y vivificante: la agricultura camina progresivamente a mas altos resultados: la minería, desde esas provincias que la Providencia asentó sobre bases de plata, derrama sobre las fértiles rejiones de la república el riego de los capitales productores; todas las industrias reciben cada dia nuevo incremento. Mucho falta aun; pero nos alienta la esperanza de que mucho todavía podremos obtener.

La tarea del presente la llenarán los contemporáneos; sus resultados nos lo dirá el porvenir. Nosotros nos ocuparemos por ahora de los hechos consumados y de los hombres que nos han legado lo que poseemos: la república y la independendia. Estos hombres, dijimos en nuestro prospecto, son aquellos que, saliendo de la esfera comun, dan un sello particular a sus obras e imprimen su carácter a los sucesos en que toman parte. Muchos de ellos son hombres que vieron la luz en el pasado siglo, siglo rico en hechos extraordinarios, en talentos de primer órden, fecundo en virtudes y vicios, notable por cuanto propagó las ideas liberales de que en bien escasa parte supo aprovecharse.

Los hombres que nos dieron la independendia de que gozamos, que sacrificaron sus vidas y sus caudales por constituirnos en la nacionalidad que representamos, vinieron al mundo casi todos ellos en aquel siglo de que acabamos de hablar. De muchos de estos personajes aun no se conoce definitivamente la parte que tomaron en los acontecimientos políticos que cambiaron la faz de su propio pais, y la obra que emprendemos está destinada a llenar este vacío. Escribir sus vidas y popularizarlas, es la tarea que se ha impuesto la GALERIA NACIONAL.

HERMOJENES DE IRISARRI.

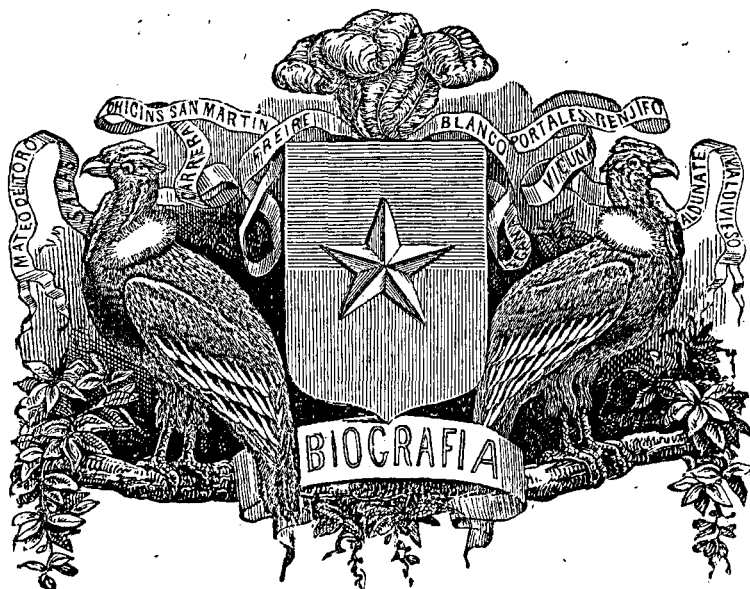
CALERIA NACIONAL.



Dibujado i publicado por N. Desmadril.

MATEO DE TORO ZAMBRANO.

El Conde de la Congruencia

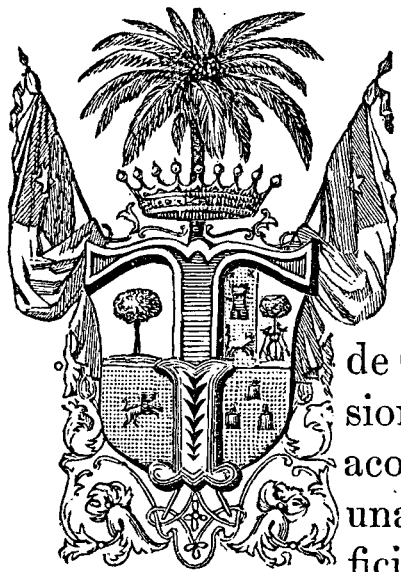


I.

D. MATEO DE TORO ZAMBRANO

VIZCONDE DE LA DESCUBIERTA

Y CONDE DE LA CONQUISTA.



RAZAR rasgos biográficos de hombres notables en la historia de las naciones, es ardua empresa; pero mucho mas ardua todavía si, como los hombres célebres de Chile, se encuentran aun dentro de la atmósfera de pasiones y rencores de partido, que han despertado los acontecimientos de una época azarosa y revolucionaria; de una época, en la cual se ha echado por tierra todo el edificio social para construir sobre sus ruinas un nuevo régimen diametralmente opuesto, despues de una lucha encarnizada, y en la que han tenido que medirse cuerpo a cuerpo y con acritud, no solo los sostenedores del antiguo orden de cosas, sino tambien los diversos bandos en que se dividieron los ínclitos varones que promovieron la independencia de Chile, segun las ideas que adoptaba cada uno para encaminar la revolucion al mejor fin posible. Y esto es sin tener en cuenta la ambicion particular, que de cuando en cuando se presenta persiguiendo, cometiendo injusticias y atentados, crímenes talvez, que agrian los ánimos y levantan enconos difíciles de apagar en una ni en dos jeneraciones, y mas difícil todavía de apreciarse debidamente por escritores contemporáneos.

Sin embargo, la tarea es mas fácil, cuando se trata de hombres preclaros, de una larga vida pública siempre sin mancha, toda empleada en el servicio de la república, muchas veces con grave perjuicio de sus intereses, jamas movidos por ambicion personal y solo dominados por el deber y el honor. Tal es don Mateo de Toro Zambrano, vizconde de la Descubierta y conde de la Conquista, último mandatario del réjimen colonial cuya figura se encontrará siempre como piedra angular sobre la cual reposa nuestra emancipacion de la metrópoli y nuestra rejeneracion política.

Nació don Mateo de Toro Zambrano en la ciudad de Santiago de Chile por los años de 1724. Descendiendo de una familia ilustre, fué digno heredero de las virtudes cívicas y privadas de sus projenitores y las conservó siempre con gloria y sin menoscabo.

Los estrechos límites a que tienen que reducirse estos apuntes no permiten recordar los servicios de sus ascendientes, así es que dejando hablar a la Historia de los Reyes nuevos de Toledo cuando trata de los servicios del doctor don Juan Alonso de Toro, asistente de Sevilla, y a Garcilaso de la Vega sobre los empleos i comisiones de don Alonso de Toro, solo tocarémos lijeramente los méritos de don Juan de Toro Zambrano, cuarto abuelo del conde de la Conquista, el que, segun el cronista y rei de armas don Ramon Zaso i Ortega, “princió a servir por los años de 1567 y fué de los pacificadores de Gauli y Guasquía: y luego despues nombrado por don Gonzalo Jimenez de Quesada caudillo de jente contra los indios mas belicosos; los castigó y sometió, ocupándose mas de cinco años soldados y capitán a su costa; fué teniente-gobernador repetidas veces, alférez-mayor, alcalde ordinario y el año 1593 jeneral de la conquista (1) de la Cimitarra como blason en premio de su mérito por haber desbaratado en dos ocasiones a los *alzados* en la ciudad de los Remedios, cuya poblacion mudó a donde permanece.”

Hijo de don Juan i tercer abuelo del conde fué don Tomas de Toro Zambrano, quien sirvió de capitán bajo las órdenes del gobernador don Alonso de la Rivera “con buenas armas, caballos y soldados (dice el cronista) en la poblacion del fuerte de la Pasion, donde invernó y salió muchas veces al socorro de Urias por la cordillera de Chillan; fué a la poblacion de los fuertes de Quenora, acudiendo con su jente a cuanto se ofreció en todo el estado de Arauco; con muchos otros hechos de armas que sería prolijo de contar.”

Siguiendo este ejemplo no fueron ménos esforzados en la guerra don Alonso de Toro Zambrano y Astorga y su hijo don Tomas de Toro y Ugalde, primero i segundo abuelo del conde de la Conquista, de cuyos servicios se habla mui largamente en la crónica citada; todos, como tambien don Carlos de Toro Zambrano y Escobar, su padre, obtuvieron empleos honoríficos tanto civiles como militares, propiedades, encomiendas i otros favores

(1) De aquí tuvo orijen el nombre del título con que se agració a don Mateo de Toro.

con que los reyes de España premiaron siempre los servicios de los conquistadores de mas nota.

Don Mateo de Toro perdió mui jóven a su padre, heredando solo con su hermano don José la estancia de Huechun y una buena casa en Santiago, único resto de la fortuna que gozaron sus antepasados, disminuida a menudo por la vida jenerosa y desinteresada que llevaban, y que segun las crónicas de esos tiempos, fué una cualidad comun en la familia. No hemos podido descubrir en los numerosos documentos que tenemos a la vista si don Mateo siguió o no a la ciudad de Concepcion a su tio el doctor don José de Toro Zambrano, obispo de aquella diócesis, lo que si está bien averiguado es que ambos hermanos don Mateo y don José de Toro formaron una compañía de comercio pasando éste a España y quedando don Mateo en Chile, en cuyo jiro hicieron gran caudal.

Habiendo cambiado el sistema de conquista en Chile, y habiendo dejenarado la guerra de ofensiva en defensiva por el valor indomable de los araucanos, quedó la juventud noble de Chile sin estímulo para seguir la carrera de las armas, sin que se tuviese a mengua en la opinion pública, la mercantil, ni la creyó tampoco derogatoria de nobleza la corte de España, por los empleos y honores con que premió siempre los servicios del conde.

En efecto, aunque no encontramos título anterior al de capitán del rejimiento real de caballería, este es datado en el Pardo, fecha marzo de 1749, cuando a la sazón don Mateo de Toro no tenia aun veinte i cinco años de edad, y en él se hace mérito de empleos y servicios de importancia.

En 1750 por real cédula con fecha 16 de setiembre, datada en Buen-Retiro, se le confirió el gobierno de la provincia de Chiloé, cuyo empleo renunció, fundándose "en las circunstancias de la guerra i otras comisiones que estaba desempeñando." Poco despues fué nombrado gobernador de la Serena y puerto de Coquimbo a consecuencia "de los navíos de guerra ingleses que aparecian por estas costas." Tales distinciones y empleos de confianza concedidos a don Mateo de Toro Zambrano, en tan temprana edad, manifiestan, no solo la grande estima en que se tenian los méritos de sus antepasados, sino tambien sus méritos personales, su idoneidad para el servicio, su importancia en el país. En 1761 fué electo alcalde ordinario de Santiago, y al año siguiente su correjidor, cuando se necesitaba un hombre de capacidad y enerjía para dirigir i llevar a cabo las obras de mayor magnitud que se han construido en la capital: tales como el tajamar que resguarda la orilla izquierda del Mapocho y el puente de cal y canto que une esta parte de la ciudad con los barrios de la derecha (1); "supliendo para todos estos trabajos 19,000 pesos de su propio caudal y sin interes alguno, por hallarse la ciudad sin fondos a causa de tener que acudir con sus propios i rentas a las necesidades de la guerra; reedificó la iglesia parroquial de San-Lázaro;

(1) En cuyo cargo le reemplazó don Luis de Zañartu en 1763 hasta 1763, año en el que don Mateo de Toro fué nombrado de nuevo correjidor hasta la conclusion de dichas obras.

fuera de pagos de salarios de maestros de escuela y latinidad que verificó con su propio peculio; promovió y fundó la casa que bajo el nombre de Hospicio, servía de amparo a la mendicidad; dió jenerosamente el sitio donde se estableció y varias cantidades para construirlo (1).”

En el año 1768 fué nombrado lugarteniente de capitán jeneral por ausencia de don Juan de Balmaceda en términos tan honoríficos que no queremos dejar de transcribirlos, dice: “Por cuanto importa proveer el puesto de lugarteniente de capitán jeneral de mar y tierra en la capital de Santiago de Chile, sus partidos, costas y puertos de su jurisdicción, en persona de valor y experiencia militares, y por que las cualidades referidas y las mas que son necesarias para ello, concurren en la de don Mateo de Toro, que ha ocupado con lustre y mérito puestos preeminentes tanto en lo político como en lo militar, etc.” A esta fecha era ya teniente coronel de ejército por título de 2 de setiembre, dado en San-Ildefonso. En 1769 fué creado vizconde de la Descubierta y en el siguiente, título de Castilla, con la denominación de conde de la Conquista, con fecha 6 de marzo, datado en el Pardo; “por haber (según dice la real cédula) ejercido vuestros ascendientes los empleos mas honoríficos, tanto en lo político como en lo militar, como caballeros notorios, hijosdalgo, descendientes de los primeros conquistadores del reino de Chile, y que además de esto, vos me habeis servido con honor y celo en semejantes empleos; por resolución mia y consulta del consejo de cámara he venido en hacer merced de título de Castilla con la denominación de conde de la Conquista, para vos, vuestros herederos y sucesores, teniendo ántes de esta gracia, merecida la de vizconde de la Descubierta, etc.”

Cuando en 1762 pasó de virrei al Perú el presidente de Chile don Manuel Amat, fué autorizado para dejar “ejerciendo la capitania jeneral del reino de Chile a la persona mas digna y competente.” El señor Amat nombró al conde de la Conquista para desempeñar interinamente este cargo, hasta que vino de propietario el brigadier don Antonio Güil de Gonzaga; y claro es, gobernó satisfactoriamente el Conde, puesto que mas tarde le vemos todavía en la suprema majistratura, reemplazando al mariscal de campo don Francisco Javier de Morales.

En 1772 fué nombrado superintendente de la Casa de Moneda, cuando esta se incorporó a la corona; y sus servicios al fundar aquel establecimiento merecieron la aprobación del virrei del Perú, como lo prueba la nota que se le pasó un año despues, entregado que hubo dicho destino a la persona que desde España vino a reemplazarle.

El conde fué el primero que pensó en sacar agua del rio de Maipo para aumentar las del Mapocho en los años de sequía. Fué negada la posibilidad de acierto en esta obra por las personas competentes a quienes se sometió el proyecto por la autoridad: el conde de la Conquista emprendió este tra-

(1) Informe del capitán jeneral del reino don Juan de Balmaceda—fecha 6 de julio de 1767.

bajo a sus espensas, y el año 1782 logró darle cima, y poner en la Aguada gran caudal de agua; conseguido su objeto, cedió a favor de la ciudad la bocatoma y todo el costo. Este servicio quedó inútil, porque los aluviones del año 1785 destruyeron el cauce en varias partes, sin que jamas desde entónces se pensase, sino mui lijeramente (1) en obra tan útil, miéntras permaneció Chile en estado de colonia; mas esto no quita el mérito cívico que se labró aun por su patriotismo don Mateo de Toro.

No fueron solo estos los servicios civiles del conde de la Conquista. En 1767 fué comisionado para la espulsion de los extranjeros del puerto de Valparaíso, y en este odioso encargo fueron mui elojados el tino y moderacion con que le dió cumplimiento.

Ultimamente, y omitiendo muchos otros servicios de consideracion y comisiones que se le confiaron, el señor virrei de Buenos-Aires, don Pedro Ceballos, le encargó el acopio, aderezo y remision de cantidad considerable de víveres (cuyo valor pasó de 80,000 pesos) para la subsistencia del ejército en aquel virreinato; llenó el conde este encargo con tal exactitud, regularidad y economía, que le mereció un informe bien honroso de aquel funcionario. Añadirémos que la comision en esta suma de compras que alcanzó a 8,000 pesos, la renunció a favor del real erario, y su desinterés no lució en esta sola ocasion, pues pasaron de veinte y tantos mil pesos los que obló y cedió en varias partidas a las cajas del estado; sin contar que jamas cobró sueldo ni recibió remuneracion alguna por los empleos que desempeñara durante su larga carrera pública.

En lo militar fueron sus servicios calificados de "oportunos y llenos de honor y de entusiasmo," y tan desinteresados como lo fueron siempre todas las acciones de su vida. Por dos veces salió al resguardo de la frontera a contener los ataques de los indios, que jamas dejaron de rebelarse contra la dominacion española. En 1766 se le confió el mando de 500 hombres, y a las órdenes superiores del jeneral Güil de Gonzaga ayudó mui enérgicamente a la represion del alzamiento; y en 1768 se distinguió, segun informe pasado al soberano "en la habilitacion de las tres compañías de jente española y extranjera que con algunas partidas de milicias, todo bajo su comando, se le destinó desde el principio de la guerra contra los araucanos para reforzar las fuerzas de la frontera, de donde volvió a Santiago precipitadamente para atender a la defensa de las costas de Chile amagadas por fuerzas inglesas de mar; para cuyo objeto hizo donacion de dos piezas grandes de artillería de su propiedad, que sirvieron para mejor armar las fortalezas." El año siguiente levantó a su costa, y bajo el nombre del príncipe de Asturias, una compañía de caballería bien armada y montada, cuyo mando dió a su hijo don José Gregorio, para cubrir el paso del Portillo "por estar todas las fuerzas disponibles en la provincia de Concepcion, con motivo del alzamiento jeneral de los indios bárbaros."

(1) En la presidencia del señor don Luis Muñoz de Guzman.

Por real cédula dada en el Pardo a 10 de marzo de 1778, se le intituló primer coronel del rejimiento de caballería de la Princesa, recién creado; y con este motivo no halla como encomiar el capitán jeneral don Agustín de Jáuregui en informe de 1.º de julio de 1780 “su celosa aplicación al real servicio, no solo por su constancia en proveer a la disciplina de su rejimiento, sino también por haber sido el primero que se presentó a ofrecer su persona en el destino que quisiera señalársele para repeler los indios que se internaron por el boquete de Oaurúa; y como también lo ha hecho en las actuales circunstancias de guerra contra la Gran-Bretaña, ofreciendo mantener a su costa su rejimiento y guarnecer con él el punto que se creyere más amenazado.”

Tales servicios no pudieron quedar sin recompensa. Por título de 12 de abril de 1799, dado en Aranjuez, fué nombrado coronel de ejército, y brigadier con fecha 13 de setiembre de 1809.

En esta categoría encontró al conde de la Conquista el primer movimiento agresivo que se dió en Chile contra la dominación de la metrópoli; pero antes de narrar la parte que él tomó en este grande acontecimiento, harémos notar el cambio lento, pero progresivo, que se iba operando en la índole de los americanos, y muy particularmente en Chile, país remoto, de mediana importancia y cuyas relaciones con la madre patria eran raras y difíciles.

A medida que pasaron los años después de la conquista, a medida que se aseguraba la posesión de lo conquistado por el exterminio de los naturales, o porque se confundía y mezclaba el resto con los nuevos pobladores, se debilitaban por el trascurso del tiempo los vínculos de sangre que antes nos unían a la familia española; se aumentaba la fortuna individual, se formaban nuevos intereses y nuevas necesidades, se miraba como intrusos a los empleados europeos, que con esclusión de los americanos, mandaba el monarca para ejercer hasta los más mínimos destinos; y ellos por su parte pagaban con orgullo y altanería la prevención y disgusto con que se les recibía. Desde entonces principiaron los inconvenientes para los colonos, se seguían las quejas a las vejaciones; desde entonces hubo dos razas, rejidas por las mismas leyes, vasallos de un mismo soberano, la una que se creía nacida para mandar y la otra que miraba con tedio y rencor el lugar inferior que se le daba. Raro era el chileno que como el conde de la Conquista llegase a gozar de los favores del patriciado, debido quizá a la importancia que supo conquistarse entre sus conciudadanos o al deseo de tenerle grato y satisfecho. Casi toda la parte importante de criollos se ocupaban muy poco de las cosas públicas; llevaban con resignación la cadena que los oprimía, pero les trabajaba sin cesar el deseo de cambiar de suerte; desde entonces principió a mecerse sobre sus cimientos todo el edificio colonial, que el menor sacudimiento debía desmoronar piedra a piedra.

Por otra parte, apesar de las órdenes represivas, apesar del conato que como ensueño permanente, ponía la metrópoli para arraigar la ignorancia

en sus colonias, no pudo privar que de cuando en cuando pasase hasta nosotros un destello de los luminosos progresos y victorias que la filosofía alcanzaba en el pasado siglo sobre todo linaje de preocupaciones y que desgraciadamente exajeró los derechos y los deberes, socavó los tronos, minó las creencias mas inveteradas, y que bien pronto debia conmover el mundo; no pudo ocultarnos, cómo y por qué medios habia alcanzado su emancipacion nuestra hermana la América del norte; no pudo impedir que la fama nos trasmitiese como se despedazaban los cetros que contaban diez siglos de absolutismo y vasallaje.

Todas estas ideas iban fermentando mas o ménos en el continente americano; formando la conciencia de nuestro poder, nos preparaban a la resistencia y destruian el prestigio, que las mas veces es el único fundamento de dominio.

Solo un camino habia que seguir para que los reyes de Castilla conservasen por mas tiempo sus colonias, y este era hacer concesiones voluntarias y bien entendidas que hiciesen cesar las vejaciones y nos permitiesen entrar en la familia de los demas pueblos; pero envuelta la península en cruel guerra por conservar su independendencia, ni siquiera pensó en lo que tenia que temer por tan remotas rejiones, ni aun en situacion mas pacífica habrian sido dirigidos con mayor cordura sus consejos.

Pero sigamos el órden de los sucesos. La ley (1) ordenaba "que en caso de muerte o ausencia del gobernador y capitan jeneral, lo reemplazase en el cargo el oficial de mayor graduacion que se hallase empleado en su servicio dentro del reino;" en virtud de la cual, a la repentina muerte de don Luis Muñoz de Guzman, acaecida el 10 de marzo de 1808, ocupó el puesto de gobernador el brigadier de ingenieros don Antonio García Carrasco, que se hallaba en la ciudad de Concepcion, donde se hizo jurar obediencia por el ejército allá existente, el 10 de abril, e hizo su entrada en esta capital el 22 del mismo mes y año, con las formalidades de costumbre; pero no sin que se notase rara frialdad en su recibimiento.

El brigadier Carrasco era por su carácter, seco y desapacible, tenaz y presuntuoso, nada sagaz y sobre todo desconfiado y orgulloso de su dignidad. Con estas dotes, mal podria atraerse voluntades entre un pueblo tan mal dispuesto contra toda autoridad que emanase de la corona: así fué que la mala disposicion de la capital dejeneró en aislamiento para el presidente. En su conducta nos mostró éste su resentimiento. Separó del destino de asesor a don Pedro Diaz Valdes, que lo desempeñaba de un modo digno y conciliador, y a esto que era una gran falta para Carrasco, añadia el ser relacionado con una de las familias mas importantes del país; puso en su lugar al doctor Campos contra las representaciones de la audiencia; se rodeó con intimidad de jente europea de poca nota y que supo llevar su influencia, hasta hacerle permitir y autorizar el escandaloso robo del navío ingles mercante

(1) Real cédula de 3 de octubre de 1806.

Escorpion, y que dejase sin castigo la infamia y alevosía de los asesinatos con que remataron tan infernal empresa; lo que le enajenó aun mucho mas los ánimos. Mas no pararon aquí los desaciertos y arbitrariedades del nuevo mandatario; pretendió que el asesor Campos presidiese el cabildo; se injurió y llamó a sí las atribuciones de los alcaldes; desterró con ultraje, a mérito de una ruin delacion y sin previo juicio ni condena, tres respetables ciudadanos. Se ha escrito que la prision de los señores Ovalle, Rojas y Vera ocasionó el movimiento que concluyó con la renuncia de Carrasco; pero esto no es exacto: pudo influir y acelerar la marcha de los sucesos, pero el vecindario de Santiago se preparaba de antemano a la revolucion. Comenzó el año 1809 aumentándose el cabildo de Santiago con doce rejidores auxiliares, a peticion de ese cuerpo, bajo pretesto de que lo exijia así el desempeño de sus funciones, y a cuya presentacion accedió Carrasco con la mayor lijereza. El cabildo se completó con las personas mas avanzadas en ideas, y desde entónces se convirtió en un foco de rebelion contra la autoridad del presidente.

En enero de 1810, se encontraban de alcaldes i presidiendo el cabildo don Agustin Eizaguirre y don José Nicolas de la Cerda. A mediados de marzo se recibió, en secreto es verdad, pero con conocimiento de gran número de personas influentes en Santiago, un emisario de los que estaban a la cabeza de la revolucion en Buenos-Aires, y se principió a conspirar en Chile. La espatriacion de Ovalle, Rojas y el doctor Vera (1), fué ajatoria en el modo como se llevó a cabo, pero no inmotivada: estos esclarecidos patriotas eran del número de los que trabajaban por cambiar el órden existente.

El cabildo representó contra este golpe de autoridad: el presidente aseguró que la traslacion a Valparaíso de dichos sujetos, era pura medida de precaucion, que pronto volverian en libertad, y miéntras tanto daba órden para que se les embarcase y condujese al Perú. Cuando se supo esta conducta tan insidiosa, se reunieron como trescientos individuos de lo mas notable de la capital, y pidieron cabildo abierto, a lo que accedieron los alcaldes, y despues de haber intentado, por una diputacion enviada cerca del brigadier Carrasco, que éste cambiase su determinacion, a cuya súplica solo contestó con insultos y amenazas, se dirijieron a la sala de la audiencia y pidieron se presentase allí el presidente a dar cuenta de aquellos atropellamientos. La audiencia viendo la exaltacion de los ánimos, accedió a esta, hasta entónces nunca vista, exigencia del pueblo de Santiago (2). El señor Carrasco se presentó en la sala, firmó la contraórden de espatriacion, la destitucion del asesor Campos y la de don Juan Francisco Meneses, escribano de gobierno, que se le exijieron; prometiéndose en su interior tomar cruenta venganza de los alcaldes y procuradores, jefes del cabildo, que habian permitido y encabezado la reunion de pueblo, haciéndose sus intérpretes; lo

(1) En 25 de mayo de 1810.

(2) En 11 de julio de 1810.

que a los ojos de Carrasco era un atentado y un ultraje a su dignidad. Pero no tardaron en descubrirse sus proyectos, y desde ese instante (1) se reunió y armó numeroso pueblo, se custodiaron las casas de los alcaldes i se patrulló con aparato por la noche la ciudad. Tal estado de cosas era mui violento para ser duradero, y como estaban prevenidos de suficiente tropa de milicias para hacer el movimiento, los alcaldes se acercaron a la audiencia, y le hicieron saber la determinacion del pueblo de Santiago de destituir al brigadier Carrasco, caso de que éste se resistiese a renunciar el empleo de presidente que ejercia. La audiencia en cuerpo pasó a convencerle de la necesidad de acceder a esta nueva exigencia para evitar mayores males; el brigadier se conformó con mucha repugnancia, y depositó el baston de mando en el conde de la Conquista, designado por la lei y que se encontraba presente como miembro del consejo de guerra que reunió el presidente, a fin de salvar su responsabilidad con el soberano. Se estendió acta de todo lo ocurrido; la firmaron Carrasco, los oidores, los miembros del cabildo y los del consejo de guerra, y se dió cuenta de todo al numeroso pueblo que esperaba con ansiedad el resultado, el cual desde entónces conoció el poder de su omnipotencia cuando defiende unido un propósito cualquiera.

Quizá se nos acuse de mui prolijos al referir los hechos que anteceden; pero nosotros creemos todavía necesario recorrer lijeramente el estado de nuestras relaciones con la península cuando el conde de la Conquista tomó las riendas del gobierno; de otro modo ¿se puede formar un juicio recto de hombres públicos sin diseñar con exactitud la época en que procedieron?

En 1810 no habia soberano para la América (2). En medio siglo habian ganado los pueblos demasiado conocimiento de sus derechos para que tolasen se dispusiese arbitrariamente de ellos como rebaño. La España se rebeló contra la cesion de Carlos IV; se decidió a sostener su independenciam y darse un rei de su eleccion; pero por una aberracion del corazon humano, la junta suprema de Sevilla, al mismo tiempo que decia a los americanos “ya sois libres, cese el yugo insoportable por lo remoto del poder que os hacia víctima de la arbitrariedad, de la avaricia y de la ignorancia,” decretaba que estos países “formaban parte integrante de la monarquía (3).” Así como los liberales españoles de 1821 llamaban “nuestras Indias” a las repúblicas americanas que habian conquistado su independenciam en cien batallas.

Rotos los vínculos que unian estos dominios a la corona de Castilla, de hecho recobró el pueblo su soberanía, sin que la península, que se creyó con derecho de disponer de su suerte, tuviese el de estatuir sobre nuestros destinos. De admirar es que esta verdad no penetrase en el espíritu de los americanos y dirijiese su conducta; pero no; del mismo modo que Chile, se negaron Quito, Buenos-Aires y Nueva-Granada a reconocer la autoridad de los

(1) 17 de julio de 1810.

(2) Carlos IV renunció la corona de España e Indias en favor de Napoleon 1.º emperador de los franceses en 6 de mayo de 1808.—Cantu, *Historia de los cien años*, páj. 335.

(3) Decreto de la junta de Sevilla de 11 de mayo de 1809.

gobernantes europeos; se dieron juntas de gobierno, pero tituladas “conservadoras de los derechos del rei durante su cautiverio.” Tan cierto es que no se desechan fácilmente los hábitos inveterados, por vencidos que se encuentren por la razon y el raciocinio.

El conde de la Conquista continuó mandando segun la costumbre tradicional de todos los mandatarios coloniales, hasta que a principios de setiembre de 1810 se le presentó el fiscal de la audiencia, exijiendo se reconociese la autoridad de la junta de Cadiz, que se habia erijido en consejo de rejencia, y casi al mismo tiempo llegaron órdenes circulares del marques de las Ormasas, dirijidas al mismo objeto y que el conde mandó agregar al expediente. En seguida pidió informe al cabildo, el cual fundándose en el dictámen del procurador de ciudad don José Miguel Infante, declaró “injusta la pretension del fiscal” y opinó que debia “esperarse noticias ulteriores para proceder con mejor acierto;” sin embargo, apesar de la oposicion del cabildo, el presidente decretó, que se reconociese el consejo de rejencia, como se efectuó el dia 10 de setiembre de 1810, mui a disgusto del vecindario de la capital (1). Pero lo que mas conmovió los ánimos fué la noticia, llegada ese mismo dia, de estar nombrado para presidente y gobernador de este reino el brigadier don Francisco Javier Elío, al que esperaban con ansiedad los europeos para que sostuviese su predominio y señorío (2). Desde ese dia se decidió a formar una junta en Chile a semejanza de la de España, en representacion de Fernando VII, pero independiente de la península, como lo habia efectuado Buenos-Aires. Lo que mejor movió el espíritu del conde a tomar una medida decisiva, fué el conocimiento de que el comandante de artillería, ocultamente y por conducto del español don Roque Allende, reclutaba jente para aumentar las fuerzas de su mando con el objeto de asegurar el parque, y que miéntras tanto se reunian de noche para custodiar aquel cuartel, multitud de europeos armados.

Las circunstancias eran apremiantes. El conde de la Conquista, despues de haber oído al cabildo, convocó a su palacio este cuerpo, el de la audiencia y los jefes militares para proveer a la tranquilidad pública, tan comprometida. Reunidos en congreso, opinó el cabildo por el establecimiento de una junta gubernativa, que destruyese las pretensiones de la de Cadiz, durante la prision de Fernando; la audiencia sostuvo con calor que se debia Chile someter en todo a lo que ordenase el consejo de rejencia, y por lo mismo reconocer por jefe al jeneral Elío, si era cierto su nombramiento. La discusion fué mui encendida y sin resultado como era natural; pues bien veia la audiencia que cualquiera que fuese la determinacion del presidente, era cuestion de vida o muerte para la dominacion de la península; y el cabildo por su parte habia avanzado demasiado para poder retroceder sin graves riesgos para el porvenir del país. Se separaron las personas convoca-

(1) Guzman.—*El Chileno instruido en la historia de su país*,—páj. 274.

(2) Guzman.—*Idem*, páj. 275.

das, y el dia 13 citó de nuevo el conde otra junta compuesta del cabildo secular, dos miembros del eclesiástico, el prior del consulado y dos coroneles para resolver definitivamente sobre lo que se habia discutido el 11; y de acuerdo con esta especie de consejo, resolvió se citase al vecindario de Santiago a junta jeneral o cabildo abierto, a fin de "arbitrar los medios de conservar estos dominios al señor don Fernando VII."

Se ha escrito por algunos que el conde de la Conquista vaciló mucho ántes de tomar esta determinacion; pero lo que es raro e inconcebible es que se le haga un cargo de ello. En asunto de tanta trascendencia ¿no debia calcularse con escrupulosidad las ventajas e inconvenientes y oír muchos pareceres ántes de decidirse? ¿es estraño que el conde, despues de una larga vida de servicios prestados a los monarcas de Castilla, vacilase ántes de permitir un paso, cuyas consecuencias eran fáciles de prever? ¿es tan fácil volver la espalda a un pasado que habia sido la relijion de su vida entera? El conde tuvo enerjía y se decidió con patriotismo y desinterés, abdicando un poder que en esa época se tenia en mucho. Cedió quizá tambien a la influencia de innumerables personas cuyo carácter respetaba, a la influencia de su numerosa familia, que deseaba la dignidad de Chile y salir de una dependencia ajatoria (1).

El conde de la Conquista, para impedir los conflictos que pudieran promover los europeos en ese dia, tomó varias medidas de precaucion. Mandó acercar a la capital dos rejimientos de caballería de milicias, conservar en su cuartel al rejimiento del rei, traer al de San-Pablo la artillería, sobre la cual podian influir los españoles, y dió el mando de esta fuerza al capitán de ingenieros don Juan Mackenna, que era oficial de su confianza; y habiendo provisto de este modo a la seguridad pública, se presentó el dia 18 de setiembre al mismo pueblo de Santiago, que se reunió satisfecho, al ver que por primera vez se le llamaba a tomar parte en la fijacion de sus destinos; depositó el mando en manos de ese mismo pueblo, despues de haber hecho que su secretario, el doctor don José Gregorio Argomedo, espusiese el estado de la situacion; se principió a discutir en seguida sobre la conveniencia de instituir una junta gubernativa; pocos pareceres hubo en contra, y se procedió al nombramiento de los individuos que debian componerla, recayendo en don Mateo de Toro Zambrano el de presidente de ella, y vocales el obispo Martinez de Aldunate y los señores Marquez de la Plata, doctor Rozas, don Ignacio de la Carrera, don Francisco Javier de Reina y don Juan Enrique Rosales.

La junta dió parte al rei, en un manifiesto mui circunstanciado, de su

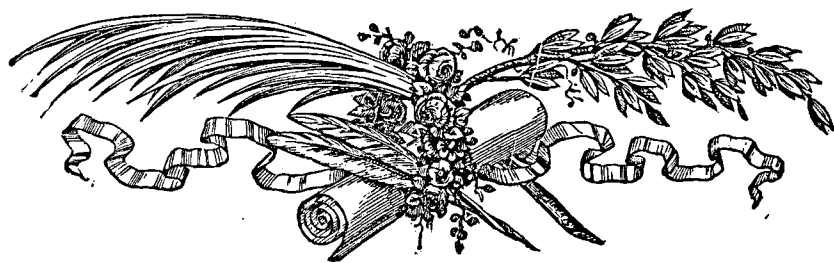
(1) En unas Memorias que escribió don Bernardo O'Higgins, que se encuentran en la Biblioteca de Santiago, y que mas bien que Memorias son un libelo difamatorio, hablando de la vacilacion del conde para acceder a la instalacion de la junta, pone en boca de sus hijos discursos tan falsos como ridiculamente urdidos; habla siempre de memoria, sin haberse jamas acercado al conde ni a su familia. Es estraño que este jeneral, que cuenta tan bella pájina en la historia de la guerra de la independenciam, muestre tanto encono, odio y ojeriza contra todos los que tomaron gran parte en la revolucion; pero nunca es tan irascible e injusto, como cuando trata de aquellas personas que encontró como obstáculo en el camino de su ambicion. Si solo se puede mojar la pluma en veneno, no se debe escribir la historia.

instalacion y los motivos que la habian hecho necesaria; ofició al virrei de Lima en los propios términos y tambien a la junta de Buenos-Aires y al embajador del Brasil, marques de Casa Yrujo.

El nuevo gobierno no descuidó tampoco la seguridad del país; mandó formar un batallon de infantería denominado Granaderos de la patria, dos escuadrones de caballería intitulados Huzares de Santiago, cuatro compañías de artillería i otro batallon de infantería en Concepcion; y mandó así mismo que se disciplinasen todos los rejimientos de milicias del país. Para proveer a tan grande aumento de gastos, se arbitró la minoracion de sueldos en todos los empleados, que muchos de ellos cedieron completamente; se impusieron gravámenes a artículos que no fuesen de primera necesidad; se destinó al fisco el ramo de vacantes mayores y menores, productos de bulas, redencion de cautivos, limosnas de los Santos Lugares, etc., etc., y por último se publicó por bando, el 21 de febrero de 1811, la declaracion del comercio libre con todas las naciones. Estos fueron los trabajos de la junta hasta la muerte de su presidente el conde de la Conquista, acontecida el 27 de febrero a los ochenta y seis años seis meses de su edad. Un numerosísimo pueblo acompañó su cadáver a la iglesia de la Merced, donde fué sepultado; y pagó así el último tributo al que en un lugar mui importante fué de los primeros en labrar el camino de la independenciam de Chile.

El conde era de pequeña estatura, de semblante apacible, de carácter franco y de sentimientos nobles. En el trato familiar, amable y mui agudo en el decir; su razon despejada, y mucho tino en su conducta; sus principios eran sólidos y su virtud mui sincera y sin ostentacion. Hermanaba sin esfuerzo en su persona la dignidad y la modestia; la enerjía y la moderacion; la jenerosidad y la prudencia; fué siempre querido y respetado de su numerosa familia y de cuantos le trataban de cerca. El conde pudo tener émulos, pero jamas enemigos.

BERNARDO JOSÉ DE TORO.



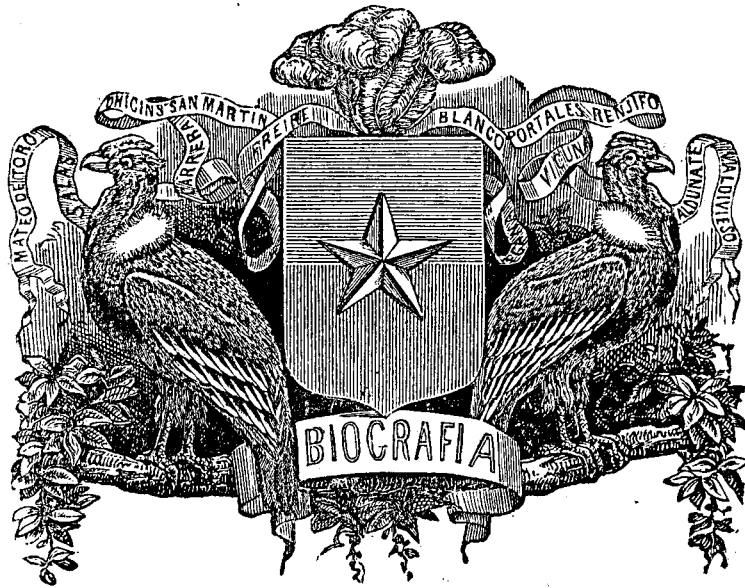
GALERIA NACIONAL.



Grabado i publicado por N.º Desmadril.

JUAN MARTINEZ DE ROZAS.

*D. Juan Martínez
de Rozas*

II.

DON JUAN MARTINEZ DE ROZAS.



OCAS figuras mas interesantes que la del Dr. Rozas presenta la historia de la revolucion hispano-americana. Operada en su totalidad por jóvenes audaces que supieron manifestar enerjía en el consejo y coraje en el campo de batalla, tuvo en Chile el mas firme apoyo en su primer período, y el primer defensor de sus principios en un anciano que miraba con desprecio las preocupaciones y hábitos de la sociedad en que se formara, y que, apoyado en su prestigio y en su jenio, supo dirigirla por algun tiempo.

Nació el Dr. don Juan Martinez de Rozas en la ciudad de Mendoza, capital de la dilatada provincia de Cuyo en 1759, esto es, diez y siete años ántes que fuese adjudicada al virreinato de Buenos Aires. Eran sus padres don Juan Martinez de Soto y Rozas, y doña María Prudencia Correa y Villegas, distinguidos ambos por sus relaciones de familia. Niño aun, tuvo el señor Rozas que separarse de sus padres para pasar al famoso colejio de Monserrate de Córdoba a cursar filosofía y teología, y del cual no salió sino en 1780 para venir a Santiago de Chile a estudiar en la universidad de San Felipe la jurisprudencia civil y canónica. En el año siguiente se le confirió el grado de bachiller en ambas facultades.

Distinguia a Rozas cierta ambicion de gloria y honores que le impulsaba a contraerse con mayor empeño al estudio: apenas habia obtenido el grado de bachiller, se opuso a la cátedra, pasantía como entónces se llamaba, de filosofía del colejio real de San Cárlos, y la obtuvo por unanimidad de votos. En su desempeño, que duró tres años, dictó a sus discípulos un curso completo de aquella ciencia, desechando los textos adoptados hasta entónces, y otro de física experimental; que jamas se habia enseñado en Chile; pero habiendo obtenido en otra oposicion la cátedra de leyes del mismo colejio, dejó

aquella por ésta, la cual ocupó hasta el año de 1787. Durante este mismo tiempo fué miembro y secretario de la academia de leyes y práctica forense, hizo dos oposiciones de mérito en las cátedras de decreto y prima de leyes en la real universidad de San Felipe, se recibió de abogado de la real audiencia en 7 de setiembre de 1784, sirvió todo el año siguiente el cargo de abogado de pobres, y en 1786 se graduó de doctor en cánones y leyes despues de las rigurosas pruebas que se exijian para conceder esta condecoracion.

Pero Rozas no habia descuidado el estudio del derecho público, que en su juicio valia mas que la teología y los cánones: a fuerza de contraccion consiguió traducir regularmente el frances y leer en este idioma, desconocido en la colonia, las nuevas teorías de Rousseau y Montesquieu. Dotado de una gran penetracion, él habia podido prever las consecuencias de ciertos hechos y captarse la admiracion de cuantos le conocian. Con tales antecedentes, Rozas atrajo sobre sí las miradas del capitan jeneral don Ambrosio de Benavides, quien halló bien pronto una favorable ocasion de ocuparle con lucimiento y provecho. Por real cédula de San Ildefonso, de 5 de agosto de 1783, se mandaba formar una intendencia de cada obispado americano y suprimir el cargo de correjidor, cuyas atribuciones debian dividirse entre el intendente y un asesor letrado. Para el de Concepcion de Chile, nombró al comandante jeneral de frontera don Ambrosio O'Higgins, y el Dr. Rozas le acompañó como su asesor, cuando mas que nunca se necesitaba de jenio para la adopcion de medidas militares y arreglo de la guarnicion fronteriza.

En medio de las armas Rozas tomó aficion por ellas. Durante el desempeño de su cargo, prestó en repetidas ocasiones servicios militares visitando y arreglando los fuertes de la frontera, delineó la villa de San Ambrosio de Linares, y mejoró el aseo de la ciudad de Concepcion.

Estos servicios fueron premiados con el nombramiento de teniente coronel comandante del escuadron de caballería de milicias regladas de Concepcion, en 7 de abril de 1788, atendidos su valor y experiencia militar, segun dice su despacho, y para llenar la vacante que dejaba don Agustin de Caravajal, caballero de la órden de Santiago, que pasaba a otro destino.

Llamado pocos dias despues a desempeñar el cargo de presidente, O'Higgins, elevado ya a teniente jeneral, dejó el mando de la intendencia de Concepcion en manos del brigadier don Francisco de Mata Linares. Rozas, despues de haberlo ocupado interinamente por algunos meses, quedó con él hasta el año de 1790, en que llegó a Chile, nombrado capitan jeneral don Gabriel de Aviles, quien le llamó a su lado, ofreciéndole el cargo de asesor interino. No trepidó Rozas en admitir este puesto: su hermano mayor, el Dr. don Ramon, que lo habia desempeñado durante la presidencia de O'Higgins, entónces virrei del Perú, marchaba con el último a Lima, y esto le hizo esperar prontos y rápidos ascensos.

Pero no sucedió así: la corte, desatendiendo los honoríficos informes presentados sobre Rozas por el obispo de Concepcion, su intendente y la real audiencia, se contentó con ratificar su nombramiento de asesor de la inten-

dencia, y dió la propiedad de aquel destino a don Pedro Dias Valdez. Rozas tuvo entónces que volverse a Concepcion, donde habia contraído matrimonio con la señora doña María de las Nieves Urrutia y Mendiburu, hija de uno de los vecinos mas acaudalados de aquella provincia, y donde poseia la rica estancia de San Javier. Segun los informes presentados al rei por algunos relijiosos durante la ocupacion del país por el ejército realista en 1814, Rozas predicaba entónces las doctrinas de que mas tarde se hizo corifeo. "Es notorio, decia en el suyo el padre Ramon, que para la seduccion, perdicion y ruina de la ciudad de Concepcion, contribuyó mucho la doctrina impía del Dr. Rozas a una partida de jóvenes de distincion de dicha ciudad, que se juntaba en su casa con el objeto de instruirse y esparcir aquella semilla entre sus amigos y compañeros." Entré estos jóvenes figuraba don Bernardo O'Higgins, teniente coronel entónces de las milicias de la Laja, y el primer campeon mas tarde de la emancipacion. Por una memoria manuscrita, atribuida a él, que tenemos a la vista, consta que desde diez años ántes de la instalacion de la primera junta gubernativa, ya ambos pensaban en reformas importantes y hablaban de desobediencia a la metrópoli.

Rozas, sin embargo, servia a los intereses militares de la colonia como consejero de los intendentes de Concepcion: cuando la muerte del presidente Muñoz de Guzman fué a despertar las ambiciones del brigadier don Francisco García Carrasco, Rozas acompañaba al coronel intendente don Luis de Alava en el reconocimiento de las aguas termales de Yumbel, que se acababan de descubrir. A esta época habia obtenido un pasaporte para pasar a Europa; pero a solicitud de Carrasco, que le llamaba con instancias, desistió de su viaje.

Rozas y Carrasco llegaron a Santiago en 22 de abril de 1808, donde los esperaba una fria recepcion, a consecuencia de los debates que mediaron entre el segundo y la real audiencia sobre competencias para tomar el mando; mas el primero no pudo dejar de percibir en esta carencia de entusiasmo algo mas allá de lo que alcanzaba el tribunal: Carrasco no arrastraba simpatías de ninguna especie, y él conoció que la ojeriza con que se miraba a la persona podia convertirse contra el alto destino que desempeñaba.

Por consejo de Rozas, Carrasco consintió en la agregacion de doce rejidores auxiliares del cabildo de Santiago para el mas pronto y espedito despacho, y llamados en su número algunos de los hombres mas notables por sus ideas avanzadas, aquella corporacion comenzó a tomar el carácter novador que produjo mas tarde la creacion de un gobierno nacional. Mas no contento con esto, Rozas hizo algunos cambios en el personal de los empleados y comprometió al capitan jeneral con el cuerpo universitario, queriendo sostener contra sus estatutos al rector que cesaba. La compañía de armadores terrestres para atacar los buques extranjeros que se acercasen a nuestras costas a contrabandear, con el pretesto de dar cumplimiento a una lei de Indias, fué organizada en el palacio, con el consentimiento de Rozas y con la aprobacion de Carrasco, y el pérfido apresamiento del *Escorpion* trajo sobre ambos el descré-

dito. Solo las noticias llegadas de la metrópoli de la renuncia de Carlos IV y de la caída de Godoi, pudieron acallar la indignación que el tal suceso produjo.

Después de estas ocurrencias, volvióse Rozas a la provincia de Concepción; pero comprometido en la revolución, él volvió a trabajar con mayor franqueza. Sus propósitos se dirigieron a captarse la voluntad de la tropa fronteriza. Desde allí sostuvo una activa correspondencia epistolar con el general Belgrano y otros eminentes patriotas de Buenos Aires, mientras sus amigos de la capital acumularon los elementos que operaron el cambio gubernativo.

Los primeros golpes del sistemado rigor de Carrasco recayeron sobre dos neófitos a quienes ambos habían catequizado en el sur; eran estos el padre frai Rosauro Acuña, amigo íntimo de O'Higgins, y el coronel de milicias don Pedro Ramon Arriagada, hijo de un dependiente administrador del suegro del Dr. Rozas, a quienes se arrestó por haber hablado en Chillan de la necesidad de un gobierno nacional. Nuevas prisiones en Santiago trajeron sobre Carrasco el desprestigio, y éste dió por fruto su deposición y más tarde la junta gubernativa, instalada en 18 de setiembre de 1810.

En ella cupo a Rozas, por elección unánime, puesto de vocal; pero antes de salir de Concepción para venir a ocuparlo, quiso dejar reconocido el nuevo gobierno. Esto fué causa de que no llegara hasta el 1.º de noviembre a la capital; pero informada la junta de su arribo, se le mandaron al Conventillo, donde se había detenido, veinte y cinco dragones para que al siguiente día hiciera su entrada. Fué ésta un verdadero triunfo para Rozas; jamás se había usado de igual pompa para celebración alguna en la vida colonial. Sus antiguos discípulos de teología, quienes por su saber le llamaban San Agustín, se habían empeñado en convocar jentío, y la junta gubernativa, por su parte, había ordenado la asistencia de todas las corporaciones y tropas. Acompañado de sus colégas en el gobierno, real audiencia, cabildo y tribunales especiales, Rozas pasó por entre dos filas de soldados, al son de músicas militares, en medio de las salvas de artillería, repique de campanas y vítores universales, a prestar el juramento de costumbre, que se celebró con iluminación y fuegos artificiales en la noche.

Nada mejor que esta muestra de distinción, daba a entender el aprecio que se hacía de los importantes servicios de Rozas. Era él en realidad el brazo más firme que contaba nuestra revolución en su cuna, la inteligencia más elevada y el hombre que arrastraba mayor prestigio de cuantos habían abrazado su causa. Rozas venía ahora a dirigirla, luchando con los partidarios del viejo régimen, numerosos e influyentes, que trabajaban por una reacción, y con los más tímidos de los novadores que no se atrevían a romper de golpe con el coloniaje: era la empresa de un triunfo completo pero aventurado para los unos, el terror para los otros.

Preparábanse ya en aquellos días las levadas de soldados para los cuerpos de tropa que se pensaba formar. Rozas obró esta vez con la energía de costumbre: colocó en los puestos más distinguidos a los que creía más pronunciados por la revolución, desechando las propuestas de algunos miembros del cabildo y

de la junta, e hiriendo las susceptibilidades de familias enteras. Mas tarde, la adopcion de ciertas medidas de hacienda, contra el parecer del cabildo, vino a hacer mas notoria la division: de allí se orijinaron los dos partidos políticos, cuyas desavenencias se llevaron al congreso y dieron por fruto los movimientos de 1811 y 1812.

Rozas no pareció aflijirse por esto, sin embargo de que los pasquines que se esparcian en Santiago le acusaban de abrigar la ambicion de coronarse, y de ver rechazadas de vez en cuando, algunas de sus mociones en la junta, y siempre en el cabildo. Animado por ideas mas elevadas, él pedia a la junta de Buenos Aires una imprenta para fomentar la ilustracion en Chile y dar mas publicidad a los periódicos que hacía circular manuscritos, reclamando con toda su enerjía la libertad de comercio.

La muerte del conde de la Conquista, presidente de la junta de gobierno, acaecida en febrero de 1811, dió a Rozas la suma de poderes que se hallaba en manos de aquel. Entónces, contando con el voto de los vocales Rosales y Marquez de la Plata, y desechando la viva oposicion del cabildo y el desagrado jeneral que motivaron sus determinaciones, ofreció y envió a la junta de Buenos Aires un refuerzo de 400 auxiliares chilenos, para ayudarla en sus escaseces de tropas, con motivo de la guerra del Alto Perú.

El dia 1.º de abril era el fijado para la eleccion de diputados por Santiago para el congreso que debia instalarse el 15 del mismo mes. La reunion electoral tenia lugar en la plazuela del Consulado; la mayor calma habia reinado en ella hasta el momento en que la compañía de dragones de Penco, encargada de velar por el órden, desobedeció a su capitan y se volvió al cuartel de San Pablo, donde estaban ademas una compañía de dragones de Chile y el rejimiento de húsares.

Allí llegó en breve el comandante don Tomas Figueroa que, poniéndose a la cabeza de toda la fuerza, marchó a la plaza, tendió su línea en el costado norte de ella y entró a la sala de la real audiencia.

Suceso tan inesperado esparció repentinamente la consternacion en la ciudad. La junta reunida en casa del vocal Marquez de la Plata, no hallaba que resolver, y sin la serenidad de ánimo del Dr. Rozas, quizá habria transado con el motin. Ordenó Rozas que el comandante jeneral de armas, don Juan de Dios Vial, tomase el rejimiento de granaderos de infantería, y seis piezas de artillería para imponer a Figueroa, dudando siempre que llegase el caso de disparar sus armas. Vial pudo, gracias a su actividad, formar su línea en el costado del frente, ántes que el jefe de la sublevacion bajara de la sala de la audiencia para tomar el mando de la suya. Descubierta éste en sus planes, avanzó con sus fuerzas y mandó a sus soldados hacer fuego sobre la línea que tenian al frente, órden que casi instantáneamente dió Vial a los suyos. Una sola descarga de cada lado bastó para la completa dispersion de ambas divisiones, despues de dejar por tierra cincuenta y cuatro hombres; y sin el arrojo de algunos oficiales de granaderos que quisieron perseguir a sus enemigos, el resultado del choque se habria considerado absolutamente indeciso.

Al ruido de las descargas, Rozas tomó el primer caballo que vió, y con una actividad de que no se hubiera creído capaz a un hombre de sus años, sacó de su cuartel la compañía veterana de dragones de la reina, reunió una buena partida de granaderos al mando del valiente Bueras, y colocó en el centro de la plaza los seis cañones que poco ántes se llevaran allá. Seguido y victoreado por una multitud de jente, subió a la sala de la audiencia e improperó a sus miembros como a los autores de aquella asonada militar, y siguió en breve al convento de Santo Domingo, donde, segun se le informaba, se hallaba el comandante Figueroa. Allí su actividad se estrelló contra las precauciones del fujitivo; el jefe del motin se habria sustraído a sus pesquisas, sin la codicia de un muchacho que alhagado por las promesas de Rozas, se ofreció a llevarle a un huertecito donde se encontraba agazapado; Figueroa fué aprehendido, y el muchacho recompensado con una rica hebilla de oro que Rozas arrancó de sus vestidos. Conducido a la prision y comenzado el juicio, Rozas redactó la sentencia de muerte que presentó a los demas vocales de la junta, quienes la firmaron con alguna repugnancia. El siguiente dia, 2 de abril, a las cuatro de la mañana, Figueroa fué fusilado en su calabozo.

Con esta victoria, la revolucion se halló comprometida del modo mas serio: Rozas creia que ya no era posible sesgar en tales circunstancias, que mas despejado el horizonte con los sucesos del 1.º de abril, era ya fácil trazar la marcha de la política. El se habia puesto en aquellos dias al frente de las patrullas y se habia conducido con una actividad increíble: habia despachado tropas y reducido a la obediencia a los dragones que, huyendo de la plaza, tomaron el camino de Valparaíso; pero faltábale proceder a castigar a los que creia autores de la asonada, y en consecuencia, apresó en el mismo dia al ex-presidente Carrasco, que se habia retirado de la vida pública, y poco mas tarde vejó a algunos miembros de la real audiencia, los obligó a pedir su retiro; y por último, dió el golpe mortal al tribunal, obligando a los restantes a separarse de la capital.

Las elecciones interrumpidas en Santiago por el motin militar, se habian hecho tranquilamente en las provincias. La mayor parte de los diputados electos se encontraban en la capital a mediados de abril. Entrè ellos se distinguian muchos amigos de Rozas, que se preparaban a sostenerle en las discusiones del congreso. Su deudo don José Maria, don Bernardo O'Higgins, don Manuel Salas, el canónigo Fretes, don Manuel Antonio Recabarren y los coroneles de milicia Cruz y Calderon, eran de este número.

Estos venian en su apoyo cuando mas que nunca necesitaba de ausilios: el partido del cabildo, que encabezaban don José Miguel Infante, don Gabriel Tocornal y don José Agustin Eizaguirre, y que apoyaban en las discusiones de la junta los vocales Carrera y Reina, le combatia por cuantos medios estaban a sus alcances; y ya éstos comenzaban a estorbar a Rozas en sus manejos. Ellos veian con pesar que la direccion de la política estuviese confiada a un hombre a quien la concesion de la provincia de Mendoza al virreinato de Buenos Aires hacía arjentino, que se rodeaba tambien de arjen-

tinios, como Vera, Alvarez Jonte y Fretes; que miraba con desprecio las preocupaciones religiosas y que dirigia los negocios públicos con una audacia que solo su ambicion podia aconsejarle. Ellos querian abatirle, mientras Rozas, preocupado con la idea de sostenerse en el rango a que se elevara, desatendia los intereses de la revolucion por cuidar de los de su partido. Esto le hizo recomendar al representante de Valparaíso, don Agustin Vial, que reclamase de la junta la incorporacion en sus discusiones de todos los diputados ya elejidos. Debia alegar que los pueblos así lo querian, por ser ellos sus verdaderos representantes y no un gobierno formado en Santiago y cuyos miembros fueron elejidos por su solo vecindario, y citar en su apoyo el ejemplo de Buenos Aires, donde se acababa de hacer otro tanto. Esta se creyó una razon poderosa: el partido radical que dirigia Rozas, en conexion inmediata con la revolucion arjentina, se habia empeñado en imitarla en todos sus pasos, y mui particularmente en aquellos de que sacaba algun provecho. Inútil fué, pues, que el cabildo se opusiera; la mocion de Vial fué aprobada, y los miembros electos del congreso se incorporaron a la junta a mediados de mayo.

Rozas fué entónces el jefe único y absoluto de la política: perspicaz refinado, pensador profundo, proyectista sistemático, revolucionario emprendedor, él habia conseguido hacerse superior a la revolucion y dirigirla con enerjía y firmeza. Con un dominio absoluto sobre sus pasiones, Rozas sabía amoldar su carácter a las circunstancias difíciles, sin perder nada de su tenacidad. Audaz para concebir, valiente en la ejecucion, habia podido captarse el apoyo de una gran parte de la sociedad y encabezar un partido influente y numeroso. Sus escritos, es verdad, contribuian poderosamente a ello: él suplía la falta de imprenta con las copias manuscritas de sus opiniones en política. A los dos primeros dias de instalada la suprema junta de gobierno, habia hecho circular el *Despertador americano*, periódico destinado a la difusion de las nuevas ideas, y poco despues el *Catecismo político*, especie de curso elemental de derecho público. “Los desgraciados americanos” decia en él, “han sido tratados como esclavos, la opresion en que han vivido, la tiranía y despotismo de sus gobernadores, han borrado o han sofocado hasta las semillas del heroísmo y libertad en sus corazones;” y agregaba principios liberales absolutamente nuevos en la colonia. En un lenguaje sencillo a la vez que lógico y enérgico, con un esquisito tino para adaptar a las circunstancias sus razonamientos, Rozas habia conseguido que los perezosos e indolentes criollos se interesasen en los rudimentos de la ciencia social. El habia puesto algo de utópico en su sistema, mas que por conviccion, porque habia creído que para llamar la atencion y atraerse a las masas se necesitaba mezclar la ficcion a la verdad. Ideaba una especie de confederacion de las provincias hispano-americanas, ligándolas por medio de un congreso jeneral de todas ellas, que hiciese respetables sus resoluciones y que pudiese imponer a las naciones poderosas del viejo mundo. Esta idea gigantesca e irrealizable, que ocupó despues a Bolívar, tuvo su oríjen en Chile, en 1810, y fué el Dr. Rozas su primer iniciador.

Su jenio le habia elevado, pero su elevacion llegó a irritar mas aun los ánimos predispuestos de sus enemigos. Estos no dormian miéntras él se ostentaba vencedor: quisieron activar la eleccion de diputados por Santiago, y se prepararon a trabajar con ahínco por el triunfo de los doce candidatos que pensaban proponer: si lo obtenian, la mayoría del congreso era suya y la caída de Rozas parecia inevitable. Esto fué lo que sucedió: sobornado el batallon de Pardos, con cuyos sufragios contaba aquel, por los partidarios del cabildo, sus candidatos obtuvieron solo 105 votos contra la gruesa mayoría que dió el triunfo a sus enemigos.

Pocas esperanzas debieron quedar a Rozas despues de esta desgracia. Entre los diputados elejidos, habia algunos desafectos al nuevo réjimen, quienes en vista de los dos bandos en que iba a dividirse el congreso, debian plegarse al mas moderado, al del cabildo, haciendo mas poderosa la coalicion contra él. En tales circunstancias, recurrió a acusar de ilegal la eleccion de Santiago, por haber introducido en el congreso doce diputados, sin mas que un simple acuerdo de su ayuntamiento, en vez de los seis que le concedia el reglamento electoral: pero su reclamo fué desechado, apesar de las notas que el cabildo de Concepcion presentaba en su apoyo.

Reunidos en Santiago los diputados de todos los pueblos, se aplazó la solemne apertura del congreso para el dia 4 de julio. Con ella la revolucion debia cambiar de forma y hasta de sistema: era una numerosa corporacion compuesta de elementos heterojéneos, siempre en pugna, apoyada en la ignorancia de todo réjimen gubernativo, la que tomaba a su cargo la direccion de la política. Rozas veia con disgusto que la revolucion perderia indudablemente el carácter de unidad que habia sabido imprimirle, y no podia resignarse a dejar en manos del enemigo, a quien acusaba de flojo y tardío, la parte que en ella le tocaba. Disuelta la suprema junta por la instalacion del congreso, él como su presidente, quiso dejar el mando, justificando las causas del primer cambio gubernativo y de la marcha revolucionaria, e indicando a la corporacion que la subrogaba el sendero que debia seguir. El discurso que compuso para este objeto es una de las piezas mas notables de la revolucion hispano-americana y descifra perfectamente las verdaderas tendencias de los movimientos que tuvieron lugar en Chile en 1810. El haberlo pronunciado fué el último servicio que aquel prestara a la causa en que se empeñaba. El veia la autoridad ejecutiva en un congreso compuesto de muchos miembros faltos de union y enerjía, dirigidos por un presidente electivo con poder limitado, y llegó a persuadirse que una asonada le daria el fruto que pensaba obtener.

Varios planes concibió para volver otra vez a tomar el mando, y todos fracasaron igualmente. Las asonadas del dia 27 de julio y 9 de agosto infructuosas y desgraciadas, le hicieron pensar que habia otro campo que cultivar con mejor provecho; y sus miradas se volvieron hacia Concepcion.

La sola presencia de Rozas en Concepcion importaba el pronunciamiento de aquella provincia contra el gobierno de Santiago. Predispuestos los áni-

mos de antemano, poco tuvo que trabajar para obtener de sus vecinos una solicitud dirigida al intendente coronel don Pedro José Benavente, para la reunion de un cabildo abierto, a fin de discutir los remedios contra una situacion que Rozas se empeñaba en pintar difícil. Esta fué contestada con el aplazamiento del dia 5 de setiembre para su celebracion. La discusion rodó sobre la necesidad de la instalacion de una junta provincial, para mejor convenir en las medidas que se creia necesario adoptar; y se procedió a la eleccion de las personas que debian componer el gobierno, resultando de ella nombrados presidente el mismo Benavente y el Dr. Rozas uno de sus vocales.

Una vez instalada la junta provincial, notificó al congreso las causas que habian hecho necesaria su creacion y los propósitos que tenia en vista. Rozas por su parte, comunicó a sus partidarios el golpe que acababa de dar al congreso y a sus enemigos; pero en Santiago se habia efectuado tambien un movimiento contra aquella corporacion, que dió por resultado un cambio gubernativo. Los radicales se habian atraído a sus filas al jóven don José Miguel Carrera, llegado de España en el navío *Standart*, y con su cooperacion operaron en la capital, el dia 4 de setiembre, un movimiento revolucionario. El directorio ejecutivo fué disuelto, arrancados del congreso seis de sus miembros mas influyentes y colocado en él el presbítero Larrain, uno de los mas exaltados radicales. El gobierno cambiando de personal, cambió tambien de principios: desde la apertura del congreso, el partido caído a que pertenecia Rozas, se encontró ya en el gobierno; pero fraccionado en dos juntas, la de Santiago y la de Concepcion.

Sin embargo, este estado de cosas no podia durar largo tiempo. Carrera, el verdadero autor del cambio gubernativo de la capital, habia podido descubrir su importancia. El poco aprecio que los radicales hicieron de sus servicios despues de la victoria, vino a enfriar su ánimo por de pronto, y a encenderlo mas tarde contra ellos. Creyóse burlado por los mismos a quienes elevara, y quiso rebajarlos y elevarse él; esta fué la causa de la revolucion de 15 de noviembre, en que, apoyado tambien en la fuerza armada, disolvió la junta de gobierno, y creó otra nueva compuesta del Dr. Rozas, don Gaspar Marin y el mismo Carrera: durante la ausencia del primero, debia desempeñar el cargo don Bernardo O'Higgins.

Dos hombres igualmente ambiciosos habian tomado la direccion de la revolucion y estaban a punto de romper entre sí.

En tales circunstancias vió Rozas amenazada la existencia de su partido, i se atrevió a ofrecer al congreso el auxilio de la fuerza armada de Concepcion para desbaratar al nuevo gobierno. La nota en que tales ofertas le hacía llegó a Santiago, bajo el epígrafe de reservada, el 3 de diciembre; pero el dia anterior Carrera, con el apoyo de las milicias de la capital, habia cerrado aquella corporacion y asumido en la junta gubernativa el mando supremo.

La actitud amenazadora de Rozas vino a turbar la tranquilidad que Carrera pensaba disfrutar una vez desembarazado del congreso. En tales circunstancias creyó que con el envío de un plenipotenciario cerca de la junta

provincial podria avenirse y cortar un choque que debia ser a mano armada. O'Higgins, su coléga en el gobierno, pedia con empeño su retiro y en él recayó la eleccion para tan delicado encargo, atendiendo al influjo que ejercia en el ánimo del Dr. Rozas.

La penetracion de éste le hizo creer que la cuestion iba a ser armada; y en tal persuasion recurrió a aprestos militares: las antiguas rivalidades de la provincia de Concepcion con la de Santiago engrosaban sus filas, poderosas de antemano con las tropas veteranas y las milicias regladas del canton. Sabedor del arribo de O'Higgins, nombró también su plenipotenciario para que se entendiera con él: entre ambos forman en Concepcion los tratados de 12 de enero de 1812 que ratifica al siguiente dia la junta provincial. Por ellos quedaba ésta vijente, se determinaba el pronto restablecimiento del congreso, y se fijaban las bases liberales de una constitucion que asegurase a Chile cierta independenciam de la corona y formas gubernativas que propendiesen a su adelanto y civilizacion.

Poco debió agradar tal tratado a Carrera: en vista de su contenido se negó a firmarlo, y comenzó con mayor empeño el acuartelamiento de tropas en Talca, a que habia dado principio a los primeros amagos del peligro. Ellas acordonaban la ribera norte del rio Maule, línea divisoria de ambos ejércitos, al mando de su padre el brigadier don Ignacio de la Carrera, hasta mediados de abril; época en que el mismo dejó la capital para hacerse cargo de las operaciones militares.

A su arribo a Talca, vino a palpar de cerca la importancia del peligro que le amenazaba. Rozas nombrado brigadier, habia tomado el mando del ejército de Concepcion, compuesto de las tropas y milicias fronterizas. Las relaciones entre las provincias centrales y las del sur, se hallaban perfectamente interrumpidas: rivalidades de los pueblos, convertidas en odios profundos, se irritaban mas y mas con la division y los aprestos militares. La cuestion no podia dar otro resultado, segun el sentir jeneral, que la derrota y ruina de Rozas o de Carrera.

Pero uno y otro se temian en aquellas circunstancias, y recurrieron a comunicaciones para obtener un avenimiento pacífico. Rozas, mas audaz en esta ocasion que Carrera, cruzó repetidas veces el Maule, se internó en el campamento de su enemigo, miéntras éste, temeroso de caer en un lazo, se negaba a celebrar una entrevista con la junta de Concepcion en la villa de Linares. Defendiendo ambos sus opiniones con igual tenacidad, no era fácil que arribaran a un resultado definitivo; los dos argumentaban con la misma enerjía, y los dos en nombre del patriotismo mas puro y sincero, segun se espresaban en sus notas. Sin embargo, éste fué el que los obligó a unirse: "los enemigos de nuestro sistema gubernativo, decia en una de ellas Carrera a Rozas, acechan nuestra division," y el temor de que éstos se sobrepusieran le obligó por fin a cruzar nuevamente el Maule y tener con aquel una larga conferencia en Fuerte-Destruido, cerca del paso del Duhao. De ella resultó una transaccion por la cual se reconocian en parte los tratados de 12

de enero, se devolvian las tropas a sus cuarteles y se dejaba para despues lo que aun quedaba por arreglarse.

Tal resultado no agradaba a ambos : las intrigas comenzaron de nuevo.

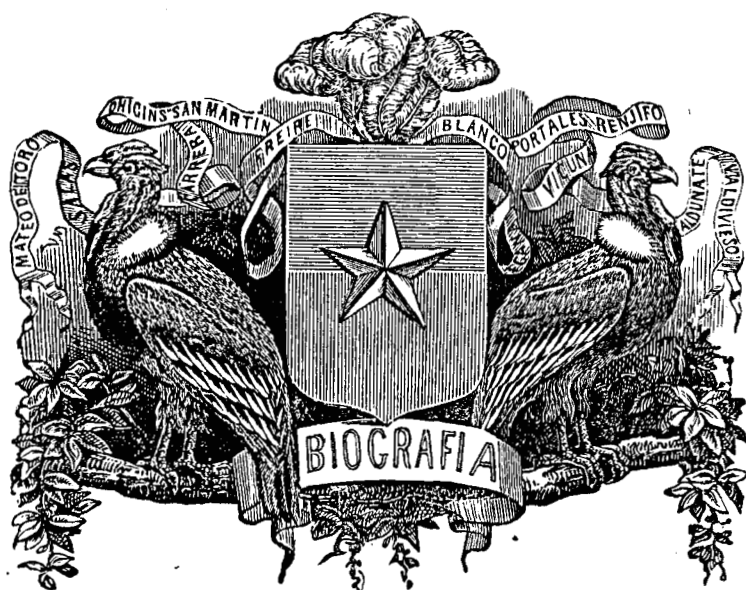
Rozas fué la víctima de aquellas intrigas. Una revolucion, puramente militar, efectuada en Concepcion en la noche del 8 de julio, a instigaciones de un emisario de Carrera, disolvió la junta gubernativa ; sus miembros, con escepcion del presidente, fueron desterrados a diversos pueblos del país. Solo a Rozas se retuvo en Concepcion. Desde allí él comunicó a su enemigo los fundados temores que abrigaba de que los partidarios del viejo réjimen, o *godos*, como entónces se les llamaba, se aprovecharan de sus desavenencias domésticas para obrar contra la revolucion que ya se encontraba tan avanzada.

Pero nada de esto le sirvió : remitiósele a Santiago con la sola custodia de un oficial veterano, mas al entrar en la ciudad, fué detenido por una órden de Carrera que le mandaba pásar a la hacienda de San Vicente, propiedad de uno de sus deudos, temeroso de que ocurriese alguna excitacion al presentarse Rozas en la capital. Visitado allí por sus antiguos partidarios, los recelos de una conspiracion volvieron a encenderse en el pecho de Carrera ; por este motivo le dió su pasaporte para Mendoza con fecha de 10 de octubre de 1812, intimándole usase de él prontamente.

Con esta última desgracia, Rozas vió que ya no le era posible sobreponerse a su ruina. Gastado su influjo en Chile, él miró con indiferencia y hasta con desprecio los honores que se le tributaban en Mendoza. Allí se le nombró en 16 de enero de 1813, presidente de la sociedad patriótica y literaria que se acababa de formar ; pero Rozas estaba resuelto a pasar fuera de la vida pública sus últimos dias.

Tocaron éstos a su término en el mes de febrero, despues de una lijera indisposicion que le dió tiempo para prepararse espiritualmente y para dictar el mas modesto de los epitafios : *Hic jacet Johannes de Rozas, pulvis et cinis*, era su único contenido. Sus restos mortales fueron sepultados en las gradas de la iglesia matriz de Mendoza.

DIEGO BARROS ARANA.



III.

CAMILO HENRIQUEZ.



L primero de abril de 1811 fué para los habitantes de Santiago un dia memorable, que los contemporáneos colocaron entre los aniversarios de los grandes terremotos que habian aflijido el país, y de las mas espantosas calamidades de que se conservaba tradicion. Desde la época del fundador Pedro de Valdivia, la paz y la quietud habian reinado en la ciudad. Siglos contaban de fecha los combates que aquel conquistador tuvo que empeñar con los indíjenas, al zanjar los cimientos de la que destinaba a ser la capital de sus colonias. Despues, los vecinos de Santiago no habian visto soldados, sino en las paradas militares, ni oído el estampido del cañon, sino mui de tarde en tarde, cuando se anunciaba la muerte o la coronacion de un monarca de Castilla. La guerra no les era conocida mas que por noticias; pero nunca habian experimentado las ansiedades que causan las peripecias de una batalla trabada a corta distancia. Mas el 1.º de abril, despues de tantos años, los cañonazos y las descargas de fusilería habian resonado, no en las inmediaciones, sino en el centro mismo de la ciudad, en la plaza principal; y aquellos tiros no habian sido simples salvas de ordenanza, disparadas con pólvora, meramente para hacer ruido, sino mui serias y mortíferas. Los realistas despues de haber debatido con los patriotas a pura pérdida en *cabildos abiertos* la cuestion que los traia divididos desde algunos meses, habian tratado de ganarla a fuerza de balazos; y el coronel don Tomas Figueroa, insurreccionándose con una parte de la guarnicion, habia intentado ahogar la revolucion en su cuna. Mas con el favor de

GALERIA NACIONAL.



Dibujado i publicado por N. Desmadril

CAMILO HENRIQUEZ.

Dr. C. Henríquez
J

Dios los insurjentes habian desbaratado sus proyectos, e impedido que los conatos de independenciam fuesen aniquilados en jérmen. La crisis solo habia sido de horas, si contamos desde que los sublevados dieron los primeros indicios de motin; de minutos si únicamente atendemos a la duracion de la pelea. Pero lo inusitado del suceso, la gravedad de los intereses que se habian jugado en este arriesgon de fortuna, la zozobra de las consecuencias trascendentales que podia producir prolongaron por mucho tiempo el sacudimiento y la agitacion que habia orijinado. En todo ese dia primero de abril particularmente, la mitad de la poblacion que se consideraba vencedora, no alcanzó a recobrase del susto; y la mitad que se consideraba vencida, estuvo desasosegada por la fiebre de la desesperacion y del temor.

Si, cuando los ánimos estan acalorados por una fuerte excitacion, como era la que entónces dominaba a los santiaguinos, las circunstancias mas pequeñas llaman la atencion, los hechos notables por cualquier respecto despieratan una curiosidad profunda y aparecen con proporciones mas abultadas de las que se les habrian atribuido en cualquiera otra ocasion. Apuntamos esta observacion vulgarísima, para que el lector, recordando que el clero casi en masa con su prelado al frente se oponia a las innovaciones, se imagine el asombro que causaria ver aquella vez a un eclesiástico a la cabeza de una de las patrullas que, despues de terminada la funcion, recorrian las calles para evitar una segunda intentona. Era un hombre de cara pálida, de exterior grave, flaco de cuerpo, de talle poco airoso, mas bien bajo que alto; el sayal que le envolvia no pertenecia a ninguna de las órdenes religiosas establecidas en Chile; componíase de una sotana negra, decorada con una cruz roja sobre el pecho. La novedad misma de su traje contribuí a fijar sobre él la curiosidad de la multitud. Todos le señalaban, y decian su nombre cuando pasaba. Llamábase Camilo Henriquez. Aunque nacido en Valdivia, se habia educado en el Perú, y habia profesado en una de las comunidades de aquel país, que se denominaba los *Padres de la Buena Muerte* y cuyo deber era ausiliar a los moribundos. Estaba recién llegado, y se conversaba mucho de su persona en toda la ciudad. Era teñido por hombre mui *leído* y que *sabía escribir*. Habia abrazado con calor la causa de la revolucion, y se habia ligado con aquellos personajes que se singularizaban por sus opiniones exaltadas. Como se ve, habia mas que suficiente motivo para que su actitud en aquel dia memorable no pasara desapercibida. Sin embargo, se equivocaria grandemente quien juzgando a Henriquez por el aparato marcial de que apareció rodeado en su primera exhibicion pública, le tomase por un hombre de accion. La continuacion de nuestro relato probará que era todo, menos eso. Audaz por el pensamiento, atrevido en sus concepciones, valiente con la pluma en la mano, no habia recibido en patrimonio de la naturaleza esa fuerza de carácter que hace sostener una conviccion no solo con la palabra, sino también con las armas. Era un pensador a quien no le asustaba la lójica de las consecuencias, pero no un soldado que despreciase las balas.

Nadie puede poner en duda que el proyecto de separarse de la metrópoli

habria causado pesadillas, si se les hubiera propuesto, a la mayoría de los próceres del año diez, los cuales se habrian contentado mui bien con ciertas garantías constitucionales, con ciertas reformas municipales; que eran contados los que lo ocultaban en el fondo del alma; y que solo los mui arrojados osaban repetírselo al oído. Pues bien, esa idea que nadie emitia sino entre cuatro paredés y con grandes precauciones, Camilo Henriquez la espresó el primero por escrito, a la faz del pueblo y sin ambajes; fué él quien primero se atrevió a preguntar no a sus amigos de confianza, sino a toda la nacion qué fecha tenia, y qué firmas autorizaban el pacto que convertia a Chile en colonia de la España; fué él quien primero se atrevió a sostener que la dominacion española, léjos de apoyarse en algun derecho, pugnaba contra las leyes de la naturaleza, que habia colocado entre nosotros y ese rincon de la Europa la inmensidad del océano. Todas estas aseveraciones están terminante y largamente desarrolladas en una proclama manuscrita, que hizo circular, cuando se trataba de elejir diputados para el congreso de 1811, y que el historiador realista Martinez tuvo la buena inspiracion de copiar en su obra para que no pudieran hacerse objeciones contra su autenticidad.

Si se quiere comprender toda la valentía de semejante opinion, es preciso trasladarse con la fantasía a una época demasiado remota ya, no tanto por los años que han trascurrido, como por las preocupaciones que los progresos de la razon han estirpado. Entónces, para el mayor número, negar la soberanía de la España, era punto ménos que negar uno de los misterios de fe. Tal proposicion en la boca de un lego, se miraba como un avance asaz vituperable, en la de un sacerdote como una blasfemia horrible. Sin embargo, Camilo no se dejó intimidar por el respeto supersticioso con que los chilenos veneraban a un monarca que con solo su nombre los gobernaba desde otro hemisferio. Creyó que el mejor medio de probarles que el ídolo se apoyaba sobre un pedestal de cartón, era atacarlo de frente; y sin duda consiguió su objeto, porque cuando una de esas falsas divinidades es desconocida y no encuentra en el acto un rayo que fulminar contra el temerario que la insulta, desde ese momento su prestigio comienza a evaporarse.

Lo que Camilo Henriquez habia espresado por escrito en una proclama, lo dijo poco despues de viva voz desde el púlpito, aunque con mas prudencia y disimulo, el 4 de julio de 1811, cuando los diputados del primer congreso pasaron a la iglesia Catedral a implorar la asistencia del cielo, ántes de ir a ocupar sus asientos en la sala de sesiones. En ese sermon procuró demostrar con citas y pasajes de la Biblia la misma doctrina que ántes habia defendido con los argumentos del sentido comun; y sostuvo, con grande escándalo de muchos y aprovechamiento de algunos, que los pueblos poseian ciertos derechos que no podian enajenar por ningun convenio, y a los cuales nunca alcanzaba la prescripcion.

Estos estrenos arrojados probaron a todo el mundo que el recién venido no era un hombre adocenado, y le conquistaron una posicion notable. Aborrecido de muerte por los realistas, para quienes era un apóstata, estimado por

los insurjentes que le acataban como un publicista eminente, su nombre no era oído en parte alguna con indiferencia. El caudal de su ciencia le permitió hombrearse con los magnates mas encopetados por su riqueza o familia; y a los pocos meses el pobre fraile era uno de los mas influentes en los destinos de Chile.

El 13 de febrero de 1812 es otra de las fechas que ocupan un lugar prominente en las efemérides nacionales, y Camilo Henriquez es el protagonista del suceso que a ella se refiere. En ese dia vióse a la jente correr de calle en calle y de casa en casa, y leerse mutuamente, en alta voz, un periódico que llevaba por título la *Aurora*. Los unos escuchaban su lectura en medio del mas vivo entusiasmo; los otros con jestos de desprecio o de indignacion. Si al presente vamos a consultar ese papel que tanta ajitacion causó con su aparicion, no le hallamos por cierto nada de asombroso; pero los contemporáneos, al leerlo, debian necesariamente experimentar una impresion mui distinta que nosotros. Era el primero que se publicaba en el país, y sus columnas contenian ideas que ahora repiten los niños, pero que eran novedades para los sabios de entónces, y que encerraban una revolucion. Sobrada razon tenian, pues los realistas, en desazonarse con el nacimiento de semejante periódico; porque para ellos era mas dañoso que la fabricacion de armas o el levantamiento de un ejército. Su dominacion se apoyaba no tanto en la fuerza bruta, como en las preocupaciones que el tiempo habia consagrado. ¿De dónde habrian sacado soldados que hubieran resguardado militarmente esa vasta comarca que se estiende desde la península de California hasta el cabo de Hornos? El hábito y la ignorancia eran los guardianes que les conservaban tan bella conquista. Así, destruir el prestigio de los peninsulares refutando los errores que lo sostenian, demostrar que la España era para la América no lo que es una madre para su hijo, sino lo que un amo para su esclavo, valia mas para los innovadores que ganar batallas; puesto que la dominacion de la metrópoli estaba defendida, no por la fuerza material del cañon, sino por la fuerza moral de falsas creencias. Mas si los resultados merecian la pena de que se emprendiera esa lucha contra el atraso, el hombre que la tomaba a su cargo necesitaba de coraje. En aquella época como en cualquiera otra, pero mas entónces que ahora, el periodista, si no se esponia a la muerte, se esponia a los rencores, a las calumnias rastreras, a la difamacion encubierta. Camilo Henriquez, desde el principio, aprendió a costa suya que se compra demasiado caro y a precio de la tranquilidad, el honor de pensar en alto y de ser el maestro de un pueblo. Sin embargo, nada le arredró; miraba su consagracion a la causa pública, como un deber que le imponia su calidad de ciudadano; por cumplir ese deber renunció en el presente a todo sosiego, y despreció para el porvenir la persecucion.

El año siguiente, ese mismo literato que habia escrito el primer periódico nacional, tuvo tambien una parte mui considerable en la redaccion de la primera constitucion que haya rejido el país. Este código es una obra de circunstancias; disfrazada los principios revolucionarios bajo fórmulas hipócritas;

reconoce a Fernando VII, y acata sus derechos; pero al mismo tiempo proclama la soberanía del pueblo, la obligación en que está el monarca de aceptar la constitución que sancionen los representantes de la nación, y la prohibición expresa de obedecer a ningún decreto, providencia u orden que emane de una autoridad de fuera del territorio de Chile.

¿Cuáles son, pues, los antecedentes de ese sacerdote que no teniendo ni riquezas que ostentar ni un nombre aristocrático que le valga, se hace escuchar desde que llega al país, cuyos consejos solicitan los más encumbrados, y que se convierte en el legislador y el institutor de sus compatriotas? Su tierra natal era Valdivia; sus padres dos vecinos honrados y decentes de aquella ciudad; la fecha de su nacimiento el 20 de julio de 1769. Venido al mundo con una constitución débil, había descubierto a medida que iba entrando en la vida una capacidad notable y un humor inclinado a la tristeza. A los quince años, a petición de un tío materno suyo, sacerdote de la orden de San Camilo de Selis en Lima, pasó a esa ciudad para dedicarse al estudio.

Habiéndose habituado al recojimiento monástico, que se avenía bien con su carácter meditabundo y estudioso, no se resolvió a abandonar un claustro a que le ligaban la gratitud y la costumbre; y tomando por una vocación inmutable lo que no era sino una efervescencia de joven, a los seis años de su llegada al Perú, pidió el hábito en aquella comunidad. Cumplido que fue el noviciado prescrito por la regla, el futuro revolucionario, equivocándose sobre su natural inclinación, se comprometió para siempre con votos indisolubles en el ministerio sacerdotal.

Camilo Henríquez se entregó en el convento, no a la oración, sino al estudio. Aplicóse a la medicina y principalmente a las ciencias políticas, que procuró aprender, no en las obras de los santos padres, sino en las de los filósofos franceses del siglo pasado. No faltó una persona piadosa que avisara al tribunal del santo oficio que aquel fraile ocultaba y leía *libros prohibidos*. La inquisición de Lima, a la cual como a las demás de América, la absoluta escasez que había en las colonias de herejes, cismáticos y relapsos tenía falta de ocupación, se apresuró a entender en el negocio, y envió a uno de sus agentes para que inspeccionara la celda de Henríquez. Circulóse entonces que el resultado de la pesquisa había sido el descubrimiento de una petaca llena de obras abominables. Lo cierto es que Camilo fue citado ante el terrible tribunal, y acusado de una conducta que habría constituido un crimen grave en cualquier súbdito de S. M. C., pero que en un religioso era enorme.

Estranjero, desvalido, sin familia, sin ningún poderoso que le apadrinara, y sometido a un proceso terrible, su situación no podía ser más desesperada. Sin embargo tuvo la rara dicha de salvarse solo a costa de una simple amonestación. Esos mismos frailes de la Buena Muerte, que habían desempeñado con él los oficios de amigos, de protectores, de padres, le sostuvieron en el peligro, y no descansaron hasta obtener que fuera absuelto de la tremenda acusación.

Cuando Camilo hubo escapado de los rigores del santo oficio, merced a

los desvelos de sus hermanos, sintió un reconocimiento inmenso. El anhelo por corresponder de algun modo a tantos beneficios como les debía, absorbió todo su ser. Su corazón bien puesto ansiaba por mostrar que era digno de la protección que había recibido. No tardó en ofrecérsele la ocasión que buscaba. La comunidad se encontró de repente próxima a su ruina. Era deudora de una injente suma a la ciudad de Quito; y a solicitud de ésta, el rei espidió una cédula por la cual mandaba que se remataran los bienes de la órden para satisfacer aquel crédito. Camilo propuso a sus compañeros que le facultaran para ir en persona a hacer una tentativa de acomodo; y habiendo obtenido la comisión que solicitaba, no tardó en dirigirse a Quito, pidiendo al cielo que le concediera la gracia de salvar una órden a la que debía tanto como un hijo a su familia. Su deseo era tan sincero que, para realizarlo, trabajó como mas no puede exigirse a un hombre, superó todos los obstáculos, se ganó al obispo Cuero y Caicedo y a otros personajes de campanillas, y por su intercesión negoció un arreglo que todo lo allanaba y que nadie habría esperado.

Cuando Camilo hubo logrado su objeto, cayó en una tristeza profunda. Ya hemos dicho que su jenio era naturalmente melancólico, y ahora agregaremos que las persecuciones anteriores habían desarrollado esa propensión. Miétras le estimuló el sentimiento de la gratitud, conservó toda su actividad de alma y de cuerpo; pero cuando vió cumplido su deber, esa misma excitación, que ántes le había ajitado, calmándose a falta de pábulo, contribuyó a precipitarle en un completo desaliento y en el desengaño mas amargo de la vida. La sociedad llegó a serle fastidiosa, y se persuadió que no encontraría la paz, sino en el retiro y la soledad. Fijo en esta idea, resolvió irse a sepultar por el resto de sus dias en un convento de su órden, situado en las regiones casi ignoradas entónces del Alto Perú; pero ántes de ejecutar esta determinación extrema, a que le impulsaba el desencanto, por uno de esos antojos que asaltan a los enfermos del ánimo, quiso visitar por la última vez esa patria que sus recuerdos de niño le hacian tan querida. Con este fin se embarcó para Valparaíso, y llegó a Chile en principios de 1811, precisamente cuando la cuestión entre realistas y patriotas comenzaba a acalorarse. El atractivo de la lucha, el espíritu de propaganda, el amor de su país, no permitieron a Camilo permanecer espectador indiferente. Se le presentaba la ocasión de contribuir a la realización de las doctrinas que había leído en esos libros por los cuales había soportado la persecución y se había espuesto a un triste porvenir. ¿Cómo resistir a la tentación de predicar sus creencias, de hacer participar sus convicciones? Instintivamente y casi sin saberlo, se fué comprometiendo en la reyerta; y bien pronto relegó al olvido todos sus propósitos de convertirse en solitario. “No era decente, ni era conforme a mis sentimientos y principios, ha dicho él mismo esplicando este cambio, que yo no ayudara a mis paisanos en la prosecución y defensa de la causa mas ilustre que ha visto el mundo.”

Los hechos con que hemos principiado nuestra relación, prueban que Camilo Henriquez no fué un revolucionario tibio como tantos otros, sino que

lo despreció todo, sinsabores presentes y peligros futuros, por sostener y difundir las ideas liberales. Durante la primera época de la revolución, no cesó un momento de escribir en prosa y verso para atacar las pretensiones de la España, y para animar a los insurjentes en la contienda. A mas de la *Aurora*, redactó el *Monitor araucano*, y el *Semanario republicano*, que habia fundado don Antonio José de Irisarri, pero que este último escritor, por causas que no es esta ocasión de explicar, se habia visto forzado a suspender en el duodécimo número. En todos estos periódicos, prescindia por lo jeneral de las ocurrencias diarias, de las desavenencias domésticas de los patriotas entre sí, y evitaba toda polémica en cuanto le era posible. Reemplazaba estas materias, que en la actualidad constituyen el fondo del diarismo, por esplicaciones de los rudimentos del derecho público, que eran indispensables para colonos que, ignorando la cartilla política, aspiraban a organizarse en nacion. En lugar de entretener a sus lectores con las rencillas de los gobernantes y de los jenerales, les enseñaba la teoría de la soberanía del pueblo, de las diversas formas de gobierno, de la constitucion de los poderes; y los alentaba a perseverar en la empresa de la emancipacion, ora con proclamas calorosas, ora insertando cuantas noticias eran favorables a la causa americana, y cuantas presentaban a la España próxima a sucumbir bajo las plantas de los ejércitos franceses. Durante toda su carrera de diarista nunca desmintió su circunspeccion y su mesura; jamas su pluma se mojó en hiel para escribir diatribas y pasquines, en vez de artículos sesudos y razonados; nunca la personalidad ensució sus obras. Sin embargo, sus escritos carecen de orijinalidad; frecuentemente no hace mas que repetir las ideas de los filósofos franceses, y en todas sus publicaciones se descubre mui a las claras que sabía a Rousseau de memoria. Apuntamos el hecho sin que nuestro ánimo sea imputárselo como un reproche; porque entónces nadie se habria cuidado de abrir los libros endonde estudiaba; y él, estractándolos, contribuia a popularizar sus doctrinas, que eran nada ménos que los dogmas de la revolución.

Al mismo tiempo que Camilo Henriquez trabajaba en la prensa, ayudaba con sus consejos a todos los gobiernos que se sucedieron desde 1811 hasta 1814. Patriota entusiasta y de color subido contra la España, se entrometia poco en las disensiones de sus correligionarios, y cualesquiera que fuesen sus simpatías, no era de los mas empeñosos en manifestarlas. Siempre estaba con la autoridad establecida. Para él no habia mas cuestion que la independenciam, que la guerra contra la metrópoli, y todo lo demas lo miraba con desvío, casi con enojo. De ahí sin duda provenia ese indiferentismo político, que por otra parte cuadraba perfectamente bien a su jenio dejado y apático. Parece que solo se sobreponia a esa indolencia natural, a esa flojedad de intelijencia, que no le permitia muchas veces defender sus conceptos, hablar siquiera, por no tomarse el trabajo, cuando se trataba de la gran lucha en que estaba empeñada la América. Entónces era otro hombre; su pereza habitual se convertia en actividad, su debilidad en enerjía. Nadie le ganaba en decision; todas

las medidas que se adoptaban le parecían faltas de vigor, poco eficaces. Habría deseado contra los realistas una guerra más tenaz y agresiva, y para eso, que los insurjentes en lugar de pensar en gobernarse por juntas y congresos entreteniéndose en dictar constituciones, hubieran confiado la suerte de la patria a las manos de un dictador con facultades omnímodas. “¿Cómo pretenden, decía, estos pueblos nacidos esclavos y educados para la esclavitud rejirse como republicanos? Sus antecedentes, sus costumbres, su ignorancia, su relijion se lo prohiben. No hai para ellos otro camino de salvacion, que entregarse a la direccion de un hombre superior.” “Todas las desgracias que hemos soportado, escribia en 1815, provienen de que no hemos seguido esta línea de conducta. ¿Qué podría detenernos? ¿El temor de que el dictador se convirtiese en un monarca? Mas no se atreverá, y si se atreve y lo logra, merece serlo.” La esperiencia ha demostrado que las ideas emitidas por Camilo tienen mucho de falso; pero prueban un ardor revolucionario, extraño en un individuo de su temple, una impaciencia febril porque se rompieran los vínculos que nos ataban a la metrópoli.

Después del desastre de Rancagua, Henriquez emigró a las provincias argentinas. Durante la proscripción continuó sus estudios y trabajos por la libertad del nuevo mundo. Se dedicó a las matemáticas, a las cuales era en extremo aficionado, y se recibió de médico en Buenos Aires, aunque ejerció poco esta profesion. Por orden de aquel gobierno, compuso un *Ensayo acerca de las causas de los sucesos desastrosos de Chile*, opúsculo notable que todo historiador nacional debe consultar, y dió sucesivamente a luz dos dramas sentimentales bajo el título de *Camila* el uno, y de la *Inocencia en el asilo de las virtudes* el otro, como también la traducción de un folleto escrito en inglés por Bisset con la denominación de *Bosquejo de la democracia*. Algun tiempo después de su llegada un estatuto provisional, promulgado en la república del Plata, decretó el establecimiento de dos periódicos, destinados el uno a censurar los abusos de la administración, y el otro a defenderla, cuyos redactores eran nombrados y pagados por el ayuntamiento. La dirección del segundo se confió a Camilo Henriquez, que se puso a redactar juntamente una especie de revista mensual llamada *Observaciones*. Habiendo insertado en el cuarto número de esta última un artículo contra ciertos actos del directorio que pugnaban con sus convicciones, hizo dimisión de su cargo de escritor oficial; porque se le quería obligar a que, según su contrata, sostuviese en la *Gaceta ministerial* lo que había atacado en las *Observaciones*: él prefirió la miseria a envilecer su pluma. A los dos años el cabildo de la misma ciudad volvió a sacarle de su retiro, para encomendarle, con el sueldo de mil pesos, la redacción del *Censor*, que desempeñó desde febrero de 1817 hasta fines de 1818.

Corría el año de 1822, es decir, hacía cinco años que los españoles no dominaban en Chile, y cuatro que se había proclamado la independencia, y sin embargo Camilo no regresaba a su país. ¿Qué le detenía, pues, en el extranjero? La pobreza. Hacia esa época O'Higgins, que era director supremo

de la república, se acordó del ilustre periodista, y le escribió llamándole y quejándose porque no le había cantado en sus versos. Para que Henriquez pudiera costear el viaje, don Manuel Salas levantó entre sus amigos una suscripción que ascendió a 500 pesos. Vuelto a su patria, Camilo fundó el *Mercurio de Chile*, papel en que procuró particularmente dilucidar diversas cuestiones de economía política; fué nombrado bibliotecario y secretario de la convencion de 1822. Segun su sistema, no tomó una parte activa en los asuntos políticos, de modo que con la deposicion de O'Higgins su suerte no cambió en lo menor. Pero si se mostró prescindente en aquella crisis, no se mostró desagradecido con su protector caído. Fué por su empeño, como el jeneral Freire dió al ex-director ese célebre pasaporte, que tanto honra al vencedor y al vencido, en el cual se reconocen los servicios que la nacion debe al segundo. La redaccion de ese documento pertenece al padre Camilo.

Desde esta época hasta su muerte, tanto los mandatarios, como sus amigos, continuaron guardándole las consideraciones a que sus méritos le hacian acreedor; pero a pesar de todo, el fin de su vida fué triste. Con la edad sus dolencias se agravaron. A las enfermedades del cuerpo se agregaron las del ánimo. Se puso hipocondriaco y bilioso. Todo le incomodaba, nada le complacia. La miseria le hizo sentir todos sus rigores. Aunque era mui parco en su comida y mui humilde en su vestido, su renta no alcanzaba a satisfacerle sus necesidades; pues a mas de ser escasa de por sí, se quedaba en su mayor parte entre las manos de dos criados que le robaban descaradamente. Desde su venida de Buenos Aires, habia dejado el traje eclesiástico, lo que hacía que algunas jentes no le tuvieran en mucho olor de santidad; pero murió con todas las apariencias de un hombre relijioso y de un católico sincero, recibiendo devotamente los sacramentos de la iglesia.

La muerte de ese escritor que durante su vida habia causado tanto ruido, que se habia conquistado tantas simpatías, que habia despertado tantos odios, pasó desapercibida. Ninguna demostracion de dolor público solemnizó su entierro; ningun periódico se dignó consagrar una necrolojia, un simple aviso siquiera al fundador del diarismo en Chile. La fecha de la muerte de este patriota eminente habria quedado ignorada completamente, si en el registro del cementerio, ese libro donde a nadie se le niega su lugar, donde se apunta indiferentemente y mezclados unos con otros a grandes y pequeños, no se hallara en la partida correspondiente al 17 de marzo de 1825, un renglon que dice: *Camilo Henriquez de 40 años de edad, parroquia de Santa-Ana.*

Nada tendríamos que observar sobre esa corta línea, porque en ese libro de los difuntos ocupan igual espacio los hombres célebres y los hombres oscuros, los presidentes y los mendígos, los que mueren en la cama o en el banco, si el cura, como si dudara a qué categoría pertenecia Henriquez, no le hubiera suprimido al mismo tiempo el *don* de que siempre hace preceder los nombres de las personas acomodadas, y el *frai* que pone delante de los miembros de las órdenes relijiosas.

MIGUEL LUIS AMUNATEGUI.

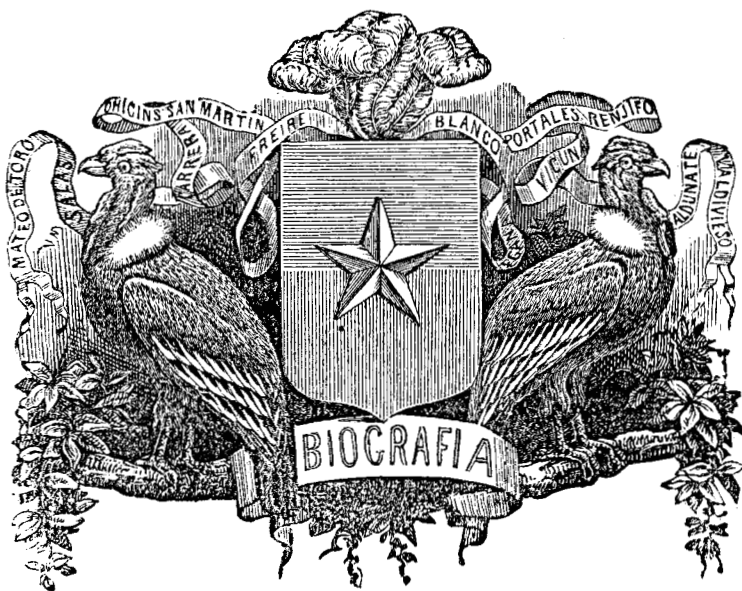
GALERIA NACIONAL.



Dibujado i publicado por N. Desmadré.

JOSÉ GREGORIO ARGOMEDO.

José Greg. Argomedo



IV.

D. JOSÉ GREGORIO ARGOMEDO.



IAJERO anheloso, joven entusiasta, que llevas en tu alma el tesoro de la esperanza, sígueme; entremos al modesto pero augusto templo de las ilustraciones de la revolución chilena, en el que debe figurar el retrato de este hombre de principios liberales, de profundas convicciones republicanas, de carácter franco y elevado, de vida dramática, de infeliz estrella, triplemente benemérito a la patria.

El doctor Argomedo pertenece al número de los patriotas de la primera edad. Es uno de los pocos que pensaban en aquellos tiempos en que el pensamiento estaba aherrojado, de los que miraban con hastío el despotismo colonial y las supersticiones religiosas, el primero que arrojó el guante a la cara de los tiranos.

Su vida comprende tres períodos: el de sus estudios y primeros ensayos forenses hechos bajo el sistema español; el segundo que puede llamarse de propaganda y de lucha; y el tercero, durante el cual rindió eminentes servicios en la magistratura, después de constituida la independencia del país.

A principios de este siglo jemia aun Chile bajo la opresión mas absurda. La ignorancia forzada embargaba las inteligencias. Unas que otras, rompiendo los lazos que las mantenían en la baja esfera del servilismo, se elevaban sobre las tinieblas hasta llegar a un mundo de luz, que acaso era para ellas misterioso y deslumbrador. Un jeneroso instinto las aconsejaba elevar a sus

hermanas a esa rejion superior; y al efecto comenzaron a esparcir, en voz tan baja que no la aperebiese el opresor celoso del pueblo, las nuevas traídas de ese país encantado, en donde ellas habian respirado con ansia el aire de la libertad. ¡Glorioso es recordar aquellas íntimas conversaciones alimentadas por el mas santo entusiasmo, habidas en la oscuridad y en el retiro, esas que presidia el venerable presbítero Larrain, en las que se trataba nada ménos que de rejenerar una buena parte de la humanidad, sin mas elementos que la voluntad y la fuerza moral!

A esas reuniones masónicas, imájen de los clubs democráticos modernos, asistia tambien don José Gregorio Argomedo, y allí oia con atención las lecciones de libertad que se daban unos a otros, en lenguaje inspirado.

Así corrian los años, y el de 1808 se acercaba presuroso, trayendo en su seno el agua bautismal. Argomedo hacia esta fecha ya era hombre; tenia cuarenta y un años. Fuerte en sus creencias, rodeado de una brillante reputación de abogado adquirida con justicia, se hallaba en una posicion espectral. Era Carrasco el que a la sazón gobernaba estas comarcas. Hombre oscuro y adocenado, sin mas títulos a su puesto que "ser cristiano a pesar de haber nacido en tierra de infieles, blanco a pesar de haber nacido en tierra de negros, y español aunque oriundo de Africa," según la epigramática expresion que Argomedo usó en su panejórico, llegó a Chile en mala hora. Mandatario torpe y desvergonzado, concitóse en breve la animadversión jeneral. El pueblo y la parte ilustrada de la sociedad se sintieron heridos en el corazón por las arbitrarias medidas del presidente; y cuando éste llegó a cometer el atentado de desterrar a tres de los mas ilustres miembros del cabildo, entónces la exasperacion llegó al colmo.

Las últimas noticias venidas de la península, alarmantes en cuanto a su estado interior, debian decidir de la marcha de los negocios en esta parte del mundo.

El cabildo, que contaba entre sus miembros la flor de los patriotas, y cuyo seno habia desgarrado Carrasco, tomó la iniciativa en el combate. Desde ántes, esa corporacion habia ya acordado medidas de trascendencia en favor de los futuros sucesos; y esa solicitud elevada al gobierno por el procurador Ovalle, con objeto de que se mandasen retener ciertas lanzas que el presidente queria remitir a España, solicitud que fué ideada por Argomedo, no probaba otra cosa sino el ánimo de dejar a la mano poderosos elementos de guerra. El vacío que la destitucion de Ovalle, uno de los tres apresados por Carrasco, habia dejado en el ayuntamiento, vino a ocuparlo un personaje de bastantes antecedentes y enerjía, para afrontar la tormenta que se preparaba. El doctor Argomedo, que habia ayudado al cabildo redactando las representaciones que se habian hecho a Carrasco y a la audiencia, iba a desempeñar en adelante un rol eminentemente activo en la procuraduría de ciudad. En efecto, fuése de frente a la autoridad y reclamó la libertad de los reos. El traidor mandatario se la ofreció; pero en esos mo-

mentos la corbeta *Miontina* daba la vela con ellos hacia el Callao. Argomedo y Eizaguirre fueron comisionados para llamarle a juicio ante el cabildo. El presidente resistió altanero, y dió a los patriotas la despedida que dan los grandes.

La audiencia, cuerpo enteramente español, debía decidir el caso. A sus estrados fueron a derramar los comisionados mil sentidas quejas contra el presidente. Los oidores vacilaron; pero el miedo a la efervescencia pública venció el respeto a la autoridad y Carrasco fué citado.

Cuando pudo esclamarse *Ecce homo*, fué cuando Argomedo llamó a juicio al presidente Carrasco. Entónces la figura de aquel apareció radiante sobre la multitud. En este lugar cumple a mi propósito hacer su retrato. El doctor se alzó de su asiento: su figura era alta e imponente, sus ojos pequeños pero penetrantes despedían todo el fuego de su alma, su frente blanca y espaciosa radiaba con la auréola que ciñe a los héroes en las grandes circunstancias, su boca pequeña se contraía por la emoción. Torrente nos ha conservado los últimos rasgos del discurso elocuente y enérgico del tribuno. Principió por pedir a gritos la libertad de los reos, la declaración de su inocencia, y en medio de los aplausos exigió la destitución del asesor Campos, del escribano de cámara y del secretario de gobierno. Agotó los recursos de su elocuencia de fuego para pintar las infracciones cometidas por el presidente en la formación del proceso contra los reos, recordó las viles promesas de Carrasco, a despecho de las cuales los miembros del cabildo habían sido desterrados, puso en relieve el vilipendio con que esta corporación y la sociedad toda habían sido abatidas por el indigno mandatario. Por fin, dijo: "La seguridad ha desaparecido avergonzada de entre nosotros;" y al concluir exclamó: "Si no se ataja este engaño, señores, ¿cuál será el ciudadano que no tenga su vida y honra pendientes de la delación de un enemigo, o de un vil adulator de aquellos que aspiran a elevarse sobre las ruinas de sus semejantes? Yo mismo seré talvez su víctima en un cadalso público hoy o mañana, porque defendiendo los derechos de un pueblo religioso, noble, fiel y amante a su rei; pero moriré lleno de gloria y satisfacción, si mi muerte sirve para redimir a la patria del envilecimiento e infamia a que se la quiere conducir; porque en tanto estimo la vida, en cuanto puede ser útil a la misma patria."

Carrasco rodó desde la altura, y la elevación del presidente chileno don Mateo de Toro auguró felices resultados a la causa patriota. El cabildo obtuvo desde luego que el nombramiento de asesor y secretario de gobierno recayese en dos de sus miembros. A Argomedo cupo este último puesto; él fué encargado de dirigir con sus consejos la marcha de los negocios. ¡Difícil situación en momentos aciagos!

La España acababa de nombrar un consejo de rejencia, en representación de su malaventurado monarca. Chile debía reconocerlo o declararse desde ese momento en rebelión. El cabildo iba a pronunciarse en el asunto:

se dividió en dos bandos. Los mas exaltados abogaron con Infante por el no reconocimiento, y la conducta de ellos fué digna de encomio, porque siempre será loado el que combata a cara descubierta y con osadía por sus principios. El otro bando lo apadrinó Argomedo. Mui bien sabía éste que las masas no habian aun sacudido el yugo de las preocupaciones, que las ideas liberales no tenian aun en la parte ilustrada el prestigio que arrastra por la via de los sacrificios. Los alcaldes y rejidores que adoptaron el partido del doctor, dijeron bajo su inspiracion: "Dando este paso, en nada menoscabamos nuestros derechos; nuestra posicion será la misma, y podremos obrar siempre en el mismo sentido. ¿A qué pues, derramar la desconfianza, creándonos nuevas dificultades? Si el capitán jeneral insiste en llevar a cabo la opinion que ha manifestado, retrocedemos en vez de avanzar; no podremos contar con su cooperacion, y se rompe la union en que hemos cifrado tantas y tan lisonjeras esperanzas." El cabildo no hizo pues otra cosa que segundar la política del secretario.

Durante la presidencia del conde Toro se cambiaron mas que nunca officios entre el gobierno i la audiencia, ésta i el cabildo, el cabildo i el gobierno. Argomedo era el quicio sobre que jiraban todos estos negocios. I para que se vea cuál era el plan que se habia propuesto para llegar a sus fines, y cómo era que su rol, bajo el manto de la conciliacion, representaba las grandes ideas reformistas, no hai mas que meditar sobre el proyecto que presentó el 14 de setiembre de 1810, dirigido sagazmente a separar al capitán jeneral de la política del rejente y oidores de la audiencia. En la parte quinta de ese proyecto está formulado el pensamiento del gran congreso americano, de que ántes jamas se habia hablado. ¡Hé aquí un timbre del eminente patriota!

Se ha buscado la cuna de aquel gran pensamiento en casi todas las cabezas fuertes de la época. Yo reclamo para Argomedo la gloria de haberlo concebido. Ese proyecto de conciliacion es un documento irrefragable, y la autoridad de Bolivar, el profundo conocedor de la época, es concluyente a favor de mi aserto. Estando el año 26 reunido en la Magdalena con los diputados de varias secciones de América, dijo un dia al doctor Argomedo: "De U. fué la honra de haber indicado primero el pensamiento cuya realizacion va a ser mi mayor gloria."

I no era Argomedo tan solo hombre de estado, que tambien poseia una filosofía mui superior a la dominante entónces. ¿Quién no estrañará oír en esos tiempos el reto desenfadado que echó al provincial de San Agustin, que, alarmado por los rumores de una reforma gubernamental, acudió al gobierno diciéndo que se consultase a él y a su comunidad? "Hágase saber, dijo el secretario de gobierno, al devoto padre provincial se estraña mucho juzgue que se trata de mudar el gobierno español en este reino; que solo se procura establecer la tranquilidad pública; y que para lograrla hará que su devota comunidad interponga sus oraciones y ruegos con la Majestad divina, conforme al saludable y único objeto de su instituto."

I eran en verdad serios los temores del reverendo. El nombramiento de capitán jeneral que el consejo de rejencia hizo en la persona del jeneral Elío alarmó la sociedad, y los patriotas proclamaron la necesidad de una junta de gobierno. La audiencia quiso arrancar a Toro un bando en que prometiese la inamovilidad de las cosas. El cabildo combatía esas sugestiones, y su antiguo procurador inclinaba en ese sentido el ánimo del presidente. El conde vióse en apurados conflictos: su voluntad era juguete de encontradas y poderosas influencias. Cedió por fin al cabildo y consintió en la celebracion de un congreso para tratar la importante materia del día. El congreso tuvo lugar, y en él se decretó que se tendría un cabildo abierto el 18 de setiembre. Nuevas vacilaciones del conde. Argomedo le devolvió la cartera de un modo brusco, con objeto de intimidarle.

La cita estaba dada para el salón del Consulado. Desde temprano la multitud acudió a presenciar el acto solemne. El conde de la Conquista y su secretario, doctor Argomedo, presidieron la sesión. El primero abandonó su bastón de mando, diz que con cierta entereza. Habló en seguida el doctor, y después de haber dado gracias al pueblo por la confianza que había manifestado al capitán jeneral Toro, dijo: "El presidente ha cesado en el ejercicio de sus funciones: toca al pueblo decidir la forma de gobierno que deba adoptarse, y elegir las personas a quienes debemos confiar la dirección de los negocios públicos". Se desprendió en seguida de su destino y se fué a confundir con los demás ciudadanos para saludar más gratamente en medio de ellos la aurora de la libertad.

En pos del doctor hablaron otros patriotas. Se pasó a la orden del día. Era necesario todavía salvar las apariencias; y la junta se eligió en nombre del muy adorable monarca Fernando. Toda ella fué compuesta de los más denodados patriotas: al doctor Argomedo y al doctor Marín cupo ser secretarios de ella. El primero tuvo la satisfacción de estender el acta de la junta; y desde ese día llevó sobre sí todo el peso de la administración en jeneral.

Rozas y sus secretarios, como muy bien se ha dicho, personificaron entonces la revolución; pero hasta el 30 de octubre, en que llegó el primero a Santiago, Argomedo la representó por sí solo. Y aun más, necesitándose poner a Rozas de acuerdo con el gobierno, antes de su llegada a la capital, aquel fué diputado al objeto; y en su ausencia se comprometió la junta a no despachar sino lo muy urgente, llamando a reemplazarle al oficial mayor de la secretaría.

Más tarde fué necesario reunir un congreso, porque la junta no satisfacía por sí sola las necesidades del país. Efectivamente verificáronse elecciones de diputados, y el 4 de julio de 1811, Argomedo tomó juramento en la iglesia metropolitana a esos delegados para el primer congreso nacional.

Mientras tanto no andaban tan acordes los patriotas, que no llevasen sus rivalidades personales y de ideas hasta conmover la cosa pública. Rozas que había sido vencido en el campo electoral, proyectó la disolución del

congreso, y formacion de un nuevo gobierno del que sería él jefe y los vocales don José Gregorio Argomedeo, don José Antonio Rojas y el presbítero Larrain. La empresa abortó.

Sin embargo, aquel orden de cosas no debia durar mucho tiempo: habia de llegar un aventurero feliz que trajera asalariada la fortuna. Carrera vino, vió y venció. Trajo a su alrededor a los que por sus ideas y antecedentes creyó mas aptos para dar fuertes y certeros empujes a la máquina revolucionaria. Argomedeo fué secretario de este nuevo gobierno.

Mas pronto surjieron de entre los nuevos personajes elevados al poder intereses opuestos a los de Carrera. Este sacudió el látigo, y los partidarios de Rozas vinieron por el suelo. Argomedeo, amigo íntimo de ese jefe de partido, aunque no su seide político, debió tambien ser envuelto en su ruina. Pero el jóven gobernante, apreciador del carácter y servicios del doctor, le comprometió a servir la secretaría de la intendencia de Valparaíso, empleo entónces de suma importancia, y que Argomedeo aceptó bajo condicion de que no se le diese sueldo, como habia hecho en todos sus destinos anteriores.

Colocados en este punto, echemos una mirada retrospectiva y contemplemos la figura que he bosquejado a la lijera. ¿Cuál es en Argomedeo el hombre, cuál es el patriota, cuál la porcion de gloria que puede asignársele en la grande obra de nuestra emancipacion? El doctor pertenecia a la clase mas adelantada de su tiempo, es decir, a la de aquellos que, a despecho de las trabas y restricciones impuestas a la educacion se habian creado de contrabando, por decirlo así, un caudal de conocimientos superiores en filosofía, política, literatura y jurisprudencia. Eso fué lo que enjendró desde temprano en el corazon de Argomedeo el delirio de la libertad, y la vejez, ese invierno de la vida, no pudo apagar el fuego de su alma, siempre jóven y entusiasta.

Creo firmemente que él concibió, uno de los primeros, la idea de emancipar a su patria, que acarició en secreto su pensamiento, que tambien lo comunicó con prudencia y aun que escribió algo sobre él, porque existen entre sus papeles apuntes mui antiguos sobre la revolucion americana; y cuando sintió que los diques del poder falseaban fué el primero en practicarles brecha y concitarles el desbordamiento jeneral.

En literatura tuvo el doctor Argomedeo conocimientos bastante completos. Las piezas que nos ha dejado merecen un lugar distinguido entre las de aquella época, y aun podrian colocarse ventajosamente entre las producciones de hoi dia. Suyo fué el oficio en que se dió cuenta a la rejencia de España de la instalacion de la primera junta, y suya la convocatoria para el primer congreso nacional. La facilidad que tenia para redactar, era proverbial en aquel entónces.

Como abogado llegó a adquirir una reputacion inmensa. En la profesion, él y Vera, su amigo, ocuparon por mucho tiempo el trono de la moda.

Volviendo ahora a seguir el hilo de mi narracion, llegamos ya al año 14. Densas nubes se amontonan en el horizonte de la patria por el desastre de

Rancagua; se oyen los jemidos de los moribundos; los pocos patriotas que sobrevivieron a la fatal catástrofe, se alejaron de este suelo desgraciado. Entre la muchedumbre va confundido el doctor Argomedo y dos de sus hijos; ¡qué vayan seguros de encontrar asilo, porque hai pueblos que ya no son esclavos!.....

Llegado el doctor a Mendoza, abrió su bufete, y no solo pudo sobrellevar él las miserias de la proscripción, sino que fué útil a muchos de sus compatriotas. Empero no debia tardar mucho en volver al seno de la patria. Los godos tenian que espiar en las cuevas de Chacabuco sus últimos momentos de dominacion. O'Higgins subió a la silla directorial a consecuencia de aquella batalla. Erijó un gobierno omnipotente: creó para las rentas públicas un fiscal de amplios poderes, que dictaba en ese ramo las providencias del gobierno. El doctor Argomedo fué llamado a ese destino. Por ese tiempo se enajenaron los terrenos de Maipo, y cuando O'Higgins le propuso y aun le rogó que se quedase con alguna hacienda en aquel lugar en razon, le decia, de que la nacion le era deudora de sacrificios personales y pecuniarios, el doctor le contestó: "los empleados, los jueces no deben hacer negocios."

Efectivamente, el desinterés era cualidad prominente en el doctor. Entró a la revolucion con una fortuna bastante regular; y cuando murió, despues de haber trabajado incesantemente en su bufete, y en servir destinos públicos, no tuvo otra cosa que legar a sus hijos que su honradez y buen nombre.

O'Higgins honró a Argomedo con los destinos mas honoríficos. Le hizo oficial de la lejion de mérito, posteriormente ministro de la corte de apelaciones, y por fin miembro del supremo poder judicial, que conocia de los recursos de injusticia notoria, tribunal que compusieron algunos de los hombres mas distinguidos de aquel entónces, tales como don Francisco Antonio Perez, don Joaquin Echeverria, etc.

A fines del año 22, dividido Chile como siempre, en dos partidos, el liberal y el conservador, el jeneral Freire, jefe del primero, se acercaba a la capital para derribar a O'Higgins. Este dió plenos poderes al doctor Argomedo para transijir con aquel la cuestion política. El plenipotenciario emprendió su viaje al sud, pero al llegar a Quechereguas, supo que Freire se habia embarcado para Valparaíso.

El bizarro jeneral escaló el poder; y cuando debiera creerse que Argomedo como o'higginista estuviese caído, se le vió electo diputado por el pueblo de su nacimiento para la constituyente de 23. A este congreso se llamó a los hombres mas importantes del país.

El director Freire nombró tambien al doctor Argomedo su primer consejero de estado, y durante el período constituyente tuvo éste varias veces el cargo de vice presidente.

Debiendo el congreso elejir los miembros de la corte suprema de justicia, el doctor fué nombrado presidente viviendo Vera, Camilo Henriquez, Egaña y otros ilustres doctores.

Debo tambien recordar que desde el año 17 hasta su muerte, fué varias veces rector de la universidad de San Felipe.

Abolida la constitucion de 23, asumió el gobierno facultades estraordinarias. Tuvo a bien remover varios empleados del tribunal, pero al doctor Argomedo le dejó de ministro. Elejido de nuevo constitucionalmente el tribunal por el congreso de 29, volvió el doctor a ocupar la presidencia.

Desde el año 23 para adelante, fué elejido constantemente diputado por algun departamento de Colchagua, y el año 27 senador por la asamblea de la provincia.

Esta carrera de honores y dignidades marca elocuentemente el puesto distinguido que el doctor Argomedo ocupaba en el ánimo de sus conciudadanos. ¿Qué me resta que agregar a la vida de mi hombre? la jeneracion presente juzgará; yo he cumplido mi objeto con hacer su retrato y ponerlo a la espectacion. Los hechos son los que hablan; “y los conoceras por sus hechos,” dice el Evanjelio.

Argomedo educó su alma en los principios de libertad, y profesó este dogma hasta su muerte. Fué severo con la autoridad, y alguna vez tuvo que sufrir en las borrascas políticas los contrastes que sufren los que no adulan.

Jamas se olvidaron los acentos del procurador de ciudad, y en los momentos mas graves resonaba la voz del tribuno. El 18 de setiembre sus palabras saludaron las primeras la aurora de la libertad; el 4 de julio de 1811, pronunció otro discurso ántes de recibir el juramento a los delegados para el primer congreso; y por fin el día grande de Chile, el 12 de febrero de 1818, cuando el pueblo y las autoridades se reunieron en un anfiteatro en la plaza mayor, para declarar majestuosamente la independenciam del estado, el doctor Argomedo fué como ministro público, encargado por la suprema magistratura, para proclamar a la faz del mundo la jura solemne de la libertad.

Y así corrió el último tercio de su vida el venerable anciano, gozándose en el respeto y consideracion de sus compatriotas, que mas tarde habian de ser ingratos con él, olvidándole. Su muerte fué tranquila, digna de un grande hombre. El 5 de octubre de 1830 contaba poco mas de sesenta y tres años y ese dia cerró sus ojos, en este mundo, al sol de la libertad. Y murió satisfecho de haber cumplido su mision; y cuando vió que dejaba la independenciam de su patria afianzada, pero que ya se le escapaba la vida, talvez recordó las palabras que le dirijió Bolívar: “Si en cada república hubiese habido dos hombres como U., la emancipacion se habria consolidado diez años ántes de Ayacucho.”

MARCIAL MARTINEZ.

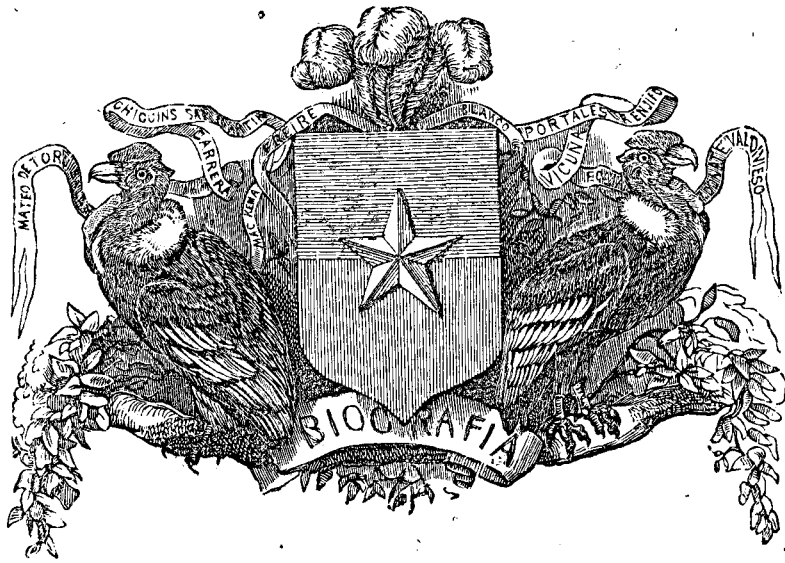
GALERIA NACIONAL.



Dibujado y publicado por N. Desmadril.

JOSE ANTONIO MARTINEZ DE ALDUNATE.

D. D. Joseph Ant.º Aldunate



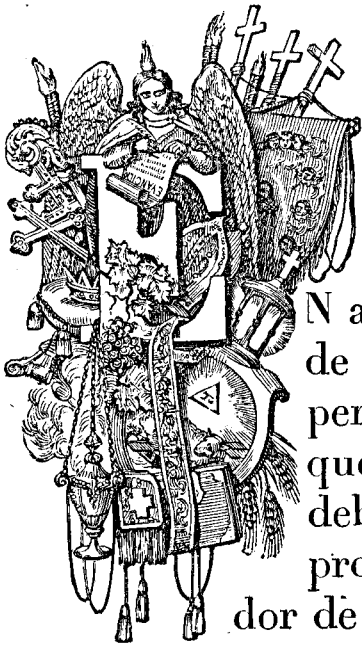
V.

D. J. A. MARTINEZ DE ALDUNATE,

OBISPO DE SANTIAGO.

No, nosotros no debemos conocer otro empleo, otra función, ni tener otro interés que el de Dios. Si nosotros guardásemos esta ley de nuestro santo ministerio, no veríamos todos los días invadidos los derechos y la autoridad del sacerdocio, que son los de Jesucristo.

BOSSUET, *Elévations sur les mystères*—§ VI.



En aquel memorable cabildo abierto que tuvo lugar el 18 de setiembre de 1810, una numerosísima concurrencia esperaba, con visibles muestras de ansiedad, las propuestas que hacía don José Miguel Infante de los personajes que debieran formar la primera junta gubernativa. Ruidosos y prolongados aplausos se siguieron a las palabras del procurador de ciudad, cuando propuso para vice-presidente al obispo electo de Santiago, doctor don José Antonio Martínez de Aldunate.

Y no porque hubiese entrado el resorte y la cábala en su nombramiento, puesto que Aldunate estaba fuera de Chile desde siete años atrás. Fueron sus talentos y virtudes, su carácter elevado y sus distinguidos antecedentes, los que le hicieron acreedor a esta honra.

El obispo Aldunate, en efecto, pertenecía a una de las familias mas encumbradas de la colonia: era chileno de nacimiento: poseía una ilustracion vastísima para la época y el pais: era doctor *in ambabus*, como entónces se decia; esto es, en derecho civil y en ciencias sagradas: habia alcanzado las dignidades mas prominentes en la carrera eclesiástica y en la enseñanza: fué dean de la catedral de Santiago y rector de la real universidad de San Felipe: se hacia notable por su espíritu liberal y avanzado, por su trato franco, por sus elevadas virtudes, por sus afables y corteses modales. Estos eran sus verdaderos méritos.

Nació don José Antonio Martínez de Aldunate en la ciudad de Santiago, por los años de 1730. Eran sus padres don José Antonio Martínez de Aldunate, y doña Josefina Garces y Molina, de noble estirpe y de fortuna considerable: entre sus deudos contábanse en aquella época un oidor de la real audiencia, un dean y un arcediano de esta iglesia catedral.

A las ventajas que le daba su nacimiento, unió en breve las de una educacion escojida. Sus estudios fueron los mas completos que se hacian en el pais, y sus adelantos precoces: cursó latin, filosofía y teología en el convictorio jesuítico de San Francisco Javier, con tanto aprovechamiento que siempre alcanzó el aplauso en los exámenes o actos públicos a que se sometia al estudiante.

Su familia concibió las mas lisonjeras esperanzas de su singular aplicacion, y de sus rápidos adelantos. En efecto, Aldunate era un teólogo de nota y un jurista distinguido ántes de los veinte y cinco años. En esa edad fué graduado de doctor en la universidad de San Felipe.

El jóven Aldunate se habia sentido con vocacion a la carrera eclesiástica desde sus primeros años. Educado en el colejio jesuítico, habia palpado de cerca las ventajas del sacerdocio para el cultivo de la intelijencia. tenia por maestros a los hombres mas sábios del reino; y si no quiso abrazar la vida del claustro, se resolvió al ménos a recibir las órdenes sacerdotales. La virtud, que habia echado hondas raices en su corazon, y el amor a las ciencias lo indujeron a pronunciar sus votos.

Entónces, su saber era aplaudido por todo el clero de Santiago: en un exámen jeneral de teología a que asistió el obispo Aldai, Aldunate llamó su atencion y la de todos los presentes. La fortuna favorecia, pues, sus esfuerzos desde sus primeros pasos en el mundo.

Desde aquel dia su carrera fué la de los honores y distinciones; el pres-tijio de su familia y su ilustracion, lo elevaron a las mas altas dignidades de la iglesia de Santiago. En 1755, un año ántes de celebrar su primera misa, obtuvo el empleo de promotor fiscal eclesiástico. Canónigo doctoral, dos años despues, asesor de la audiencia episcopal, provisor y vicario, gobernador del obispado en dos ocasiones, por ausencia de los obispos Aldai y Sobrino, comisario jeneral del santo oficio, canónigo tesorero, chantre, arcediano,

y finalmente dean en 1797, habia recorrido en cuarentá y dos años los mas honrosos puestos de la carrera eclesiástica.

Tantos honores no eran el premio de una vida de cilicios y mortificaciones: al canónigo Aldunate, por el contrario, no se le miraba como miembro de la parte ríjida y austera del clero de Santiago. Su reputacion le venia de su saber, de su caridad y de su conducta sin mancha; pero era liberal en sus ideas, compuesto en el vestir, afable y cortesano en sus modales: jamas se hizo notar por fastuoso si bien gustaba de algunas comodidades: su jardin era uno de los mejores de la ciudad, y su casa era de ordinario el lugar de reunion de sus numerosos amigos. Solia distraerse con juegos inocentes que no fueron para él objeto de lucro, sino de mero entretenimiento; y su reputacion no sufrió menoscabo alguno en el concepto de los hombres que lo miraban como sacerdote moral en sus costumbres, franco en su trato, caritativo con la indijencia, erudito doctor, orgullo y lumbrera de su patria.

Los estudios, en efecto, habian hecho de Aldunate una notabilidad en derecho civil y canónico, y uno de los maestros mas distinguidos del reino. En 1755, a los veinte y cinco años de edad, fué nombrado examinador en sagrados cánones en la real universidad de San Felipe, por el capitán jeneral Ortiz de Rozas: al siguiente año, cuando el presidente don Manuel de Amat hizo los primeros nombramientos de los catedráticos que debian enseñar en la misma universidad, le encargó la cátedra de instituta. De documentos auténticos consta que lá rejentó con jeneral aceptacion por el término de doce años.

Desempeñaba aquel cargo, cuando fué nombrado rector del cuerpo universitario, en la eleccion anual de 1764. Jóven entónces, Aldunate se veia elevado á una dignidad a que no alcanzaron sus predecesores, sino despues de largos años de estudio, y en una edad próxima a la decrepitud. Con mayor empeño que aquellos, emprendió trabajos en la reforma de estudios, y en la construccion y mejora del claustro. Con este motivo fué reelecto al siguiente año, y nombrado por tercera vez, por el gobernador Guill y Gonzaga, con desprecio de los estatutos de la corporacion.

Aldunate se sentia impulsado en su carrera literaria por cierto amor de gloria que le daba alientos para proseguir en el estudio: en 1768 hizo oposicion a la cátedra de prima de leyes, que dejaba vacante la muerte del doctor don Santiago Tordesillas, sometiéndose gustoso a las mas apremiantes pruebas. Los doctores que componian la comision examinadora, tuvieron que admirar el alto grado a que habia llegado el saber del pretendiente: en la lectura de su discurso, fué interrumpido por los aplausos, y ántes de concluir, se le avisó que la comision se hallaba completamente satisfecha de su primera prueba. El claustro universitario admiró sus otros exámenes, y le confirió la propiedad de la cátedra.

El desempeño de esta lo ocupó hasta el año de 1782, en que fué

acordada por unanimidad su jubilación. Durante ese tiempo se manifestó empeñoso en la enseñanza, y laborioso en el estudio. La tradición ha conservado hasta el día, el recuerdo del tino superior y la paciente laboriosidad con que ilustraba al discípulo en ese sutil embolismo del sistema escolástico.

Pero no solo se distinguió en la enseñanza : en el tribunal eclesiástico habia dado pruebas de gran prudencia para resolver con sijilo y por los medios de una honesta transaccion, las escandalosas cuestiones que solian suscitarse. Paciente y tolerante con los contendientes, resolvia al fin en términos corteses y afables, amonestando con dulzura y aun con palabras chistosas, que no ofendian a las partes, ni a su propia dignidad.

Esa misma jovialidad le era característica : en él la alegría fué habitual, porque era el reflejo de su conciencia ; mas nunca la llevó a los asuntos graves que tanto ocuparon su espíritu. Encargado del gobierno de la diócesis en 1771, por el obispo Aldai, que pasaba a Lima para asistir al concilio provincial, se condujo con notorio acierto. Los principios liberales en materia contenciosa con el poder temporal, le valieron las honrosas palabras que siguen, tomadas de un informe que aquel ilustre prelado dirigió al rei : « Regresado de Lima al cabo de dos años, hallo que ha gobernado la diócesis con celo conservando la disciplina eclesiástica, el buen arreglo del clero, y velado sobre la conducta de los curas ; con prudencia, pues no ha tenido competencia alguna con las justicias reales, ni con las relijiones ; por cuyo motivo me han aplaudido todos su gobierno y principalmente vuestro gobernador y capitan jeneral de este reino, y los ministros de esta real audiencia quienes han podido experimentar su talento mas inmediatamente por la asistencia que en este tiempo ha tenido a las juntas de aplicaciones, y de remates de las temporalidades de los regulares de la compañía. »

Aldunate, en efecto, formaba parte de la direccion jeneral de temporalidades de Indias, encargada de enajenar los bienes de los regulares jesuitas. Esta comision, que desempeñó con jeneral aplauso, era tanto mas desagradable para él cuanto que tenia profundas simpatías por aquel órden. Entre sus miembros contaba numerosos amigos, maestros o condiscípulos, a quienes protejió en su desgracia y proscripcion por cuantos medios estuvieron a su alcance : el sapientísimo padre Lacunza le da el apodo de « benefactor y amigo » en una carta que he tenido a la vista, fechada en Imola en 23 de setiembre de 1791.

En esa misma carta le anuncia el jesuita Lacunza, quedar concedida por su santidad para el reino de Chile, la festividad del corazon de Jesus, segun habia solicitado Aldunate.

Esta nueva prueba de piedad, era un mérito mas ante los devotos colonos y ante las autoridades del reino, que informaron al rei de sus virtudes y su saber, y solicitaron para él los puestos mas eminentes : el presidente Jáuregui lo presentó en 1778 para el obispado de Concepcion, vacante por la muerte de don Pedro Anjel Espiñeira, designándolo como un sacerdote

de jenio suave, insinuante, entendido, ilustrado y predicador de renombre. Aldunate habia sido en realidad uno de los oradores mas distinguidos, hasta que a causa de haber perdido los dientes, su pronunciacion se hizo débil y confusa.

Tan empeñosas solicitudes fueron oidas al fin en la metrópoli : hicieron que fuese promovido al episcopado de Guamanga en 1803.

En esa época, Aldunate contaba 73 años. Sin ambiciones de ninguna especie, cercano al sepulcro, no celebró la promocion, que lo separaba del seno de su familia : pero resuelto a embarcarse para su destino, hizo jeneral cesion de todos sus bienes entre sus parientes y los pobres, fomentando los establecimientos de beneficencia y aliviando a los desgraciados a quienes habia socorrido hasta entónces.

Este último rasgo de su acendrada caridad le valió las bendiciones de toda la ciudad de Santiago. Su carácter insinuante le habia granjeado profundas simpatías entre sus amigos y discípulos, y esta última prueba de desprendimiento, conyirtió en lágrimas sus últimos adioses.

Los años no habian debilitado su espíritu en aquella edad. Alentado por el deseo de plantear mejoras en la diócesis cuyo gobierno se le confiaba, inició una reforma radical en los estudios eclesiásticos, y construyó desde sus cimientos una casa destinada para la práctica de los ejercicios de San Ignacio, con sus propias rentas, y sin perjuicio de las considerables limosnas que repartia de ordinario.

Y no fué esto todo : en un informe presentado en 1804 al ministro de Indias, por el intendente de Guamanga don Demetrio O'Higgins, cuyo principal objeto era pedir mejoras en el órden civil y relijioso contra los desmanes de los alcaldes y curas, no se halla nombrado Aldunate mas que una sola vez, para hacer presente su celoso empeño en proveer las parroquias vacantes. Aquel informe es únicamente una acusacion terrible al réjimen eclesiástico de la provincia; y el silencio que guarda sobre la conducta del obispo Aldunate, constituye su mejor elogio.

Su permanencia en Guamanga no fué de larga duracion : al salir de Santiago llevaba la persuacion de que lo dejaba para siempre; pero la muerte del obispo Marán vino a dejar vacante esta diócesis en 1807. Con este motivo todas las corporaciones de Santiago elevaron sus súplicas al monarca español, a fin de que se sirviese presentar al obispo de Guamanga para ocupar la sede vacante. Los informes que con este motivo se enviaron a la metrópoli eran altamente honrosos a los talentos y virtudes de Aldunate, y la peticion fué tan jeneral que el consejo de rejencia, instalado en Cádiz a principios de 1810, decretó el pase del obispo al gobierno de la diócesis de Santiago de Chile.

En ese mismo año esta ciudad era el teatro de una ajitacion liberal que debia desligar para siempre el reino de la monarquía española. Lo que no se habia intentado siquiera en doscientos sesenta años, lo hicieron nuestros

padres en unos pocos días: quitaron el gobierno al primer delegado de la metrópoli, formaron una nueva administración, y posteriormente, en 18 de setiembre de 1810, crearon una junta gubernativa, representante, como se dijo, del monarca cautivo, pero cuna en realidad de esa gloriosa revolución que conmovió el país hasta sus cimientos, para hacerlo independiente.

En la elección de los vocales que debieran formarla, tocó al obispo Aldunate el honroso puesto de vice-presidente.

Se hallaba todavía en el Perú cuando llegó a su noticia la elección que se acababa de hacer en su persona, y con mayor motivo apresuró su vuelta a Chile. Su arribo a Valparaíso, acaecido a fines de 1810, fué celebrado grandemente por los liberales, y su entrada a Santiago que tuvo lugar a principios del siguiente año, se hizo en medio de una numerosa concurrencia, y con todo el aparato y ceremonias correspondientes a su rango.

El partido novador esperaba un apoyo eficaz en los principios liberales del ilustre prelado. Natural era que el sacerdote que supo conquistar una posición importante por su saber y virtudes, y que siempre había manifestado inclinaciones a cierta independencia, y por las reformas coloniales, abrazase de corazón la causa de la libertad, cuando todavía estaba en su aurora.

Pero la vida de Aldunate llegaba a su término. Contaba entonces ochenta y un años: su cabeza debilitada por el estudio desfallecía junto con su cuerpo, cansado por su persistencia en el cumplimiento de sus obligaciones. Su espíritu se hallaba agostado, y su físico se sentía vencido por las dolencias.

Vivia separado del mundo en una quinta de su propiedad, situada en el barrio de la Cañadilla, rodeado de sus más inmediatos deudos, y sustraído a las borrascosas controversias de la política.

Mucho debieron influir sobre el prelado las sugestiones de sus parientes, si se atiende a la edad que tenía cuando fué colocado en las filas de los que iniciaron el movimiento revolucionario. Desempeñó su encargo como era de esperarse de sus antecedentes, reemplazando a Rodríguez que por entonces ocupaba la provisoría eclesiástica. Si Rodríguez fué un tenaz opositor a toda idea de libertad, Aldunate subrogándolo, trajo un apoyo más a la causa de la revolución, prestándola en la cabeza de la iglesia nacional.

Pero los achaques del prelado se agravaron rápidamente y el 8 de abril de 1811, falleció en brazos de sus amigos. Sus últimos momentos fueron los de un santo.

Decretáronsele pomposas exequias, como a jefe de la diócesis y como vocal de la junta ejecutiva. Sus restos mortales fueron sepultados en la catedral, al lado derecho de la sacristía, en medio de las lágrimas de los pobres y de sus admiradores.

DIEGO BARROS ARANA.

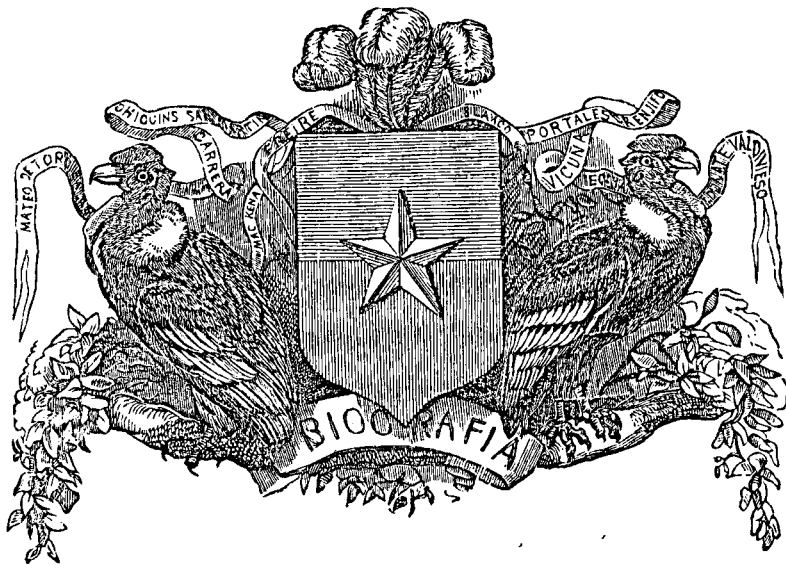
GALEIA NACIONAL.



Dibujado i publicado por N. Desmadril

MANUEL DE SALAS.

Manuel de Salas
23



VI.

DON MANUEL SALAS.



Al biografías que parecen no ser mas que una amplificación de los pomposos épitafios que se graban sobre ciertas tumbas. En aquellas, como en estos, se leen un nombre, unas cuantas fechas, una larga retahila de títulos retumbantes; pero no se lee nada que despierte un recuerdo, una idea, una esperanza. El espectador queda indiferente, helado, delante de esas inscripciones sepulcrales, que son tan frias como los restos humanos a que sirven de cubierta. El lector no siente nacer ninguna emocion en su alma, ningun pensamiento en su cabeza al recorrer esos panejéricos pretensiosos de una nulidad que intenta ocultarse bajo el oropel y el fausto.

Esos epitafios, miserable desahogo de una bien pobre vanidad, son ciertamente dignos de estar escritos sobre las lápidas de un cementerio. Esas biografías que pertenecen al mismo estilo, merecerian conservarse igualmente en la mansion de los muertos.

Los gusanos roen los cuerpos de esos héroes de comparsa cuya memoria se pretende en vano salvar del olvido; la intemperie destruye los falsos elojios con que se adornan sus sepulcros; la polilla y el polvo consumen los libros donde se han consignado las vulgares acciones de su insignificante

existencia. En breve no queda nada de ellos sobre la tierra; porque, a decir verdad, no han *vivido* en la grande y real significacion de esta palabra.

Pero a diferencia de los señalados hai otros que, para ser recordados, no necesitan que sus hechos se estampen en el papel, o se esculpan en el mármol. Aunque no les compongais altisonantes biografías, aunque no les erijais magníficos mausoleos, poco importa; su fama será duradera, porque han sabido ligarla a alguna de esas instituciones sociales o políticas que no pasan en un dia. Que los años se sucedan a los años, los acontecimientos a los acontecimientos, el recuerdo de esos varones preclaros no perecerá jamas, a lo ménos mientras la libertad sea reverenciada en el mundo, la caridad amada, los beneficios a la patria o a la humanidad pagados con la gratitud debida.

El dia que fueron a sepultarse en el cementerio de esta ciudad los restos de Camilo Henriquez, ese revolucionario famoso que despues de haber llenado a Chile con su nombre, y despertado con sus escritos tan opuestas pasiones, moria pobre, retirado de los negocios y casi olvidado de sus conciudadanos, contábase en el reducido grupo de viejos patriotas del año diez que formaban el duelo en pos de aquel ataud, a don Manuel Salas, su contemporáneo, su íntimo amigo, su camarada en la gran lucha de la independenciam. Este ilustre anciano que marchaba enternecido con la reciente pérdida de uno de sus correligionarios, enojado quizá por la injusta pobreza en que habia muerto un hombre como Henriquez, clavó casualmente la vista sobre una de esas pomposas inscripciones de que he hablado; y sintiéndose sin duda ofendido al comparar tal ostentacion de mentirosas alabanzas con la humilde tumba sin lápida ni epitafio, que iba a servir de última morada al primer periodista chileno, no pudo ménos de decir a los que caminaban a su lado, señalándoles con desden aquella muestra de la vanidad humana: «tendré cuidado de hacer inscribir sobre la losa que cubra mi sepultura, *aquí no hai nada.*»

Eran la modestia del filósofo, la humildad del cristiano, la indignacion secreta por las injusticias de la suerte, las que en esta ocasion inspiraban a Salas semejante frase; pero el orgullo, la conciencia de su mérito, pudieron tambien habérsela inspirado. Era cierto; él no debia llevar al cementerio, como otros, todo lo que habia sido en la vida, sino solo un puñado de polvo. Aunque su cuerpo muriera, habia de quedar viviendo en la sociedad una gran parte de él mismo: los altos pensamientos que habia propagado, los establecimientos que habia fundado en favor de la instruccion pública, las instituciones de caridad que habia organizado. El caudal de gloria que iba a legar a su familia debia consistir, no en un legajo de despachos honoríficos, difícil de sustraer a la carcoma del tiempo, sino en la multitud de beneficios que habia hecho a sus semejantes. Tenia, pues, razon en querer grabar sobre su sepulcro, *aquí no hai nada.* No era en el cementerio, sino en la república donde convenia buscar los rastros de su existencia,

habiendo confiado la conservacion de su memoria, no a las piedras, sino a la gratitud de los hombres.

Por eso la vida de don Manuel Salas no necesita escribirse; está guardada en los corazones de sus conciudadanos, a lo ménos en los de aquellos que se hallan gozando los provechos de sus trabajos.

¿Queréis saberla?

Preguntad ¿quién construyó el tajamar?

¿Quién fundó el hospicio?

¿Quién el primer colejo donde se enseñaron las matemáticas y el dibujo?

¿Quién la biblioteca?

¿Quién favoreció la introduccion de la enseñanza mútua en las escuelas primarias?

¿Quién contribuyó en 1819 al restablecimiento del instituto nacional?

¿Queréis saber mas pormenores todavía?

Preguntad ¿quién fomentó el cultivo del cáñamo?

¿Quién introdujo el del lino, la morera, la higuera, la linaza?

¿Quién el gusano de seda?

¿Quién favoreció la filatura del cáñamo?

¿Quién enseñó la confeccion del aceite de linaza por medio de máquinas?

¿Quién la fábrica de la losa vidriada, de la jerga, del paño burdo?

¿Quién la filatura de medias y frazadas en telares mandados traer por él a Europa?

¿Quién hizo explotar, en cuanto era permitido a las fuerzas de un particular, las vetas de metales que encierran nuestras cordilleras, sin que le estimulara a ello el mas ligero movimiento de codicia, sino el mas vivo deseo de la prosperidad pública?

¿No es verdad que el individuo que hubiera realizado todas las obras que he enumerado, podria con justicia dar por bien empleada su vida? Mas la hoja de servicios de Salas, no comprende solo los méritos que acaban de leerse.

Desde que en 1807 se trajo a Chile la vacuna, fué uno de sus mas celosos propagadores.

La extincion de la sífilis le mereció cuidados no ménos solícitos y jenerosos.

Con un entusiasmo laudable trató de plantear en las prisiones un réjimen que rehabilitara al criminal, en vez de sumerjirle mas y mas en la infamia, promoviendo con este fin la fundacion de una casa de correccion.

En 1811 debióse a su porfiado empeño que la junta gubernativa promulgara la lei que proclamaba la igualdad de los indios, y ordenaba la abolicion de sus tributos.

Habiendo sido electo diputado en el congreso de ese mismo año, contribuyó de todas maneras a que se prohibiese la introduccion de esclavos en

este país, y se emancipara a los hijos que nacieran de los que en él ya existían. Añadiendo en esta materia la autoridad del ejemplo a la fuerza del raciocinio, había comenzado por manumitir él mismo, antes de que se discutiera la cuestión, todos los que poseía, y por influir para que los miembros de su familia imitaran su conducta en este punto.

Por último, para que fuera mayor su semejanza con Franklin, inscribió también su nombre en el libro de oro de los próceres de la revolución. Si como su modelo de Norte-América, no arrebató el rayo a los cielos, arrancó a lo ménos el cetro a los tiranos. Salas junto con ser un hombre de corazón caritativo, de alma sensible a la desgracia, era al propio tiempo un buen ciudadano. Estaba muy distante de asemejarse a esos filántropos de nuevo cuño que, egoístas e indiferentes a la cosa pública, predicán la sumisión a todos los poderes, legítimos e ilegítimos, y se creen facultados para exigir a trueque de una limosna la degradación del hombre. Quería la paz y el orden que son tan necesarios a un estado, como la salud al cuerpo; pero no la abyección o el servilismo que contrarian todos los fines de la asociación humana. Era demasiado cristiano para pedir que la justicia reglara las relaciones privadas, y tolerar que la injusticia dominara en la organización de la sociedad.

En 1810 su posición como individuo particular era brillante: el curso natural de los sucesos le presajaba el porvenir magnífico. Ligado por su familia a la más encopetada aristocracia de la colonia, con bienes cuantiosos y una multitud de amigos; abogado en la audiencia de Lima, ciudad donde había hecho sus estudios, y en la de Santiago, ciudad donde había nacido; condecorado con los más altos empleos municipales a que un criollo podía aspirar; estimado de todo el mundo; convertido por su bella índole y sus servicios en favorito del presidente, de los oidores, de todos los grandes funcionarios, personalmente no tenía nada que desear. Para que no le faltara ninguna de las calidades que entonces hacían prosperar, había viajado por España, visitado la corte y dejado en ella poderosas relaciones. Así era acatado como hombre rico, como hombre sabio, como hombre influente, y lo que es más, amado como hombre bondadoso.

Cualquiera otro que hubiera estado dotado de ménos civismo, de ménos abnegación, habría tenido por inmejorable y excelente un orden de cosas que le proporcionaba una existencia tan tranquila, tan holgada, tan halagüeña. Salas lo estimó de otra manera, porque atendió para juzgar no a su suerte, sino a la de la jeneralidad de los chilenos.

Durante sus correrías por la península, la imagen de la patria no se había apartado un solo momento de su vista. Nuevo Anacársis, lo había recorrido y examinado todo, siempre con la idea fija de aclimatar en el suelo natal los prodijios de la civilización. A la vuelta, el atraso de su país había contrastado de una manera dolorosa para él con el recuerdo de la prosperidad europea.

Habíase encontrado en una comarca por la cual Dios lo había hecho todo, y el hombre no había hecho nada. Había contemplado con tristeza y amor la fértil tierra de Chile que se extiende bajo el cielo más hermoso del mundo, resguardada al oriente por una cordillera gigantesca y hañada al occidente por un mar sin remolinos ni tempestades, espacioso camino preparado por la Providencia misma para facilitar la comunicación de los habitantes y la esportación de los frutos. Aquel territorio afortunado que ofrecía muestras de todos los climas, estaba libre de todos los azotes de la naturaleza; jamás el granizo o el rayo anunciaban en él la cólera del Señor.

Los montes de esa cordillera que se alzaba al oriente encerraban en sus entrañas los metales más preciosos; y ese mar que acariciaba con sus olas las riberas del occidente, formaba cómodos puertos y alimentaba pescados de todas especies. Las llanuras comprendidas entre la cordillera y el mar estaban regadas por una multitud de arroyos, manantiales y ríos que a cortos trechos descendían de la primera para caer en la segunda, fecundando su pasaje, y suministrando el necesario riego a abundantes pastos. En esas llanuras podían cultivarse y propagarse todas las producciones y animales del viejo continente, menos las plantas venenosas, las fieras, los reptiles e insectos nocivos. Para colmo de ventura, muchas de las enfermedades que afligen a otras regiones, eran desconocidas.

Pero en medio de tan grandiosa naturaleza, solo el hombre vivía desgraciado; en medio de una fecundidad extraordinaria, había jentes que no tenían que comer. Ese suelo tan rico alimentaba a lo sumo cuatrocientos mil habitantes, según los cálculos más favorables; y para mayor escarnio todavía los alimentaba pobre y miserablemente. «En este país donde un moderado trabajo bastaría para sustentar a un pueblo numeroso, decía don Manuel Salas describiendo las impresiones que un orden de cosas como este le hacía experimentar, halláanse muchos individuos cercados de necesidades, pocos sin ellas y raros en la abundancia. Nada es más común, agregaba, que ver en los mismos campos que acaban de producir pingües cosechas, estendidos para pedir de limosna el pan los brazos mismos que las han recojido, y tal vez en el lugar donde la hanega de trigo acaba de venderse en la era a ínfimo precio. Así no hai comarca en el mundo donde haya menos ancianos.»

Salas conoció toda la extensión del mal, pero no se dejó abatir. Lo que en Chile sucedía era contrario a la naturaleza, opuesto a la voluntad manifiesta de Dios; y, por lo mismo, debía tener remedio. Observó, meditó y al fin se convenció de que la fuente del mal estaba en la falta de industria, en la nulidad del comercio, en la inercia fatal a que la pobreza pública obligaba a sus compatriotas.

Podía decirse que no tenían estos más ocupación que el pastoreo, el cultivo del trigo y la explotación de las minas. Los productos de esas tres industrias carecían de mercados. Veinte y seis buques eran todos los que

transportaban al Perú los frutos del país. Esos veinte y seis buques pertenecían a comerciantes peruanos que imponían la ley a los hacendados chilenos cuyas cosechas, si estos se negaban a las condiciones leoninas de aquellos, tenían que podrirse en los graneros sin encontrar espendio. Extremadamente corto era el número de naves que venía de Europa trayendo géneros en cambio de metales. Las transacciones con las provincias de allende los Andes no eran más activas. La escasez de recursos, limitando en el interior las necesidades a las más imprescindibles de la vida, reducía el consumo a su menor expresión.

De estos datos dedujo Salas que en Chile no se producía más, porque no había a quien vender, y que no había a quien comprar. Los habitantes, no hallando, pues, en que ocuparse, estaban condenados a la miseria. Para estorbar la despoblación del país, para combatir esa inercia forzada, era preciso abrir nuevo campo al trabajo y a la actividad de cada uno; era preciso suministrar a todos los medios de satisfacer un mayor número de necesidades, a fin de que, junto con enriquecerse cada individuo, proporcionara por el mútuo cambio recursos a los demás. Aumentar los productos y el consumo, reducidos por causas irregulares, era el arbitrio que la razón indicaba para impedir que en adelante los moradores de este suelo privilegiado estuvieran, como ese rei Midas de los cuentos populares, muriéndose de hambre en medio de tesoros.

Salas al menos lo pensó así; y después de haber estudiado el mal con detención, y descubierto a su juicio el remedio, buscó como dar a este la correspondiente aplicación. Toda su vida debía gastarse en la ejecución de ese pensamiento que para consuelo suyo había de contemplar casi realizado antes de morir. Mas no quiero anticipar los sucesos.

Don Manuel Salas fijóse desde luego en dos medidas que estimó de vital importancia para el cumplimiento de sus ideas. Era la primera la destrucción de todas las trabas que embarazaban las relaciones mercantiles de las colonias españolas entre ellas mismas y con la metrópoli. Necesitaba la libertad de comercio, aun cuando no fuera sino con las diversas provincias del imperio de Castilla, para abrir a Chile mercados, poner los capitales en movimiento y atraer embarcaciones a nuestros puertos. Era la segunda, la introducción de nuevas industrias, la explotación de materias que no fueran el trigo o los metales, la dedicación a operaciones diferentes de la crianza de ganados. Esta medida completaba la primera. Después de haberse preparado compradores, era necesario disponer mercancías que pudieran venderseles. ¿Cómo había de faltar objetos para nuevas industrias en una tierra tan espléndida como la de Chile? «Desde la creación, repetía Salas, ha habido arenques; pero hace solo poco más de dos siglos que Belkinson, enseñando a beneficiarlos, convirtió a la miserable Holanda en una nación rica, y dió ocupación a cincuenta mil personas y seis mil novecientas

embarcaciones.» Convenia, pues, que los chilenos buscasen tambien sus arenques.

Para ponerlos en estado de efectuarlo, para que aprendieran a arrancar por el arte sus tesoros a la naturaleza, resolvió plantar como un medio auxiliar de sus otros proyectos, la enseñanza de las ciencias exactas y de sus diversas aplicaciones. La ignorancia de los mas elementales de estos ramos, jamas estudiados en el pais, era una vergüenza para sus moradores, un perjuicio irreparable para los intereses de estos, un estorbo invencible para la futura prosperidad de la nacion.

«En Francia, decia Salas, se estrae de la mayor profundidad el carbon de piedra con ayuda del vapor; allí merece las meditaciones de los sabios un vil combustible, y aquí no las merece el oro; allí se tiene por feliz invento el que ahorra la fatiga a los caballos, y aquí ni aun se piensa en sustituir las bestias a los hombres reducidos a las tareas mas rudas y mortíferas. El conocimiento de las ciencias útiles, prácticas, es lo único que puede sacarnos de tan triste situacion. Es urjentísimo que nuestros hijos se dediquen a aprenderlas.»

En la colonia nadie oponia objecion seria a pensamientos tan benéficos, de utilidad tan evidente, como los que dejo señalados; cuando mas, algunos levantaban contra ellos dificultades pecuniarias de ejecucion. Entónces, nuestro filántropo cuidaba de demostrar que no eran imposibles de allanar, y si se veia estrechado por las observaciones económicas de sus contendores, no reparaba en ofrecer de su propio caudal cuanto fuera preciso para tentar los primeros ensayos. Ningun sacrificio le parecia excesivo, con tal de llevar a cabo *su sueño de un hombre de bien*, como él denominaba a su proyecto.

Por fin, despues de muchas discusiones, cuando hubo ganado la aprobacion de las autoridades coloniales, comenzó a dirijir a la corte memorias sobre los puntos mencionados. Principiaba por desarrollar en ellas con colores sombríos el cuadro de la colonia. A la situacion presente oponia lo que Chile podia llegar a ser, si se dictaban providencias para levantarle de su postracion. Concluia indicando las que a su juicio debian llevar al deseado fin, es decir, la abolicion de las trabas comerciales; el envío de una comision de hombres científicos y de prácticos en la industria, para que explorasen el pais, diesen instrucciones a sus habitantes e introdujesen nuevas labores; la proteccion a las siembras del tabaco, del lino, del cáñamo; a las fábricas de papel, de cola fuerte, de clavos, y de planchas de cobre; a la esportacion de la lana hilada o en bruto, de la pluma y del crin; a la composicion de la carne salada; al impulso y mejora de las curtiembres; a la preparacion del cardenillo, de la sal amoniaca, de la potasa y cenizas gravelosas; a la esplotacion del vitriolo y demas sales, del zinc y demas metales. Para hacer posible la planteacion de estas diversas industrias, proponia la fundacion de cátedras destinadas a la enseñanza de las matemáticas y de las ciencias físicas.

Como se vé, todo esto no era sino la realizacion del gran pensamiento que le dominaba para conseguir el progreso material de Chile; aumentar la produccion y el consumo, enriqueciendo a los habitantes por el ensanche de sus trabajos, y poniéndolos por el estudio en aptitud de sacar provecho de los elementos naturales con que el suelo les brindaba.

Salas creyó desde luego que el gobierno metropolitano no tendria embarazo en acceder a una solicitud que a nadie perjudicaba y que a todos favorecia; a una solicitud que, al precio de algunos gastos insignificantes para una nacion, habia de proporcionar las mayores ganancias a los súbditos y al estado. El tiempo desvaneci6 pronto sus ilusiones; la desconsoladora experiencia le hizo temer que *su sueño de un hombre de bien* fuera un sueño para siempre.

La corte de España archivó sus memorias, y dejó las cosas de Chile como estaban. ¡Tantas doradas esperanzas quedaban así reducidas a unas cuantas conversaciones y a unos cuantos pliegos de papel escrito!

Hubo mas todavía.

Don Manuel Salas habia logrado fundar con el título de academia de San Luis, un colejio donde se enseñaban las primeras letras, la gramática, el dibujo y los ramos mas elementales de las matemáticas. La corte suspicaz de Madrid recibió informes enviados de Chile mismo, que le pintaban este establecimiento como una innovacion peligrosa, e impartió órdenes terminantes contra la institucion y el fundador. Necesitó Salas de toda la proteccion del presidente don Luis Muñoz de Guzman, cuyo afecto habia sabido granjearse, para escapar de las persecuciones y salvar de la ruina el inocente colejio que a tanta costa habia organizado.

Despues de tales desengaños, convenci6se de que la España no haria nunca nada en favor de sus colonias; y desde ese momento estuvo dispuesto en su alma a sostener cualquiera empresa que se maquinara contra ella. Como individuo no habia recibido agravios de la metr6poli; pero los habia recibido como ciudadano; y eso bastaba. Los hombres del temple de Salas no ponen nunca en la balanza, para decidirse, la conveniencia privada en contraposicion a la conveniencia pública.

Cuando la hora de la revolucion hubo sonado, Salas no vacil6. «Venga abajo, dijo, un réjimen social que es un obstáculo invencible para el bien; un réjimen social que sujeta al hombre a la miseria en una tierra que es un verdadero paraiso.» No se detuvo por un instante a sumar y restar las ventajas e inconvenientes que aquella resolucion podia causar a sus intereses particulares. Vió la palabra *Justicia* escrita por divisa en la bandera de los revolucionarios, y se colocó al lado de ellos sin demora; sin hesitacion, sin mirar para nada ni atrás ni adelante.

Salas, desde el principio fué, no uno de esos patri6tas que deseaban en el secreto de la conciencia un cambio en las instituciones coloniales, sino un patriota a cara descubierta, de esos que manifestaban impaciencia

por andar pronto. En el congreso de 1811 perteneció a la minoría de los trece diputados exaltados.

Sin embargo, don Manuel Salas no fué uno de aquellos que imprimió dirección al movimiento; de carácter blando, de corazón sensible, no era uno de esos individuos enérgicos que llevan siempre la mano en la empuñadura de la espada, y que parecen ser, por derecho de nacimiento, los caudillos de las revoluciones. Había venido al mundo con una misión más pacífica; estaba destinado a llevar en sus manos no la espada o el fusil que dan la muerte, sino catecismos que repartir a los niños de la escuela, semillas de lino o gusanos de seda que distribuir a los industriales.

Pero si no fué caudillo, fué el consejero de los caudillos; si no revistió la casaca, manejó una pluma que ha trazado algunos de los escritos más vigorosos de la época en favor de la causa americana. Bajo la inspiración del buen sentido, redactó folletos de estilo popular, como el *Diálogo de los porteros*, por ejemplo, contundentes por la lógica de los raciocinios, atractivos por la multitud de chistes y agudezas con que los sazonaba. Con el auxilio de esos folletos, hacía comprender el motivo de la lucha y la santidad de la causa a todas las jerarquías de la sociedad, a los individuos de la aristocracia y a las jentes del pueblo; y prestaba de esa manera el mayor servicio al partido que había abrazado.

En medio de las agitaciones del revolucionario, de las meditaciones del publicista, de las tareas del panfletero, tuvo todavía tiempo que dedicar a la ejecución del gran pensamiento de que, puede decirse, había hecho el objeto de su vida. Aquella época de trastorno, en la cual sobre todo, se trataba de destruir, no era ciertamente favorable para llevar a cabo proyectos de mejora social. Sin embargo, aun entonces la constancia y la fé de Salas, no quedaron infructuosas. Algunos de los artículos de ese programa que él, sin más apoyo que sus fuerzas, había intentado poner en práctica durante el coloniaje, habían merecido ser adoptados y ejecutados por la revolución; los puertos de Chile habían sido abiertos a todas las naciones; el gobierno había tomado con empeño bajo su amparo el cultivo de la ciencia; las autoridades nacionales no imitaban el desden de la metrópoli por el bienestar de los americanos. No obstante, quedaba aun mucho por hacer. Para contribuir a realizar lo que faltaba, don Manuel Salas promovió el establecimiento de una *Sociedad económica de amigos del país*, cuyo instituto debía tener por objeto el fomento de la agricultura, de la industria y de la educación pública en todos sus ramos.

Bajo la nueva organización de Chile, el *sueño de un hombre de bien* iba en camino de convertirse en realidad. Salas se entregaba con un entusiasmo generoso al cumplimiento de su noble misión; sentíase alegre al ver que sus ilusiones estaban próximas a verificarse. Con todo, de cuando en cuando experimentaba temores, y arrojaba miradas escudriñadoras al porvenir. Mientras él inventaba planes para la felicidad de sus semejantes, la cuestión

política se debatía con éxito dudoso en los campos de batalla. ¿Quién sabía lo que podía suceder?

Un primer desengaño le había quitado é / confianza ciega que le había halagado en su juventud, de que hasta querer el bien para lograrlo. La corte había contestado con la indiferencia a los proyectos de posible ejecución que le había dirigido, para procurar la ventura de sus compatriotas. Una real cédula, órgano de la calumnia, le había amenazado con molestas persecuciones, porque había fundado un colejo. Después de tan amarga experiencia ¿podía lisonjearse de que sus pruebas estuvieran terminadas, y de que le sería lícito trabajar tranquilo en su obra?

En efecto, esta vez la caída de las bellas alturas en donde habitaba su alma, fué mas terrible que la primera. A fines de 1814, como todos lo saben, Chile sucumbió de nuevo bajo el imperio español. Los reconquistadores de esta tierra mostráronse tan rudos y crueles como los conquistadores del siglo XVI. Los patriotas que cometieron la imprudencia de permanecer en el país, tuvieron bien pronto que arrepentirse de su temeridad. Salas que no había hecho mal a nadie, fué a expiar, como otros muchos venerables chilenos, en el presidio de Juan Fernandez el crimen de haber reclamado contra la injusticia; y no salió de allí, hasta 1817 después de la batalla de Chacabuco.

Apénas hubo recobrado la libertad, tornó otra vez a sus perseverantes trabajos por el bienestar del pueblo, por la difusión de las luces. No existe establecimiento benéfico de esa época, desde la escuela hasta el cementerio, en cuyo fomento o creación no interviniera.

Aunque jamás dejara de ocuparse de la cosa pública, rehusó siempre con firmeza toda participación directa en el gobierno. Mas si no se le encuentra bajo el solio de los mandatarios, se le halla en todas esas comisiones que producen grandes beneficios a los estados, pero que no dan a los individuos que las componen ni poder ni emolumentos.

Salas había descuidado toda su vida sus negocios privados por atender a los jenerales. La herencia que había recibido de su familia estaba reducida a la mitad. La poca atención que prestaba a su incremento y la jenerosidad con que empleaba sus rentas en toda especie de obras de beneficencia, amenazaban consumir hasta el último real del caudal que había heredado. Entre tanto, tenía hijos cuya suerte se creía obligado a asegurar. No pudiendo, sin embargo, resolverse a gastar en rehacer su fortuna ese tiempo que deseaba aprovechar en objetos tanto mas importantes, determinó entregar a sus hijos cuanto poseía, reservando para sí únicamente una pensión alimenticia. Después de este acto de desprendimiento, se dedicó todo entero a trabajar por la felicidad de los demás, con el empeño que otros habrían desplegado en amontonar un tesoro. La hacienda que trató de adelantar fué la hacienda del pueblo, esa industria nacional que desde jóven había concentrado todos sus desvelos.

En recompensa de tanto amor a los hombres, tuvo la dicha poco comun de recibir el amor de esos mismos hombres que no siempre se muestran con sus bienhechores tan agradecidos como debieran. Salas vivió rodeado del respeto, de la veneracion jeneral. No solo sus compatriotas sino los extranjeros, rendian acatamiento a su virtud.

El gobierno de Colombia le nombraba su encargado de negocios cerca del gabinete chileno.

Don Francisco Antonio Pinto le saludaba como «el mas constante apoyo de la prosperidad de Chile.»

Don Manuel O'Leary, edecan de Bolívar, de quien este bravo irlandés habia hecho su ídolo, se regocijaba al saber «que el libertador podia vanagloriarse de haber encontrado un admirador en el mas virtuoso ciudadano de esta república.»

Don Mariano Egaña, entónces nuestro ministro plenipotenciario en Londres, obtenia del gobierno la promesa de que tan luego como se establecieran en el pais las colonias extranjeras que aquel estaba ajenciando en Europa, una de ellas se llamaria *Salicia* en honor de Salas.

Don Claudio Gay bautizaba tambien, como muestra de estimacion a nuestro héroe, con el nombre de *Polygala Salasiana* a una de las plantas indígenas de Chile, que el espresado naturalista iba a clasificar el primero. El mismo Gay, al confiar a un arbusto la conservacion de la memoria de su amigo, esplicaba su pensamiento poniendo por dedicatoria estas palabras: *al benemérito don Manuel Salas cuya vida fué enteramente empleada en el adelantamiento de su pais.*

Un gran número de chilenos y extranjeros levantaban espontáneamente una suscripcion para colocar en la sala de lectura de la biblioteca, el retrato del ciudadano a cuyo civismo y amor a las luces debia ella su existencia.

A estos tributos de consideracion tan altamente lisonjeros, se agregaba todavía otro que lo era mucho mas. Nadie en Chile le llamaba sino con el nombre de *Taita Salas*. Esta espresion vulgar de cariño con que todo un pueblo le proclamaba su padre, era ciertamente el mayor homenaje que pudiera concederse a un hombre.

En medio de esa multitud de elojios, una modestia que no tenia nada de afectada hacia resaltar el mérito del noble anciano.

No consintió nunca en dejarse retratar, y rechazó siempre las instancias que sobre este particular le hacian sus parientes. Para componer los retratos que de él han quedado, fué preciso que un artista copiara sus facciones a hurtadillas, oculto detras de un escondite.

El ilustre patriota don José Miguel Infante tenia el cuidado de ir consignando en las columnas del *Valdiviano Federal* que redactaba; las necrolojias de todos los individuos que habian servido a la causa de la independenciam con su cabeza o con su brazo. Cuando Salas se sintió aque-

jado de la enfermedad que debía conducirle al sepulcro, envió a pedir a Infante, por favor, que le dejara sin lugar en la fúnebre galería, consagrada a la virtud y al patriotismo, que iba formando en su periódico. No quería que sus hechos se escribieran en el papel, como no había gustado que su semblante se hubiera pintado en el lienzo. Infante accedió a la súplica; y así sería en vano que se buscara la necrología de Salas entre las varias que contiene el *Valdiviano*.

Aunque nunca dejó de tener una opinión en la política y aun de manifestarla por la prensa, las pasiones de partido callaban siempre en su presencia, y respetaban su persona. Todos los bandos le tributaban la amplia justicia que merecía.

Haré aquí de paso una advertencia. Sucedió a Salas, lo que a algunos otros de sus contemporáneos: la edad calmó la exaltación de sus ideas. Él, que había sido tan ardientemente revolucionario desde 1810 hasta 1815, durante la segunda parte de su existencia, habíase convertido en conservador, pero en conservador ilustrado y tolerante.

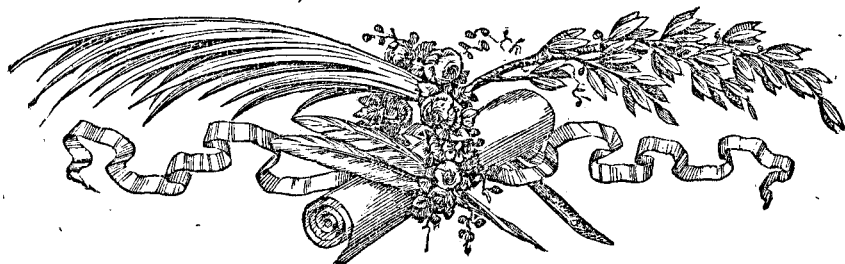
Esta noble vida fué coronada por una hermosa muerte, la muerte del cristiano que tiene la conciencia de haber cumplido con su deber, y que no lleva ningún remordimiento.

El 28 de noviembre de 1841, los miembros de su familia rodeaban el lecho del bondadoso anciano, cuya existencia se iba desvaneciendo sensiblemente, aunque con la mayor tranquilidad. Todos, conmovidos como era natural, guardaban un silencio religioso. Ninguna convulsión, ningún estertor anunció la agonía del moribundo, que espiró apaciblemente, como quien se duerme después de haber desempeñado su tarea.

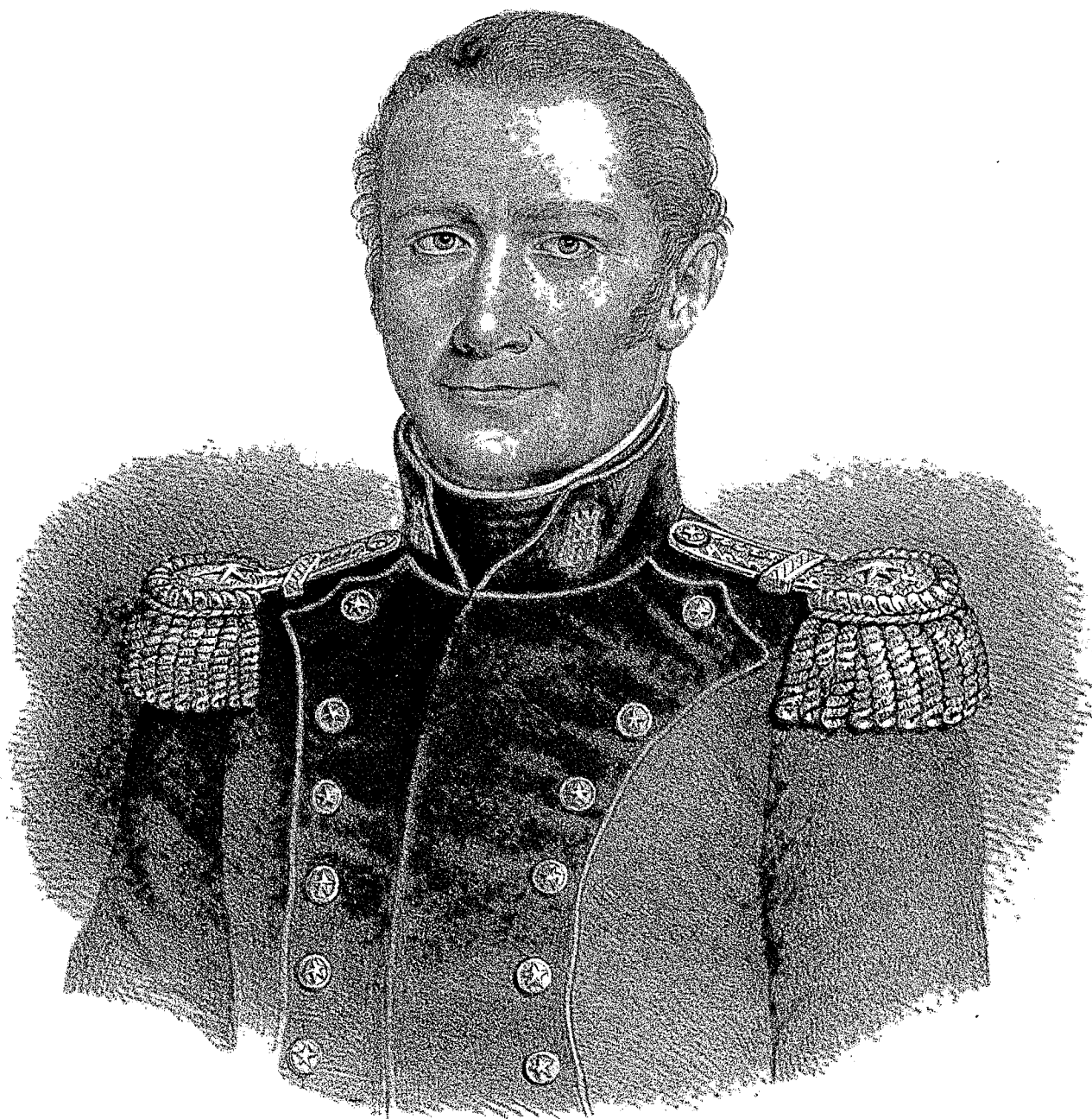
Los dolientes permanecían silenciosos e ignorantes de que no era ya más que un cadáver ese cuerpo querido que ocultaban las coberturas de la cama.

Habiéndolo notado el primero don Pedro Palazuelos, a quien un antiguo y tierno afecto le había dado en esta ocasión solemne un lugar entre los nietos de Salas. «Demos gracias a Dios, dijo, porque le ha llevado a descansar. Ha trabajado ochenta y seis años por los demás; es justo que ahora repose y reciba el premio que ha ganado.»

MIGUEL LUIS AMUNATEGUI



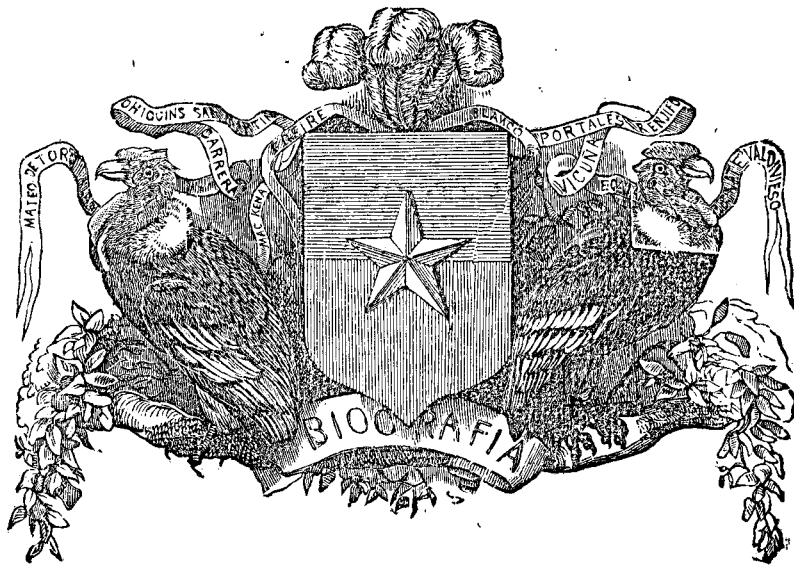
GALERIA NACIONAL.



Dibujado i publicado por N. Desmadril

JUAN MACKENNA.

Juan Mackenna

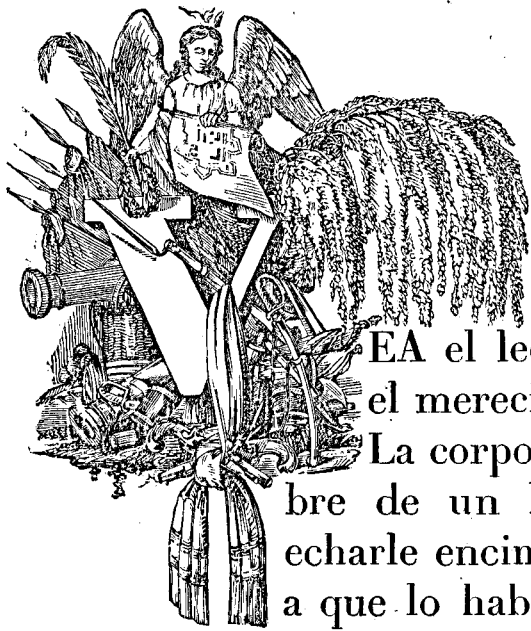


VII.

DON JUAN MACKENNA.

«No solo el gobierno, sino todos los que conocen a V. S., saben cuanto es su honor, su mérito y la honradez de sus sentimientos, sin que se necesiten nuevas pruebas para convencerse de esto.»

(Nota de la Junta gubernativa al coronel Mackenna.)



SEA el lector en las pocas palabras que copiamos arriba, el merecido elogio del desgraciado brigadier Mackenna. La corporacion que las dictaba queria vindicar su nombre de un borron que el espíritu de partido pretendia echarle encima, acusándolo de haber denunciado un duelo a que lo habia provocado un caballeroso enemigo, y que él habia admitido.

Tan injuriosa imputacion no podia dañar el crédito del hombre cuyos hechos forman esta biografía: aquellas palabras son una satisfaccion innecesaria. Las páginas siguientes pondrán de manifiesto el carácter elevado de aquel infortunado y benemérito jeneral.

Nació don Juan Mackenna en la pequeña ciudad de Chogher, condado de Tirona, en Irlanda, el 26 de octubre de 1771. Fueron sus padres

Guillermo Mackenna y Eleonor O'Reilly, vástagos ambos de dos distinguidas familias católicas.

Mackenna fué educado en las creencias de sus mayores, y destinado por su tío materno, el conde O'Reilly, al servicio militar de España, en donde él se había labrado una lucida carrera. A los 13 años de su edad salió de Irlanda, y alcanzó una colocacion en la real academia de matemáticas de Barcelona. Su natural contraccion le valió a los 21 años el grado de ayudante del cuerpo de ingenieros de ejército.

Antes de esa edad, a los 16 años, Mackenna salió accidentalmente del colejo con el grado de cadete en el rejimiento de Irlanda, para servir en la campaña de Africa en 1787. Su cuerpo fué destinado a reforzar la guarnicion de Ceúta; y en el sitio que sostuvo la plaza contra los ataques del marroquino, se hizo acreedor a los elogios de su jefe, y al grado de subteniente. El jeneral don Luis Urbina, comandante de la plaza, lo agregó a su guardia, que corria de ordinario los mayores peligros.

Sus aptitudes le abrieron una carrera a los 20 años, y su valor le importó a su edad un grado honroso en el ejército. De este ascendió al de teniente de ingenieros, cuando se abrió la campaña del Rosellon contra la república francesa, aunque no se incorporó al ejército hasta el segundo período de la guerra.

Esa campaña fué solo una serie de desastres: los jenerales franceses batian por todas partes al ejército español que se defendia sin táctica, aunque con heroismo singular. En uno de los sucesos mas gloriosos para las armas españolas, en el sitio de la plaza de Rosas, Mackenna alcanzó nuevas distinciones, y el grado de capitán con que le premió el rei, el 22 de marzo de 1795.

Despues de la capitulacion de aquella plaza, Mackenna fué incorporado a la division de la izquierda del ejército de Cataluña, acampado entónces en el pueblecito de Bañolas, sobre el rio Fluvia. En uno de los frecuentes encuentros que se tenian con los franceses, cupo la gloria al capitán Mackenna de asegurar la victoria, segun consta del siguiente documento: «Certifico que el capitán e ingeniero extraordinario don Juan Mackenna estaba a mis órdenes en el ataque que dieron los enemigos a las tropas de Bañolas el dia seis de este año, y viendo que un batallon de Migueletes huía desordenadamente del enemigo, se me ofreció voluntariamente para ir a contenerlo y llevarlo al enemigo, lo que consiguió a fuerza de mucho trabajo y riesgo, no solo a recuperar el punto que habia abandonado, sino a pasar el rio y perseguir al enemigo, y sin embargo de estar herido en un pié, no se retiró sino que continuó hasta concluirse la funcion animando a la tropa y dando pruebas de su espíritu y amor al servicio de S. M. y para que conste y sirva al interesado para los fines que le convenga, doi la presente en Gerona a 21 de setiembre de 1795.---*Marques de la Romana.*»

Mackenna continuó al servicio de la misma division y fué nombrado

cuartel maestro de toda ella, despues de haber levantado un plano de Bañolas : desempeñó su destino hasta el restablecimiento de la paz, en julio de 1795.

Entónces pasó a Madrid a solicitar el grado de teniente coronel a que lo hacian acreedor el combate de Bañolas y la ordenanza militar del reino. La corte no le desconoció el mérito contraido en aquella campaña ; pero se escusó con pretextos frívolos, que solo probaban cuan corto era el aprecio que de sus buenos servidores hacia el gabinete.

Mackenna habia solicitado la mano de una jóven española, y solo esperaba la concesion del grado a que era acreedor para efectuar su matrimonio. El desaire que recibió en la corte, vino a desalentarlo en sus pretensiones ; desde entónces se determinó a embarcarse para América, a fin de labrarse una carrera y de sustraerse a las miradas de esos cortesanos que conocian su postergacion.

Tomada esta resolucion, Mackenna no halló atajo en la negativa de sus padres. En octubre de 1795 se embarcó con direccion al Perú, a cuyo virei venia recomendado. En mayo del siguiente año llegó al Cállao, despues de haber atravesado las pampas de Buenos Aires y el reino de Chile.

Parecia al fin que la fortuna iba a sonreirle, y que su desgracia debia encontrar un término en el Perú. Era entónces virei don Ambrosio O'Higgins, irlandes como Mackenna, y como éste emigrado y aventurero, hombre perspicaz y activo, que de sobrestante de obras públicas alcanzó a ser el primer delegado de los reyes de España en la América del Sur.

Mackenna fué introducido fácilmente a la presencia del virei. Ambos se comprendieron desde luego : O'Higgins vió en el capitan de ingenieros un brazo poderoso para la realizacion de ciertas obras que meditaba : ese jóven poseia una intelijencia despejada y llena de recursos, vastos conocimientos científicos, un trato afable e insinuante, y un entusiasmo singular en el cumplimiento de sus obligaciones. El virei conoció todo esto ; pero, no queriendo darle desde el momento un destino en que pudiese comprometer la confianza que en él hacia, le encargó solo que levantase un presupuesto de gastos para la reconstruccion del puente de Lima. El trabajo de Mackenna fué aplaudido por los hombres intelijentes.

Esta primera prueba le valió desde luego una gran consideracion en el ánimo del hombre que iba a ser su protector. El 11 de agosto de 1797, a los tres meses de haber llegado al Perú, recibió el nombramiento de gobernador político y militar de la colonia de Osorno : segun sus instrucciones, no debia depender de los gobernantes de Chile sino únicamente del virei del Perú.

Mackenna, sin embargo, no tomó posesion de su destino hasta fines de aquel año. Sus preparativos en el Perú y una corta escala que hizo en Chiloé, para recojer algunas familias que debian acompañarlo a la colonia, lo habian retardado.

Animado de los mejores deseos, el nuevo gobernador comenzó sus funciones promoviendo toda clase de mejoras. En poco tiempo dió buen empleo a los fondos con que el virei protejia a la colonia, en la apertura de caminos y construccion de una iglesia, formacion de una curtiembre y mil otras obras de gran importancia. Él mismo se habia constituido en predicador cristiano y habia sabido granjearse el aprecio de todos los colonos: su actitud lo asemejaba, mas que a un gobernador político, al patriarca de una tribu moral y laboriosa. Alentado por su espíritu de industria construyó dos molinos para trigo, inventó otro para hacer la cidra y emplear la manzana que allí abundaba, abrió canales de regadío, construyó balsas, formó tornos para hilar, fabricó tejas y ladrillos, habilitó terrenos para las siembras y el cultivo, y formó una milicia regular que él mismo instruía.

Con tal contraccion la colonia prosperaba y obtenia crédito ante las autoridades. Mackenna, por su parte ocupaba sus ratos de ocio en escribir memorias sobre la pláza, sus terrenos, sus exploraciones y las mejoras adaptables: algunas de éstas, que se conservan hasta hoi, forman el mayor elogio del empeño y entusiasmo del jóven gobernador.

El virei O'Higgins conoció que habia acertado en la eleccion del hombre que buscaba para el gobierno de esa colonia, a que habia tomado tan gran cariño: pero desgraciadamente no todos los empleados de influjo y de valer participaban de sus opiniones a este respecto. Calumniósele atrocemente en la metrópoli, y debilitada su salud por los años y su reputacion por sus enemigos, comenzó a ver por momentos que le volvian las espaldas sus antiguos protejidos.

Con este contratiempo comenzaron a escasearle los recursos pecuniarios a tal punto que en una de sus cartas a Mackenna le dice al hablarle de socorros: «He escapado mil pesos de la fiesta de toros, y esta suma junto con un pequeño auxilio de las pobres arcas reales será remitido a Ud. en todo el próximo verano.» Hasta allá iba la escasez de recursos a que lo sometian las intrigas de sus enemigos.

El sucesor de O'Higgins participó de esa opinion contra la colonia de Osorno: era aquel el marques don Gabriel de Aviles, presidente que fué de Chile. No creyendo que la colonia tenia la importancia que le daba su predecesor, la dejó abandonada a su suerte, sin socorro alguno. La desgracia fué mas allá todavía: la colonia vendia sus productos a la guarnicion de la plaza de Valdivia, mas hubo un especulador que contratase con el gobierno el abasto de su situado o sueldo en víveres y efectos, y la decadencia de Osorno fué inevitable.

La ruina de la colonia vino a llevarse consigo las lisonjeras esperanzas que habia concebido Mackenna. Habia visto consumirse en infructuosas tareas, once años de su vida, léjos de toda sociedad culta, sin alcanzar honores, ni mas ascenso que la efectividad de capitan que se le concedió

en 1802. La desgracia no lo habia dejado de la mano, y ya desesperaba del porvenir, cuando en 1808 recibió la órden de pasar a Santiago.

El cambio de residencia valia para Mackenna una esperanza. En la capital, en presencia de los jefes, debia alcanzar un premio a sus trabajos, y alivio a sus desgracias. El olvido con que se habian mirado sus servicios, le era tanto mas doloroso cuanto que su familia se hallaba en la mayor pobreza y sus sueldos no bastaban para remitirle mas que un módico subsidio.

Alentado por esta esperanza, llegó a Santiago en mayo de 1809, a ponerse a la disposicion del presidente García Carrasco. En esa época las autoridades creian que el pais se hallaba amagado de una invasion francesa : Mackenna debia emplear su ciencia para fortificar el reino, y preparar la resistencia. Con esto solo su carrera quedaba abierta.

Sin embargo, no fué esto lo que sucedió : el presidente no tenia el don de conocer a las personas, y empleó únicamente al ilustrado capitán de ingenieros en fijar los puntos del camino de Valparaíso en que debieran construirse posadas de alojamiento.

Este nuevo desprecio no le desanimó : tenia ya elevada una solicitud al virei del Perú para alcanzar reparacion de ese olvido en que habia quedado por once años : en ella no exijia mas que una obra de justicia : pero Abascal desatendió su reclamo, del mismo modo que la corte de Madrid años atras.

Mackenna no pudo ya soportar tanto ultraje : el gobierno español no solo no remuneraba sus sacrificios, sino que parecia complacerse en vejarlo, y vejarlo en aquellas circunstancias, cuando debian ser tan pocos sus amigos y defensores en la lucha que se iba a iniciar. Asomaba entónces en efecto la revolucion, arrastrando desde su principio a los hombres mas influyentes y acaudalados del reino. Mackenna entró tambien en ella : su familia habia sufrido en su patria los estragos del despotismo ; y él mismo era víctima de ese sistema que se iba a combatir : acababa por otra parte, de contraer matrimonio en Santiago, con la señorita doña Josefa Vicuña y Larrain, cuyos deudos se habian alistado en la falanje revolucionaria.

Desde el primer momento, Mackenna pudo prestar grandes servicios a la causa de los novadores.

La revolucion triunfó al fin : ella encontró en Mackenna un apoyo eficaz : era el militar mas experimentado y entendido que residia en Chile, y, si la cuestion habia de ventilarse con las armas, él debia contribuir poderosamente a inclinar la balanza en favor de los principios liberales.

En poco tiempo mas se presentó a las autoridades revolucionarias el caso de ocuparlo. Tratábase de armar el reino so pretexto de defenderlo contra una invasion extranjera : se formó una comision que debia presentar un plan de defensa, y en ella entró Mackenna por nombramiento del cabildo en 26 de octubre de 1811. Con este motivo escribió una larga memoria,

que corre impresa entre los documentos de la historia de la revolucion del padre Martinez. Segun él la defensa del pais no era una obra difícil: se necesitaba de plata y era preciso levantar impuestos; pero el gobierno español no habia comprendido los intereses militares de sus colonias. Sobre este último punto habia dirigido años atras al jefe del cuerpo de ingenieros de España otra curiosa y determinada memoria.

Este fué el primer mérito contraído para sus posteriores ascensos: el entendido capitán de ingenieros fué nombrado gobernador interino de Valparaiso, en 26 de enero de 1811, por remocion del propietario don Joaquin Alos.

La eleccion era mui acertada. El gobernador destituido habia sembrado el descontento contra la junta de Santiago, y se manifestaba indiferente en la fermentacion que movia los ánimos. Mackenna iba a calmar esa efervescencia por medios pacíficos, y solo en caso de necesidad echaria mano de un piquete de dragones.

No fué necesario este último recurso: el nuevo gobernador se distinguia principalmente por su carácter insinuante, y empleó solo su afabilidad. La tradicion no ha conservado mas que recuerdos honrosos de su gobierno. Ejerció su poder con prudencia y firmeza: no vejaba a sus gobernados, ni desatendia los intereses de las autoridades que representaba.

Aquel puerto es verdad, no fué el teatro ya de conmociones ni de peripecias políticas; pero cuando hubo sospechas de peligro, Mackenna no trepidó en esponer su vida en defensa de la causa de los liberales. Esto sucedió el 2 de abril, a consecuencias del malogrado motin de Figueroa.

Entónces se dijo que debia sublevarse una division de tres cientos auxiliares que se hallaban en las Tablas, a inmediaciones de Valparaiso: en el primer momento se creyó que tenia participacion en el movimiento de Santiago y que debian apoyarlo. Mackenna abrigaba ya estas sospechas, y las comunicaciones de la capital le avivaron sus recelos; pero no tardó en presentarse en el campamento de los auxiliares, a fin de conocer su verdadero espíritu y de reducirlos a la obediencia en caso de insubordinacion. Este rasgo de decision fué sin embargo innecesario: los auxiliares se manifestaron fieles al gobierno establecido.

El gobierno de Mackenna concluyó el 8 de setiembre de 1811. Una asonada militar dirigida por don José Miguel Carrera, habia operado un cambio gubernativo en la capital y creado una nueva junta de gobierno. Mackenna fué llamado a tomar un asiento en ella, y la comandancia jeneral de artillería. En marzo se le habia elevado a teniente coronel y comandante jeneral de ingenieros, y en 19 de setiembre fué ascendido a teniente coronel graduado.

Las revoluciones son de ordinario mui poco justicieras; pero la de Chile se manifestaba equitativa con Mackenna. Ese hábil ingeniero que servia tan eficazmente a la España desde los diez y siete años de edad, frisaba

ya en los cuarenta sin alcanzar mas que la efectividad de capitán. Sus servicios a la revolución iban a ser eficaces, y esta los premiaba con munificencia. Por desgracia, los parciales del nuevo régimen se habían dividido en dos bandos, después de instalada la primera junta gubernativa. Mackenna, por sus relaciones de familia y por su carácter, pertenecía al mas exaltado de esos dos partidos. Era este el que había triunfado el 4 de setiembre con el apoyo de Carrera.

Los hombres que subieron entonces al poder estaban animados de un espíritu de reforma que quería plantear mejoras en todos los ramos de la administración. Las providencias dictadas entonces por el congreso, fueron siempre de alta utilidad para el reino, y acarrearón gran desprestijio a la causa de España; mas su gobierno fué de corta duración. El 15 de noviembre del mismo año, un motin militar encabezado por los Carreras, que se sentían desprestijados ante el gobierno que ellos habían apoyado en su elevación, echó abajo la junta gubernativa. Mackenna perdió su asiento de vocal, pero quedó con el mando jeneral de artillería.

En las actas de los amotinados, su nombre se hallaba acompañado de justos elogios; pero Mackenna no simpatizaba de modo alguno con el movimiento. Su desagrado fué público, hablaba de los Carreras con valentía y acritud, y hasta tomó parte en los preparativos de una proyectada contrarrevolución.

Esta fué comunicada a Carrera por dos oficiales de granaderos, don Santiago Muñoz Bezanilla y don José Vijil, y en consecuencia Mackenna y muchos otros fueron aprendidos y encausados. Del largo proceso seguido con este motivo no resultan grandes cargos contra el comandante jeneral de artillería, ni se descubre, apesar de fútiles declaraciones, el proyecto de asesinar a don José Miguel Carrera, como entonces y después lo han dicho él y sus defensores. Las declaraciones de los testigos eran contradictorias en lo que tocaba a Mackenna: este apenas los conocía y nunca los había tratado; y la vista del fiscal, que era un subalterno de don Juan José Carrera, oficial de granaderos don Francisco Barros, le fué favorable.

Todo esto no influyó en el ánimo de la comisión encargada por Carrera de sentenciar en la causa: Mackenna fué condenado a un destierro de tres años a la Rioja en 27 de febrero de 1812, y conmutada la sentencia en dos años de confinación a la hacienda de Catapilco por un decreto de la junta de 17 de marzo del mismo año.

Mackenna permaneció en aquella hacienda, indiferente a la política por todo el año de 1812. En el tiempo de su confinación se le encargó la fortificación de Valparaíso y Coquimbo, y en enero de 1813 recibió la comisión de levantar una carta jeográfica de Chile.

Se aprestaba para comenzar sus trabajos, cuando fué llamado a Santiago con gran urgencia: el ejército invasor que enviaba el virrey del Perú contra el gobierno de Chile, había desembarcado en San Vicente y tomaba a

gran prisa posesion de las provincias del sur. Carrera salió en breve de la capital, y su hermano don Juan José lo siguió pocos días después, el 5 de abril, llevando consigo a Mackenna, nombrado ya cuartel maestro o jefe de estado mayor del ejército independiente.

Mackenna era sin duda el militar más entendido y esperto de cuantos contaba la causa de la independencia de Chile hasta aquel momento. Sus consejos debían ser de gran importancia para la dirección de la guerra; él se presentaba en el campamento como el Ulises de esa falange de bravos: si su cabeza había emblanquecido prematuramente, si su edad era superior a la de los otros jefes del ejército, su espíritu reunía el aplomo y la prudencia del anciano a la arrogancia y actividad del muchacho.

Los primeros encuentros de la campaña fueron favorables a las armas insurgentes. La aventurada sorpresa de Yervas Buenas introdujo el desaliento y la insubordinación en los invasores: estos se negaron a pasar el Maule, y su jefe don Antonio Pareja se resolvió a encerrarse en Chillan.

Con esto la campaña parecía concluida con ventajas para las armas insurgentes. Carrera seguía de cerca a las fuerzas realistas, picándoles la retaguardia con un ejército muy superior en número.

Mackenna recibió entonces el mando de la división de reserva, y con tal destino asistió a la jornada de San Carlos cuando se le dió alcance al enemigo. Él mismo había presentado el plan de batalla, pero desde los primeros tiros pudo ver el desconcierto con que obraban los jefes independientes: el combate fué una verdadera confusión; las tropas huían sin orden ni disciplina, y sin un momento de sangre fría del cuartel maestro y el heroico arrojo del coronel O'Higgins, el cuadro de realistas que solamente se había mantenido a la defensiva es probable que hubiera tomado una diversa actitud.

Las fuerzas invasoras, sin embargo, se reconcentraron en Chillan: Carrera no pensó más que en estrecharlas por medio de un sitio formal, que puso en la época más rigurosa de uno de los inviernos más crudos que recuerde la tradición. La fortuna iba a abandonar completamente al estandarte tricolor.

Mackenna había levantado por orden de Carrera el plano de las posiciones que debía ocupar el ejército; pero el jefe en jefe no tuvo a bien adoptarlo. Este quiso reconocer el terreno por sí mismo en compañía del cónsul norteamericano Mr. Poinsett, y se avino a observar otro plan que este último sujeto le proponía.

La injuria hecha al saber del cuartel maestro no le arredró para seguir sirviendo a las órdenes de Carrera. Durante aquel sitio desastroso, Mackenna prosiguió empleando su ciencia y su valor con gran abnegación de sí mismo y de su orgullo. Tan pronto construía trincheras en medio de las

lluvias y con el lodo hasta las rodillas, como las defendía en medio de las balas enemigas, y rodeado de los cadáveres de sus subalternos.

El sitio de Chillan comenzó por una intimación de rendición de parte del jefe insurgente, y se acabó por otra de igual especie del jefe realista. En poco más de dos meses, el ejército de Carrera había sufrido todo género de males, y la deserción empezó a diezmar sus filas a gran prisa: inútiles fueron la singular decisión, los padecimientos sin límites y el arrojo heroico de esa falange de valientes en la estación más cruda que cuenta el presente siglo. Un ejército numeroso había puesto el cerco a la plaza: miserables reliquias abandonaron tan desgraciada empresa. Mackenna creyó que era este el resultado de no haber seguido sus consejos.

Sin embargo, quedaban a la patria algunos recursos, y bastante energía en el pecho de cada uno de sus hijos. La campaña se sostuvo por todo ese año con menos actividad, y sin otro resultado que la incierta prolongación de la guerra, y el desaliento de los patriotas que veían escasear sus recursos, mientras que al enemigo podían venirle del Perú. Durante todo este tiempo Mackenna prestó importantes servicios en las fortificaciones de campaña.

En este período se había distinguido sobre todos los militares un simple jefe de milicias, el coronel don Bernardo O'Higgins. A un arrojo sin límites unía el espíritu organizador de un jeneral: su persona estaba siempre enfrente de los fuegos del enemigo y sus tropas eran las más bien ordenadas en el ejército. La victoria más gloriosa en toda la campaña de 1813, fué en su mayor parte alcanzada por él, que ni era jefe de división. Fué aquella la batalla del Roble. En esta acción el desconcierto se había apoderado de los jefes: O'Higgins estaba herido en una pierna y sin embargo a los primeros tiros, preparó una resistencia poderosa con que rechazó al enemigo.

Mackenna contrajo una estrecha amistad con O'Higgins, y era de opinión que nadie sino este debía reemplazar al jeneral Carrera en el mando del ejército.

En ese mismo tiempo la junta gubernativa que residía accidentalmente en Talca, trataba de quitar el mando a los Carreras, y aun se había hablado de confiárselo a don Marcos Balcarce, jefe de una división de auxiliares argentinos. Mackenna que vislumbró esto se embarcó en Talcahuano en un débil barquichuelo con el pretesto de pasar a la Quiriquina, pero con el verdadero designio de llegar a Talca por el río Maule. Espuso a la junta que Carrera abrigaba la firme determinación de no entregar el mando a un extranjero como Balcarce, pero sí al coronel O'Higgins, y que, según estaba informado, llevaría más allá su patriotismo, ofreciéndose a vencer las repugnancias que manifestaba el modesto O'Higgins para asumir un cargo tan delicado y de inmensa responsabilidad. A todo esto agregaba que era urgente y necesario quitar el ejército de manos de los Carreras quienes, según sus palabras, lo habían conducido con desacierto para Chile, si-

guiendo las indicaciones de un norte americano de ninguna reputacion y de ningunos conocimientos militares.

La junta lo acordó así con fecha 27 de noviembre; mas como siempre se temiese una resistencia formal de parte de Carrera, se le dejó en el mando mientras lo tomaba O'Higgins, quien a la sazón estaba en Talca. Mackenna, entretanto, interponia su influjo para desprestijiar a Carrera ante el gobierno y los soldados. Sus anteriores resentimientos habian resucitado con los nuevos ultrajes: el cuartel maestro odiaba al jeneral en jefe, así como éste a aquel. Mackenna decia que el jeneral era cobarde y torpe como militar, perverso y déspota como político; y este escribia en su diario de la campaña que el ingeniero Mackenna no distinguia la cureña de un cañón. Tan exajeradas eran sus palabras, tan profundos sus rencores.

Arregladas las primeras dificultades, O'Higgins salió de Talca el 20 de diciembre, en compañía de Mackenna. El día siguiente se juntó con la division auxiliar arjentina que permanecia acampada en Longaví.

El nuevo jeneral queria activar las operaciones de la guerra. Su plan era hacer dos divisiones del ejército insurgente, una de las cuales operaria en la línea del Itata, mientras la otra debia quedar en Concepcion a fin de impedir el desembarque en las costas de Arauco de los refuerzos que venian del Perú, y de despejar la frontera. O'Higgins se separó de Mackenna el 30 de enero dejándolo en Quirihue al mando de una division: estaba compuesta de 800 infantes, 100 dragones y 6 piezas de artillería.

Por primera vez iba Mackenna a dirigir las operaciones militares de una division de 1,000 hombres. Sus instrucciones, sin embargo, le mandaban mantenerse únicamente a la defensiva en Quirihue; pero, por nueva orden del jeneral O'Higgins, avanzó en breve hasta las márgenes del Itata, y ocupó la posicion del Membrillar, que él mismo habia fortificado en octubre de 1813.

Las guerrillas enemigas no se atrevieron a inquietarlo en sus atrincheramientos; pero le quemaban los campos en que solia poner sus caballos, y se le presentaban desde lejos para provocarlo a dejar las fortificaciones. La division comenzaba a correr algun peligro: en vano las dispersó Mackenna en Cuchacucha, porque el enemigo recibia refuerzos y se engrosaba de día en día, mientras llegaban á sus oidos los descalabros que por otras partes sufrían las armas independientes.

En efecto, la fortuna no habia sonreido al jeneral O'Higgins en los primeros días de su mando. A la cabeza de un ejército desmoralizado, sus esfuerzos habian sido infructuosos: las partidas de tropa que habia despachado de Concepcion, fueron batidas por el enemigo; no pudiendo impedir el desembarque de la division que traia del Perú el jeneral Gamza. Una partida realista se habia posesionado de Talca a viva fuerza, adelantando su línea de operaciones hasta la ribera norte del Maule, en camino para la capital.

Mackenna, sin embargo, fortificaba mas y mas su campo a fin de mantenerse a la defensiva: ni la vista del enemigo, ni las proposiciones que algunos jefes le hacian para buscar la salvacion en una retirada, lo decidieron a salir de sus trincheras.

Desde principios de marzo sus posiciones estaban amenazadas por el ejército realista. El jeneral Gainza en persona, con el grueso de sus fuerzas se habia acercado al Membrillar y se interpuso en el camino de Concepcion que debia tomar O'Higgins para socorrer a Mackenna. Su objeto era atacar en detalle a las divisiones insurjentes; pero a nada se atrevió, vistas las ventajosas posiciones que ocupaba Mackenna.

En ese estado de indecision que la prudencia hacia guardar al jeneral español, batió O'Higgins las partidas avanzadas del ejército de Gainza, en las alturas del Quilo y se dejó ver de la division de Mackenna. La ruina de Gainza era segura, inevitable, si era cojido entre dos fuegos: solo un ataque atrevido a las posiciones del Membrillar podia salvarlo.

Diólo en efecto en la tarde del 20 de marzo con todas sus fuerzas, pero Mackenna estaba sobre las armas, y firme e impertérito rechazó el impetuoso ataque de los enemigos, con ventajas tan grandes que los puso en completa derrota y dispersion. Tan decisiva fué la victoria de Mackenna, que ella sola hubiera bastado para poner un término a la guerra, si en aquellos momentos hubiera contado con alguna fuerza de caballería que echar sobre los atemorizados restos de Gainza que tuvieron que refugiarse en las casas de Cuchacucha. En el parte que de aquella victoria dió Mackenna al jeneral en jefe del ejército, firmado en el mismo campo del Membrillar con fecha 21 de marzo de 1814, pueden verse mui minuciosamente detalladas las diversas facetas de aquella memorable accion en que los soldados patriotas se defendieron contra doble número de enemigos, causándoles a éstos una pérdida que se computa en cerca de 500 hombres entre muertos y heridos. No dice Mackenna en su parte que él hubiese salido herido en esta batalla; pero consta que lo fué en la garganta al tiempo de caer a su lado el valiente Cáceres.

En la tarde del dia 22 del mismo mes de marzo se unieron las dos divisiones, la del jeneral en jefe que habia vencido en el Quilo y la que acababa de reportar la victoria del Membrillar. El enemigo que se habia rehecho en Chillan, acechaba de cerca a los patriotas.

En estos momentos les llega la noticia de la toma de Talca por los guerrilleros enemigos; y, sin pérdida de tiempo, intentan interponerse entre estos y la capital a la que creian en inminente riesgo, despues de haber sabido cómo habia fracasado la pequeña division que en socorro de Talca se habia despachado bajo las órdenes del comandante Blanco.

Patriotas y realistas en línea paralela avanzan sobre el Maule y pasan este rio por distintos vados, marchando y batiéndose alternativamente, llegan a Quechereguas y, despues de un vigoroso ataque, retrocede el enemigo

sobre Talca, dejando el campo por los patriotas. El objeto se habia conseguido: la interposicion de las fuerzas de la patria entre el enemigo y la capital. La parte que cupo a nuestro héroe en estas peligrosas jornadas, en estas marchas forzadas y repetidos encuentros con el enemigo, fué de los mas brillantes.

Pero era necesario imponer al gobierno del estado en que se hallaban los negocios de la campaña; era menester que un oficial entendido esplicara de viva voz todo cuanto ocurría y ninguno mejor que Mackenna podia hacerlo. Se le comisionó, pues, para que pasase a Santiago con ese objeto, y emprendió su marcha para esta ciudad el dia 10 de abril.

Llegado que fué encontró los ánimos en grande agitacion. La guerra amenazaba prolongarse por mucho tiempo aun. Los mas avisados pretendian que era necesario un cambio en la forma de gobierno; y por último prevalece el dictámen de los que opinaban por el gobierno unipersonal, como el único capaz de dar por su concentracion la celeridad que debia inmediatamente seguir a las resoluciones que se tomasen. Se efectua el cambio poco ántes de llegar el comodoro Hillyar trayendo del gobierno de Lima instrucciones para provocarnos a una transacion. Este hace presente el objeto de su mision y se ajustan las capitulaciones de Lircai, que Mackenna firma como uno de los plenipotenciarios del gobierno de Chile. En la siguiente biografía hallará el lector lo que por no repetir omitimos decir sobre estas capitulaciones.

Antes de las capitulaciones de Lircai, obtuvo el grado de jeneral de brigada y después fué nombrado comandante jeneral de armas de la plaza de Santiago. Ocupaba su empleo cuando en la noche del 23 de julio fué arrancado de su casa, aprisionado y desterrado a la provincia de Mendoza. Era la nueva junta de gobierno, criada por don José Miguel Carrera, que reemplazaba al directorio de Lastra, la que imponia a Mackenna aquel destierro.

Salió de Chile para no volverle a pisar. Estaba en Mendoza cuando abrazó por última vez a su amigo el defensor de Rancagua, y a poco tiempo partió para Buenos Aires, no sin que ántes hubiese sido provocado a un duelo que no tuvo lugar. A Buenos Aires le siguió tambien de cerca don Luis Carrera quien se creia autorizado para provocarlo a un desafio, pretendiendo con él vengar ultrajes que decia haber hecho Mackenna a la familia de aquel.

El duelo fué aceptado por Mackenna: ¡fatal condescendencia! Ella habia de privar a Chile de uno de sus mas ardientes defensorés, de uno sus militares mas entendidos, científicos y pundonorosos, de uno de los hombres que habian dado a la nacion dias de gloria. Pero el odio y la enemistad cegaron a ambos. El uno no vió que era empeño vano pretender que Mackenna fuese capaz de temor, y se desdijese de lo que una vez habia firmado; y el otro no tuvo bastante sangre fria para contestar que semejantes cues-

tionen no debian ventilarse sino en los tribunales de Chile. El desafío fué aceptado sin trepidar.

Hé aquí la carta provocatoria : « V. ha insultado el honor de mi familia « y el mio con suposiciones falsas y embusteras, y si V. lo tiene me ha de « dar satisfaccion desdiciéndose en una concurrencia pública de cuanto V. « ha hablado, o con las armas de la clase que V. quiera y en el lugar que « le parezca.---No sea señor Mackenna que un accidente como el de Talca « haga que se descubra esta esquela. Con el portador espero la contestacion « de V.---L. C. »

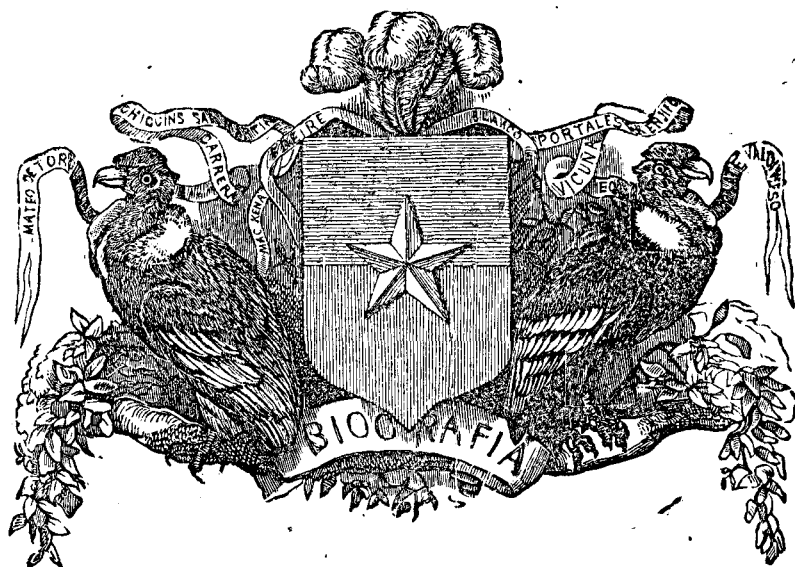
Mackenna contestó : « La verdad sostendré y siempre he sostenido : de « masiado honor he hecho a V. y a su familia, y si V. quiere portarse como « hombre pruebe tener este asunto con más sijilo que el de Talca y el de « Mendoza. Fijo a V. el lugar y hora para mañana a la noche, y en esta « de ahora podria decidirse si me viera V. con tiempo para tener pronto « pólvora, balas y un amigo que aviso a V. llevo conmigo.---De V. M. »

Ambos, puntuales a la cita, concurrieron al bajo de la Residencia. Era la noche del 21 de noviembre de 1814. Saludáronse, y luego se colocaron a pocos pasos de distancia. Talvez los dos iban a quedar en el sitio. Salieron los primeros tiros y... nada... el destino vacilaba... solo el sombrero de Carrera habia caido atravesado por la bala de Mackenna. Hubo un momento de esperanza : los padrinos se interpusieron : el honor estaba satisfecho. Pero Carrera exijió que Mackenna se *desdijese*. « No me desdeciré jamas, gritó Mackenna, y ántes de hacerlo me batiré todo un dia. »---Y yo me batiré dos, contestó Carrera. » No hubo remedio : volviéronse los antagonistas a sus puestos. Los tiros partieron a un tiempo, y Mackenna cayó en tierra. La bala del contrario le habia atravesado la garganta. Otra bala mas gloriosa se habia estrellado impotente en esa misma garganta en el asalto del Membrillar.

¡Así murió el jeneral Mackenna a los 43 años de edad, léjos de su familia, en el destierro, donde debia cubrir sus restos tierra que no era la de su nacimiento ni la de su adopcion ! ¡Blanda le sea!

HERMOJENES DE IRISARRI. (1)

(1) Debo advertir que soi deudor a mi erudito y buen amigo don Diego Barros Arana de la mayor parte de esta biografía. He tenido a la vista otra que ha sido escrita por don Benjamin Vicuña y Mackenna, biografía que no ha sido posible dar a luz en ésta obra por su excesiva estension. De esta he extractado los últimos acontecimientos de la vida del personaje de que me he ocupado. I.



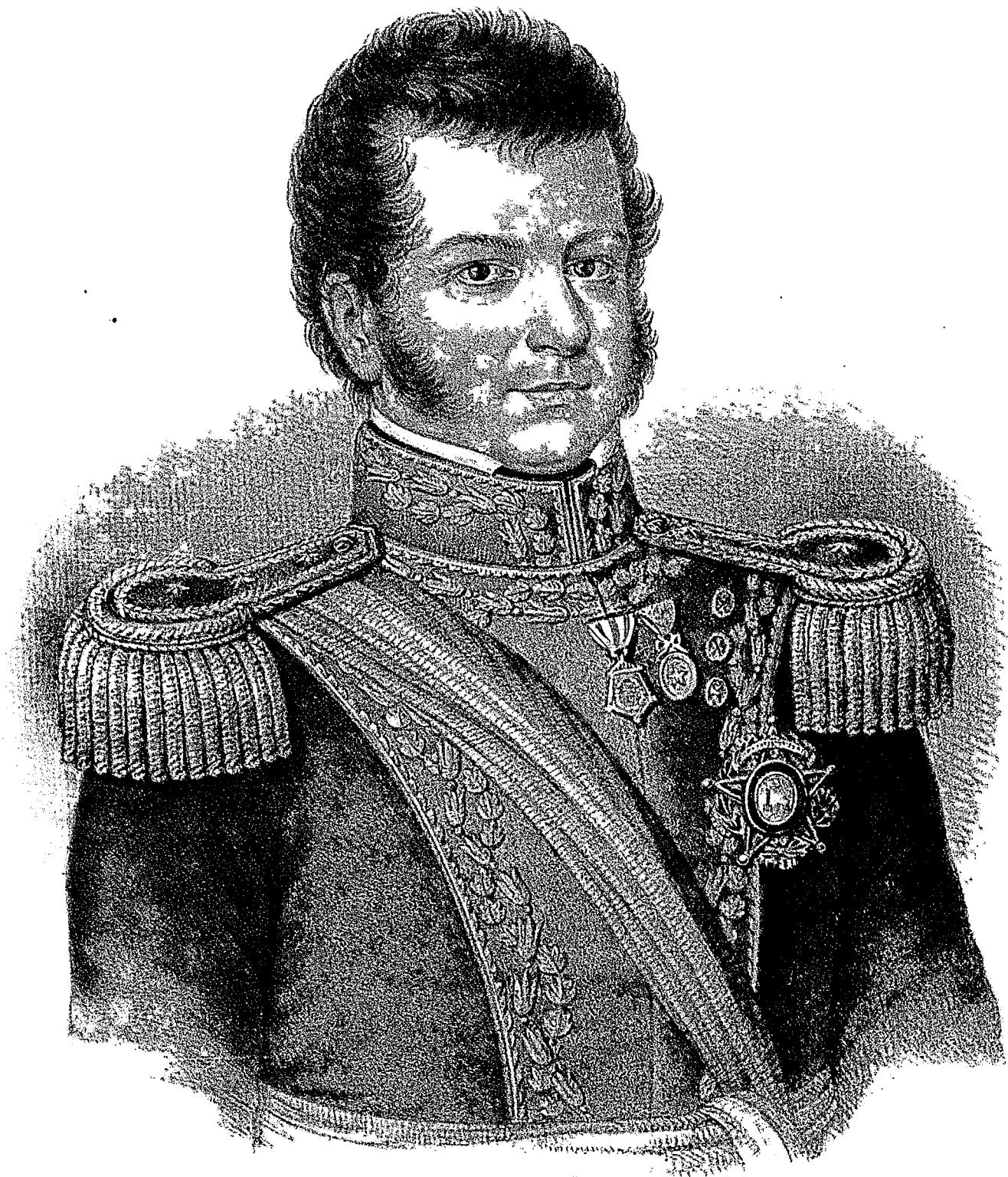
VIII.

DON BERNARDO O'HIGGINS.



QUIEN escribe la biografía de un contemporáneo no es nunca su mejor juez. Por mas abnegacion que se ponga, por mas imparcialidad de que haga alarde, es imposible que no le arrastren a exajeraciones las simpatías, los odios, las veleidades, los caprichos, bajo cuya influencia los testigos inmediatos de las hazañas o flaquezas de un hombre público se apresuran a aplaudirlas o condenarlas. La historia dejenera entonces en panfleto; peca por demasiado implacable o indulgente; atenúa o agrava a discrecion; sus elogios son apolojias; sus censuras diatribas; y para atemperar los hechos o personajes al sentido de su opinion, para deprimirlos o enaltecerlos a su antojo, tiene que inflijirles cruel tortura, que colocarlos como sobre un lecho de Procusto y arrancarles así testimonios calumniosos o gratuitos. El ostracismo, suele decirse con gran énfasis, es la Roca Tarpeya de los grandes servicios, la ingratitud su recompensa obligada; como si los que tales fallos pronuncian pudiesen erijirse en tribunal de últimaalzada; como si no quedase la apelacion al juicio tardío pero imparcial de la posteridad. Esta viene a rectificar siempre los errores y vehemencias de la lijereza y la pasión; quita lo que habian concedido de

GALERIA NACIONAL.



Dibujado i publicado por N Desmadryl

BERNARDO O'HIGGINS.

Bernardo O'Higgins

mas, restituye lo que de ménos; dá a cada cual estricta y verdaderamente lo suyo; desagravia y absuelve, o increpa y condena, pero en última instancia, sin ulterior recurso. El caso adverso deja de ser entónces un crimen, y la rodilla inclinada ante la iniquidad triunfante, se levanta sin temor. El infortunio llega a ser mas bien un fuero de conmiseracion; el poder y el valimiento títulos a la mas inexorable severidad. Las falsas apariencias, las esterioridades engañosas pierden todo su prestigio; habla solo la verdad.

¿Quién sabe si ha llegado a O'Higgins la hora de esta vindicacion? Pero él, que murió en tierra extranjera, que no ha dejado una familia que guarde como suya la memoria de sus virtudes y proezas, y sí detractores muchos y enemigos personales, cuyo encarnizamiento no han sido parte a embotar ni el mármol de la tumba ni el transcurso de los años; él, apellidado un tiempo el hijo primojénito y predilecto de la patria, y preterido o infamado despues, hasta no temerse envolver en una comun adulteracion, ofensiva al decoro y orgullo nacional, la historia de la revolucion de Chile y su mas ilustre protagonista; él, cuyos rasgos magnánimos y actos mas gloriosos habrian sido redargüidos o negados, si por único recremento quedasen no mas que reminiscencias confusas o tradiciones contenciosas; O'Higgins, es entre todos los grandes hombres de su tiempo el mas acreedor a un cumplido desagravio y el que mas lo ha menester.

Al romper Chile por la vez primera la absoluta interdicción del réjimen colonial, al asumir el ejercicio de su personalidad nacional secuestrada desde los primeros vajiidos de su infancia, dió un paso el mas osado y gigantesco. No se declaró desde luego libre y soberano; no decretó la derogación del vasallaje tributado tres centurias a la España. ¿Ni cómo se habria atrevido a negar de repente esa obediencia y subordinacion, su suprema lei política, su forma constitucional, dogma de su relijion, su modo de ser hasta entónces? La revolucion así iniciada habria retrocedido a su primer paso, espantada ante el aislamiento y las maldiciones con que la habria abandonado a su suerte el mismo pueblo objeto de su solicitud y afanes, que habria llamado inútilmente a secundarla. ¿Ni a cuáles de sus mas esforzados corifeos habria podido ocurrir la idea de acometer empresa semejante sin preparacion de ningun jénero, contra resabios, preocupaciones y elementos tantos, que aseguraban la permanencia del órden de cosas a la sazón vijente? Pero si no se inició la revolucion a rompe y rasga, por así decirlo, y proclamándose desde un principio su objeto en toda su importancia y estension; si se la atribuyeron miras solo secundarias y transitorias; si apénas un pálido arrebol de libertad pareció colorir el cielo de la patria en lá aurora de su primera existencia, este dulce respiro de una repentina bienandanza se alcanzó tambien sin los sacrificios y catástrofes que apareja de ordinario el ingreso de una rejeneracion mas violenta.

El diez y ocho de setiembre de 810 es entre los fastos nacionales de

Chile el mas memorable, y lo será siempre; marca el principio confuso, la tímida intentona de lo que se acomete y lleva despues a cabo en toda su plenitud y sin disfraz alguno; el júbilo, el beneplácito, el anhelo jeneral, y la union de mas feliz agüero, prendieron en ese dia al advenimiento de todo un pueblo, a la vida política y a la administracion de sus intereses. Desde ese dia el nombre de Chile pasó a ser la razon social de una nacion. Pero este cambio, como ya hemos dicho, no se abrió *ex-ábrupto* y con entera conciencia de su magnitud; la colonia no hizo al principio mas que proveer, por sí misma es cierto, pero sin dimitir su condicion de tal, al desamparo y acefalía a que la reducian la cautividad de Fernando, y la anarquía e invasiones de que era teatro la metrópoli. Se dió un gobierno propio, independiente, pero nada mas que provisorio, destinado a rejirla hasta tanto subsistiesen las circunstancias que le daban oríjen. Y al aventurar esta innovacion atrevida, al estatuir su forma, al zanjar todas las dificultades de este su extremo precario en la vida de nacion con derechos suyos, obróse colectivamente; cabildo, real audiencia, comunidades religiosas, militares de alta graduacion, vecinos respetables, todos cargaron solidariamente la responsabilidad de la jestion comun; el pueblo fué su personero. No hubo que arrancar por un golpe de mano lo que fué consecuencia espontánea del acuerdo jeneral; no habia llegado la empresa al punto en que fuese menester que el mas osado de sus operarios forzase el asentimiento de los demas.

La contemporizacion primera no podia con todo sostenerse; era imposible poner la proa a la asecurion del objeto final, sin determinarlo de una vez, sin deponer la parsimonia y disimulo de los procedimientos anteriores. Escrúpulos poderosos, desconfianzas, temores, sujestiones siniestras incitaban a rechazar el temerario proyecto de una paladina y completa emancipacion; forcejaban inútilmente en sentido opuesto el altivo ardimiento, el ardoroso patriotismo de los novadores mas exaltados; la insidiosa reaccion asomaba ya la cabeza atisvando una ocasion favorable a su prevalecimiento en las discusiones y perplejidad de sus antagonistas; el bajel revolucionario, destituido de toda direccion pujante y fija, comenzaba a fluctuar a la merced de un mar alterado y de un viento adverso. Carrera, el animoso y audaz Carrera, aparece entónces; arrebató el gobernalle de la zozobrante embarcacion, la hace en un punto virar de bordo en el momento en que casi encalla, y con su arboladura improvisada, su endeble quilla, sus delgadas enternas, su intonsa tripulacion, el barquichuelo de la república vese a poco navegar viento en popa, con bélico gallardete y con seguro rumbo, al puerto de su aspiracion.

Cesaron entónces las medidas paliativas, contemporizadoras, medrosas, con que se habia iniciado la revolucion; desembozó sus conatos, y comenzó a perseguirlos con franqueza y ahinco. Tuvo que vencer resistencias, que moderar excesos, que afianzar a viva fuerza la concordia y union de todos

sus adeptos, y que tomar de una vez una actitud enérgica y decidida ante sus enemigos exteriores. Y cuando aceptaron estos el reto a muerte que les fué lanzado, cuando se hizo inminente y próximo el peligro de una invasion, fué menester prepararse a rechazarla. Duro noviciado para un pueblo obligado recientemente a bastarse a sí mismo! No bien ha roto el bozal del despotismo y sacudido la apatía y abyección de su pasado, y ya tiene que salir a contrarestar una agresión de muerte. El jénio, la actividad, el celo de Carrera lo sirvieron y sostuvieron en trance tan extremo; alistó y armó soldados, acopió víveres y pertrechos, hizo todos los preparativos necesarios.

La noticia de haber puesto pié en el territorio un ejército numeroso y aguerrido, y avanzar hácia la capital, conquistando todos los pueblos de su tránsito, halló a la patria prevenida y resuelta; y el mismo que habia encabezado todos sus aprestos para la lucha, se hizo tambien su campeón, el jefe de las huestes que debían marchar a combatirlo. Sin esperar su aclamación para cargo tan excelso, anticipándose al consentimiento público, presumiéndolo y forzándolo con el mismo arrojo que para su anterior predominio en el sesgo dado a la revolución; sin dejar tiempo a que por la deliberación se enervase la fuerza del primer ímpetu y se perdiesen las ventajas de un rechazo pronto y vigoroso, sin aguardar a que pasada la alarma y tribulación de los primeros momentos, se diese a su nueva investidura un carácter legal, sin el cual habia hecho respetar mui bien la omnimoda y más augusta que acababa de ejercer; voló al punto a detener el progreso de la invasion. Desde las orillas del Maule hizola retroceder hasta Chillan, y la encerró en el recinto de esta plaza con un sitio estrecho, que sostuvo todo un invierno. La impasibilidad de sus adversarios, el cansancio de sus propios soldados, el agotamiento de los recursos y más que nada, los rigores de la estación, pudieron solo obligarle a resignarse a la humillación de levantarlo y de deponer su actitud agresiva para acudir a la reorganización de su tropa, disminuida y descorazonada por esfuerzos tan vivos, tan prolongados y tan estériles.

Este primer quebranto sacó a los patriotas de su estado de aquiescencia pasiva a los actos del que se habia erijido en su jefe militar. Desde que la prepotencia y el acierto dejaron de disculpar la usurpación de Carrera, desde que sus últimas operaciones le declaraban momentáneamente vencido, se sublevó en su contra una gritería de censuras odiosas, de recriminaciones encarnizadas. Era para unos un ambicioso temible que subordinaria a su antojo el interés de la patria a su engrandecimiento personal, que no habia cooperado a la defensa de la emancipación sino para establecer su propia dictadura y la insolente elevación de toda su familia y parciales; y los que así le juzgaban pedían su destitución solo como un ostracismo, sin poner en duda sus méritos e insignes cualidades. Otros le achacaban defectos de un jeneral imprudente y cobarde; no sujetaba los soldados a una

disciplina severa; les habia permitido depredaciones en los pueblos de su tránsito o guarnicion, donde habian desacreditado la causa que sostenian; asistia al combate desde léjos, con la espada envainada, teniendo en la mano que debia empuñarla un antejo de campaña, comunicando sus disposiciones por el intermediario de edecanes y ayudantes, y fiando en el primor de las maniobras y estrategia que ponía en juego, más que en la intrepidez de sus bisoños tercios, en el estímulo de su ejemplo personal y de la enerjía y viva voz de sus órdenes. Y sobre todo, se queria un jefe ménos jactancioso y petulante, ménos pagado de su propia valia y superioridad, que no debiese su exaltacion a sí mismo, que no tuviese hermanos brigadieres y una familia y clientela numerosas, capaces de contrabalancear con su influencia la de la mayoría nacional. En una palabra, la revolucion habia menester ahora, no de un caudillo imperioso y arrogante, a un tiempo tribuno y militar, bajo cuyos auspicios marchase como hasta ese momento, sin darse cuenta de nada; sino de un subalterno dócil, de toda su devocion, y que valiese y dominase solo por su medio y con su anuencia. Carrera se habia hecho jeneral en jefe por su propia gracia; no admitia otra iniciativa y sujecion que la de su inflexible voluntad. Su destitucion debia ser la medida con que el gobierno de la república reasumiese su direccion suprema, hecha a un lado o menospreciada hasta entónces. Y con toda su protervia y altivez, Carrera tuvo que acceder a su separacion y a la de sus hermanos del ejército, por la ráfaga de veleidad popular desencadenada a la sazón en su daño. El que solo a la hora de su muerte debia confesarse vencido, y *no mas que por la Providencia*, tuvo que reprimir en silencio los primeros arrebatos de una saña que nada en su vida debia ser parte a aplacar.

El mando en jefe quitado a Carrera no podia ser conferido a otro que a O'Higgins. No era un veterano como Carrera, que ántes que en Chile habia ya militado en España, y que profesaba la guerra como un arte. La foja de servicios de O'Higgins ántes de la revolucion estaba completamente en blanco, y toda su teoría de combate, su evolucion favorita al frente del enemigo, se reducía a cargar con valor. Pero en las pocas funciones de armas de la reciente campaña, habia podido bien verse que de los planes mejor concebidos, de la táctica mas certera, de la inspeccion distante y pasiva de un verdadero jeneral en jefe, mui poco partido podia sacarse con una turba de valientes, indóciles a todo freno, impacientes, rota una vez la pelea, de la menor tardanza o evasion por bien calculadas que ellas fuesen: y que el soldado mas intrépido, el que para arrostrar el peligro o vencer la dificultad se mostrase, si era preciso, como una enseña viva a los ojos de los demas, ese alcanzaria mejor a la cabeza de ellos prodijios de valor y de heroismo. La proeza con mucho mas espléndida de cuantas habian ilustrado la campaña iniciada, habia sido el asalto del Roble, en que los patriotas en un número mui inferior, a las órdenes de O'Higgins, único que

entre los oficiales de alta graduacion, y con ser que era el de menor, y el ménos caracterizado entre todos, no endosó a otro la responsabilidad del mando supremo, vacante en el momento por la fuga obligada de Carrera, resistieron por tres horas descargas nutridas e incesantes en un ataque obstinado de los realistas, y con una carga a la bayoneta, ordenada y presidida por su caudillo accidental, los pusieron en desórden y, al fin, en la derrota mas completa. ¿Qué mejor prueba de que el ardimiento personal valia mas que la pericia y la estrategia para conducir a la victoria soldados inespertos e impetuosos?

Desde esa jornada databa el crédito de bravura de O'Higgins, y en cuanto a la abnegacion, la sinceridad y la entereza de su patriotismo, las habia probado filiándose desde un principio entre los pocos novadores mas exaltados, y participando de todos sus primeros riesgos y ansiedades; y luego, como diputado al primer congreso nacional de tan célebre recordacion, como miembro de la junta que organizó Carrera en la capital a la disolucion de aquella recalcitrante asamblea, como su plenipotenciario enviado tambien por Carrera para obviar su conflicto con las que se proclamaron independientes en Concepcion y Valdivia, como coronel en el ejército nacional, puestos todos, en que por respeto a su mandato, por subordinacion a sus comitentes, por lealtad consigo mismo, habia tenido que afrontar compromisos odiosos, incitaciones malignas.

Sobre todo, se buscaban no tanto aptitudes sobresalientes en el que hubiese de ser jefe militar de la revolucion, cuanto otras cualidades, simplemente negativas, que por no concurrir en Carrera le habian hecho últimamente impopular e inadecuado en ese rango. Se queria, ante todas cosas, que el nuevo jeneral del ejército, recibiese, no impusiese ni empeñase su promocion; y que ella acusase, a la par que el reconocimiento de las dotes y méritos que la decidian, la voluntad espontánea y soberana de su emanacion. Si al mérito especial del elegido se agregaban los accesorios de elevado talento, grande ascendiente, familia aristocrática que en Carrera, ni tendria aquella los visos de enteramente voluntaria que se queria indujese, ni dejaria de ocasionar temores de un antagonismo fatal. Bajo este aspecto, era O'Higgins el mas apropiado. Sin la revolucion no hubiera sido nunca mas que el hijo natural de un virei; sus prendas morales, sus servicios, nada habria sido suficiente a borrar esa mancha de su nacimiento, ese apodo agregado siempre a su ilustre apellido, que habia movido a su padre a negárselo en su postrera voluntad, y a privarle durante su vida de las efusiones e inocentes delicias de la primera juventud, pasada para él léjos de su tierra natal, dentro de los claustros y bajo la represion severa de un colejio de jesuitas de Irlanda. Bajo el réjimen y las preocupaciones del coloniaje, O'Higgins habria vivido siempre retraido y oscuro, sin parientes, sin amigos, y quizás en completo entredicho con una sociedad que para admitirlo en su primera clase le hubiera pedido una alcurnia lejitima. El

que comenzaba a vivir fuera de sí mismo, y a figurar en alta esfera con la revolucion; el que se elevaba por ella y con ella, y trataba de rescatar con su triunfo su nulidad pasada; el que por la reconcentracion de su carácter y sus hábitos de recojimiento y de reserva parecia inaccesible a toda seducion, intriga o devaneo; el que en la consagracion de su civismo habia mostrado un temple de alma, una enerjía moral superior a todo incentivo o aprehension; el que no tenia ni el jenio, ni la ambicion de poder, ni los amaños seductores, ni los prosélitos fanáticos que Carrera, debió ser considerado el mejor y ménos peligroso én su reemplazo. Su rijidez, su vijilancia asídua e inmediata impedirian las extorsiones y atentados de una soldadesca engreida y desenfrenada; el ejemplo y prestigio de su denuedo, su incorruptible celo, su independenciam de toda faccion, reanimarian a la vez al ejército y disiparian todo temor de ver convertida contra la república una guardia pretoriana de sus mismos defensores. Todo lo que habia sido antipatías y recelos contra el jeneral cesante, se tornó en confianza plena y satisfactorio contento en favor de su sucesor.

Recibió O'Higgins el mando del ejército en Concepcion, reducido casi a una mitad del número de su primitiva planta, y se puso a sus órdenes inmediatas solo una de las dos divisiones en que lo dejaban fraccionado las últimas operaciones de Carrera, separadas ambas por mas de sesenta leguas de áspero camino, por rios caudalosos y por los realistas que, mui superiores en número y equipo de sus tropas, aun ántes de agregarse considerables pertrechos y auxiliares llegados recientemente de Lima, debian moverse de un momento a otro de su cuartel jeneral de Chillan, para dejarse caer con todo el peso de su fuerza, sobre uno u otro de aquellos dos débiles trozos de la nuestra. Al que tenian mas cerca y ménos resistencia podia oponerles era el acampado en el Membrillar, a las órdenes de Mackenna, oficial extranjero, pero tan entusiasta por la independenciam de Chile y la gloria de sus armas como el mas amante de sus hijos, de mucho tacto y esperiencia militar, y de un pundonor que debia serle funesto. Este jefe, que se estrenaba en el mando como brigadier al mismo tiempo que O'Higgins como jeneral, se hallaba en la posicion mas difícil y angustiosa; al frente de las triplicadas huestes de los realistas que interceptaban su comunicacion con O'Higgins, y teniendo tambien cortada su retirada a la capital la reciente ocupacion de Talca por una fuerte avanzada de aquellas. Le era imposible aventurar paso en ningun sentido; solo a favor de la ventajosa localidad de su campamento y de las fortificaciones y acopios con que se estaba a toda prisa premuniendo, podria sostenerse algun tiempo en su aislamiento, y esperar que de una u otra parte se viniese talvez en su auxilio.

Entretanto, la defensa de la plaza de Concepcion condenaba a O'Higgins a la inaccion mas mortificante; y se aprovechó con gusto del primer anuncio de los apuros de Mackenna y de las alarmas del gobierno, en vista de

su desamparo y de la inmediación de los invasores, para abandonar aquella plaza sin escrúpulo, y ponerse luego en movimiento a procurar juntarse con la otra división, para de allí dirigirse presuroso a proteger con todo su ejército a la capital. Después de una marcha larga, penosa, y que hizo más difícil el temor de ser asaltado a la deshilada por el enemigo, cuyas descubiertas sorprendió más de una vez, le dió por fin vista en las alturas del Quilo, cuando ya no distaba del Membrillar más que cinco leguas. Ruidosas descargas de fusilería anunciaron a Mackenna la aproximación de su jefe y que trataba de forzar el paso hacia él; se hubiera al punto precipitado en su auxilio, pero previó por fortuna el peligro de abandonar su atrincheramiento, y de ofrecerse solo y enteramente en descubierto al ataque de los realistas. Estos, por su parte, no por una cobarde trepidación, sino dando tiempo a que una de las dos divisiones de sus contrarios avanzase algo más, bien trasponiendo la una la defensa natural de un río intermedio, o bien alejándose un poco la otra del recinto de sus fortificaciones, las tuvieron algún tiempo inmóviles mal de su grado y en la incertidumbre más tormentosa, mediante alardes alternativos y embestidas parciales; hasta que al fin, cansados ellos mismos de esta perplejidad y de esperar inútilmente la disyuntiva que debía terminarla, se echaron de improviso sobre Mackenna, sin reservar otra parte de todas sus armas que la muy pequeña bastante para contener a O'Higgins a la orilla opuesta del Itata. Pero toda su superioridad y brios se estrellaron impotentes contra las trincheras de que se había aquel rodeado; y el temor de ser tomados entre dos fuegos y lo insuperable de la resistencia, los hicieron pronto retroceder en una confusión y descalabro tales, que ni acertaron siquiera a estorbar al día siguiente a O'Higgins, como hubieran podido, el paso del río y su completa reunión con los vencedores de la víspera.

Sin permitir el menor descanso, prosiguió al punto O'Higgins con su ejército, formado ya en un solo cuerpo, a pasar el Maule y a no diferir más su interposición entre la capital y Talca, tan anhelada y de urgente necesidad desde que esta última plaza había caído en poder de los realistas. El ejército de estos últimos comprendió luego el motivo interesante de tanta premura; y con la mira de cruzar esta tentativa, de reforzar sus propias avanzadas de Talca, de trasladar aquí el cuartel general y el centro de sus operaciones todas, y de precipitarse a marchas forzadas sobre Santiago, antes que se hubiese podido llegar en su socorro, se encaminó también a disputar el paso del río o a efectuarlo en último caso antes que su rival. Los dos se movieron casi simultáneamente y con el mismo manifiesto fin. La operación para los patriotas era mucho más difícil y apremiante que para los realistas; debían pasar primero, a la mayor brevedad, y por vado menos óbvio y más practicable que sus adversarios, quienes le cerraban todo camino de salvación con solo estorbarles el paso, o conseguir efectuarlo con cualquiera anticipación. Y a esta gran ventaja de estarse a la defensiva y de no traer-

les la demora perjuicio, se agregaba la del número de sus fuerzas y la de su comunicacion espedita con el depósito de sus provisiones y recursos. La lucha desigual y apuradísima que sostuvo con este motivo O'Higgins, de trances y de ardidés, de intentonas y deshechas, de contramarchas y arremetidas, es uno de los episodios mas curiosos y admirables de esta brillante campaña. A una estratajema feliz y a la intrepidez sin igual del mayor Campino, que con una compañía de a caballo y llevando a la grupa otra de tiradores, atravesó de los primeros el rio y desde la orilla opuesta protejió el paso, en gran parte a vado, del resto del ejército, debió O'Higgins la incomparable hazaña de este triunfo.

Era ya tiempo de acudir a la proteccion de la indefensa capital: los enemigos tenian enteramente franco el camino hasta ella; acababan de derrotar en Cancha-Rayada, a las puertas de Talca, el ejército improvisado con que se prometiera desalojarla de su amenazante posicion. Esta contrariedad desastrosa y la postergacion de O'Higgins, ya tan prolongada, la habian sumerjido en el pavor y el desaliento mas jeneral.

La cintura del territorio de Chile por su posicion central, y porque es la parte en que mas se estrecha entre la cordillera y el mar, la forma el valle en que se situó con sus tercios O'Higgins, casi a tiro de cañon del pueblo en que los realistas establecian al mismo tiempo su cuartel jeneral. Así fué que cuando se precipitaron con toda su fuerza y la recientemente victoriosa que se les unió en Talca, sobre el camino de Santiago, a terminar con el último y mas recio golpe una lucha que los traia fuera de sí, impacientes de vengar tanto reves, sufrieron un rechazo que no los alentó para reiterar su embestida. La capital respiró por fin de su pánico y alarmas, confiando en que el centinela avanzado de los vencedores del Roble y Membrillar, no se dejaria romper su consigna de atajar el acceso del enemigo a la ciudad de toda su codicia y solicitud.

Sobrevino en esto un armisticio con ocasion de haber ofrecido el virei de Lima proposiciones de paz. ¿Por qué se les dió oido? ¿Por qué se accedió a las concesiones humillantes exigidas por ellos? ¿Por qué no se sospechó la perfidia y las intenciones aviesas que encubria esta celada? Todos estos reproches deducidos despues contra los que aceptaron el tratado de Lircai son injustos a mas no poder. ¿Qué gran concesion se hizo por él a la España? ¿La del reconocimiento nominal de su soberanía para el caso en que recobrase su independenciam y con la condicion espresa de definirse entónces de mútuo acuerdo la forma en que deberia ejercerse? ¿Qué otra cosa importaba esta declaracion que la del *statu quo* de la contienda? ¿Qué desistimiento vergonzoso habia en semejante emplazamiento de su decision? La que cantaba la palinodia, la que pedia alafia, la que despues de tantas bravatas y amenazas ofrecia desarmar oprobiosamente, era la España; ella se comprometia a evacuar el territorio, y toleraba que sus vasallos rebeldes figurasen en la capitulacion como sus iguales. Y tanto mas baldon y vitu-

perio, para ella, si ese ofrecimiento era mentido, si al afianzarlo con la palabra y el honor nacional se proponia en secreto una trasgresion infamante. Y luego ¿cuáles eran las circunstancias ventajosas, los recursos inagotables, el apoyo firme y seguro con que contaba Chile para sostenerse arrogante y pertinaz, hasta alcanzar la completa rendicion de su contendor? Su ejército jadeante y desmedrado, su tesoro exhausto, sus elementos de resistencia esquilmados todos, arrebatados en gran parte, ¿le permitian por ventura especular sobre la probabilidad de un próximo triunfo, mucho mayor o mas seguro que el que creia asegurarse con el tratado? Si alevosías atroces y disensiones fratricidas se conjuraron despues de consuno contra la pobre patria, no se achaque el cargo horrendo de los desastres y ruina que trajeron a los que no pudieron prevèer, ni tamaña felonía de parte de un enemigo sin fé ni pundonor, ni atentados tan flagrantes de parte de quienes no temieron alzar contra el tricolor de la república el pendon de sus susceptibilidades y rencores personales.

Y por otro lado, cualquiera que fuese la justicia o sinrazon de tales recriminaciones, no afectan en lo menor a O'Higgins, que ninguna injerencia tuvo ni en la discusion de las condiciones del tratado, ni ménos en su aceptacion. El papel que le cupo en la negociacion fué el de mero plenipotenciario, y para solo el acto de formular y ratificar con su firma lo ya acordado sin su anuencia. Las armas de la república estaban en sus manos y pudo con ellas despedazar el pacto, y obligar al gobierno a una inmediata retractacion. Cierto. Pero ¿de dónde se hubieran derivado sus facultades para erijir así su particular capricho en norma y lei de la voluntad nacional? Factible o no tal intento, se hubiese o no frustrado en la ejecucion, nada habria atenuado la avilantez, ni ménos la perfidia de prevaricato tan criminal.

Sí; el tratado de Lircái es un padron de oprobio y execracion, pero solo para los que se desentendieron de la fé sagrada de sus promesas y para los que hicieron servir el pretesto falso de haberse ciado por él ante la defensa de la libertad y nacionalidad chilenas, a la disculpa de la usurpacion mas escandalosa y a la satisfaccion de resentimientos e intereses individuales (1). ¿Quién era Carrera, qué pesaban en la balanza de la salud

(1) Los documentos oficiales de Carrera desmienten la idea que circula hace años de que dicho jeneral diese como pretesto para echar abajo el directorio de Lastra, el haber este consentido en las capitulaciones de Lircái. Consta, por el contrario, que Carrera al subir nuevamente al mando de la nacion, acompañado de sus colegas Urzúa y Uribe, ofició al jeneral español, diciéndole que la nueva junta que mandaba en Santiago, le habia en otro oficio y a la *entrada de gobierno participado su deferencia a los pactos que nos impone la capitulacion de mayo, y protesta soldar su cumplimiento.* (Oficio de 19 de agosto de 1814.) En el *manifiesto del gobierno* a los pueblos, firmado por Carrera, Urzúa y Uribe de fecha 25 de julio de 1814, se hallan tambien las palabras que voi a copiar y que son una aprobacion espresa de los tratados de Lircái. Son estas, «Entre tanto una faccion (habla del partido godo así llamado) que siempre habia sido sofocada en las oscilaciones de nuestra libertad naciente, levanta su cabeza erguida, insultando con sonrisa a los amantes de la causa americana, como si la proclamacion de sus derechos fuese inconciliable con los deseos de la paz, o como si LOS PACTOS QUE LA REGLABAN DEJASEN A CHILE EN LA OSCURIDAD DE SU ANTIGUA SERVIDUMBRE.» Aun otros documentos pudieran citarse para probar que Carrera nunca apoyó su nueva revolucion en la supuesta impopularidad de

pública sus agravios personales, verdaderos o gratuitos, qué su amor propio herido, sus méritos olvidados, para que acechando, desde el escondite, en que habia tenido que sustraerse a las persecuciones del gobierno de sus compatriotas y correligionarios, indignados y alarmados por las tramas y maquinaciones en que se obstinaba su encono contra ellos, un momento de descuido y de turbacion; aprovechándose del primer reposo que gustaba la patria, despues de tantas fatigas y desastres contemplados por él con ojo enjuto desde la prision en que a su separacion del ejército cayó por su temeridad y lo conservaron los realistas hasta su evasion; haciendo leva en su apoyo de todos los odios menguados, las aspiraciones bastardas, tantas malas pasiones cobijadas siempre bajo un régimen cualquiera, y por de contado bajo el represivo y duro que hacia necesario la coexistencia de la guerra y la revolucion, derrocarse el gobierno patrio y, sobre el atentado de su vilipendio y de su ruina, estableciese su nefaria dictadura, para satisfacer con ella su frenesí de venganza y ambicion?

O'Higgins, que no vió ni pudo ver en Carrera mas que su usurpacion gratuita y los desafueros y tropelías con que era inaugurada; ligado como estaba a la obediencia y defensa de la autoridad lejítima, y mui ajeno de sospechar la pérfida violacion del tratado bajo el cual se hallaban suspendidas las hostilidades contra los realistas, creyó de su deber dejar su campamento, y venir a restablecer el gobierno subvertido. Se adelantó hasta Maipo con una parte del ejército, dejando la otra a una jornada de distancia; y encontró allí el que Carrera habia ya reclutado, y oponia a la prosecucion de su marcha. Trabóse un combate de poco momento, que se habria renovado al dia siguiente mas sangriento y decisivo y en que O'Higgins habria empeñado toda su tropa, si no hubiese hecho caer las armas de la mano a ambos combatientes, minutos ántes de cruzarlas, el anuncio, terrible cuanto inesperado, de haber venido de Lima a las órdenes de Ossorio un nuevo ejército a reforzar y llevar adelante la invasion, de hallarse ya en Talca y de avanzar precipitadamente a someter otra vez a todo Chile al ominoso yugo colonial. O'Higgins y Carrera no pensaron ya mas que en volver contra el comun y aleve enemigo sus espadas ensangrentadas en la contienda fratricida del dia anterior; se olvidó la reyerta pendiente para no atender mas que al peligro de la patria. Y el que de los dos tenia de su parte sino la seguridad del triunfo, al ménos la razon, el pundonor, la justicia, el deber, se apresuró a ceder al otro: de jeneral en jefe del ejército, se degradó él mismo a subálgerno de su rival; dobló su rodilla ante la iniquidad que la exigencia de la salud pública le impedia ya contestar; sacrificó su orgullo y su dignidad personal; fué magnánimo y jeneroso

los tratados de Lircai; pero seria trabajo escusado. Ignoro hasta ahora de donde se ha sacado la idea que domina sobre este particular. Los documentos históricos oficiales, están en oposicion con ella. Así es que siento no hallarme de acuerdo con el autor de esta biografía y otros escritores e historiadores en cuanto al hecho en cuestion. (I.)

hasta el punto de aceptar tan acerba humillacion; y por única merced pidió la de mandar la vanguardia del ejército que saliese a repeler al español.

Y Carrera que se habia constituido en desfacedor de los agravios y desaguizados de la revolucion; Carrera que habia prometido vindicar el honor nacional, desnudar ese acero de la república que infieles y pusilánimes mandatarios habian vuelto con baldon a la vaina; Carrera, ántes que recoger con valentía el guante que el feroz Ossorio le tiraba con menosprecio a la cara, habló de paz, de justicia, de humanidad, hizo protestas fementidas de sumision y respeto a la soberanía de Fernando, descendió hasta la súplica y la falsía, y no se remitió al coraje de sus soldados y a la justicia de su causa, sino perdida toda esperanza de una amigable e indigna transaccion. Su contestacion (fecha 5 de setiembre de 814, rotulada *al que manda la jente armada de Lima*) al ultimatum del jefe de los realistas, rebaja y calumnia el pensamiento de la revolucion; Chile no se ha sublevado en ella contra la soberanía de Fernando, sino contra los gobiernos intrusos y las autoridades que asumian sin título lejítimo la representacion de su augusto monarca; presenta a los patriotas como fieles servidores de su majestad, y a sus contrarios, en caso de persistir en su agresion, como vasallos rebeldes. Y a esta chicana, a esta superchería impúdica apela en momento tan solemne, en su propia defensa y en la de la patria, el mismo que habia calificado como una reculada hipócrita el tratado de Lircái, como traidor al directorio que lo sancionara, como justa y santa su sustitucion por la obrepticia y refractaria dictadura de su antojo, como honrosa en su favor e imputable solo a O'Higgins la sangre de hermanos vertida en Maipo, y finalmente como acepta a la mayoría nacional e indispensable a la salvacion del pais la supremacía que acababa de serle abandonada, no concedida, y con la que no se avergonzaba de cejar tan cobardemente, de mentir tan a faz descubierta.

La repulsa perentoria de Ossorio no le dejó lugar a otro esujio; tuvo que disponerse a resistirle, y al efecto, con una brigada que no alcanzaba a mil hombres, destacó a toda prisa a O'Higgins a estorbar al enemigo, que habia acercado ya sus reales hasta San Fernando, el paso del Cachapoal, distante de la capital apenas veinticinco leguas. Llega a tiempo, pero no le es posible impedir con tan escasa fuerza el tránsito de un rio vadeable en muchos puntos, a un ejército prepotente en el número y disciplina de sus soldados, y alentado con la noticia del desconcierto y discordia en que logra sorprender a los patriotas. Viendo esta imposibilidad resuelve retrogradar y hacerse fuerte en la misma ciudad de Rancagua, cuyos afueras lindan casi con la ribera septentrional del rio, dando así tiempo a que pueda reunírsele Carrera con la division de su mando y batir juntos al poderoso invasor. Guarnece al instante aquella plaza con su escasa jente, atrinchera sus principales avenidas, se previene para el próximo ataque. Lo peor de todo es que la pésima posicion que le es fuerza

tomar, y el plan de operaciones que ella le impone, inutilizan su mejor arma, un rejimiento de dragones aguerridos que comanda el bravo Freire.

El sitio de Rancagua es sin duda la funcion de armas mas trájica pero mas gloriosa de nuestra historia: los independientes sufrieron en ella una derrota completa, pero tan costosa a sus adversarios y humillante como el mas espléndido triunfo. ¡Treinta y seis horas de un fuego vivo y mortífero de una y otra parte, solo interrumpido por intervalos de combate a sable y bayoneta, todavía mas sangriento! ¡Un puñado de valientes cercados y acosados en todos sentidos por agresores no ménos bravos, mucho mas numerosos, mejor pertrechados y en situacion de combinar y dirigir el ataque por do quiera y a sus anchas! ¡Aquí y allá bandera negra, guerra a muerte y sin cuartel!

En la noche del 1.º de octubre de 814 la refriega habia durado ya algunas horas, y la brigada de O'Higgins, aunque diezmada horriblemente, se mantenía firme y briosa, tanto que los godos, viendo crecer el ardor y pujanza de los sitiados a medida del alcance y destrozo de sus irrupciones, deliberaban sobre levantar el sitio y retroceder a toda prisa, ántes que el arribo de Carrera, que podia acontecer de momento en momento, les cortase la retirada o los obligase a efectuarla en vergonzosa huida. Todas las ventajas hasta ese instante las concebían ellos no de su parte. Y al mismo O'Higgins y a todos los suyos estimulaba igual persuasion. La falta de municiones ocasionada por el consumo hecho en todo un dia de incesante lid, y por el incendio del lugar de su depósito, turbó algo a los patriotas al caer la noche; pero ya O'Higgins habia provisto a este apuro, despachando y haciendo deslizarse por un albañal de la ciudad, no obstante el asedio y vijilancia de los enemigos, un espreso a Carrera, de quien sabia hallarse ya mui próximo con su division, para que sin pérdida de minutos le enviase municiones y acudiese a decidir de una vez la conclusion feliz de la empresa. ¿Qué le importaban la furia de los sitiadores, y los peligros y sacrificios de unas cuantas horas, si ántes del amanecer debían llegar los recursos pedidos, y con el auxilio inmediato de Carrera se arrancaria el difícil triunfo?

«Municiones no pueden ir sin bayonetas: al amanecer hará sacrificios esta division.» Esta contestacion de Carrera vino a desvanecer en parte tan lisonjera esperanza; sorpresa y dolor causó recibirla; se esperaba ménos sangre fria, mas arresto y prontitud, del jeneral en jefe sabedor de tan crítica situacion. No desmayó por esto la resistencia y valor de los sitiados; quedan cuatrocientos contra mas de dos mil; se encuentran a punto de no tener como disparar un tiro; y se atreven con todo a sostener la defensa de la plaza hasta el último trance, a no pedir gracia a la ferocidad de sus contendores. O'Higgins les asegura la anunciada cooperacion de Carrera; y en todo evento y, devorando en secreto sus temores, se decide él mismo a vender cara su propia vida y la de su postrer soldado.

A la alborada del siguiente día trábase de nuevo la lucha con mas encarnizamiento y furor. Los sitiadores, envalentonados con la tardanza de Carrera, tratan de hacer el último esfuerzo y de concluir con los sitiados. En el delirio estos de la desesperación; sin contar ya mas que consigo mismos; circunscrito por fin el teatro del combate al estrecho ámbito de la plaza principal de la ciudad; faltos hasta del agua, cuyas fuentes todas han cegado sus contrarios; abrumados en todas direcciones por una fuerza cinco veces mayor; espuestos a ser devorados de un instante a otro por las llamas que devastan la población y cunden mas y mas; consumidos los pocos cartuchos a bala con que podian aun responder a las descargas que les eran asestadas desde los techos de las casas casi a quema ropa; maldiciendo la inacción inexplicable del Jeneral en jefe, mostraron sin embargo una intrepidez, una magnanimidad, fuera de toda comparación, sublimes. Lidiaron con denuedo hasta cansar la fiereza y furor de sus agresores; y a la postre, perdida toda esperanza, en los momentos en que el fuego, el hambre, la fatiga y la sed, si no una última carga de Osorio, iban a consumir su esterminio, se conciertan para evacuar la plaza con todos los honores de un triunfo. Imparte O'Higgins orden al réjimiento de Freire de recibir a la grupa los restos de su esforzada división, y a la cabeza de todos rompe y atraviesa las filas enemigas. Atónitos de asombro y de terror no se atrevieron a seguir los españoles tras ese grupo de valientes y de mártires, que les abandonaba la plaza pero sin dejarles el honor de la rendición.

Nada ménos que ufanos penetraron pocos momentos despues los vencedores, y aunque toda era cenizas, escombros, cadáveres y sangre, todavía hallaron patriotas acribillados de heridas que en las convulsiones de la agonía resistían tan bárbara conquista. «Los oficiales Ovalle y Yañez se habían apoderado del hasta de bandera para no rendirla mientras tuviesen vida; el capitán Ibieta, rotas las dos piernas, puesto de rodillas y sable en mano, guardó el paso de una trinchera hasta sucumbir bajo innumerables golpes».

Se ha dicho que Carrera tuvo el propósito de avanzar con el grueso del ejército no mas que hasta la Angostura del Paine, paso intermedio entre Rancagua y la capital, y de esperar allí a los invasores; que dió a O'Higgins orden de replegarse en retirada a este punto, en caso de no poder estorbar a los godos el paso del Cachapoal; y que obstinándose O'Higgins en la ocupación de Rancagua contravino al plan de defensa del Jeneral en jefe y acarreó la pérdida del país.

Por lo que respecta a Carrera, ni está demostrado, ni es presumible que hubiese tenido el plan que se le atribuye; y ni aunque en efecto lo hubiese tenido y preparado, queda de mejor data la conducta que observó. Si hubiese trazado tal plan habria perseguido de algun modo su ejecución, y ninguna contrariedad le habria hecho desistir sin arriesgar una tentativa formal, sin jugar el todo por el todo en un esfuerzo supremo. ¿Y cómo tampoco habria juzgado posible y conveniente el plan de resistencia en la An-

gostura, si no era este un paso obligado para los españoles; si con solo que tomasen la vuelta de Aculeo, llegaban hasta la capital salvando su encuentro? Y finalmente ¿qué plan, qué mejor combinación, qué esperanza mas lisonjera pudo obligarle a dejar en la estacada a los de Rancagua; a presenciar impasible a pocas cuádras de distancia la pugna feroz; la horrible carnicería de que eran víctimas, y a hacerse sordo hasta el último a las imprecaciones con que invocaban a todas voces su auxilio? Una demostracion suya, una escaramuza cualquiera, el envío a toda costa de las municiones con tanto encarecimiento demandadas, habria dado el triunfo a los sitiados, y de la plaza entrada a saco y a dequello habria hecho el baluarte de la Independencia. Y si de miedo o por un cálculo errado o fementido no evitó la ruina de la Patria, dependiente de tan injustificable omision, justo; mui justo ha sido que cayese sobre él toda la execracion de tamaña falta.

Y por lo que toca a O'Higgins, es todavía mas concluyente la refutacion de ese comento. Se encerró y se defendió hasta el último trance en Rancagua, porque esa fué la orden que recibió, por mas que digan lo contrario los apolojistas de Carrera; porque, si no habia entrado ese evento en el plan que se supone combinado de antemano, no afectó a O'Higgins la imprevision de no contar con él; porque, léjos de provenir ese evento de su capricho u obstinacion, lo impuso fatalmente la necesidad del momento, ante la cual sí que hubiera sido imprevision, al sólo O'Higgins inculpa- ble, no dar por derogado y correjido cualquier plan anterior. Con su pequeña y colecticia columna ¿cómo, ni con qué objeto accequible hubiera podido contramarchar en retirada catorce leguas, picada su retaguardia por todo un ejército veterano? Y porque, en fin, si desobedeció alguna orden o no obró con toda la prudencia y acierto deseables, fué por obedecer ciegamente la orden mas imperiosa de su bravura y del honor; por ceder a una de esas corazonadas infalibles, que guian siempre a un desenlace, sino feliz, al ménos honroso.

Fuese como quiera, en la escena trájica que cerró el primer período de la Independencia y fué bajo todos respectos su acontecimiento a la vez mas grandioso y mas infausto, O'Higgins escribió con letras de su sangre el epitafio de la Patria. Miéntras la posteridad pueda leerlo, asignará justamente el vituperio y la alabanza.

II.

En los primeros dias del mes de febrero de 817, un ejército de cuatro mil hombres, a las órdenes del jeneral argentino don José de San-Martin, subia la cordillera de los Andes para dejarse caer en el territorio de Chile sometido de nuevo, desde 814, al despotismo del sistema colonial.---Este ejército venia de Méndozá, y su reunion, su organización, su equipo, su disciplina eran debidos enteramente a los esfuerzos de su ilustre jefe.---Sin mas

ayuda que los desvalidos aunque numerosos proscritos, que habian venido a refugiarse a su benévola hospitalidad; sin otros elementos que los que supo procurarse a fuerza de voluntad, de maña y de teson, venciendo dificultades de todo jénero, no temiendo ofrecerse como blanco a las imputaciones mas injuriosas, ni afianzar la grandeza y acierto de su intento con los felices resultados de su ejecucion, concibió, preparó y puso por fin en marcha la expedicion destinada a devolver a Chile su independenciam y libertad. Era de esos hombres que en una empresa cualquiera cierran todas sus avenidas a la casualidad, y no la dejan otro resquicio que el que se escapa al cálculo mas prolijo y a la mas sutil prevision. Desde su salida de Mendoza traia trazado en sus mínimos pormenores todo el plan de la campaña. Sabia el poder y el alcance de todos sus medios de accion; contaba con tales y cuales circunstancias ventajosas que obtendria por la sorpresa, el error y desconcierto de sus incautos enemigos; y a fin de no darles tiempo a preparativos y de determinar a última hora otros que los adaptados a su intencion, habia destacado de antemano pequeñas partidas a fin de que, descolgándose por la cordillera por diversos puntos, llamasen la atencion de los españoles por todos ellos a la vez.---Tan perfectamente dispuso todas sus medidas, tan bien correspondieron a su objeto todos sus amaños, que en la mañana del 12 de febrero trepaba una parte de su ejército la cuesta de Chacabuco, a la vista y contra el fuego de las avanzadas realistas, que solo desde el dia anterior habian acudido a toda prisa a la defensa de este baluarte natural del territorio de su dominacion.---No pudieron contener un instante el ímpetu de los agresores; no les llegó a tiempo ningun refuerzo de su campo, situado a poca distancia, pero ocupado solo desde la víspera en la reunion y organizacion de sus diseminados tercios, y sin poder por tanto ocurrir con la presteza y fuerza necesarias a los apuros del momento. Cuando se hallaron los realistas en situacion de atender y volar al sosten de sus avanzadas, era ya demasiado tarde; descendian en pavorosa derrota hácia ellos, y ocupaba y guarnecia la posicion de que eran desalojados toda una columna del ejército de los Independientes. Esta division, a la cual cabia el honor de disparar los primeros tiros en defensa de la restauracion de la Patria, y que rompía el combate con tanto arresto y bajo tan buenos auspicios, era capitaneada por el bizarro O'Higgins. Los españoles, llenos de espanto y admiracion, divisaban ya en la eminencia de la cuesta la figura sobresaliente de ese caudillo; cuya intrepidez y firmeza les costó tan caro conocer en Rancagua, y que ahora presidia, espada en mano y en la actitud mas arrogante y enérgica, a los aprestos del inmediato e imprevisto ataque.

Segun el plan de operaciones combinado por San-Martin, O'Higgins debia hacer alto al pié de la cuesta y esperar que la division de vanguardia al mando del jeneral Soler y la de reserva con que venia el mismo San-Martin, se reuniesen o acercasen a la suya para atacar de consuno. Temió con todo el Jeneral en jefe que O'Higgins avanzase demasiado, y no bien alcanzó a co-

lumbrar por su anteojo que repechaba ya la cuesta, despachó a carrera tendida a uno de sus edecanes con la orden de detenerle al instante. El oficial conductor de ella pudo trasmitirla a O'Higgins justamente en el momento en que las primeras hileras de su columna comenzaban a ocupar la cima: «alto jeneral, alto», gritóle con toda su voz, dirigiéndose hacia él a toda brida; y no bien llegó a poder hablarle de cerca, le reiteró su interpelacion en los términos mas apremiantes. Fue un lance terrible aquel para O'Higgins: estaba ya en presencia del enemigo: su anhelada vista y la lucha que acababa de sostener contra las avanzadas para franquear la subida, habian excitado todo el ardor de sus soldados; mas al ir a lanzarse con ellos para aprovechar en una carga a la bayoneta toda la pujanza del primer ímpetu, vese de repente detenido por una orden imperiosa y terminante del Jeneral en jefe. ¿Qué hacer en este conflicto? Si obedece, pierde la oportunidad mas brillante, deja gastarse en la inaccion y en la impaciencia por atacar de una vez, los brios irresistibles de que siente animada toda su hueste, y se condena a permanecer en inmovilidad tan desventajosa ¿quién sabe cuantas horas que tardarán en sus evoluciones las columnas rezagadas? Y si quebranta la orden, si se decide a empeñar la accion sin la concurrencia de las otras divisiones ¿quién le eximirá de la tremenda responsabilidad que se echa encima? ¿quién sale garante por él de los resultados de tan osada desobediencia? Dura alternativa, pero que no le hizo trepidar mas que unos pocos segundos, los que necesitó para volver la vista en torno suyo, cerciorarse de si estaban aun mui distantes las otras dos divisiones, si en las filas realistas haria mella su inmediata agresion y si sus soldados secundarian animosos su atrevido intento. «Mis valientes», exclamó de improviso, «calad bayoneta y a la carga». A esta voz toda la columna, como impelida por una conmocion eléctrica, puso a un tiempo las armas de la manera ordenada, y rompió su marcha a paso precipitado, demostrando con un grito unísono de ¡*Viva la Patria!* cuan bien se acordaba la disposicion de su propio ánimo con el mandato de su valiente jeneral.

No hai palabras que basten a espresar el asombro en el primer momento, y luego la furia de San-Martin al notar con el anteojo este acto de insubordinacion y de brutal imprudencia de su inferior. Veia por él desbaratado de un golpe todo su prospecto de combate, contrariadas en un punto sus mas acertadas medidas, y comprometido el éxito de una empresa preciosa, obra de tantos esfuerzos, vijilias y sacrificios, en el albur mas aventurado y desigual. Como el jeneral de Maquiavelo, todo su corazon estaba en la cabeza; ante las exigencias de sus propósitos, no habia amistad ni sentimientos que valiesen. En el primer raptó de su despecho y sin que se embargase en lo menor su rápida deliberacion, resolvió talvez someter a O'Higgins a un consejo de guerra y hacerle pagar con la vida las tristes consecuencias de su temeridad. ¿Qué le importaba que en nada las remediase este castigo? Tendria al ménos la satisfaccion de no dejar impune la

grave ofensa que acababa de sufrir, y daría este testimonio irrefragable de no haber tenido la culpa del aciago fin de su expedición. Entre tanto, corría presuroso con toda la reserva a evitar en lo posible fracaso tan completo.

Pero su indignación se cambió en el gozo más inefable no bien sorprendieron su vista el destrozo y confusión que la carga impetuosa de O'Higgins producía en las filas enemigas. Se disiparon al punto todos sus temores, y con ellos toda idea de castigar en su audaz subalterno temeridad tan feliz. La desolación, que minutos antes había arrebatado su energía, cedió su lugar al transporte del más vivo entusiasmo; no pensó más que en aplicar todo su ahínco a abreviar el triunfo inmenso y decisivo, que contemplaba ya seguro. Todo contribuía al mismo tiempo a poner la batalla en el más brillante pie en favor de los patriotas. Las bayonetas de O'Higgins y las cargas de la caballería de su división acribillaban y desbarataban más y más por el frente a los realistas; y cuando trataban estos de libertarse por un movimiento en masa de tan urgente contrariedad, llega a abrumarlos y a consumir su derrota la división de vanguardia, que, sin ser advertida y acelerando lo más posible su marcha al través de las asperezas y dificultades que habían estorbado su llegada más oportuna al combate, cae sobre unas alturas en que apoyaban los realistas su derecha, y los desordena y arrolla de lleno también por este lado. No quedó a los españoles otra salvación que la fuga; se abandonaron a ella en la mayor dispersión, dejando en poder de los Independientes, más de setecientos prisioneros, toda su artillería y un considerable parque.

La vanguardia del ejército restaurador efectuó al día siguiente su entrada triunfal en Santiago; y poco después las otras divisiones. No encontraron del Gobierno que habían venido a derribar más que las señales de la precipitación y terror con que se había disuelto en la más vergonzosa huida. Todo se entregó sin resistencia a discreción de los vencedores. La población fué convocada luego por un bando solemne a la elección de su Supremo mandatario, y aunque la aclamación unánime designó para ese cargo al Jeneral San-Martin, su obstinada renuncia obligó a elegir en su lugar al Jeneral O'Higgins, el único igualmente merecedor y digno de tan relevante distinción. El Jeneral argentino consintió en reservarse solamente el mando en jefe del ejército.

La suprema autoridad, y con ella toda la suma del poder público, se atribuyeron al designado por aquella aclamación. En O'Higgins quiso depositar toda su confianza la nación, librar enteramente a su albedrío el límite, el objeto, el desempeño y la duración de su mandato; él debía ser todo en la dirección de los destinos del país, y su voluntad la única regla de sus actos. Si delegación alguna emanada de todo un pueblo soberano, y conferida a un solo mandatario, puede llamarse amplia y absoluta ¿cuál más que esa? Recibirla fué para O'Higgins el prezo de más estima, y la prue-

ba de gratitud mas inequívoca con que podian premiarse su patriotismo y valor. La Patria, arrancada al cautiverio de infamia y de horror en que jemia desde su contraste en Rancagua, estrechó ese dia contra su seno dilacerado por la brutalidad de sus opresores, al hijo querido que la restituia su libertad y la proteccion y el amor de los suyos. Rancagua y Chacabuco fueron jornadas a cual de mas gloria para O'Higgins. Su lote de subalterno en una y en otra fué con todo mas importante que el de sus Jefes; en aquella, resistiendo a no decir adios a su tierra natal, sin hacer el mas heroico esfuerzo en sosten de su incolumidad, y sin patentizar que a otro que a él debia inculparse su pérdida; y en esta, envidando en la desobediencia mas flagrante y audaz el éxito de las esperanzas de dos naciones y de fatigas y de afanes de dos años de consagracion. Luego veremos que con una última y mayor hazaña debia cerrar el anillo de hechos grandes, de triunfos y de trofeos de que la calumnia y la parcialidad mas injusta no han conseguido desengastar su efígie histórica, descollante entre las de todos los prohombres de su tiempo.

Cuanto honorífica era difícil y ponderosa la comision de que le encargaban sus conciudadanos. Gobernarlos, administrar sus intereses comunes, defenderlos contra sus propias pasiones exaltadas por su súbito retorno a la vida civil, y contra los realistas fuertes y dominantes todavía en todas las provincias del sur de Chile, desde Concepcion, y que amagaban aun mas desde el Perú, servir a todas estas atenciones, una sola de las cuales habria bastado a afanar y fatigar a cualquier gobierno, y servir a todas simultáneamente, en las circunstancias críticas y con la falta de elementos que afectaban al de O'Higgins, era ciertamente una tarea pesadísima y penosa, y de una responsabilidad capaz de abrumar al de mas arrojo. Se necesitaba crearlo todo comenzando por el respeto a la autoridad de que se le acababa de investir; recursos, instituciones, garantías públicas e individuales, todo era menester improvisar y acomodar al nuevo orden en que Chile iba otra vez a tentar constituirse; y a un tiempo con este trabajo de organizacion y de arreglo interior, debia batallarse sin tregua, dentro y fuera del pais, por tierra y por mar, hasta completar y afianzar la independendencia ambicionada. Se daba carta blanca al Director Supremo para proveer a todo; pero no se ponian a su disposicion los medios necesarios; él tenia que arbitrarlos, él tambien que conseguirlos. Y ni aun le era dado contar de cierto con la adhesion y auxilio del pueblo, cuyo bienestar y seguridad iba a procurar a tanta costa: desde los primeros dias de su exaltacion al poder, murmuraciones y disidencias de mal agüero se habian dejado oír en medio de la unanimidad y emulacion con que se apresuraban todos a contribuir al bien jeneral. Nubecillas imperceptibles por entónces, que no alcanzaban a empañar el resplandor y limpieza del horizonte de la Patria; pero sin embargo, presajió funesto!

La primera providencia del Director Supremo se dirijió a designar la

personas de probidad y de consejo que habian de ayudarle en el desempeño de la Administracion en sus diversos ramos. Con el acuerdo de ellas procedió en seguida a establecer los tribunales de justicia, la hacienda pública, la policía de vijilancia, y a decretar erogaciones e impuestos para subvenir al servicio público y a la reparacion y aumento del ejército. Ordenó tambien el secuestro de las propiedades de los realistas empecinados, y la promulgacion de bandos terribles contra los que no se sometiesen al nuevo Gobierno, o fuesen sorprendidos en cualquiera connivencia o complicidad hostil.

Y en cuanto, allanadas las primeras exigencias del nuevo orden de cosas, pudo el Director Supremo vacar a las operaciones de la guerra, que urjía proseguir y activar ántes que la entrada del invierno obligase a paralizarlas, para suplir la direccion de San-Martin, llamado actualmente a la otra banda por negociaciones con su Gobierno, y dejando un Delegado a la cabeza de la Administracion en Santiago, con la parte del ejército que aún permanecia aquí, marchó al sur a reforzar la que habia enviado delante a las órdenes del coronel Las-Heras. El enemigo se habia fortificado en Talcahuano; estaba en posesion de la línea de pequeñas fortalezas que guardan el territorio contra los indios; tenia tambien por suya la ciudad de Concepcion, pero la habia abandonado para encerrarse con todas sus fuerzas en Talcahuano tan presto como se vió amagado de cerca por la division de Las-Heras. Esta retirada, sin embargo, mas que una ventaja cedida por los realistas a su pesar, habia sido una estratagemá empleada para eludir un encuentro decisivo con adversarios en igual sino superior número, hasta la llegada de auxilios que se esperaban por instantes de Lima. Pero Las-Heras, perspicaz no ménos que impertérrito, sospechó este designio; y desde que supo se hallaba a la vista un convoi con procedencia del Callao, se mantuvo alerta. Los españoles, efectivamente, no bien se les reunieron los veteranos enviados a su socorro por el virrei del Perú, salieron de la fortificacion en la noche del 4 de mayo, y en la madrugada del famoso 5, combinando sus esfuerzos con los de unos pocos soldados que habian dejado en los buques para atraer desde ellos la atencion de los retenes patriotas situados en una altura inmediata, atacaron el grueso de las fuerzas de Las-Heras con el mayor denuedo. Pero su empuje y la superioridad de su número dieron como contra una roca: y ni por maniobras engañosas, ni por irrupciones redobladas despues en todo sentido, ni por el fuego de sus fusiles y artillería a que no dieron punto en mas de seis horas de crudísima refriega, desposeyeron a los patriotas del montecillo cercano a la ciudad desde el cual sostuvieron su defensa. La buena suerte de O'Higgins quiso que su nombre se asociase tambien al recuerdo de esta accion, memorable entre las cuatro que mas de los fastos militares de la Independencia: parte de la division con que venia el Director Supremo ayudó a Las-Heras a decidir y terminar su triunfo.

Empero, las victorias de Chacabuco y del 5 de mayo no pusieron fuera de combate a los realistas; y la sobrevenida del invierno les permitió rehacerse y esperar nuevos auxilios del Virrei. Se prepararon a romper oportunamente las hostilidades en una doble campaña, emprendida una por el ejército acuartelado en Talcahuano y el que se anunciaba venir con Osorio de Lima, y otra por montoneras que se ocupaban en organizar en la frontera. O'Higgins por su lado se aprestó a rechazar la agresion en todas partes, y no dudando del triunfo comenzó a echar con tiempo las bases de la formacion de una escuadra naval y de una expedicion al Perú, destinadas a bloquear y destruir de consuno el virreinato. La fabricacion de pertrechos, el reclutamiento y disciplina de soldados, el encargo a Estados Unidos y a Europa de buques y oficiales de marina intelijentes, estos y otros preparativos se iniciaron sin tardanza. Para sufragar a ellos fué fuerza decretar, bajo el nombre de donativos y prorrates voluntarios, exacciones odiosas; y lo único que pudo hacerse a fin de poner al Erario, en una época no mui remota, en una situacion ménos cuitada y precaria, fué promover de una vez en Europa la negociacion de un empréstito cuantioso bajo condiciones llevaderas, y despachar con este objeto un comisionado a propósito. Incierto era el porvenir bajo cuya hipoteca debia ajustarse la negociacion: ¿qué crédito de solvente habia de reconocerse a la República, cuya existencia era todavía un problema? Se contó sin embargo con que el incentivo de un pingüe lucro podria compensar a los ojos de especuladores osados lo aleatorio de la negociacion.

Dejaríamos mui atras los estrechos límites de este trabajo, si hubiésemos de seguir refiriendo uno a uno los servicios prestados por O'Higgins desde que recibió la investidura de Director Supremo. Hemos llegado a la época de su vida, en que su fuerte individualidad se diseña en todo su esplendor asimilándose la del pueblo que manda, y en que su biografía llena ella sola la parte paralela de la Historia Nacional. Su nombre se une a todos los grandes acontecimientos de su Gobierno, y no por haber sido el Jefe de este, sino porque él, el mismo O'Higgins, interviene como actor principal en esos acontecimientos, porque sus esfuerzos personales impulsan u operan su realizacion, y porque él mismo es el punto de mira y su accion el resultado de los esfuerzos de los demas. Pertenece a O'Higgins el mérito de todas las grandes obras de su Administracion, como le pertenece su vida transfundida toda entera en los afanes que ellas le impusieron.

Y por eso este período de la existencia de O'Higgins, aun mas que los precedentes, está desnudo de toda otra particularidad que las de su carrera política y militar. No se tropieza recorriendo sus mas recónditos detalles con otro personaje que el que aparece en sus hechos mas conspicuos. En el seno de la amistad, en las mas secretas deliberaciones gubernativas, en el campo de batalla, es siempre la misma su figura severa, majestuosa, marcial: nunca depone su aire franco y resuelto, el desenfado de sus maneras.

y su gravedad habitual exenta de toda afectacion o hipocresía. No hai repliegues impenetrables en su alma, emociones ocultas, cuya expansion reprima el disimulo y estorben el conocimiento de su carácter en toda su plenitud; es un hombre de una pieza y que se muestra a toda luz siempre el mismo y tal cual es.

Y esta simplicidad y franqueza fueron de tal modo del carácter de O'Higgins, que en otra esfera de actividad que la del servicio público se amortecía del todo su enerjía moral; las pasiones y debilidades de la condicion humana no encontraban en él sensible otra fibra que la del patriotismo. La razon de su conducta, el criterio de su deber, la relijion de su culto, y el objeto de toda su ambicion y desasosiego eran la Patria, su independencia y su prosperidad. Como esos héroes de las tragedias de Alfieri negados a todo sentimiento que no sea el odio a la tiranía y el entusiasmo por la libertad, personajes inverosímiles de puro bien adaptados al ardor republicano del poeta, así en O'Higgins se refleja tanto el espíritu de su tiempo y de su país, se adunan tan perfectamente las impaciencias, las excitaciones, el fanatismo patriótico de sus gobernados, y de tal modo excluye esta espresion todo accesorio extraño, que se le creeria mas bien una transfiguracion de la entidad ideal, resorte y referencia de sus actos, que el modo de ser de una personalidad humana.

El amor, la amistad, los afectos de familia, los devaneos mundanos ¿qué influencia, qué cabida tuvieron nunca en la vida de O'Higgins? El hombre privado se absorbió todo en el hombre público; y esta sola frase denota bien hasta qué punto no ajitaron su pecho esas gratas impresiones. ¿Ni a cuáles hubiera podido mostrarse sensible el pobre bastardo cuya niñez no habia conocido otro hogar que el de la nodriza mercenaria a que fué entregado al nacer; cuya juventud no habia tenido otro campo de soltura que el sombrío y solitario claustro de un convento; y que, cuando restituido a su país natal hubo de granjearse un lugar en la sociedad, otro prestigio que el humillante de su nacimiento, nada alcanzó a buenas, por la jenerosidad o proteccion de sus compatriotas, sino por la justificacion de su valor e integridad?

Como hai fisonomías que se prestan a ser trasladadas en busto por la prominencia y fijeza de sus facciones mas características, hai tambien perfis morales tan pronunciados y persistentes que el buril de la Historia puede reproducirlos con toda fidelidad. En el carácter que bosquejamos es tanto mayor este relieve cuanto que es una sola, y la misma siempre, su cualidad sobresaliente.

El nombre de Lircai o Cancha-Ranyada tres veces fatal a la causa de la libertad en Chile, los de Maipú y Curalí, la espugnación de Talcahuano, la toma de Valdivia por la escuadra naval reunida y tripulada al fin a duras penas, las importantes adquisiciones que esta arrebató a los realistas y con las cuales aumentó y mejoró su escasa dotacion primitiva, la espedicion

que ella misma trasportó al Perú, el triunfo definitivo alcanzado allá y que fué el complemento del obtenido aquí; tres millones de pesos invertidos en solo esta última campaña, y nueve mas en la reconquista y terminacion de la Independencia Chilena; el acta en que se la proclamó formalmente, declarándose los principios de igualdad y libertad sobre que se constituia el naciente Estado; la ereccion de Valparaíso en entrepuerto jeneral del Pacífico; la creacion de almacenes francos para el depósito de las mercaderías en tránsito; las leyes dictadas para asegurar al extranjero la indemnidad y hospitalidad mas liberales; la devolución de las propiedades injustamente secuestradas; la abolicion de todos los títulos y distintivos de nobleza; el establecimiento de la Lejion de Mérito; todas estas instituciones y muchas otras de un orden mas secundario, todos esos hechos de armas y afanosas improvisaciones; todos esos felices resultados deponen mas en pro de O'Higgins que los elogios mas pomposos. Las vicisitudes posteriores no han podido deslustrar esos timbres imperecederos de su laboriosa y pura Administracion.

Y con tributar este homenaje al eminente mérito de O'Higgins no se amengua el de los que colaboraron inmediatamente, o contribuyeron en mayor parte, en muchas de las empresas mas portentosas de su Gobierno. San-Martin en Chacabuco y Maipo, y luego despues en el Perú a la cabeza de la expedicion chilena; Cockrane y Blanco al frente de la Escuadra; Manuel Rodriguez en Santiago despues del desastre de Cancha-Rayada; Las-Heras en el Gabilan; Freire en Curalí; Brayer delante de Talcahuano; el hábil, íntegro y leal Echeverría, como director y moderador de la política gubernativa; Zenteno, Irizarri y Rodriguez Aldea como sus infatigables y fieles ministros; Zañartu, como representante y defensor de la República en la otra banda; todos segaron lauros inmarcitrables combatiendo y trabajando por dar cima a la restauracion de la Patria. Lo que sin embargo no impide que en la corona cívica tejida con las ofrendas de todos, resalten como su mas bello florón las de O'Higgins.

Y ¿quién lo creyera? en ese Gobierno que correspondió tan bien al lleno de su mision, hincó su diente la maledicencia de algunos contemporáneos; y sus calumnias mas denigrantes han sido despues aceptadas y adobadas ingeniosamente para darles aires de verdades inconcusas. A ese Gobierno, tan desprendido de todo otro interes que el del Estado, tan ajeno de cabalas de bandería, tan consecuente a los fines de su institucion, se le ha hecho la afrenta de llamarlo Dictadura; y a su Director, tan perseverante y animoso en su consagracion, se le ha inventado el proyecto no solo de fundar y perpetuar de por vida esa Dictadura en su persona, sino de subordinarla a una monarquía, bajo la cual, en connivencia con O'Higgins, no se ha temido decir que San-Martin habia intentado reunir Chile, el Perú y las Provincias Argentinas. Toda la epopeya magnífica de la lucha sostenida en esos tres pueblos para arrancar y asegurar su independencia,

se la hace rematar por estas adulteraciones groseras casi en un sainete ridículo; y a sus dos protagonistas, en vez del porte propio, digno y severo con que se mostraron en las escenas mas grandiosas, se les hace tomar el de sátrapas de teatro, cambiar su sencillo uniforme de guerreros por las lentejuelas y oropeles del cómico, y hacer ellos mismos el papel mas despreciable en farsa tan pueril.

Si por Dictadura se entiende el poder absoluto conferido a uno solo, llámese enhorabuena Dictador a O'Higgins; lo fué en toda la estension de la palabra. Pero si se quiere ademas significar algo de atentatorio o abusivo en el réjimen designado por esa denominacion, algo de puramente dirigido al interes personalísimo del que manda, algo de lo obrepicio y refractario que tuvo la dictadura de Carrera en el año 14, en este sentido no conviene al Gobierno de O'Higgins. Ningun estatuto formal reguló su ereccion, su organizacion ni sus actos; solo la sancion del hecho y la obediencia efectiva de los pueblos astrictos a su reconocimiento legalizaron su oríjen, y forma; mas el poder así ejercido lo fué solo en obsequio de la conveniencia jeneral, y por discrecional la jestion no fué trasgresiva ni renitente. Nunca perdió de vista O'Higgins el objeto de su mandato, ni le abandonó el convencimiento de deber a su desempeño cuanta era su ilimitada autoridad. Esta conciencia le infundió valor para obrar y sacrificarlo todo en los instantes decisivos, y para no desmontar su política cediendo a escrúpulos mezquinos o a los desvíos volubles en que dividieron la opinion los varios trances de su Gobierno. ¿Llega el caso de ajusticiar a un Zambruno para satisfacer la vindicta pública ultrajada durante la reconquista por las atrocidades de ese desalmado sayon del coloniaje? O'Higgins no tiene reparo para ordenar, casi sin prévio juicio, tan justa retorsion. ¿Cae por fin en poder de los Patriotas el montonero Benayides, de aciaga celebridad por sus traiciones, sus crímenes, sus sangrientas y alevosas hostilidades, y la violacion cometida en el valeroso Jeneral Alcázar y 80 soldados de la capitulacion bajo cuya fé se le habian rendido a mas no poder? No tiembla tampoco a O'Higgins la mano para firmar la denegacion de todo indulto al pié de la sentencia de muerte de tan malvado y temible bandido. ¿Se hace necesario cruzar en la otra banda las maquinaciones de la faccion Carrerina, exasperada por el fusilamiento de dos de sus cabecillas y excitada mas que nunca por su impávido Jefe, desvivido, ya no tan solo por atacar y sobreponerse al partido dominante en Chile, sino por vengar aquel asesinato perpetrado en dos parciales y hermanos suyos? El hombre mas avisado y de trastienda que pudo encontrarse, el mas fecundo e incansable en el campo de la intriga, y sostenidó y ladino en el de la alta diplomacia, don Miguel Zañartu, fué el ajente enviado allá por O'Higgins a cortar el reversino a esa conspiracion. ¿Manuel Rodriguez quiere tornar contra el Gobierno el ascendiente de su gran popularidad tan justamente adquirida, avanzándose en una de las jenialidades de su arrestado carácter hasta ir a

vociferar amenazas y peticiones altaneras al patio mismo de Palacio; a la cabeza de una muchedumbre tumultuosa? O'Higgins, reconocida la ineficacia de los medios de consejo y amigable composicion ensayados sin éxito con un rebelde cada vez mas arrojado, expide resueltamente la órden de su prision y enjuiciamiento (1).

¡Ojalá que hubiese podido menospreciar las intentonas de estos dos facciosos y que el lastimero fin de ámbos hubiese sido mas bien el suyo, si esta desgracia no habia de haber costado a Chile una nueva guerra civil y otra reconquista, mas sangrientas y ominosas que las de 814! ¡Ojalá que el mismo O'Higgins hubiese tenido ocasion de hacer a un lado, de un modo o de otro, pero avocándose la responsabilidad de todos sus procedimientos, aquellos dos indomables y rehacios perturbadores; enemigos jurados de su Administracion! ¡Ojalá que una potestad superior y un acontecimiento casual no se hubiesen como complotado en su favor para venir a remover, tan a tiempo y para siempre; ese doble jaque que amagó de muerte su propia vida, el predominio de sus adictos y la estabilidad del órden político por él

(1) Nunca hemos podido asentir a la version tan desautorizada, y sin embargo tan jeneralmente admitida, por la cual se hace aparecer a Rodriguez como asesinado del modo mas alevoso por órden de O'Higgins. Ha sido preciso desnaturalizar y torcer los hechos en que se apoya esta version, para adaptarlos a su horrible antojo; y ni aun asi deja ella de ser tan inverosímil cuanto repugnante. ¿Cómo creer que al enviarse a Rodriguez a Quillota seguido por todo un batallon y bajo la custodia inmediata de una de sus compañías, que debian alternarse para este servicio durante la marcha, se hubiese confiado al teniente Navarro la órden de asesinarle? A no ser que se suponga tal maldad y cinismo en los autores del atentado, y tanto valor en el subalterno que eligieron para su instrumento, que prefiriesen la luz del medio dia y el peligro de la mas completa publicidad, al sijilo y misterio en que hubiera podido envolverse de mil modos el crimen, si realmente se hubiese querido perpetrarlo. Los sostenedores de la version confiesan que el oficial Benavente, en el tercer dia de la marcha, pasó a Rodriguez un cigarro en cuyo papel habia escrito con lapiz «huye, no pierdas tiempo». Si un oficial de la custodia del reo, y por supuesto algunos soldados, se prestaron a proteger su evasion ¿no es natural coleccionar que Rodriguez, por otra parte tan osado, tan aventurero, la intentase; y que si la intentó, Navarro o el que por su órden disparó a aquel un tiro en su fuga, no cometió un asesinato? El ardid del cigarro denota claramente que se quiso decir algo a Rodriguez a hurtadillas de Navarro ¿qué otra cosa pudo ser que para incitarle a la huida? ¿Así no lo dan a entender también las palabras del cigarro? Para comunicarle solo meros temores por su suerte, la peligrosa situacion en que le consideraban, no eran necesarias tantas precauciones y ménos de parte de un oficial superior en grado a Navarro. Y por fin, si Rodriguez fué asesinado como se pretende ¿cómo pudo ser que nada resultase ni contra Navarro ni contra nadie en el sumario instruido sobre la marcha? ¿cómo fué que ni el oficial Benavente ni Zuluaga, amigos de Rodriguez, que se supone estaban en el secreto de la trama urdida contra él, y habian trabajado mucho por cruzarla, no divulgaron inmediatamente sus sospechas, y por un denunció reservado o una revelacion formal no hicieron valer y obrar en el proceso seguido despues, los datos de que estaban en posesion? ¿cómo fué que en el segundo enjuiciamiento a que se sometió Navarro despues de caido O'Higgins, a pesar de haber tenido lugar ese enjuiciamiento ante un consejo de guerra compuesto de oficiales enemigos todos de O'Higgins, alguno de los cuales no se ha avengonzado de hacerle despues cargo por la muerte de Rodriguez, nada resultó entonces que diese visos de justa o probable a la suposición del asesinato? Y por último ¿cómo en el lapso de mas de treinta años y habiéndose manifestado tanto afan por justificar esta inculpacion a O'Higgins, la mas horrenda que ha podido hacersele, nada, nada se ha descubierto en su apoyo?—Hablillas, rumores, vanas conjeturas, que por suerte llevan en sí mismas contradicciones e implicancias bastantes a redargüirlas. Y cuando así no fuese, mientras pruebas evidentes y razonables no vengán a inclinar fundadamente el asenso del historiador ¿por qué no preferir, conjetura por conjetura, la mas plausible y que no cede en perjuicio de nadie ni baldon de nuestra historia, a la que dista mucho de tener estos caracteres?

No decimos lo mismo de la inhumanidad y villanía reprochadas con tanta razon a O'Higgins por haber hecho pagar públicamente a don Ignacio Carrera la cuenta de los gastos ocasionados en Mendoza por la ejecucion de sus hijos. Algo diéramos por poder oponer a los documentos fehacientes que comprueban este cargo una disculpa que atenuase su gravedad!

instaurado y sustentado! Con el último suspiro de O'Higgins inmolado a la venganza de sus émulos habria concluido la tranquilidad interior del Pais; pero la memoria de su defensor se habria conservado inmaculada y en todo su resplandor; no la habria salpicado sangre de sus compatriotas derramada sin su culpa; y la aureola prestigiosa de la desgracia no habria cubierto con agravio suyo estrayíos los mas culpables. ¿Porqué el hado venturoso de Chile quiso otra cosa, y que la buena fortuna de O'Higgins viniese a servir de argumento sin réplica contra sus sinceradores? La historia circunspecta i imparcial no se dejará alucinar con todo por la equívoca luz de las apariencias.

¿Pero qué decir de la Dictadura y Monarquía a cuyo establecimiento, se ha sostenido sin empacho, conspiraron de acuerdo los esfuerzos de San-Martin y O'Higgins? No son ni especiosas siquiera las interpretaciones en que se apoya esta imputacion. En la creacion de la Lejion de Mérito seria tan absurdo hallar uno de sus fundamentos, como en la órden de *Cincinnati* de los Estados-Unidos la coherencia del mismo designio atribuido a Washington. La resistencia a ampliar las libertades públicas fué una condicion vital para un gobierno encargado de sofrenar y satisfacer juntamente los excesos y anhelos de una revolucion al dia siguiente de su triunfo. Y las negociaciones que mediaron con los Gobiernos de Europa, interesados en hacer Rei de una parte de la América al que lo era a la sazón de Etruria para que quedase este Estado al hijo de Napoleon y nieto del Emperador de Austria, mal pueden acusar nada ni contra O'Higgins ni contra San-Martin, habiendo sido rechazadas de plano en cuanto afectaban a Chile, y no por el Ajente Diplomático de la República acreditado para ante aquellas Cortes, de su movimiento propio, sino por órden expresa y terminante que le fué comunicada a consecuencia de su juiciosa consulta sobre el particular (1).

Dígase, si se quiere, que la jenerosidad o la prudencia no inspiraron muchas de las medidas de la Administracion de O'Higgins; al fin este seria un capítulo de censura no tan destituido de todo fundamento, y si por acaso injusto, como lo es en efecto, no por endosarse responsabilidades o culpas a otro que al que tocan, o imaginarse colusion hasta con la casualidad, sino por el punto de vista en que el historiador se coloque o la norma a que

(1) Existen en nuestro poder, orijinales, las notas cambiadas con este motivo entre el Gobierno de Chile y su Ministro Plenipotenciario en Lóndres, don Antonio José de Irizarri. En la suya expresa el Ministro a su Gobierno las dificultades que ocurren para hacer reconocer la Independencia a los Gabinetes a que se le habia ordenado dirigirse, y salvando sus opiniones como simple particular, *haciendo, dice, la mayor violencia a sus sentimientos republicanos*, se ve en el caso de instar o porque se le autorize para adherir al establecimiento de una o mas monarquías en América, ya que los demas Estados Americanos parecen prestar su aprobacion a este proyecto y que los Gabinetes de Austria, Inglaterra y Portugal se demuestran tan vivamente interesados en llevarlo adelante; o porque, con la brevedad que las circunstancias demandan, se le determine y prefina con toda precision qué otra conducta haya de observar.—La contestacion del Gobierno, (lleva la firma del Ministro don Joaquin Echeverría) no pudo ser mas discreta y cabal. El reconocimiento de nuestra Independencia, se repone en ella, despues de otras muchas reflexiones no ménos justas, nada tiene que ver con el de la forma de gobierno que elijamos: no queremos que se reconozca la excelencia de tales o cuales instituciones, sino solamente nuestra aptitud, nuestra fuerza, nuestra sostenida determinacion de no ser gobernados por lá España, y para esto

adapte su juicio. Las confiscaciones, las exacciones y otros rigores de la primera época de la Restauracion, que ciertamente tuvieron lugar, han podido, por ejemplo, calificarse como expoliaciones inútiles y represalias inhumanas. Se comprende mui bien que pueda emitirse esta opinion haciéndose completa prescindencia de las necesidades instantáneas y de los azares de la situacion que forzaron la mano al Gobierno; que se juzgue las cosas de entónces con las ideas de ahora, o lo que es todavía mas arbitrario, que se consideren en abstracto, sin dependencia de condiciones de tiempo, lugar ni otras algunas, sucesos que se efectuaron precisamente bajo la accion de todas ellas. Hai quienes profesan de buena fé este singular criterio, segun el cual la política es una ciencia de axiomas y el estadista un ente pasivo que los aplica mas o ménos bien. Hai quienes, por horror a los crímenes cometidos muchas veces en nombre de una mentida razon de estado, este sofisma de que suele prevalecerse el despotismo, sostienen a voz en grito que el gobernante debe conformar su conducta, en todos tiempos y bajo el imperio de cualesquiera circunstancias, con los preceptos invariables de la mas estricta justicia y de la moral mas austera, y negar todo acceso en sus deliberaciones a los dictados de la salud pública, que sin embargo es el objeto primordial de su mision. Empero, al querer sujetarse a esta regla, simple a la par que inflexible, el modo de obrar en política, se olvida que mas que ciencia de teorías y de utopias lo es de conocimientos prácticos, de exacta apreciacion de las urjencias del momento, y de los resortes mas eficaces que convenga tocar para salvarlas; y que si de algo inmutable y eterno no deben jamas desviarse sus procedimientos es solo de la honradez. La política discreta al mismo tiempo que moral, la política de Franklin y de Fenelon, la que se propone la virtud sin perder de vista la utilidad, la que ofrece la abnegacion de sí misma solo en pro de los demas, y que no abdica su enerjía ante el grito de la piedad o los aspavientos del horror, esa política guió tambien a O'Higgins al decretar los secuestros y rigores a que se refiere la increpacion de que le defendemos. Bello y grande hubiera sido que sin apelar a recursos extremos se hubiese protegido la causa que acababa de triunfar en Chacabuco; mas hubiera sido tambien imprudencia y apocamiento abstenerse de represalias contra un enemigo que las provocaba atroces, y aunque derrotado, no vencido; y dejarse supeditar por un vano prurito de clemencia o jenerosidad.

nada influye en el dia que adoptemos una Constitucion monárquica o democrática.—Los Gabinetes de Europa no tienen derecho para injerirse en nuestros Gobiernos.—En el estado a que han llegado las cosas le es mas interesante a cada uno de los nuevos Gobiernos de América cultivar la armonia entre ellos que dar gusto a los Gabinetes de Europa.—Si ha de consultarse la opinion pública ¿y cómo no, tratándose de dar una Constitucion a Chile? no puede pensarse un momento en adoptar la forma monárquica. Si en Chile hai alguna opinion sobre este punto, está decidida y pronunciada contra la monarquía..... Por los fundamentos que dejo espuestos ha resuelto S. E. el Supremo Director que omita U. S. por ahora todo paso que pueda inducir a que los Gabinetes Europeos se persuadan de que Chile ha de constituirse en monarquía, estando sí a la mira de los progresos que hagan en sus negociaciones los Enviados de los otros Estados de América, y dando cuenta oportunamente para las providencias que se hayan de adoptar.—Santiago de Chile, marzo 20 de 1822.—*Joaquin de Echeverría.*

Empero, ¿a qué razonar contra la ambicion egoista y las trazas de maquiavélica tiranía motejadas a la política de O'Higgins, cuando la mejor refutación es esta misma y lo que alcanzó el país por su medio, y cuando si fuese posible arrancar a nuestra historia las páginas brillantes agregadas en los seis años de ese gobierno, con solo que se salvase la de su abdicacion quedaria un documento irrefragable de completo abono? El Dictador, el tirano, el que ha hecho del poder su patrimonio, no lo depone como lo depuso O'Higgins. El Patriota por excelencia, que tiene en su alma la elevacion de un Decio o de un Camilo, es solo capaz del razgo de entereza y desprendimiento con que terminó su carrera pública el fundador de la Independencia nacional y del orden civil de Chile.

Desde que la antigua colonia hubo visto conquistada de hecho su emancipacion y alejado todo temor de perderla, el deseo de reglar el ejercicio de su soberanía y revocar su delegacion en O'Higgins se hizo impaciente y jeneral. Una carta fundamental, otorgada por representantes debidamente nombrados e instruidos, y vaciada en el molde de las constituciones mas liberales modernas, pasó a ser la orden del dia, tema de discusiones y preocupaciones fervientes en todas partes. Llamóse despótico el régimen actual; quísose su inmediata y total cesacion, y que no continuase O'Higgins al frente del que debiese sustituirle. Motivo y pretesto juntamente, pues que tanto como ensayar una organizacion política sobre bases mas demarcadas y anchurosas, se queria tambien satisfacer un capricho de la versátil aura popular. La idolatría de un tiempo por O'Higgins se habia convertido en descontento en algunos, y en los que no, en una indiferencia glacial. Pero nada se habria tramado contra la persona del Director, y la conmocion nunca habria cundido y aumentado con tanta rapidez que no hubiesen podido reprimirla concesiones oportunas, a no haber sido inducida la mayor parte del Ejército a una abierta rebelion por el Jeneral Freire, que lo tenia enteramente a sus órdenes en Concepcion, y que no temió robar al Gobierno la obediencia de tres provincias, traicionando los deberes de su cargo militar y abusando criminalmente de la subordinacion de su tropa. Si el caviloso Jeneral hubiese previsto entónces el talion terrible que le estaba reservado y lo estéril de su desdoro! Era bastante patriota y hombre de bien para haber impuesto silencio a sus resentimientos particulares. No habria dado un nuevo ejemplo corruptor de esos motines soldadescos que tantas veces se han confundido en nuestra historia posterior con los grandes movimientos populares, y que si muchas han contribuido a segundar claros y patrióticos fines, alguna (¡mui reciente y lamentable!) han sido causa de su desastrado aborto: auxiliares malditos, que cuando no traen su continjente sin que se les pida y detras del bastidor del pueblo, so color de servir a sus intereses, solicitan y entronizan su propia granjería, bastardean la causa que se pone voluntariamente bajo su patrocinio, y lo que debiera ser un poco mas tarde conquista segura y pacífica de la fuerza de las cosas, la anticipan a bala-

zos, pero para verla a poco desplomada sobre el terraplen movedizo y los charcos de sangre de su cimiento.

O'Higgins no comprendió al principio la tendencia inmediata de las insurrecciones, apénas sucesivas, de Concepcion, Valdivia y Coquimbo: tomó a la letra las ínfulas de liberalismo que ostentaban y su clamor por una Convencion Constituyente: no vió que no eran mas que solapas inventadas para decorar de algún modo la ojeriza a su persona que animaba principalmente a los promovedores y corifeos en las tres provincias. Se persuadió de que tentando el vado a una conciliacion prudente, desiriendo sin rodeos a las exigencias ostensibles, conjuraría la tempestad; y envió con esta mira por sus plenipotenciarios al Norte y al Sur sujetos respetables y capaces. No habia doblez en su alma; la esperiencia no le habia enseñado a no suponer su simplicidad en los demas: le faltaba esa penetracion que no engañan los artificios mejor aderezados; nadie ménos cursado que él en los amaños de la política a pesar de los seis años de su Directorio. Todos en Santiago se daban ya públicamente los parabienes por la nueva de lo acaecido en las otras provincias; se formaban corrillos en las calles y plazas, y en acaloradas arengas se exhortaba a la sublevacion; el soldado, el ciudadano, la primera clase de la sociedad, el populacho, ninguno se abstenia de tomar parte en la efervescencia jeneral. Circulaban de boca en boca rumores los mas alarmantes; en la tarde del domingo que precedió al dia de la abdicacion era uno de los mas validos que a la noche seria asesinado en el Teatro el Director; por toda la ciudad se advertian indicios precursorés de algo mui grave y extraordinario; y todavía el que debia ser la víctima no daba la menor atencion a cuanto se aprestaba en su contra. Le inquietaba tan solo el éxito de las negociaciones recientemente entabladas. No se efectuó por fortuna ningun atentado contra su persona; pero en la noche del dia antedicho y en la casa que es hoi el Palacio del Arzobispo, situada en un ángulo de la misma Plaza en que se hallaba entónces el del Gobierno, y en cuyo interior estaba O'Higgins ajeno en gran parte de cuanto sucedia, se habia reunido en gran número lo mas notable del vecindario, y bajo la presidencia de don José María Guzman, Intendente de la provincia, deliberaba sobre emprender sin tardanza en Santiago la misma sublevacion que en las otras provincias y obligar a O'Higgins a dejar el mando. El funcionario de mas categoría de la ciudad, despues del Director, y su agente inmediato, Guzman, prestaba su adhesion y patrocinio, algo mas, la autoridad de su cargo y el asilo de la oficina de su despacho, a un conciliábulo dirigido a preparar e iniciar una insurreccion contra la Majistratura Superior de la República. ¿Qué mucho que otros funcionarios subalternos, y los jefes y muchos oficiales de la guarnicion, y hasta algunos edecanes del Director, se atreviesen a faltar del mismo modo a su deber? Los que no vinieron espontáneamente a ofrecer su apoyo a la asonada en proyecto, hicieron lo que el coronel Pereira, comandante de uno de los batallones acuartelados en la

capital, y tenido como paniaguado de O'Higgins; quien, no bien recibió un recado del Intendente invitándole a la reunion, se presentó a los conjurados a prometerles, no tanto como poner a sus órdenes toda la fuerza de su mando, pero sí la seguridad, que valía lo mismo, de no hostilizarlos con ella. Traicion a medias, pero mas vituperable que si lo hubiese sido sin rebozo, porque se comprometia su reo a negar la obediencia y la proteccion al Jefe a quien las debia sobre todo otro respeto, pretendiendo cohonestar su delito a la sombra de una distincion de teólogo, no de hombre de honor, entre sus deberes de ciudadano y de militar. Al frente de su tropa no podia ser lo uno y lo otro; y excojitando un término medio para conciliar una aparente incompatibilidad, no hizo mas que delinquir doblemente.

La conclusión de este indigno conciliábulo fué dejar acordado para el dia siguiente la reunion de una gran poblada en el Consulado, a donde irian a constituirse en cabildo abierto todos los presentes, para llamar ante sí y deponer públicamente al Director Supremo. La destitucion quedó desde luego decretada de puño y letra del Intendente Guzman y designados los oradores que debian notificarla a O'Higgins en el lugar y con el aparato convenidos. Como la espada en la vaina, se guardó en el sijilo por toda aquella noche el plan combinado, y se retiró cada cual a su casa para venir a concurrir al dia siguiente a la ejecucion.

Cuando por la mañana del memorable 28 de enero de 1823 pudo O'Higgins notar la agitacion que ya reinaba en todo el vecindario y supo que las autoridades municipales y un gran jentío discutian en la sala del Consulado el modo de hacer efectiva al instante su separacion del poder, le afectó profundamente ménos la demasía del intento, que el haberse urdido y preparado desde la noche anterior, con tanta felonía, sin habersele requerido ántes para que abdicase de grado, y abrigando y presidiendo tan odioso complot amigos y subalternos suyos, de toda su confianza. Si se hubiese apelado a su jenerosidad no se habria resistido un momento a satisfacer a los que pedian su destitucion. Pero decidirla de antemano, querer efectuarla a viva fuerza, y no como quiera, sino en el acto mas solemne y mostrándole a la espectacion de todos sus conciudadanos en el aislamiento obrado por la traicion y el soborno; hé aquí lo que le ofendió de muerte y le lanzó fuera de sí a arrostrarlo todo, ántes que una indignidad y humillacion tan enormes. Era ménos su persona, que la autoridad de su investidura, la que resolvió conservar ilesa.

De sus Edecanes no tenia consigo mas que al Coronel veterano, don Agustín Lopez: se le habia venido a anunciar que el Batallon de la Guardia al mando de Pereira, y el Escuadron de su Escolta al del coronel Merlo, estaban a las órdenes de los sublevados. A su palacio no habian aportado esa mañana ni ministros, ni consejeros, y ni sus allegados mas habituales. No podia hallarse mas sin amparo y en un peligro mayor ni mas inminente; pero no por eso le fallaron su incontrastable presencia y ener-

jía de ánimo. Térciase la banda tricolor, emblema de su augustó cargo, cíñese su gloriosa espada, monta a caballo, y, seguido solo de su fiel Edecán, se dirige al cuartel de San Pablo a reducir a su deber la amotinada Escolta. Sorprende al comandante Merlo, justamente en el momento en que, rodeado de los oficiales de su Escuadron y al frente de la tropa que descansaba sobre las armas, comunicaba a los primeros en voz baja las intenciones de la poblada reunida en el Consulado y su propio designio de coadyuvar a su logro. Pero al ver entrar al Director, por el movimiento mas irreflexivo, le rindió la tropa los honores de ordenanza, y toda la oficialidad se retiró tambien a sus puestos, dejando en medio del patio a su Comandante estupefacto de susto y de asombro. Acercársele O'Higgins con la mayor resolucion; echarle en cara su negra perfidia, arrancarle las charretelas con su misma mano y proclamar Comandante en su lugar al veterano Lopez que venia a su lado, todo fué uno. La tropa y la oficialidad presentaron al punto las armas a su nuevo Comandante, quien no bien les ordenó echarlas al hombro y marchar escoltando al Jefe de la República, resonó en todo el cuartel un viva de entusiasmo y se puso en movimiento todo el escuadron, sin volver siquiera la vista al mohino y degradado Merlo, sumido todavía en su estupor.

La traicion a dos caras de Pereira indicaba la debilidad de su carácter; y como, por otra parte, no tenia O'Higgins en esos momentos otro Jefe de quien echar mano, se determinó a no quitarle el mando de su batallon, y a impelerle y obligarle mañosamente al cumplimiento de su deber. Vino al cuartel de estos otros soldados; hizo detenerse a la puerta a la Escolta que traia consigo; penetró él solo y peroró a la tropa con el mayor coraje. Sus enérgicas palabras decidieron tambien un pronunciamiento unánime en su favor, y nada ménos que contrariarlo intentó el cobarde Comandante.---Hecho esto y teniendo ya de su parte una y otra columna, las mandó formar en la Plaza principal, y partió delante el mismo a esperar sereno en Palacio el desenlace de la sedicion.

Los dos triunfos que acababa de arrancar O'Higgins intimidaron algo a los reunidos en el Consulado. Desistieron de osar allanarle el fuero y esperarle de Palacio sin miramiento alguno, proposicion a la que se habia expresado en los principios una aquiescencia bastante jeneral; y se dispusieron solo a llevar a efecto lo acordado en la noche, y aun esto salvando los homenajes y respeto debidos al Director. Una diputacion, compuesta de las personas mas caracterizadas de la reunion, fué a suplicarle se dignase venir a oír la representacion respetuosa que se queria someterle.

Accedió O'Higgins a la súplica y se dirijió sin temor al Consulado. Sus Ministros y Edecanes, que se le habian reunido poco ántes, le acompañaron hasta la puerta de aquel edificio, donde se separó de ellos para abrirse paso por entre la compacta muchedumbre que llenaba el patio intermedio entre el zaguan y el corredor del frente. No recibió en su tránsito

ninguna manifestacion sino de reverencia y acatamiento a su autoridad: se le veia venir en plena posesion de ella, seguro de sí mismo, con paso firme y continente sereno. Cuando entró en la Sala todo el concurso se puso de pié correspondiendo a su salutacion, y facilitándole acceso hasta la grade-
ría sobre la cual estaban a uno y otro lado los Diputados del momento. Subióla, y fuese a colocar en la testera de la sala bajo una especie de do-
sel que allí habia.

«Mui a mi pesar, dijo, haciendo la mayor violéncia a mis sentimientos particulares, y solo porque hubiera podido interpretarse mal una negativa de mi parte a deferir a vuestro llamado, me he resuelto a comparecer ante vosotros. Aquí estoi, pues---Sepamos, ¿qué me quereis? ¿cuál es el objeto de esta reunion?»

No tanto estas palabras, como el jésto imperativo y el tono firme con que fueron pronunciadas, concluyeron por invertir completamente la actitud de señorío y superioridad que minutos ántes todos los presentes se habian preparado a afectar delante del Director. Este pasó a ser el personaje principal de la escena, el centro del episodio que iba a desarrollarse; y los que se habian soñado dar la lei, pasaron sin querer a recibirla.

Don José Miguel Infante, el orador impertérrito del Cabildo del año 10, hombre de pecho y de pro, se apresuró a responder a aquella interpelacion, y a cumplir el encargo a que estaba obligado desde la noche anterior. Em-
pero, apénas habia dado principio a su discurso, cuando le interrumpió el Director para preguntar con un marcado ademán de enfado qué título tenia para dirigirle la palabra aquel interlocutor. El orador tan brusca y justamente interrumpido, se descompuso todo, no halló que contestar; y un silencio bochornoso se habria seguido por largo rato en todo el concurso a la pregunta del Director, a no tomar repentinamente la palabra por todos, pidiendo una doble venia, don Mariano Egaña, mas orador y de mejores maneras que Infante, y dotado tambien de una independéncia de carácter que en el curso de su vida pública fué desde entónces tanto mas admirable cuanto que contrastaba singularmente con su timidez moral. Se guardó de pronunciar una sola frase del discurso que traia preparado; pero improvisó otro lucido, fácil, insinuante, y perfectamente adaptado al lance del momento. Su conclusion fué pedir que el Director no tuviese a mal la apelacion respetuosa que se habia hecho a su patriotismo y bondad para delibe-
rar en comun sobre la situacion azarosa en que habian puesto a la capital las noticias últimamente llegadas de Coquimbo y Concepcion.

O'Higgins repuso al instante, sin apearce del tono de gravedad y firmeza que habia tomado desde un principio, que ya habia provisto a esa ur-
jencia dictando medidas y tocando resortes que debian restablecer pacífi-
camente la quietud y el órden en toda la República; y exijió que la reunion se disolviese al punto en esta confianza.

Don Fernando Errázuriz tuvo entónces la enerjía que faltó a los de-

mas. Vió que iba a obedecerse a la voz del Director; que por no ser nadie el primero en espresarle con franqueza el objeto de la reunion (tanto habian impresionado el jesto severo y la resuelta intimacion de O'Higgins) iba a frustrarse del todo lo emprendido, con grandísimo desaire y disgusto jeneral. No vaciló en tomar él la palabra, y sin curarse de la facundia y conveniencia de su frase, pero poniéndose perfectamente a la altura de la situacion y sin herir en nada la susceptibilidad del Director, le significó claramente que su abdicacion voluntaria era el único medio, triste y doloroso, pero necesario, de restablecer la tranquilidad pública. «La misma conmocion que en el Norte y Sur, agregó, ha estallado ya en la Capital. Todos en este recinto acatan y respetan en V. E. la inmunidad de vuestro excelso cargo, la sagrada autoridad de que os hallais investido, el patriotismo ardiente, las grandes virtudes que os adornan y los inmensos servicios que el país os debe. Pero todos tambien, Exmo. Señor, no temo afirmar, han llegado a creer necesario que resignéis el mando. Si quereis, conservadlo a todo trance; lo podeis; y nos rendiremos, mal que nos pese, a vuestra voluntad suprema..... Pero la terquedad de V. E..... nos haria infelices!....» Al decir esto, la emocion del orador le embargó casi su voz y tuvo que entrecortar un instante su discurso. Despues de una breve pausa, prosiguió espresando que no habia hecho mas que emitir el voto de toda la concurrencia respetable que tenia el Director delante, y al pronunciar la espresion «apelo sino a ella» con que terminó su arenga, se volvió hácia el concurso, como para esperar que el silencio jeneral ratificase la anuencia que aseveraba.

Todos estaban de tal modo bajo la electricidad que comunicaron a las palabras de Errázuriz su acento de uncion y dignidad, que, al oir la interpelacion que les hacia, prorrumpieron inmediatamente en aplausos y en furibundos gritos de aprobacion. Pero O'Higgins, en el mismo instante y por el rapto mas impetuoso, se abalanzó a intimarles silencio, en la actitud, con el jesto y la voz mas imponentes. «Silencio! Silencio!» gritó varias veces, aproximándose al borde de la gradería y encarándose airadamente a todo el concurso. «¿Qué es esto? ¿Se piensa intimidarme con griterias y amenazas? ¿Se me ha llamado para escarnecer en mi persona la autoridad que ejerzo? Se equivocan los que crean poder arrancármela, o insultarla siquiera impunemente. La defenderé contra todo despojo y la menor ofensa, aunque sea a costa de mi vida. Desprecio la muerte; la he afrontado mil veces sin temor en los campos de batalla. Vengan de una vez los que deseen saciar con mi sangre sus rencóres. Aquí está mi pecho. Sea tambien el blanco de los que rejistren en él un crimen contra la patria! Me quitaréis la vida y ¿qué me importa? Pero no recibiré en la cara el escupo de tanto oprobio!».....

¡Qué cuadro tan magnífico y solemne! De una parte la figura majestuosa del Director, presentando su pecho henchido de indignacion, tenien-

do asida con la izquierda la banda de su autoridad, y la derecha estendida ácia atras, como para ofrecerse mas en descubierto al ataque de sus enemigos; y de la otra todo un pueblo respetable sobrecojido de admiracion por tanta enerjía y dignidad. No se oyó por algunos minutos ni el mas ligero murmullo. Y cuando el Director, recobrada un poco su tranquilidad, ordenó despejar la Sala para entenderse solo con los Diputados, no hubo quien no se diese prisa a obedecer su mandato.

Tan luego como quedó solo con ellos, y sin oir disculpas ni dar lugar a contestaciones de ningun jénero, se desnudó de las insignias de su mando, pidiendo elijiesen sobre la marcha la persona o Junta que debiese reemplazarle y solicitando su pasaporte para el extranjero.

A poco rato salió de la Sala y presentó él mismo al reconocimiento del pueblo, que esperaba ansioso en el patio el resultado de tan interesante acontecimiento, la Junta elejida en su lugar. Una inmensa comitiva le acompañó hasta su Palacio en medio de los vivas mas estrepitosos y aclamándole el Padre de la Patria.

III.

La adversidad no relajó la fuerte fibra del carácter de O'Higgins: por el contrario, mostróse superior a las decepciones y contrastes del fin de su carrera pública. Cayó del poder, pero por una sublevacion jeneral, súbita, irresistible, y en una actitud decorosa, impávida, imponente, venciendo, puede decirse, por su entereza y la conformidad con su destino a los mismos ante cuya ingratitude y felonía se dió por vencido: como el gladiador romano que al sentir la herida mortal convertía todos los esfuerzos de su último aliento a exhalarlo con serena faz y noble apostura. Abdicó el mando, proclamó él mismo a sus sucesores, se sometió a un escrupuloso juicio de residencia, pero sin que el vigor y elevacion de su ánimo se desmintiesen por deliquio alguno. Compareció ante sus acusadores, oyó imperturbable sus cargos, satisfizo a sus jueces; y pudo alcanzar un testimonio de sus acrisolados méritos y el fallo de la mas completa vindicacion, refrendados ámbos por el mismo que habia apadrinado la sublevacion en su contra y se preparaba a ocupar su puesto.

Se dirigió al Perú con propósito de esperar en el descanso y en una vida enteramente privada que despuntasen en su Patria tiempos mejores para volver a concluir en paz el último tercio de sus dias. Le tocó llegar allí cabalmente en circunstancias que estaba en ese pueblo mas empeñada que nunca la lucha sostenida por los defensores del coloniaje contra Bolívar que habia venido a perseguirlos, en sus últimos atrincheramientos. La misma causa por que habia derramado O'Higgins su sangre en Chile se debatía en aquella lucha; ¿cómo habia de permanecer espectador indiferente? No vaciló en marchar a ofrecer sus servicios al Libertador de Colombia luego

que supo se preparaba a abrir la campaña que debía decidir en definitiva la emancipación de toda América. Bolívar le recibió con muestras del más cordial beneplácito; «en la orden del día siguiente al de su llegada felicitó al Ejército por la incorporación en sus filas del ilustre veterano, y mandó que todos los jefes y oficiales fuesen a darle la bienvenida, y a expresarle su satisfacción de tener por compañero de armas al vencedor en tantos combates y fundador de la Independencia de Chile.» Mas como poco después recibiese Bolívar orden de entregar el mando del Ejército a Sucre, y resolviese volver por este motivo a Lima, hubo de acompañarle O'Higgins y de no ser muy a pesar suyo de los que concurrieron a la inmortal hazaña de Ayacucho. La Independencia del Perú se afianzó por este triunfo, y reconocido el Gobierno de ese Estado al servicio que ahora había querido prestar a su causa O'Higgins, como igualmente al entusiasmo y tesón con que la había antes patrocinado desde Chile, le acordó el insigne honor de inscribirle en la lista de sus Mariscales. Esta merecida distinción, su fama de bravo guerrero, la alta posición de que había descendido con tanta gloria en su patria, y por fin, el prestigio que añadía a su apellido la memoria del Virrey su padre, le granjearon en el Perú consideraciones y respetos universales. Extranjero, emigrado, destituido de todo valimiento y más tarde calumniado horriblemente desde su país natal, reducido un tiempo casi a la miseria, su persona en Lima fué sin embargo siempre objeto de la más benévola veneración. ¡Quién lo creyera! Bolívar, San Martín, Miranda, Sucre, Carrera, héroes algunos de más alta y gentil talla que O'Higgins, habían terminado o debían terminar en la prisión, en el patíbulo, por el hierro de alevés asesinos o en la expatriación más miserable y olvidada, su existencia de glorias, de sacrificios, de fatigas, y de meritoria devoción a la libertad de América; solo la de O'Higgins se extinguió honrada y protegida, sino por la Patria de su nacimiento y de su afecto, por la que le dispensó jenerosamente su adopción, su hospitalidad y un amparo constante contra los rigores y las injusticias de aquella.

Mucho sin duda a estas atenuaciones de su desgracia, pero también a la longanimidad de su carácter, debió tal vez poder conllevar su condición de proscrito y caído con tanta resignación. Nunca se quejó de su suerte; nunca dejó de seguir con solicitud las alternativas de acierto o error, de progreso o atraso, con que prosiguió Chile bajo la dirección de sus émulos la tarea de su organización política y civil. Sus votos y simpatías más fervientes acompañaron a su país hasta el último en las varias vicisitudes de su orden público; y en cuanto al término de la expulsión y sobre todo de la odiosidad injusta que sobre él pesaban, aceptólas como una ley de su destino, como uno de esos decretos Supremos contra los cuales no hai más recurso que inclinar la frente, y también quizás como una expiación de faltas de que él mismo no se creía exento, ni ménos osaba absolverse. Y entretanto duraba esta fatalidad, no decía con gran énfasis como San Martín, «es-

toi envuelto en un manto de desdeñoso estoicismo, algun dia conocerán si he hecho bien o mal;» (1) sino que, (lo que no se avenia con el temperamento susceptible, la arrogancia y acaso tambien con el pasado no tan limpio de su compañero de armas), se remitia a la satisfaccion de su propia conciencia, humillando su razon ante la del fallo jeneral de su pais, ora debiese devolverle algun dia lo que le habia quitado de su gratitud y estimacion, ora se obstinase en negarle eternamente tan justo desagravio. Firmé en sí mismo, conforme con su situacion, meditando y proponiendo desde su retiro, siempre que se le brindaba oportunidad, proyectos y reformas útiles a Chile, cultivando relaciones frecuentes y afectuosas con los pocos de sus conciudadanos cuya amistad no cambió su infortunio, disuadiéndolos sinceramente de hacer de su nombre un pretesto de turbulencias y alarmas, soportó veinte años su destierro en la quietud y humildad mas irreprochables. El ofrecimiento de su hogar, y cuando no, de una asidua y franca asistencia no faltó a ninguno de los chilenos de alta o baja esfera que arrojaron allá en distintas épocas las conmociones de la República. ¿Quién le oyó proferir jamas palabras de despecho o siquiera de disgusto, no obstante ver prolongarse indefinidamente su confinacion y el total olvido en que le habian echado sus compatriotas? Y por el contrario ¿cuántos no presenciaron las efusiones de vivo amor pátrio que le arrancaba la noticia de cualquiera empresa loable a que propendia Chile en su organizacion interna o en sus relaciones internacionales con las Repúblicas hermanas? El Jeneral Búlnes y los Jefes que le acompañaron en la campaña contra el Protecto-

(1) Hé aquí una interesante carta escrita por San Martin desde Lima a don Joaquin Echeverría, en que, queriendo demostrarse resignado a las contrariedades de su suerte última en América, no acierta a disimular todo lo contrario, y deja asomar claramente la susceptibilidad y orgullo de su altivo carácter.

Lima, mayo 11 de 1822.

Mi querido amigo:

A pesar de que hace un siglo que no tengo carta de U. tomo la pluma para recordar a U. nuestra antigua amistad. Garcia del Rio me escribe le dijo U. me habia remitido un libelo infamatorio que habia salido en Buenos-Aires contra mí, el cual no he recibido.—Desearia infinito que si tiene U. otro a la mano, me lo envíe para divertirme un rato, pues en la revolucion ya ha curtido uno su espíritu para sufrir esto y mucho mas.

En la situacion en que yo me encuentro es necesario embozarse en una túnica de filosofía para no aburrirse; y a la verdad que, bien mirado mi estado, es preciso reirse o desesperarse. En Buenos-Aires paso por un desobediente por no haber querido, como el Gobierno me mandó, sacar los gastos de la expedicion, y no haber marchado con la division de los Andes a meterme en la guerra de los montoneros, abandonando el principal objeto que era la expedicion al Perú. En Chile, escepto un corto número de hombres que me conocen y son amigos míos, dicen que soi un desagradecido, que despues que he tomado a Lima no he querido enviar un solo cuartillo para socorrer sus necesidades a cuenta de la expedicion; que he disuelto el Ejército de ese Estado, que se halla en esta; que he querido apoderarme de su Escuadra, y otras sonseras de esta especie, que escepto don Bernardo y un par de docenas de hombres, las creen a puño cerrado. En el Perú, cuando estaba en el mando activo, y aun ahora en el dia, que soi un tirano, que mi objeto es coronarme y que los voi a dejar por puertas. En fin, mi amigo, aquí tiene U. a este pobre capellan que despues de once años de pellejerías no ha hecho mas que granjearse el odio universal.—*Afortunadamente mi carácter tiene un cuerpo de reserva para todos estos males, que es decir que algun dia conocerán si he hecho bien o mal; a pesar de que cada dia la fibra se laxa, y no deja de causar alguna impresion en mi espíritu tanta ingratitude.*

Ya he molestado a U. bastante, pero me he desahogado un poco.—Adios mi querido amigo, no deje U. de escribirme; y crea lo es y será siempre suyo.—*José de San Martin.*

rado de Santacruz, no olvidarán nunca la sentida deprecacion que un incidente casual hizo improvisar al viejo O'Higgins en el banquete con que despues de la victoria de Yungai solemnizó el Ejército Chileno el aniversario de nuestra Independencia. Habia sido el único invitado a la fiesta, y ocupaba el asiento de preferencia frente a frente del Jeneral Búlnes. Muchos brindis se habian pronunciado en honor de ámbos; y queriendo O'Higgins contestar a uno de ellos, pidió le llenasen su copa; mas al ir a presentarla con este objeto por sobre la mesa, tropezó lijeramente su mano con el cuchillo de uno de los oficiales que trinchaba un jamon. La herida, aunque mui leve, comenzó a verter sangre; y no bien la advirtió O'Higgins, se puso inmediatamente de pié, y empuñando su copa en la otra mano y haciendo destilar sobre el licor que la llenaba unas cuantas gotas de la sangre de la herida; «Sangre vertida en el dia de mi Pátria», exclamó de improviso con el acento mas solemne y conmovido, «¿porqué no lo has sido en su defensa y en el campo del honor?... Felices vosotros, amigos, compatriotas, compañeros de armas un tiempo!... Os quedan largos años de vida; inflama vuestros pechos el amor a la Patria y a la gloria; teneis franco el regreso al suelo natal; y volveis vencedores y honrados! Felices vosotros! A mí no me es dado ya mas que consumir en estériles deseos y léjos de mi amado Chile tanto ardor y puras intenciones que hubiera querido consagrar siempre en su servicio. Pero sed testigos de los votos que hago por su felicidad!---Tierra de mi nacimiento, albergue de mi juventud y de mis tiempos mas felices, teatro de mis hazañas y venturas, ídolo de mi vejez y adversidad, el hado mas feliz presida siempre a tus altos destinos!... Quiera el cielo te dignes algun dia volver tu estimacion al que tan de veras quiso y procuró siempre tu prosperidad!»....

Murió el 24 de octubre de 1842 (a) sin la satisfaccion de ver realizado tan vivo anhelo! A los pocos dias se tuvo aquí tan triste nueva, y una pluma elocuente, de las mejor tajadas que posee hoi Chile, entre otras espresiones de verdadero sentimiento, se apresuró a consignar, en vindicacion de la memoria del finado Héroe, las mui notables siguientes:

«No son vanos lamentos, ni muestras afectadas de dolor las que se han hecho sentir en estos dias donde quiera que ha habido un corazon chileno. El Jeneral O'Higgins ha fallecido, y la Patria, que tenia para con él una deuda inmensa que satisfacerle, ha quedado condenada para siempre a un estéril remordimiento... Chile llegó a olvidar que tenia un O'Higgins y que este O'Higgins, el héroe de su historia, vivia en la vecindad, pobre, a merced de un pueblo extraño. Si esa alma grande que presidió nuestros primeros destinos, que dió el soplo de vida a nuestra Patria, no hubiese sido superior a la mezquindad de las pasiones en el abandono indigno a que se vió reducido, habria maldecido la sangre que derramó en favor de un

(a) Si es exacto el dato de mui buen oríjen trasmitido recientemente a don Diego Barros Arana, y que este excelente amigo ha tenido la bondad de comunicarnos, nació O'Higgins en Chillan el 20 de agosto de 1776.

pueblo ingrato. Mas no; en medio de su desgracia O'Higgins hacia votos fervientes por la prosperidad de este pueblo; él era el objeto de sus conversaciones, de sus pensamientos, de sus delirios...»

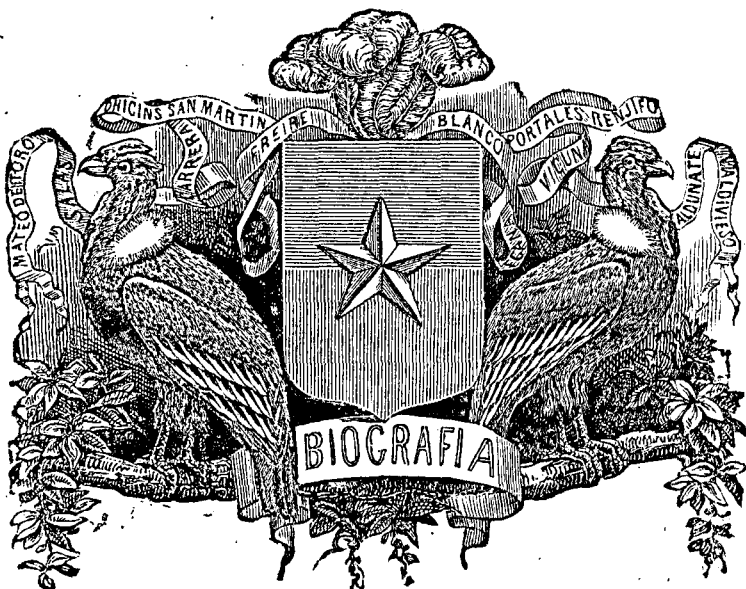
«La revolucion de la Independencia le cojió en el vigor de sus años, dueño de una injente fortuna, rodeado de consideraciones y de amigos. La muerte le ha encontrado solo, acabado por la fatiga y el pesar, estrechado por las deudas y las privaciones, despues que sus bienes fueron presa de las llamas enemigas y de que el pueblo en cuyas aras sacrificó su bienestar y su reposo, se olvidó de que tenia una vida preciosa que conservar. Las alturas de Chacabuco, los muros de Rancagua y Talcahuano, los campos del Roble y del Quilo con mil otros lugares en que se labró por el esfuerzo de su brazo un renombre inmortal, lo proclamaron el primer guerrero de Chile: una escuadra, creacion jigante de su jenio, habia sujetado a su autoridad el Pacífico; y sin embargo de tantos títulos, de tanta gloria, la muerte le ha ido a hallar en un oscuro gabinete sin mas cortejo que el de sus virtudes!...»

«La memoria de O'Higgins es el patrimonio de Chile; sus restos mortales una joya que nadie nos puede disputar. ¡Que vengan pues a tener descanso entre nosotros y los regaremos con lágrimas de reconocimiento y de expiacion!»

El Conde de las Casas, en su Atlas histórico, cronológico y jeográfico, ha podido decir tambien con sobrada razon: «Es el empeño mas insensato, una verdadera hostilidad contra la gloria de Chile, querer apócar la memoria del Jeneral O'Higgins. Los que tanto se han afanado por calumniarla y deprimirla no han hecho mas que cubrir de lodo monumentos preciosos de la historia de su propia patria, que algun dia otras jeneraciones contemplarán con satisfaccion y orgullo. No hai en esa empresa ni espíritu nacional, ni amor patrio, ni nobleza de sentimientos, ni elevacion de ideas; todo es bajo, ruin y miserable. Ya es tiempo de cambiar de atmósfera y remontar a rejiones mas elevadas. Los chilenos deben dirijir todos sus conatos a que, si algun dia la América tiene un Plutarco, le suministre Chile la mayor y mas brillante de sus vidas ilustres.»

Santiago, 6 de diciembre de 1854.

JUAN BELLO.



IX.

DON JOSÉ IGNACIO CIENFUEGOS,

OBISPO DE LA CONCEPCION.

«La iglesia, provista de bastantes hombres apostólicos para hacer florecer la religión, puede destinar algunos de sus ministros para servir al Estado y ocuparse de los negocios públicos. Estos dos grandes cuerpos deben auxiliarse mutuamente, y la iglesia puede suministrar algunos de sus miembros para colocarlos a la cabeza del pueblo y consagrarlos a servicios exteriores estrechamente ligados con la grandeza y felicidad de la nación».

(Carta pastoral del obispo de Chartres de 12 de marzo de 1851).



El personaje cuyos hechos forman esta biografía, es uno de los eclesiásticos de nuestro clero que mas se han distinguido por su constante consagración al servicio de la religión y de la patria.

De costumbres intachables, de carácter suave, apacible, bondadoso, condescendiente, Cienfuegos fué un sacerdote irreprochable en su conducta; un cura excelente, laborioso, caritativo, desinteresado como pocos. Con tales cualidades, y además nobleza de origen, grado de bachiller en teología, y sobre todo, con un patriotismo a toda prueba, recorrió cuasi toda la escala de honores y distin-

GALERIA NACIONAL



Dibujado i publicado por N.º Desmadryl.

JOSÉ IGNACIO CIENFUEGOS.

José Ign.º Cienfuegos

ciones a que puede aspirar un eclesiástico en nuestro país. Fué, pues, cura, canónigo, arcediano, dean, gobernador de este obispado en tres distintas ocasiones, obispo titular de Rétimo y auxiliar de las Américas, prelado doméstico asistente al Solio Pontificio, y últimamente obispo diocesano de la Concepcion.

En la escena política, es talvez el sacerdote que mas ha figurado entre nosotros. Vocal de la suprema junta de gobierno el año de 1813, senador y presidente varias veces del primer senado consulto, representante de Chile en el extranjero, consejero de estado y diputado al congreso constituyente de 1826, ocupó siempre con honor tan delicados puestos; y por esta causa, como por los importantes servicios que prestó a la naciente república y la gloria del destierro que sufrió por su adhesión a la causa de la independencia, ha merecido que su nombre sea colocado al lado de los mas ilustres padres de la patria en la *galeria nacional de hombres célebres de Chile*.

Nació don José Ignacio Cienfuegos en esta ciudad el 2 de octubre de 1762. Sus padres, que lo eran el señor don Francisco Cienfuegos y la señora doña Josefa Arteaga y Martinez, pertenecian a las familias mas distinguidas del reino, y cuidaron de dar a su hijo la educación que regularmente se daba entónces a los de su clase y condicion.

Desde su temprana edad, manifestó el joven Cienfuegos un corazón piadoso y una fuerte inclinación a la vida ascética y contemplativa. Llevado de esta inclinación, vistió el hábito de los hermanos predicadores en la casa de observancia de la recoleta dominicana de esta capital; pero habiendo conocido, al poco tiempo de noviciado, que le era imposible soportar el peso de las ríjidas austeridades a que se sujetan los relijiosos observantes de santo Domingo, resolvió cambiar el hábito de esta orden por la sotana clerical. Concluidos los estudios eclesiásticos, se graduó de bachiller en la facultad de teología de la antigua universidad; y en diciembre de 1786 recibió la unción sacerdotal. Las tareas del santo ministerio ocuparon desde luego toda su atención. Dedicóse con especialidad al púlpito, y por sus prendas oratorias como por el mérito de sus sermones, sobre todo de sus sermones morales y doctrinales a que con mas gusto se dedicaba por su conocida utilidad, adquirió en breve no poca fama de buen orador.

Cuatro años contaba apenas de sacerdocio, cuando el Illmo. señor don Blas Sobrino y Minayo, obispo entónces de esta diócesis, lo nombró cura vicario de la ciudad de Talca. Era este un honor que raras veces se concedia en aquellos tiempos a un sacerdote de la edad de Cienfuegos, lo que prueba su mérito indisputable, puesto que se le juzgó digno, a pesar de su juventud, de ponerlo al frente de una de las primeras parroquias del obispado. Los hechos comprobaron cuan acertada habia sido esta elección, pues en los veinte y tres años que sirvió aquel curato fué modelo de párrocos. Por su celo activo y desinteresado, por sus modales suaves y afa-

bles, conquistóse las simpatías y el aprecio de todos sus feligreses, a quienes edificaba con su ejemplo e instruía con saludables lecciones. Como buen pastor, visitaba anualmente todo su rebaño para conocer y apacentar sus ovejas. Reedificó la iglesia parroquial, en cuya obra invirtió una gran parte de sus ingresos, y construyó además, a sus espensas, una buena casa de ejercicios de san Ignacio con el fin de mejorar las costumbres del pueblo que se había confiado a su pastoral solicitud. Talca no podrá olvidar jamás la memoria de tan benéfico y celoso pastor.

En las santas y piadosas funciones de su ministerio, encontróle ocupado el 18 de setiembre de 1810. La voz de la Patria que quería ser libre e independiente de la Metrópoli, halló eco en su noble y magnánimo corazón; y lleno de esperanzas por la futura dicha de su país, se decidió a trabajar con empeño en la grande obra de nuestra emancipación. Con el fin de prestar a la nación en aquellas circunstancias los servicios que fuesen compatibles con su carácter de sacerdote, vino a esta capital, donde desempeñó varias comisiones importantes, hasta que a principios de octubre de 1813 entró a reintegrar la junta gubernativa que había dejado incompleta la renuncia del vocal don Francisco Antonio Perez. Pocos días después se trasladó a Talca la excelentísima junta para atender mejor y activar los negocios de la guerra que se hallaban en mal estado, a consecuencia de las disensiones que se habían introducido entre los independientes. De las medidas que tomaron con este fin, la más trascendental y crítica a la sazón, fué la separación de los Carreras del mando del ejército, nombrando jeneral en jefe al coronel don Bernardo O'Higgins por decreto de 27 de noviembre del mismo año. Fuertes resistencias encontró esta medida en Concepción, donde la oficialidad y las tropas principalmente, manifestaron gran disgusto y descontento. Para allanar estas dificultades y reconciliar todos los ánimos, haciéndolos entrar en las miras del gobierno, fué enviado Cienfuegos a aquella provincia con el carácter de plenipotenciario, y merced a su prudencia y tino, consiguió el objeto de su misión.

En premio de sus méritos y servicios, el gobierno del señor Lastra que sucedió a la suprema junta, presentó al señor Cienfuegos para la canonjía de Merced que había dejado vacante en el coro de esta iglesia catedral el fallecimiento del canónigo don Vicente Larrain. No gozó mucho tiempo tranquilo de su prebenda, pues a consecuencia del desastre de Rancagua, fué condenado por el reconquistador Osorio al presidio de Juan Fernandez como *reo de alta traición*. Mas de dos años duró su penoso cautiverio en compañía de otros ilustres patriotas, a quienes sirvió de apoyo y consuelo en su desgracia.

Vuelto del destierro, después de la gloriosa jornada de Chacabuco, fué elevado a la dignidad de arcediano de esta iglesia, cuyo gobierno le fué también confiado por el Illmo. señor obispo Rodríguez Zorrilla, quien le espidió desde Mendoza, donde estaba confinado, el correspondiente título

a petición del director supremo de la república. Gobernó mas de cuatro años este obispado; y luego que cesó su autoridad por el restablecimiento del prelado diocesano, partió para Europa en calidad de ministro plenipotenciario de este gobierno cerca de la corte romana.

En la capital del mundo cristiano fué recibido y tratado con todas las consideraciones debidas a su alto rango, no ménos que al distinguido mérito de su persona. Varios de los personajes mas notables del sacro colegio y de la prelacia romana le honraron con su amistad; lo que facilitó el pronto y feliz éxito de su mision, y contribuyó no poco a acreditar el nombre de Chile y la causa americana que por allá se miraba entónces con gran recelo y desconfianza. En una carta datada en Roma a 14 de abril de 1823 y dirigida al Presidente O'Higgins, dándole cuenta del estado de las negociaciones que le habia confiado, revela el señor Cienfuegos los patrióticos sentimientos que le animaban por los futuros destinos de su pais, y la confianza que tenia en el triunfo de la causa de la América meridional. Felicita al señor O'Higgins por la amnistía concedida a los disidentes y el fomento que bajo su administracion habia recibido la industria, el comercio y la agricultura. Concluye diciéndole que de la union y buena conducta de los americanos resultaria la prosperidad de estos paises, cuyas riquezas obligarian a las naciones europeas a reconocer su independenciam y solicitar su amistad (1).

A su regreso de Roma trajo consigo al vicario apostólico don Juan Muzi, arzobispo de Filipos, investido de amplias facultades para tratar con nuestro gobiérno. Por este tiempo ascendió a la primera dignidad del coro catedral de esta diócesis.

En agosto de 1824 volvió a ponerse a la cabeza del gobierno eclesiástico, lo que le ocasionó amargos disgustos que le obligaron a hacer renuncia el 1.º de diciembre de 1825; pero mui pronto reasumió por tercera vez la autoridad espiritual, pues a consecuencia de la espatriacion del señor Rodriguez, fué elejido gobernador del obispado por el cabildo eclesiástico. Permaneció en este puesto hasta el año de 1827 en que emprendió un nuevo viaje a Roma con el fin de vindicarse ante el Santo Padre de los graves cargos que le habia hecho el nuncio apostólico en su *carta apolojética* que de regreso a Italia publicó este prelado en Montevideo. La vindicacion debió ser mui completa y satisfactoria, puesto que volvió consagrado obispo de Rétimo y auxiliar de las Américas, condecorado ademas por la Santidad de Leon XII con los honoríficos títulos de prelado doméstico y asistente al solio pontificio.

Al poco tiempo de su arribo a Chile, fué instituido obispo de la Concepcion, cuya iglesia gobernó mas de seis años, hasta que los achaques consiguientes a su avanzada edad y las amarguras que nunca deja de probar

(1) Debo el conocimiento de esta carta autógrafa al favor del señor don Diego Barros Arana.

un obispo que quiere cumplir con su deber, le obligaron a hacer su renuncia que le fué admitida por el señor Gregorio XVI. Retiróse entonces a esta capital a pasar sus últimos días en el sosiego de la vida privada, libre de las agitaciones e inquietudes que trae siempre consigo el ejercicio de la autoridad.

En el retiro, como en su vida pública, no dejó de hacer el bien que pudo a sus semejantes. Siempre caritativo y benéfico, enjugó mas de una vez las lágrimas de la viuda, del huérfano, del desvalido.

El hospital de Talca le cuenta en el número de sus mas jenerosos bienhechores. Lególe en su testamento ocho mil y cien pesos, a mas de cuatro mil que le habia donado en vida.

Deudora le es tambien de sus favores la instruccion; sobre todo, la instruccion relijiosa de la juventud y del pueblo. A fin de difundirla entre las clases que mas la necesitan, compuso y publicó en su segundo viaje a Europa el *Catecismo de la Relijion Cristiana* que a su vuelta repartió gratuitamente por toda la República. Contribuyó a la planteacion del instituto literario de Talca, destinando a este objeto como albacea del historiador Molina, su deudo, y de don Santiago Pinto la suma de 32,900 pesos que estos señores dejaron para obras pias. Destinó tambien 2,000 pesos de su peculio para el sosten de una clase de relijion en el mismo instituto.

Patriota eminente y distinguido pastor de la iglesia, el señor Cienfuegos, en su carácter público, no dejó de pagar alguna vez tributo a la debilidad humana, ¡Tan cierto es que el hombre jamas llega a ser perfecto! Si la biografia de los hombres célebres ha de ser algo mas que un panejirico, mas o ménos pomposo, al ensalzar sus virtudes y encarecer el mérito de sus servicios para ejemplo de la posteridad; no debe ocultar sus extravíos o desaciertos que pertenecen al dominio de la historia. A no ser así, habria riesgo de transmitir a las jeneraciones venideras un conocimiento asaz incompleto e imperfecto de los hombres notables del pasado.

Por mas que se quisiera ocultarlo, es innegable que Cienfuegos tuvo como hombre público sus defectos y sus decepciones. Prescindiendo de la parte que tuvo en la union del seminario conciliar de esta diócesis con el instituto nacional, de que tuvo mas tarde sobrados motivos para arrepentirse y pedir su separacion, intervino en la formacion de la célebre *constitucion parroquial* del año de 1813 que alcanzó a estar en observancia por algun tiempo. No solo guardó un profundo silencio, siendo gobernador del obispado, cuando en 1817 el relijioso que se titulaba *Jeneralísimo de las órdenes de regulares* llegó hasta invadir con escándalo la jurisdiccion ordinaria sobre los monasterios de relijiosas, sino que fué poco escrupuloso para aceptar en 1824 el gobierno del obispado sin el competente título, y continuar ejerciendo la jurisdiccion eclesiástica el año de 1826, despues del nombramiento que conforme a los sagrados cánones hizo en otra persona el señor Rodriguez desde su destierro. Sin embargo de oponerse a los prin-

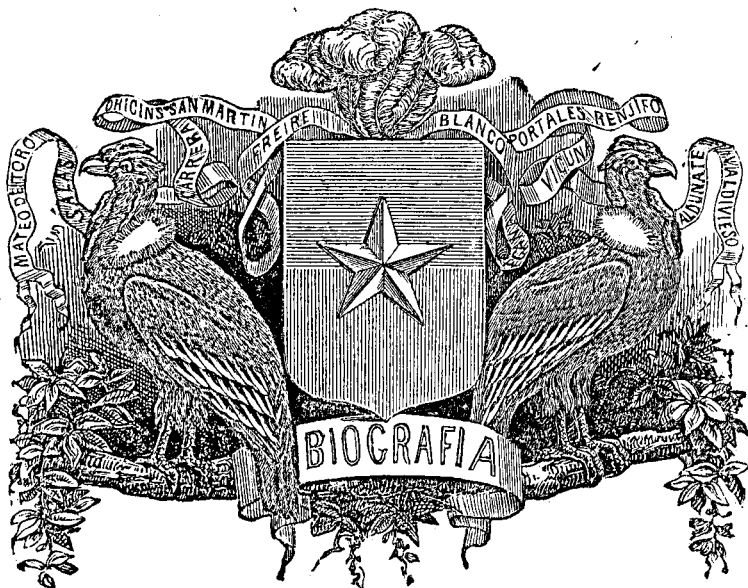
cipios fundamentales del derecho canónico y a la disciplina jeneral de la iglesia, prestó su aprobacion como miembro del congreso de 1826 y como prelado eclesiástico a la lei sobre organizacion parroquial que poco despues le causó tantos sinsabores y tan amargo arrepentimiento.

Dícese que habiéndole reconvenido en Roma el Sumo Pontífice por uno de sus actos administrativos que no era conforme a derecho, Cienfuegos le contestó poco mas o ménos en estos términos: «Santísimo Padre: es verdad que con toda repugnancia y apesar de mis convicciones he procedido de la manera que se ha informado a vuestra Santidad; pero ¿qué habia de hacer? Funestas circunstancias y el deseo de evitar mayores males me obligaron a ello. Póngase vuestra Santidad en mi lugar y dígame francamente si habria obrado de otro modo.» Dicen que el papa guardó silencio.

Como quiera, los desaciertos de Cienfuegos no alcanzan a eclipsar la gloria de su nombre, ni a rebajar el mérito de sus buenas acciones. Los borrascosos tiempos en que le cupo en suerte llevar el timon de esta iglesia; su carácter conciliador, bondadoso y condescendiente hasta tocar talvez en la debilidad,; la falta de prevision, si se quiere, para calcular los resultados de ciertos actos que a primera vista parecen quizá los mas convenientes y acertados a intelijencias no mui perspicaces; todas estas consideraciones, si no justifican, atenuan mucho al ménos la responsabilidad de los cargos que se han hecho a Cienfuegos. No poco debió sufrir por algunas de sus medidas que le enajenaron muchas voluntades y le pusieron bajo un falso punto de vista a los ojos de las personas piadosas y timoratas. Pero si se engañó algunas veces su espíritu, su corazon fué siempre bueno y religioso, sus intenciones sanas e inofensivas. La posteridad no dejará por eso de recordár su nombre con veneracion y gratitud, como el de uno de los patriotas mas beneméritos, como el de uno de los bienhechores de la humanidad.

El 8 de noviembre de 1845, una grande agitacion y movimiento notábase en el vecindario de Talca; en cuasi todos los semblantes dejábanse ver las señales del mas acerbo dolor. Un aciago acontecimiento, una pérdida irreparable para la iglesia y la patria, era la causa de tan jeneral consternacion. ¡El obispo Cienfuegos acababa de morir! Y todos acudian a manifestar en presencia de su yerto cadáver los sentimientos de amor y respeto que profesaban al ilustre finado. La muerte le encontró ocupado en activar y dirigir la reconstruccion de la iglesia matriz de aquella ciudad, arruinada por la catástrofe de 1835. ¡Espiró en medio de las esperanzas y consuelos de la relijion que siempre amó y enseñó a amar! Sus despojos mortales yacen sepultados en medio de ese pueblo de su predileccion, a cuyo servicio habia consagrado los mejores años de su vida!

JOSE MANUEL ORREGO.

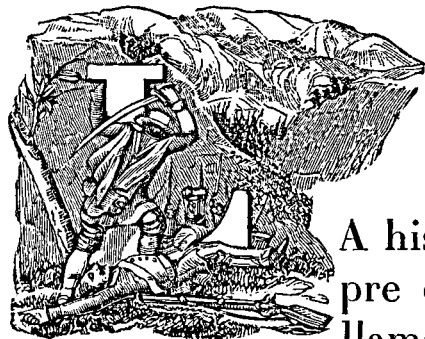


X.

DON MANUEL RODRIGUEZ.

Los historiadores que escriben muchos siglos después los acontecimientos de una época, tienen delante de sí el velo del tiempo que les oculta el conocimiento de ellos; y la historia contemporánea, o cegada por el odio y la envidia, o corrompida por la adulación y por el valimiento; altera y disfraza los hechos.

PLUTARCO. (*Vida de Pericles.*)



A historia es el libro de memorias de la humanidad, siempre en marcha a través de esas selvas tenebrosas que se llaman acontecimientos, y de esos valles luminosos que se llaman pueblos. Cada generación escribe allí algunas hojas, cada una coloca sus recuerdos, sus impresiones, consagrando hermosos capítulos a los grandes heroismos, párrafos de eterno anatema a los innobles vicios, a las ambiciones inícuas; y esas páginas escritas atraviesan las edades, indescifrables unas, despedazadas otras como las hojas arrancadas de un gran libro inédito. Todos esos fragmentos unidos, todas esas olas azules u oscurecidas encerradas en un centro común que podría llamarse la razón universal o

A AMBROSIO RODRIGUEZ:

Ojalá que mi pluma haya podido trazar como merece la corta y gloriosa vida de tu desgraciado tío. La he escrito con entusiasmo pero con verdad y con justicia. Si su cuerpo yace en ignorada tumba que su memoria viva ensalzada entre sus compañeros de armas que aguardan como él su apoteosis. Recibe tú este homenaje a su gloria que es también prueba de cariño hacia tí.—*G. Matta.*

GALERIA NACIONAL.



Dibujado y publicado por N.º Desamadril.

MANUEL RODRIGUEZ.

Mano Rodríguez

la conciencia de la humanidad, forman una especie de océano infinito que refleja en su superficie todo el firmamento del mundo moral con sus soles, con sus planetas, con sus esferas irregulares, con sus informes nebulosas y sus concavidades desiertas. La virtud y el crimen, la abnegación y el egoísmo, la superstición y la creencia, el saber y la ignorancia, el despotismo y la libertad, el asesino y su víctima, se contemplan en ese espejo severo con su verdadera faz y en sus mas iguales proporciones; unos con su aureola y otros con su tiniebla. Y cuántas veces un mismo cristal refleja el terror de la víctima y el remordimiento del asesino!

Chile tiene tambien su libro aunque pequeño. La porfiada lucha de sus indígenas con los feroces y sangrientos conquistadores, lucha de gigantes siempre empezada y jamás resuelta, y la de la emancipación del coloniaje español, serán dos páginas de inmortalidad y de gloria. Son dos rastros de patriotismo que iluminan muchos héroes, y algunos doblemente sagrados por su noble vida y su alevosa muerte. ¡Qué de hazañas no refiere la primera! ¡Qué de hechos heroicos la segunda!

Manuel Rodriguez es el mas simpático si no el mas meritorio entre todos esos hombres que circundan la época de nuestra independencia como de una brillante corona. Es quizá el único que por su abnegación, por su tipo extraño y por su clase de vida se presta a todas las creaciones de una poesía sublime y arrebatadora como la idea que representa. Rodriguez es cierto que era aventurero, pero un aventurero de jenio que hubiera podido conquistar como los antiguos condottieri el anillo de un dux o el lauro de un tribuno.

Nacido en 1786, en el año de 1810 Rodriguez tenia apenas 24 años; y aunque tan joven gozaba ya de las consideraciones a que era acreedor por su familia y que le correspondian por sus talentos ya conocidos y respetados entre los que le frecuentaban con intimidad. La abogacía era entonces la carrera favorita y la única que podia ofrecer halagüeñas perspectivas. Dedicóse a ella y en 1809 obtuvo su título. Pero no eran las estrechas murallas de una corte de justicia recinto capaz de contener sus palabras, ni la adusta presencia de los golillas debian ser los únicos espectadores; el aire libre, y las oleadas entusiastas de todo un pueblo debian recibir mas tarde esas palabras que como las vibraciones de un impulso subterráneo conmovieron las almas aletargadas y estremecieron al victorioso enemigo. Rodriguez habia nacido para defender otras causas ménos egoistas y para dedicarse enteramente al bien de su patria. Estalló la revolución; y a los primeros vajidos de esta en su frágil cuna, él fué uno de los mas audaces entre los que vinieron a consolarla y fortalecerla. Desde entonces su estudiosa y solitaria vida se transformó en azarosa y combatida. Arrebatado por el torbellino revolucionario se siente decaído y vacilante; pero de nuevo se recobra para seguir con mas vigor y osadía la peligrosa senda porque camina su patria, ya indicándole las rutas, ya salvándole los obstáculos. Manuel Ro-

driguez era del temple fino de esas almas que padecen por los demas, que vienen a prepararles mejor destino y que sufren con resignacion y sin cólera las persecuciones y la muerte si estas resultan en favor de aquellos.

Condiscípulo y amigo de don José Miguel Carrera y nutrido en esa atmósfera de libertad que en todas partes flotaba, era imposible que Rodriguez dejase de seguir a aquel que venia a desatar las vendas de la patria y cuyo prestigio debia impulsar con ventaja y tino el primer movimiento revolucionario. Rodriguez estaba en el secreto de su amigo; aprobaba las concepciones que una instruccion superior desarrollaba, y aunque se encontraba capaz, consentia en ser el satélite luminoso de un planeta mas bello.

Sin embargo dícese que su primera prision en 1812 fué a causa de una conspiracion organizada contra Carrera y en la cual figuraba como conspirador el mismo que firmaba como secretario meses ántes. ¡Quién sabe! Hai jente que ha tenido particular empeño en desfigurar los hechos y en presentar a ciertos hombres como cabecillas de un partido atrabiliario o como viles revoltosos. Los hombres de nuestra independencia fuéron hombres y como tales cometieron muchos actos que reprueba el buen sentido; muchos desaciertos y cuasi traiciones que tal vez exijan poderosas circunstancias y que eran imposibles de evitar. Mas si las ambiciones vulgares, si las animosidades particulares alguna vez ajaron las afecciones del individuo, jamas lograron profanar la primera idea de emancipacion y de rejeneracion próxima. La patria fué un santuario para todos; una querida inolvidable que vivia con la fé de sus juramentos, con el ardor de su cariño. Esto solo basta para perdonarles muchos extravíos y muchas sinrazones. Despues que los sucesos se han cumplido, cuando casi todos los personajes han desaparecido de la escena humana, los antiguos rencores han despertado mas vivos y las olvidadas tradiciones han venido a ocupar de nuevo las memorias presentes. Estoy seguro que no ha sido tan rabioso y encarnizado el odio entre O'Higgins y Carrera como lo es entre sus herederos. Para los modernos o'higginistas Carrera y sus partidarios son traidores y menguados; para los modernos carreristas O'Higgins y sus partidarios son despóticos o infames; y cual mas cual ménos, todos insultan a esos hombres que merecen mas veneracion sin que añadan por eso mas verdad a la historia; y lo que es peor, influenciados por los resentimientos personales trasmitidos de padres a hijos, de tios a sobrinos, de casta a casta. Una nube de errores o de crímenes oculta el horizonte del pasado; la justicia tropieza con una mentira donde creia hallar una verdad, y con ser exclusivos de una y otra parte, reunen la luz y la tiniebla, todo lo miran a traves de un dudoso crepúsculo y rebajan a los héroes oscureciendo el cuadro.

Rodriguez, mas que los otros amigos de Carrera, ha sido acriminado por los o'higginistas; y no ha faltado quien arrastrase su fama, sus heróicos esfuerzos por la libertad al inmundo pantano de la traicion y de la venganza, enlodando a aquella y haciendo de estos los vergonzosos instrumentos de

una ambicion mezquina. Los acontecimientos eran excepcionales; la época, difícil de vivir por sus transiciones súbitas e inesperadas, y los hombres que las sufrían con entereza veíanse a veces empujados por esa fuerza irresistible y misteriosa que ciega a la razon y que involuntariamente arrastra. Las revoluciones son las borrascas de la humanidad en cuyos espacios la electricidad solo domina.

Su constitucion nerviosa, su intelijencia osada como su palabra y al mismo tiempo algo de esa soberbia independendencia de carácter que es siempre el signo de la grandeza de alma, hacian de Rodriguez un secuaz bien indisciplinable y un enemigo harto temible. Tenaz en su aborrecimiento lo era tambien en su abnegacion sin abdicar por eso ni sus convicciones como hombre ni sus deberes como partidario. Rodriguez era como esos astros radiosos que no gravitan ante ningun sistema y cuya órbita inmensa circula en el espacio, iluminándolo siempre y a veces despedazándolo.

Corria el año de 1814. José Miguel Carrera burla a sus perseguidores, penetra en Santiago, lo conmueve; y con el prestigio de su nombre, de sus hermanos y de sus amigos, reúne bajo su bandera al militar y al paisano, depone al gobierno existente y se proclama jefe y dictador. Este golpe de estado pone en relieve la situacion del pais; introduce una política nueva y augura cosecha de triunfos para el porvenir. Carrera era el caudillo popular y el pensamiento revolucionario en su encarnacion mas bella. Rodriguez así lo comprendia y ayudándolo en su empresa trataba de justificar el atentado cometido, ya esponiendo la situacion del pais, ya revelando las intenciones torcidas de los enemigos tenebrosos y disimulados. Sin embargo ninguna razon puede calificar de justo ese hecho odioso. Tiránico y despótico en su principio, no hizo mas que acrecentar el peligro, introduciendo la discordia en los ánimos y preparando para mas tarde una derrota funesta y una bien lamentable proscripcion. Las buenas ideas deben tener buen nacimiento; y la violacion de un deber o la prostitucion de la fuerza las enjendrarán siempre monstruosas. El error de Carrera y de Rodriguez fué esa falsa creencia; ellos querian libertar a su patria y empezaban esclavizándola; así es que aunque puros en sus intenciones se hacian criminales en la apariencia. Desde entónces Rodriguez y Carrera se hacen mas inseparables; discuten juntos, combaten juntos y gobiernan juntos hasta la fatal jornada de Rancagua.

Entónces los antiguos dominadores, mas rencorosos con la resistencia heróica que no esperaban de un pueblo ántes medroso; impusieron de nuevo sus leyes, sus privilejios insolentes y ajitaron como un insulto y como una amenaza su estandarte de leones, al son de las trompetas y de los vivas entusiastas que traian la muerte o la infamia para los patriotas. Entónces comenzó para estos la penosa emigracion, en la cual unos habian de perecer acosados por la miseria o por las enemistades crueles y otros reaparecer con mas brillo.

En esa situación de vida desastrosa, casi la mayor parte desconfiaba del porvenir; y talvez lo que sus sueños de libertad les presajaban, se disipaba ante los funestos choques de una realidad bien amarga. Algunos por el contrario, en esa situación fué cuando sintieron arraigarse con mas intensidad sus convicciones y cuando hallaron en sí una fuerza mas prodijiosa y una voluntad mas enérgica. Hai hombres que se abaten a los peligros, que se vencen en los obstáculos, que flaquean en la desgracia; pero hai otros que se realzan, que acopian mas fuerza cuanto mas difícil es el triunfo y que se levantan mas pujantes si caen a tierra. Donde aquellos se estrellan y retroceden, estos se enciman y adelantan.

En la emigracion es donde Rodriguez comienza su verdadero rol y donde descubre su jenio perspicaz y valiente. Enfermo, miserable y casi desnudo, conservaba su corazon entero para dedicarlo a su patria y para sacrificarlo si era preciso por su rehabilitacion y por su libertad. La inaccion le irritaba, y el abandono de su patria ya en poder del enemigo era para su alma jenerosa un remordimiento mas vivo, una idea mas funesta que su propia desgracia. Concibe entónces un proyecto, atrevido, temerario sin duda, por la multitud de peligros a que se esponia; mas realizable y de inmensos resultados en favor de la causa independiente, si el que se abnegaba por ella sabia desprenderse de toda pasion egoista y cobarde. Inmediatamente se presentó al jeneral San Martin y lo impuso de su proyecto de volver a Chile para examinar el estado de los ánimos, dar esperanzas a los amigos, malquistar a los enemigos patentizando sus crueldades, en fin, para vigorizar la revolucion inanimada y establecer relaciones que podian servir de grande ayuda en la nueva espedicion que se organizaba. San Martin le oyó con sorpresa y aplaudió su osadía. Hubo algunos que dudaron de su arrojo al verle tan desmédrado y enfermizo de cuerpo, necesitándose una naturaleza robusta para atravesar las nieves que esas montañas jigantes eternamente conservan. Los que así pensaban no conocian a Rodriguez ni a la naturaleza humana; el cuerpo mas frajil es dominado por una voluntad inflexible, y la materia subyugada por el espíritu que quiere manifestar una idea, se purifica y engrandece con él hasta el extremo de confundirse y olvidarse. Así le sucedió a Rodriguez. El escuálido patriota fuerte con su conviccion, robusto con su esperanza, traspasó las montañas, atravesó los valles cruzados de enemigos, visitó a los amigos, penetró en las aldeas, en las haciendas, y llegó a Santiago dejando tras de sí en todas partes un murmullo presajador de la cercana tempestad. Cartas, proclamas incendiarias, conversaciones alusivas, relaciones de familia, todo fué medio para ese hombre atrevido cuya vida era el peligro, cuyo placer era afrontarlo. Volvió a repasar las cordilleras para dar cuenta de su comision y preparar otros ardides; y traspasólas de nuevo trayendo consigo nuevos recursos y miras mas elevadas. La práctica de la observacion le habia dado esa astucia que penetra y adivina en los corazones mas iletrados algo de gran-

de y de jeneroso bajo de una aparente tosquedad; y esa observacion fina y la atraccion que posee siempre el hombre de jenio que con todos simpatiza, que a todos se reparte, le habian granjeado a pesar de su juventud numerosos y buenos amigos, ya entre los que residian en las ciudades, ya entre los campesinos independientes, que veian con horror las tiranías y vejaciones de un gobierno despótico y abominable.

Miéntas esto sucedia, Marcó del Pont y sus seides ponian todo su conato en desprestijiar la causa de la independendencia, intimidando a unos, persiguiendo a otros, espiando a todos y proclamando de voz en grito que la divinidad le protejia contra las diabólicas arterías y las intenciones perversas de sus endemoniados enemigos. Esplotaba el fanatismo relijioso para atraerse al vulgo, y el fanatismo del miedo para aterrar al verdadero pueblo. La delacion, el espionaje, la chismografia, la falsificacion, la mentira, la injusticia, la atrocidad, y todas las demas infamias que forman séquito honroso a toda tiranía, ostentaban con descaró su insolencia en ese gobierno de imbéciles y sibaritas, cuya política tenia por base la espoliacion y por cima la horca. Era, en fin, un modelo entre los gobiernos paternales tan acostumbrados después, donde todo es permitido y todo prohibido so pena de castigo o de vergüenza. Por supuesto que un gobierno organizado así nada ignoraba. Sabia que Rodriguez iba y venia, que habitaba en Santiago, que repartia proclamas, que se carteaba con los jefes emigrados y que fraguaba quizá golpes maestros aprovechando con talento y viveza los infinitos recursos que a su arbitrio dejaban la mala fé de los mandatarios y la farándula de los subalternos. Mas ni las amenazas ni el terror podian nada contra Rodriguez, y continuaba impertérrito su marcha de rejeneracion, salvando con sangre fria los obstáculos que se le oponian, y burlando con impensados ardidés y con sorprendentes disfraces la pusilanimidad de sus enemigos y el ojo vijilante de sus espías. Ora recataba su rostro con la capucha hipócrita de un fraile mendicante, ora lo descubria bajo el desgairado bonete del minero. Muchos le buscaban, tal vez le encontraban, y otras veces él mismo señalaba la ruta a los que le perseguian. Su nombre era ya un emblema, su vida un proverbio; y mucha jente le creia protejido por un pacto o por la buena voluntad de un brujo. Así es que por todas partes circulaban mil diversos rumores sobre su modo de vivir, que le daban ya por huesped de una maga en un bosquecillo encantado y misterioso, ya por amigo de un hechicero que tenia la virtud de transformar a los hombres y de hacerlos invisibles e invulnerables en presencia de sus enemigos. Rodriguez sabia aprovechar en favor todas estas invenciones populares, que a guisa de cuento, llevaban de pueblo en pueblo su nombre acompañado de un prestigio deslumbrante y temible. El misterio es un poderoso aliado en las ocasiones difíciles y trabajosas.

Un hecho solo entre los infinitos que se cuentan de Rodriguez, basta para poner en relieve su intelijencia alerta y perspicaz y la agudeza y pron-

titud de su ingenio. Es el siguiente: «Otra vez (dicen los historiadores) (1) se hallaba mui tranquilo en casa de uno de esos jueces de campaña cuya amistad habia sabido conquistarse, cuando vinieron a avisarle que se acercaba un piquete para prenderlo. Los soldados estaban ya mui próximos y no habia como escapar. No obstante Rodriguez permaneció impasible, miró a su alrededor y casualmente sus ojos se fijaron en el cepo; mueble como se sabe indispensable en casa de todo juez. En ménos de un minuto se le ocurrió convertir aquel instrumento de tortura en tabla de salvamento. Exigió de su amigo, que estaba tan azorado como un condenado a muerte, que le metiera y aprisionara en él con todo rigor; y mientras ejecutaba la operacion le aleccionó para que diera por causa de su prision a los recién venidos, que no dejarían de interrogarle, una calaverada de jóven. Sucedió punto por punto como lo habia pensado. El oficial no dejó de indagar cual era el motivo que habia merecido a aquel hombre tan severo tratamiento. El amor de la propia conservacion dió ánimos al juez para repetir bien su leccion; y como estaba calculada para interesar a jente del jaez de los soldados, todos declararon que debia dársele soltura. Así mientras que guiados por el dueño de casa se dirijian a un bosque vecino donde esperaban sorprender a Rodriguez, este favorecido por los mismos que debian capturarle, se ponía en salvo por el lado opuesto....»

Ciertos lados oscuros del cerebro del hombre se iluminan en circunstancias dadas y escepcionales con un pensamiento tan feliz y oportuno, que divulga algo de divino, algo de revelado y de inmortal, como si fuera la manifestacion esterna de una intelijencia superior limitada en otra inferior.

Pero ya era tiempo de obrar en campo mas vasto, y de ejecutar los atrevidos pensamientos que atormentaban su espíritu y que le traian preocupado y silencioso como un hombre poseido por una idea de realizacion casi imposible. El ave nocturna que atravesaba las tinieblas, que dormia en los bosques, iba a transformarse en condor osado, voraz como él; y abandonando su soledad misteriosa iba a batir sus negras y estendidas alas sobre la frente misma de sus enemigos. ¡Ay de los que se pongan al alcance de sus garras! ¡Ay de los que pretendan atacar su alzado nido!

Desde el primer instante de la revolucion, Rodriguez habia considerado la emancipacion de Chile como un suceso fatal; y nunca en su decidida voluntad habia penetrado esa especie de pudor mezquino que semeja mucho a la cobardia, ladeando a transacciones ridículas y casi siempre vergonzosas. Su amor por la libertad, su caluroso entusiasmo, su carácter voluntarioso y soberbio, y el odio irreconciliable que abrigaba por los tiranos de su patria; odio encarnizado mas con la ferocidad y el sanguinario desden del invasor, le habian granjeado la honrosa distincion de rebelde empecinado. Y era así; el esclavo prófugo y libre, ya rebelde, temerario y

(1) La *Reconquista Española*, apuntes para la Historia de Chile por M. L. y G. V. Amunátegui.

pujante, comenzaba a tremolar bandera de guerra y a lanzar proyectiles incendiarios para una esplosion cercana. El cielo empezaba a oscurecerse tempestuosamente para los tiranos, y la estrella de Chile, a lo léjos entre las sombras y en medio de un celaje de nieve, aparecia cercada de rayos luminosos que irradiaban la oscura sien de la montaña.

En vano Marcó derrámaba espías y lanzaba sentencias de muerte contra Rodriguez; en vano proclamaba a son de trompa su cabeza a precio vil, tratando de despertar la codicia con la estipulacion de una infamia. El perdón del delito más atroz era la otra red que tendia a los criminales; en la cual con harto pesar suyo no logró cojer a nadie. Rodriguez contaba con buenos amigos, era respetado y querido y por salvar la suya mil cabezas hubieran ido a colocarse en la picota. La rectitud, la justicia de una causa, la jenerosidad del corazon unida a la juventud y a la intelijencia, estrechan tanto los vínculos humanos, confunden de tal manera las simpatías diversas, que en vez de ser odiosas destruyen la maleza de los vanidosos rencores y ejercen su influjo sobre las almas que dominan con tal suavidad y dulzura, que ensalzan y purifican a todas sin desmedro de ninguna. Diríase que una corriente magnética repartida en cantidades iguales, fluye de un centro comun, impulsa los resortes de la máquina moviéndolos simultáneamente y estableciendo un riguroso equilibrio entre unos y otros para sus distintas operaciones mecánicas.

Con dificultad puede encontrarse un mandatario mas inepto y al mismo tiempo mas imbécil que Marcó. Todas sus medidas despóticas y abusivas estaban calculadas para exasperar los ánimos y enajenarse las voluntades. Los que ántes eran frios partidarios de la causa independiente, abandonaban familia, posicion social, fortuna, para defenderla desinteresada y ardorosamente, horrorizados con las vejaciones y con los suplicios inícuos que sufrían diariamente nuevas víctimas. La poblacion de los campos, mas selvática y ménos muelle que la de las ciudades, no necesitaba lo que esta para levantarse contra sus opresores; y allí donde la conducta misma del gobierno obligaba a los hombres a declararse enemigos, la enerjía de Rodriguez, su desprendimiento, y el socorro de sus amigos reemplazaban con mucho la falta de recursos y producian un entusiasmo mas verdadero y mas sólido.

Miéntras tanto el ejército restaurador que se organizaba en Mendoza, aguardaba solamente la oportunidad y que la vijilancia y fuerzas del enemigo estuviesen ocupadas en otra parte. Para trepar las cordilleras y salvar sus precipicios sabiendo que al otro lado un enemigo poderoso los aguardaba, era preciso amar demasiado a su patria y tener aliento de héroes. Rodriguez en correspondencia continúa con San Martin y los demas patriotas, estaba impuesto de sus preparativos de invasion y tambien de sus temores. Resuelto a alijerar aquellos y a minorar estos, organizó guerrillas que llamando por distintas partes la atencion del enemigo, lo necesi-

taban a diseminar sus fuerzas y por lados opuestos del camino que debía traer la expedición. Rodríguez acudía a todas partes; su actividad redoblada cuanto más el peligro era inminente y la ocasión más inesperada. El pensamiento y su realización eran instantáneos; ya caía sobre una ciudad y en un abrir y cerrar de ojos apresaba a sus mandatarios, arrebatando los alimentos del enemigo, y luego como un león saciado penetraba en sus serranías, para caer una hora después quizá sobre un destacamento realista. El imbécil Marcó creía que todas estas partidas podían ser la vanguardia del ejército expedicionario, y enviaba jente sobre jente para destruirla. Con sus infinitas peripecias logró Rodríguez fijar la atención del gobierno en muchas partes y alejar así sus fuerzas del rumbo verdadero. De esta manera quedó casi descubierto el norte, y pudo el ejército patriota atravesar las cordilleras por Aconcagua, sin gran detrimento ni pérdida de hombres. Cuando se descubrió la estratagemata, era ya tarde. La victoria de Chacabuco es una de las hazañas más gloriosas de nuestra independencia, y sería ingrato e injusto quien negase a Rodríguez la misma corona que ciñe la frente de los que allí pelearon. Mas de dos mil soldados españoles y de los más bravos, hallábanse lejos del campo de batalla atraídos por la energía de sus esfuerzos y por el valor de sus amigos. Mezclados al grueso del ejército realista, quién sabe cuál hubiera sido el desenlace! Tal vez la historia no contaría entre sus fastos memorables al 12 de febrero de 1817! Después del triunfo San Martín encargaba a Rodríguez la persecución de los fugitivos y principalmente de Marcó en estos términos: «Según noticias que tengo, el prófugo Marcó ha tomado el camino de la costa; no lleva fuerzas. Derrame U. partidas por todos rumbos para que le aprehendan. Persígale hasta Concepción.»

La verdad es como el sol, luminosa y fecunda para todos. Sus rayos deben guiar la pluma del historiador, iluminando los hechos. Hai en esta época de la vida de Rodríguez un acto atrevido, algo incomprensible si se quiere, que realza su jenerosidad y su temeraria intrepidez. Ha sido referido por los señores Amunátegui como un acto de felonía y de crueldad que arroja una acusación horrible sobre su fama: pero tal como ellos lo narran, el hecho es falso enteramente, equivocado en las personas, erróneo en las suposiciones..... En uno de sus saltos de tigre, el infatigable guerrillero cae sobre Melipilla, arresta en su casa al gobernador Yécora, sin exigir de él más que recursos, y permanece allí hasta las cinco de la tarde, en compañía de una multitud de patriotas amigos. Muchos de estos habían ido con sus familias a gozar de las fiestas de Pascua de Navidad. Rodríguez supo por alguno de ellos que en una hacienda vecina estaba de paseo un oficial de Talaveras llamado Tejeros, muy célebre ya y muy aborrecido por sus crueldades y su insolente descaro. Rodríguez mandó traerlo a su presencia, y en vez de un verdugo, el oficial temeroso, halló un amigo en su contrario. Mientras tanto, las tropas del gobierno se acercaban, y era necesario po-

nersè en salvo. Rodriguez reúne su fuerza y huye llevándose a Tejeros y a su asistente. Por un camino torcido que atraviesa de Guaulemo, orillando el Maipo, se proponia vadearlo por Lonquen, y luego internarse en las montañas. El comandante Padilla llega a Melipilla, inquiere noticias de los rebeldes y toma el mismo desecho para darles pronto alcance. Rodriguez y Padilla se avistan cerca del vado. Pelear era riesgoso, resistir imposible. El asistente de Tejeros aprovecha un momento, y escapa a reunirse a sus amigos. Rodríguez, en situacion tan apurada, dispersa a su jente, y acompañado de un tal Lopez y de Tejeros, consigue pasar el rio y salvarse. Penetró en sus montañosas guaridas, y el enemigo retrocedió burlado. Durísimas, novelescas casi, son las amarguras que los prófugos sufrieron. Si uno dormia, el otro tenia que velar al prisionero que aprovecharia cualquier medio en su favor. Además, cómo acojerse en casa de sus amigos, llevando a un enemigo, que mañana, consiguiendo libertarse, podria convertirse en acusador y en verdugo! Lopez, hombre bilioso y arisco, fatigado con el viaje y resuelto a quitarsè de encima el obstáculo, propuso a Rodriguez un asesinato. Rodriguez lo rechazó. Al fin, despues de dos dias de hambre y de penurias, Lopez, sin consulta prévia y en un momento de distraccion, asestó el cañon de su pistola sobre Tejeros y le atravesó la espalda de un balazo. Libres del centinela, los fujitivos pudieron ya guarecerse y buscar techo en casa de sus amigos. Rodriguez no aprobó jamas ese asesinato; su alma no era capaz de una alevosia, aunque esta fuese la lei de una imperiosa necesidad. Lopez únicamente se hizo responsable del hecho. Este fué el que prisionero en el castillo de Valparaiso, despues de la derrota de Chacabuco, sublevó a los detenidos, y el que comandó a los que salieron a batir a los españoles que llegaban. Una bala enemiga le atravesó tambien; pero en medio del combate!

Dueños ya los patriotas de la capital y convocada la poblacion para elegir un Director Supremo que rijiese los destinos de la resucitada patria, aclama a San Martin; y este, con un desprendimiento que le honra, rechaza por dos veces el encargo que es al fin aceptado por O'Higgins. Abnegado patriota y valeroso capitan, O'Higgins era un héroe en el combate. Sabia afrontar la muerte, sabia desafiarla atravesando diluvios de balas; pero le faltaba la intelijencia clara que organiza en la discordia; y era poco a propósito por su carácter dominante para olvidar rencores y para utilizar en comun bien las facultades que a su encargo acompañaban. Además la estension inmoderada de las facultades autoritarias, tuerce las buenas inclinaciones de los hombres, los desmoraliza interiormente y los arrastra insensiblemente y por tortuosas vias a la intolerancia y al crimen. Raro es el pueblo que no cuenta alguno de estos déspotas; y mas raro es el hombre que ha descendido puro y acompañado de las bendiciones de sus conciudadanos desde esa estraordinaria y borrascosa cumbre, sin una sombra de remordimiento o de afliccion. En todas partes las dictaduras no han hecho

mas que prostituir la dignidad humana, estragar á los pueblos y aniquilarlos. Todos los dictadores han sido verdaderos representantes de la brutalidad y de la infamia, desde Syla el piojoso hasta Napoleon el menguado.

Sin embargo el Director Supremo tuvo un rasgo de jenerosidad para su antiguo enemigo, y parecia no acordarse, en la embriaguez de la gloria y del poder, de sus antiguas desafecciones. Rodriguez por su parte no abrigaba ninguna pasion baja y sabia aplaudir los triunfos de sus rivales sin envidia, sin rencor, y satisfecho con la idea de ver libre a su patria. El 27 de febrero un decreto del Supremo Director ensalzándolo por su patriotismo, le pide un detalle sobre esas atrevidas incursiones que tanto habian contribuido al éxito de la victoria, y una lista de sus compañeros de armas, todos dignos de premio. Casi nada duró esta buena armonía entre ámbos rivales, y seis dias despues un acontecimiento inesperado vino a quebrantarla. Rodriguez era un opositor temible y su influencia una conspiracion incesante contra un poder que amenazaba aniquilar toda personalidad, ahogar toda libertad que contraviniese a sus miras y entronizar como razones de Estado el insolente capricho de la fuerza y la descabellada voluntad de un hombre. Un mes despues, cual fué la sorpresa de Rodriguez al recibir la carta siguiente:

«Los servicios distinguidos de U. le vinculan la gratitud pública; pero razones políticas y el imperio de las circunstancias le alejan a paises extranjeros. Hoi mismo debe U. salir para Nueva-York, y U. como fiel servidor de la patria, prepárese a recibir los altos encargos que esta debe confiarle.»

Así se espresa O'Higgins, y al mismo tiempo que le insta para que acepte el encargo, se despide de él como *buen amigo*, prometiéndole velar por su familia. Rodriguez comprendió el engaño. El supuesto encargo diplomático no era mas que un destierro fraguado por sus enemigos para lanzarlo nuevamente de su patria. Los actos que siguieron al nombramiento son intachables testigos de la mala fé de sus rivales. El encargado de negocios de la nueva república fué conducido como un criminal a Valparaiso, y allí alojado en el castillo de San José, hasta que el buque pudiese zarpar de esa bahía y transportarlo a su destino. A la verdad que hai bastante distancia de un ministro diplomático a un prisionero; y el fusil del centinela que guarda la puerta de su cárcel no es el hacha del lictor que lo acompaña. Un hombre que acepta voluntariamente un destino que su gobierno le encarga, espera en su casa, o donde mas le acomoda, el momento de la partida, y no elije una fortaleza como residencia propia de su carácter ni de su posicion elevada. A pesar de esto, O'Higgins habia creido burlar y salió burlado. El rival que habia conseguido con su astucia y valor introducir la zizaña en las filas enemigas, rondando como un espíritu las poblaciones aterradas, no podia ser cojido en un estratajema tan ridículo ni cegado por promesas tan zonzas. Aun habia españoles que comba-

tir, todavía la patria necesitaba el apoyo de las cabezas inteligentes, de los brazos esforzados para destruir la víbora del despotismo que ya empezaba a silbar, y cuyo veneno mortal transpiraba en las odiosas medidas y en las pretenciosas mistificaciones. Rodriguez sobornó a sus guardias, fugó de su cárcel y se ocultó para no ser perseguido. San Martin estaba entonces en Buenos-Aires; regresa al poco tiempo y Rodriguez, confiando en su honor y en su inocencia, se avista con él, se cambian mútuas esplicaciones y por su intervencion vuelve a obtener la amistad de O'Higgins y esa libertad tan anhelada y conseguida a costa de tantos sacrificios.

Ambas duraron mui poco; y el 7 de agosto del mismo año 17 fué arrestado, por complicidad, se decia, en una conspiracion que tenia por objeto derrocar al gobierno establecido y favorecer a los Carreras. Estos estaban proscritos; y miéntras en Chile sus partidarios y amigos eran tratados como alevosos conspiradores, ellos al otro lado de los Andes sufrían prisiones, insultos y soeces infamias que iban preparando su impopularidad y su muerte. Jamas la gloria de las batallas ocultará esos tres suplicios que irradian sobre ella como un reflejo sangriento, marcando al lado de un triunfo venturoso una venganza rencorosa y ruin. Rodriguez no fué la única víctima de la susceptibilidad enemiga. Don José Manuel Gandarillas, hombre ilustre por su intelijencia, por su desinteresado patriotismo y decidido amigo de Rodriguez y de los Carreras, fué envuelto tambien en la banal acusacion; pero al cabo, despues de sufrir una rigurosa prision, ámbos fueron declarados inocentes por la Junta que sustanció la causa.

Esto sucedia a fines de 1817. Por el mismo tiempo llegaba a Valparaiso la noticia de que el virrei alistaba bajo su bandera cuanta tropa podia, y que ya estaba pronta a embarcarse para invadir de nuevo el país. El jefe era Osorio y traia consigo, ademas de su loca esperanza, algunos veteranos de la metrópoli que contaban muchas victorias y que habian tenido la fortuna de vencer al moderno Alejandro. Pezuela y Osorio creian el triunfo y la reconquista fáciles, puesto que la patria no podria oponer, segun ellos, mas que soldados bisoños que tropezarian a una evolucion o que vacilarian de cansancio en la primera marcha. Insensatos! ignoraban que el corazon resuelto vale por largos años de servicio, y que la mejor disciplina es el amor a la patria. Un pueblo que quiere ser libre hace milagros.

Inmediatamente que se supo la noticia, San Martin, de acuerdo con O'Higgins que se hallaba entonces en el sur, se dirijió a Valparaiso temiendo que el jeneral enemigo intentase desembarcar en ese puerto. Y para poder ocurrir con prontitud llegado el caso, se acantonó en la hacienda cercana llamada de las Tablas. San Martin trajo consigo a Rodriguez en calidad de auditor de guerra, cuyo destino desempeñó miéntras estuvo allí el ejército, sin que mediasen inconvenientes ni obstáculos entre él y su superior. Mas al dirigirse el ejército al sur, donde el enemigo le aguardaba, recibió órden de trasladarse a Buenos-Aires, segun dicen algunos, en calidad

de agente diplomático. Como se ve era una tendencia fastidiosa y ya un partido tomado el alejamiento de Rodríguez. San Martín y O'Higgins parece que le temían por su popularidad, por su decidida abnegación, y sobre todo, por esa enérgica voluntad que no lograban abatir ni dádivas aduladoras ni remotos temores. Vióse, pues, de nuevo obligado a ocultarse como vil criminal; pero por poco tiempo. Esta vez su vindicación avergonzará a sus enemigos. Su nombre será voz de orden y de esperanza en la derrota, y su palabra sublime el vaticinio de victoria para el último combate.

Mientras tanto el ejército independiente caminaba hacia el sur. El insultante enemigo le amenazaba y ambos ejércitos ardían en coraje de pelea. Avístanse por fin el 19 de marzo de 1818. En la tarde de ese día se chocan las caballerías en las márgenes del Lircay; la de los españoles rechaza la nuestra con ventaja y la obliga a replegarse al campamento patrio con lamentables pérdidas. Entonces el atrevido Ordoñez propone una sorpresa; lo secundan Latorre y Primo de Rivera; y en la noche de ese mismo día el osado intento casi postra de un golpe la fuerza de la república. Los jefes del ejército independiente no lo sospechaban siquiera; y cuando menos lo esperaban, cuando quizás algunos saboreaban el deleite de un festín, halláronse envueltos por los pelotones enemigos que aclamaban Fernando y España. La noche era oscurísima y solo el reflejo siniestro de la pólvora iluminaba sus tinieblas. El desorden se introdujo en nuestras filas; los jefes pretendían reunirlos y nada conseguían. Los batallones tiroteábanse entre sí. La mayor parte de nuestra artillería fué apresada; y después de tres horas de confusa lid hubo que ceder el campo al enemigo. La noticia de este desastre cundió como una gangrena de terror. En todas partes no se oía más que la respiración zozobante del estupor. Todos se preguntaban: ¿qué va a ser de nosotros? ¿qué nuevos martirios traerán nuestros aborrecidos opresores? El 21 en la tarde algunos dispersos llegaron a Santiago y esparcieron inmediatamente la noticia de la funesta derrota. Como ellos la narraban era todavía más alarmante. Era la hora de las meditaciones sombrías y de los presentimientos fúnebres; la hora de los melancólicos recuerdos, vagos como una nube, indefinidos como un ensueño, inefables como una melodía interna, tristes como el semblante de un cadáver. La luz del crepúsculo vacilaba; desteñidos celajes la envolvían y las tinieblas estendían su crepón de luto sobre el acongojado cielo de la aterrada ciudad. Las mujeres desesperadas suplicaban con lágrimas y suspiros; los hombres atemorizados iban y venían; preguntaban aquí, consolaban allá y no sabían qué hacer entre la confusión y el miedo. Nadie durmió esa noche. ¿Quién puede cerrar al sueño las pupilas cuando tiene en su alma el espanto?

Casi todos consideraban perdida la patria y trataban de poner en salvo sus vidas y sus familias, disponiéndose a repasar esas barreras del tiempo, peligrosas como él, que muchos de ellos acababan de atravesar desalentados y jadeantes. El supremo delegado don Luis Cruz, contagiado con el

miedo universal, y creyendo como la mayor parte desesperada la defensa, encajonó los caudales dirijiéndolos a Mendoza. Luego despues convocó a una reunion de todo lo mas neto de la poblacion, para acordar o planes de fuga ó de resistencia. La reunion tuvo efecto al dia siguiente, y á pesar de las buenas y decididas reflexiones de algunos, estas no influyeron nada en el ánimo del delegado ni en el de la mayor parte de sus habitantes. Muchos de estos tenian sus monturas preparadas, y aun se dice, que ya se les habian repartido cabalgaduras y aperos a todos los empleados.

La sorpresa de Cancharrayada hubiera sido un golpe decisivo sin la heroicidad e intrépido carácter de don Juan Gregorio de Las-Heras. Sin la division retirada por él, sin sus esfuerzos magnánimos para conservar en ella la union y la esperanza, la patria habria tenido que lamentar quizá muchos dias de sufrimiento y de amargura. El arrojo y una carga sostenida y veloz, ejecutada por el valiente Bueras, dieron tiempo para la reorganizacion de esta columna, que iba a ser el apoyo del nuevo ejército.

El mismo jeneral San Martin, intimidado y perplejo, envió circulares a todos los gobernadores en las cuales se confiesa, si no vencido, completamente derrotado. Al extremo norte de la república, a Copiapó, dos dias despues de haberse jurado la independenciam en aquel pueblo, llegó una de esas circulares en la cual terminantemente se le mandaba al gobernador que hiciese conducir todos los alimentos y objetos de valor a la otra banda de los Andes y que incendiase lo que fuese de imposible llevada. El gobernador habria cumplido inmediatamente la órden si la enérgica oposicion de dos vocales de la junta de cabildo, a quienes llamó a secreta consulta, no le hubiese aconsejado la demora. Los españoles estaban allí en mayoría y ese paso les hubiera entregado la ciudad poco ménos que amarrada. Tal era el conflicto de los patriotas en las mas apartadas rejiones de la república. Qué seria en la capital en donde aguardaban por instantes la invasion del enemigo triunfante, que vendria a castigar con la horca o con el azote a los rebeldes que pretendian sacudir su yugo y emanciparse de un gobierno que los consideraba como su propiedad inviolable!

Lastimoso como se ha dicho era el estado de la poblacion de Santiago. Para reanimarla y volverla a la esperanza, era necesario un choque poderoso que golpease sus fibras con fuerza, y que trastornando la vida presente iluminase con un prestigio de entusiasmo esas ideas de patria y libertad que todas las intelijencias balbuceaban, que todos los corazones presentian. Una palabra, una centella y la transformacion se manifestaria radiosa.

Manuel Rodriguez estaba destinado a ser el salvador de la patria y el alma de toda esa poblacion temerosa y vacilante. Abandona su retiro y se presenta a sus amigos, reúne a los mas osados, arenga en la plaza pública, fascina al pueblo con su mirada, lo reanima con su palabra, lo subleva con su entusiasmo y su eléctrico ardor le comunica. Las quejas callan, los corazones se sosiegan, el miedo se transforma en audacia y la multitud se

apiña impetuosa al rededor del hombre májico que la inflama con su enerjía, que la esfuerza con su voz. El nombre de Rodriguez resuena en todas las bocas, sus prodijiosas hazañas se recuerdan, la calurosa imaginacion multiplica su prestigio, el entusiasmo popular deifica su heroismo, y todos unánimes lo proclaman futuro libertador y esperanza de la patria.

Dignos de memoria son tambien los esfuerzos y el apoyo que prestaron a Rodriguez los ilustres potriotas Cienfuegos, Barra, Fontecilla, Infante, ese Caton bravío. La historia no debe tampoco relegar al olvido los nombres de las heroínas que desdeñando el peligro y temiendo el de la patria, se lanzaron arrogantes a la arena del tribuno, rivalizaron con su audacia y encendieron en mas de un corazon apocado la llama del patriotismo y del valor. La voz de la mujer tiene la irresistible unción de la ternura, responde a todas las vibraciones del sentimiento jeneroso, simpatiza mas con la desgracia y se hace mas clara y persuasiva cuando hai algo que compadecer, algo que consolar. Los nombres de las señoras doña Mercedes Rojas, noble hija de uno de los primeros patriotas, y el de la señora doña Luisa Recabarren, esposa de un hombre ilustre y patriota, bien pueden marchar unidos con honra y con luz propia a los nombres de Infante, Cienfuegos y Rodriguez.

En las circunstancias difíciles, la actividad es el triunfo. Cuando se ha conseguido despertar un entusiasmo, es preciso mantenerlo en perpetua reaccion, produciendo a cada instante inesperadas emociones y expectativas nuevas. Rodriguez que coñocia la importancia de ese proceder, aprovechaba sus efectos y manejaba las voluntades diversas con la certeza y armonía del hombre que está avezado a las dificultades y que tiene confianza en vencerlas. El delegado Cruz, recobrado ya de su estupor, y toda la jente notable de la capital reunidos en sala de palacio acuerdan por unanimidad y en virtud «de la autoridad que reside en el pueblo, que las facultades del «Supremo Director propietario se entiendan una e indivisiblemente delegadas en toda su estension en los ciudadanos, coronel don Luis de la Cruz «y teniente coronel don Manuel Rodriguez, de cuyo enérgico celo, actividad y verdadero patriotismo espera el pueblo la salvacion de la patria.»

Rodriguez tomó únicamente sobre sí la responsabilidad del peligroso encargo y empezó a organizar un plan de defensa decidido y heróico. Instantáneamente impartió órdenes para hacer volver los caudales públicos, para prevenir a los que emigraban y para enarbolar bandera de enganche en todas partes. Hizo venir a los frailes y los envió a la Maestranza para ocuparlos en hacer cartuchos. Repartió armas a sus amigos, levó una pequeña guarnicion y conjuró cuantos obstáculos se le oponian con su prontitud de ingenio, su enerjía de carácter y su franca audacia. «Aun tenemos patria,» exclamaba arrebatado; y mientras haya resolucion, mientras haya aliento, tendremos libertad. Que los tímidos huyan, que los cobardes se humillen, qué importa? el valor no mira la barrera, la traspasa!

Hizo un llamamiento jeneral a las armas y en pocas horas acudieron a alistarse mas de 300 voluntarios que formaron el escuadron de los húzares de la muerte. La mayor parte de los soldados que compusieron este escuadron, fueron jóvenes decentes, entre ellos algunos veteranos. Rodriguez se nombró coronel; nombró a don Manuel Serrano teniente coronel, y sarjento mayor a don Pedro Aldunate. Todos debian venir equipados a su costa, con escepcion de las armas. En la esquina del cuartel de San Diego se colocó la mesa, clavada al lado su emblemática bandera. ¡Cuántos de esos nobles voluntarios acudirian ganosos de gloria y de ínclitos hechos!

Cuando San Martin y O'Higgins llegaron a Santiago, nadie pensaba en el desastre, nadie en huir, y todos se ocupaban en aprestos guerreros para rechazar al enemigo. Los antiguos temores habian desaparecido, y en su lugar un ardimiento varonil y una confianza sin límites alentaban a la poblacion. Toda ella estaba dispuesta a morir o a vencer. Rodriguez depositó el mando inmediatamente en su superior, exijiendo de él que le dejase la comandancia del escuadron de húzares para asistir al próximo combate. O'Higgins se lo concedió. El peligro era inminente y las injustas persecuciones, los insidiosos rencorés, los móviles bastardos, se convertian en otros tantos impulsos de actividad, dominados por la única y sagrada obligacion del momento; aniquilar al invasor y salvar a Chile. O'Higgins a pesar de estar bien molesto con su reciente herida, recorria las calles, despachaba órdenes, tranquilizaba a los temerosos e infundia esperanzas con la serenidad de su rostro altanero, aunque pálido. San Martin no hacia ménos esfuerzos en la reorganizacion del ejército. Por último, vino a completar el gozo de la poblacion la llegada del intrépido Las-Heras que al tronar de las salvas y al rimbombar de las campanas acampaba con su gloriosa columna en el cuartel jeneral, situado a una legua de la capital. El 29 de marzo fué un nuevo dia de regocijo y de triunfo que preparaba el dia supremo.

Miéntas tanto el engreido Osorio avanzaba, pero con lentitud. El valeroso Ordoñez queria devorar las distancias y aparecer como un cometa sangriento en la aterrada capital. Su ardor belicoso le engañaba. Sus atrevidos esfuerzos hubieran escollado con las dificultades de una azarosa marcha, con la fátiga del soldado y con el desórden consiguiente. Osorio, mas calculador ó ménos ósado se opuso a la resuelta intencion de Ordoñez, y gastó trece dias con los que estuvo en Talca en atravesar la distancia que hai desde Cancharrayada hasta las orillas del Maipo. El dia 1.º de abril lo vadea por los lados de Lonquen y el 3 acampa en la hacienda de la Calera. Despues de mil vacilaciones y recambios, decídese por fin a presentar combate, desplegando sus fuerzas hácia el costado del valle mas desigual y ventajoso. Los patriotas no se amedrentan por esto y afrontan al enemigo con decision y coraje. La lucha empezó; retumbó el aire a las descargas de ámbos ejércitos, y al cabo de algunas horas el grito de «!la patria es libre!» se unia a las gloriosas aclamaciones del soldado. La victoria fué completa.

Casi todos los enemigos quedaron en el campo o muertos o prisioneros. Ochoñez entregó su espada a un valiente como él, y obtuvo de su enemigo las consideraciones y la honra que merece el valor. Osorio tomó la fuga, acompañado de algunos oficiales, y llegó a Talcahuano con uno solo. Ya no existían enemigos; Chile inauguraba una época nueva, y el 5 de abril era su primer padrón.

Rodríguez y su valeroso escuadrón resguardando otros lados, llegaron al campo de batalla cuando ésta estaba decidida; pero aun alcanzaron un triunfo que bien servía de corona al triunfo de Maipo. Ellos fueron los que acorralaron y rindieron al temible realista Anjel Calvo, célebre desde mucho tiempo como desertor de la causa independiente y como feroz caudillo. Dos días después recibió orden del Director el teniente coronel Serrano para perseguir a los fujitivos, y desde el mismo campo partieron inmediatamente. Rodríguez, al despedirse de sus bravos compañeros, les recordó los peligros pasados, les habló de la patria, de la libertad, les aconsejó con la ternura del amigo; y mientras ellos tendían riendas hacia el sur, Rodríguez se dirigía silencioso y pensativo hacia la capital, presintiendo quizá su triste muerte.

El escuadrón pasó el Maule y luego fué llamado a Talca, y allí por orden suprema desarmado. Desde Santiago destacaron con este objeto al regimiento de granaderos y el jefe de ellos, al mismo tiempo les intimó orden para que se presentasen al gobierno. Así lo hicieron, O'Higgins los recibió friamente, les dijo que los llamaría en caso necesario y los despidió. Después muchos de ellos fueron violentamente perseguidos.

Hubo jente adicta y aduladora del Director que propalaba la ridícula invención de que Rodríguez pensaba con esa fuerza suscitar una reacción y derrocar a O'Higgins.

La actitud del gobierno hostil para el ciudadano y la pletórica vanidad del Director Supremo, habían estendido una especie de malestar público que circulaba como una atmósfera empapada de vapores maléficos y de dificultosa respiración. Al cabo el 17 de abril reunióse en la sala capitular gran parte del vecindario y comisionaron a tres personas notables para que se presentasen al dictador, pidiendo la reorganización del antiguo cabildo, mientras se nombraba un congreso nacional que zanjase los derechos de la nación, y exigiendo la abdicación de una dictadura militar absorbente, incompatible ya con las necesidades progresistas y con las circunstancias del día. O'Higgins rechazó con altanería la justa proposición; reprendió a los comisionados, los llamó ingratos y fulminó un destierro contra dos de ellos.

Rodríguez había desempeñado un papel importante en este drama. Como tantas veces, su palabra había sido la reveladora de la libertad y la anatematizadora de toda esclavitud, de toda medida arbitraria. Plebeyo de corazón y de ideas, amaba al pueblo, lo enseñaba, lo dirigía, y creía firmemente que era nula y usurpada toda autoridad que no emanase voluntaria y

libremente de él. Pero sus rivales habian vuelto a tramarse de nuevo su perdicion con mas seguridades que ántes. Esta vez no se les podria escapar. La espada de los héroes se iba a convertir en arma alevosa. Ellos preparaban la traicion y la infamia que debia consumir la bajeza y la cobardía. Llamóse movimiento revolucionario, a la libre manifestacion del pueblo y revoltoso incorregible, al mantenedor de sus libertades, al orador de sus derechos.

Para narrar los acontecimientos que se subsiguieron y el asesinato que los corona, nada mejor puedo hacer que copiar la carta siguiente, en la cual un testigo de vista y de oidas, despues de treinta y dos años pasados, refiere los hechos sin odio, en estilo llano y confidencialmente. Los que niegan la parte que ha tenido O'Higgins en ese asesinato quieren documentos públicos, exigen decretos firmados; pero eso a dónde se encontraria? Cuando se comete una infamia se borra el rastro primero.

Copio primero la carta que da lugar a la otra de que he hablado:

Santiago, abril 6 de 1850.

Mi querido Manuel:

En este momento me ruega Ambrosio Rodriguez te dirija esta, con el objeto de preguntarte si supiste alguna vez el lugar cierto en que dieron sepultura a su digno y desgraciado tio don Manuel; porque desean trasladarlo al panteon y rendirle este estéril y dilatado homenaje. Yo recuerdo que eras tú ayudante de Alvarado, bajo cuyas órdenes marchaba preso para Quillota y talvez fué asesinado. Como el fin de esta averiguacion es el que te indico, y como tambien conviene dejar consignado en la historia este hecho atroz, me dirás confidencialmente cuanto recuerdes sobre el particular. Te escribo mui de prisa. Tu fino hermano y constante amigo:---

DIEGO JOSE BENAVENTE.

Coroney, abril 17 de 1850.

«A mediados de abril del año 18 fué aprehendido el desgraciado coronel don Manuel Rodriguez, por disposicion del gobierno de aquel entónces, y remitido al cuartel de cazadores de los Andes (en San Pablo) a disposicion del comandante del cuerpo, teniente coronel don Rudesindo Alvarado, natural de Salta en el Tucuman. Incontinenti hizo este jefe se nombrase una partida de veinte y cinco soldados, incluso cabos y sarjentos, de los de toda su confianza, bajo las inmediatas órdenes de los tenientes segundos don Manuel Antonio Zuloaga y don N. Navarro, el primero mendocino y el segundo español, oficial que habia traído el jeneral Milans a Buenos-Aires. A esta escolta fué confiada la custodia del infortunado Rodriguez,

con la instruccion que ella sola era responsable de la seguridad del reo y que nó debia recibir mas órdenes que las que particularmente le impartiese el mismo comandante. En un cuarto que estaba a inmediaciones de la torre del templo, y en rigurosa incomunicacion, permaneci6 algo más de un mes; pero cuando le tocaba a Navarro vijilarlo solia sacarlo a media noche a paseo disfrazado; se apartaban en la esquina del sud de la plazuela, y en este mismo punto se volvian a reunir una hora ántes de diana para entrarlo a su prision. Los amigos con quienes se veia Rodriguez en estas salidas nocturnas le instaban que aprovechase la circunstancia para escaparse; que quizá, le decian, su existencia corria riesgos; y él les contestaba que de ningun modo podia resolverse a dejar comprometido a un infeliz oficial que le trataba con tanta confianza; que era un caballero y no un cochino: estas eran sus terminantes palabras.

El 22 de mayo, poco ántes de formarse las compañías, se me apersonó Navarro y me dijo: «Mi capitan (era teniente segundo agregado a mi compañía) tengo que confiar a U. un secreto mui importante y delicado; ya sabe que lo considero como mi único amigo en América; quiero que U. me dispense el favor de emitirme su opinion.—Sobre qué? le reproduje. —Anoche, me contestó en seguida, he sido llamado por el comandante y me ha llevado al palacio del Director sin decirme ántes para qué. Llegamos a la pieza reservada de este señor, donde lo encontramos con el señor jeneral don Antonio Balcarce; se nos mandó sentar despues de saludarnos, y al poco rato se dirijió a mí el señor O'Higgins y me dijo: U. como recién llegado al pais quizá no tenga noticia de la clase de hombre que es el coronel don Manuel Rodriguez; es un sujeto el mas funesto que podriamos tener, sin embargo de que no le faltan talentos y que ha prestado algunos servicios importantes en la revolucion. Su jenio díscolo y atrabiliario le hace proyectar continuos cambios en la administracion, nunca está tranquilo ni contento, y por consiguiente su empeño es cruzarnos nuestras mejores disposiciones; ademas es un ambicioso sin límites. En vano el gobierno, y aun el jeneral San Martin, han tratado de atraérselo tocando todos los arbitrios y ardides imaginables, mas nada, nada, ha sido suficiente. Para desprendernos de él, de un modo honroso y satisfactorio para él mismo, intentamos mandarlo a los Estados-Unidos, investido con el carácter de nuestro representante; pero él encontró arbitrios para burlarnos, escapándose del castillo de San José en Valparaiso, donde se le tenia detenido hasta el momento de verificarse el embarque; para cuyo viaje, su comandante que está presente, debia entregarle una cantidad considerable de dinero que con este fin le habia remitido el gobierno. Así es, pues, que los intereses de la patria exigen deshacernos de este hombre temible, y para realizarlo nos hemos fijado en U. Su comandante nos lo ha indicado como un oficial a propósito, y contamos seguro de que U. no se desdeñará de prestar este servicio importantísimo a la patria. Nuestro plan es que en la marcha que vá

a emprender su batallon para Quillota, deberá caminar U. con el preso y la escolta como a distancia de una o media cuadra a retaguardia del batallon, sin permitir la mas mínima comunicacion de los soldados de éste con los de la escolta. Su alojamiento será siempre como a distancia de dos a tres cuadras del lugar donde se acampe el cuerpo, guardando la mas estricta vijilancia con el reo; y en uno de estos alojamientos, aprovechándose de cualquiera oportunidad que se le presentè, le dará la muerte, bajo la inteligencia de que el gobierno le compensará satisfactoriamente este servicio.--- Yo me quedé abismado al oír esta relacion; callé y O'Higgins continuó:--- Anoche se habia llamado con el mismo objeto a Zuloaga, pero este jóven es demasiado pusilánime, no se ha atrevido a perpetrar el hecho, nos ha contestado un disparate, y por último hemos convenido que no es el mas a propósito para el desempeño de tan importante comision. Vamos, Navarro, no se detenga U., reflexione lo que le importa obedecer; pero cuidado, mucho secreto; este asunto solo pasa entre nosotros.---Sin embargo de que casi se me obliga a entrar en tan espinoso negocio sin trepidar, he pedido 24 horas para decidirme y no sé qué decir esta noche que es cuando debo dar mi contestacion.»

Absorto yo con el secreto, y temeroso de que todo esto fuese una red que trataba de tenderme, continuaba en mi silencio; mas instándome a que le dijese mi parecer, y la contestacion que podria ocurrírseme le dije: ¿Por qué no se escusa U. como Zuloaga? El me contestó entónces: ¿No considere U. que soi español, que no tengo relacion alguna en el pais, y que si no me presto a la maldita comision que se me quiere dar, probablemente se desharán de mí por temor de que revele el secreto? Agregue U. que nuestro comandante es el que mas me compromete.---Entónces me separé de él diciéndole: U. sabrá lo que se hace.

El 25 de mayo a la madrugada, emprendimos nuestra marcha para Quillota. Navarro, armado con las pistolas del mismo comandante Alvarado, caminaba con su escolta a retaguardia. Un capitan que mandaba la guardia de prevencion, y que por consiguiente caminaba tambien a inmediacion de la referida escolta, tuvo la ocurrencia o imprudencia de pasar a saludar al preso, poco ántes de llegar a las casas de San Ignacio, brindándole un cigarro de papel, dentro del cual habia escrito con lápiz las siguientes palabras: «huya U. que le conviene»; cuyo cigarro, dijo despues Navarro, habia sorprendido; y quizá esta fué la causa de algunas desgracias que sufrió el referido capitan (1).

La noche del referido día ~~25~~ alojó el batallon en Colina, en una hacienda que se nos dijo era de un señor Larrain, y creo es la misma que tuvo comprada el jeneral Pinto. Aquí creí que se consumase tan horroroso atentado; pero no sé por qué motivo se hubiese suspendido. El 26 a la

(1) El capitan es el mismo señor Benavente, autor de esta carta.

madrugada salimos de este punto, y a las cuatro de la tarde llegamos a Polpaico. El batallón se extendió a las orillas de un arroyo que corre a inmediaciones de las casas principales de la hacienda; y Navarro con su preso y escolta se alojó en una casita que decían era una pulpería, distante como tres cuadras a nuestra retaguardia. A la oración, y estando yo con Camilo nuestro primo, paseando en nuestro campamento, oímos el estallido de una pistola. «Eh, me dijo este, ya murió el amigo Rodríguez.» Inmediatamente se esparció la noticia silenciándose las circunstancias. Al día siguiente, también de madrugada, seguimos nuestra marcha, llegamos a San Pedro y el 28 entramos en Quillota.

El 30 me dió orden Alvarado para que formase un inventario de la ropa y demás cosas pertenecientes al finado Rodríguez. Entre todas estas prendas encontré una chaqueta verde bordada con trencilla negra y una camisa de estopilla, ambas ensangrentadas y rotas por la bala en la parte derecha del cuello, y eran las que seguramente tenía puestas en el momento del asesinato. En este momento, y delante de un sarjento que me presentaba las diferentes piezas, no pude ménos de esclamar: «ni aun la ropa que tenía le han dejado en el cuerpo.» Después de esto ya se decían las circunstancias del hecho; se nos dijo que Navarro para perpetrarlo se había desprendido de toda la escolta, quedándose solo con el cabo Gomez; que a unos había mandado por leña, a otros por agua y a los restantes por víveres al batallón. Quedando solo con dicho cabo y el señor Rodríguez, invitó a éste para ir a ver a unas vivanderas, situadas a las inmediaciones; y que caminando con este objeto le hizo llamar la atención sobre una que tenía regular figura; que en el momento de fijarse le había tirado el pistoletazo por debajo del poncho, poniéndole de repente la pistola cuasi en el mismo cuello, y que herido Rodríguez no había hecho más que dar dos vueltas y caer sin articular una sola palabra. En seguida Navarro se rompió con un cuchillo por tres diferentes partes la manta, para poder pretesar seguramente que la muerte había sido ocasionada porque fué primeramente acometido; circunstancia que intentó hacer valer, pero que Zuloaga se la anuló con su primera declaración en la causa que se quiso formar, y por la que aseguraba que la muerte se había cometido por orden del gobierno. También supimos que el cadáver se había traído a la capilla de Tilttil, y unos decían que había sido enterrado dentro de la misma capilla y otros en una barranquita que estaba a las inmediaciones; pero si existe el cura o sacristan que servían la parroquia en aquel tiempo, estos pueden dar la noticia exacta sobre este último respecto, que yo no puedo dar porque toda esta maniobra se hizo a nuestra retaguardia y de un modo tan sigiloso que fué imposible traslucirlo (1). Don Bernardo Luco que tuvo el

(1) En las Ancuviñas, cerca de un maiten y como a una legua de las casas de Polpaico, fué cometido el asesinato.—En la capilla de Tilttil, arriba del Presbiterio, a mano izquierda, fué depositado el cadáver ocultamente por el juez, donde todavía quizá existe.—*Nota del Autor.*

arrojo de proponerse descubrir el hecho, me dijo a los pocos dias que él sabia donde estaba sepultado, y segun quiero recordar, parece me aseguró que lo habia desenterrado. Si no estuviese este amigo tan distante de esta, habria tomado alguna noticia de él.

Parece que no he andado mui flojo para cumplir con tu encargo; lo relacionado creo demasiado para que puedas dar una idea bastante circunstanciada a tu amigo. Dispensa, pues, los borrones, enmendaturas y demas faltas que encuentres en mi larga y minuciosa narracion. Acuérdate que he sido únicamente soldado y despues huaso (1).»

Tu afectísimo hermano y mejor amigo.

MANUEL JOSE BENAVENTE.

Responda cualquiera que haya leído la carta anterior, si hai algo en ella que no parezca enteramente cierto. El que la ha escrito vive aun; y no puede suponerse interes personal de acriminar a otro, en un hombre que retirado de los sucesos tanto tiempo há, puede considerarlos tales como pasaron. Por mi parte, creo que dicha carta es un documento interesante, que debe acompañar a la historia, como un testimonio mas a la multitud de otros que confirman el asesinato alevé y la complicidad de O'Higgins.

Debo aquí consignar un acto digno que embellece la memoria de un hombre, oscuro en su servicio, pero brillante por él solo. Invitado primero que Navarro, el teniente del mismo batallon Manuel Antonio Zuloaga, éste rechazando enérgicamente la inicua proposicion, contestó: «que la espada que ceñia era para combatir al enemigo y no para asesinar patriotas.» Bellas palabras que debieran haber ruborizado a esos hombres que comprendian lo que era honroso, lo que era grande y lo que era mezquino y degradante.

O'Higgins recibió impasible la noticia que para todos era funesta, y continuaron como ántes los preparativos de la espedicion que debia zarpar al Perú. Navarro continuó prestando servicios y el capitan Benavente fué enviado a Buenos-Aires y allí inmediatamente dado de baja.

Poco despues se inició un proceso contra Navarro. Zuloaga, llamado como testigo, reveló lo que sabia, y en su declaracion acusaba al Director al mismo tiempo que a Navarro; mas éste y el proceso desaparecieron al poco tiempo. Los soldados que lo acompañaron en el crimen fueron enviados a Córdova, y con recomendacion especial para el coronel Bustos. Lo que es realmente cierto es que nunca se pensó en castigar al asesino porque temian las revelaciones. Al contrario, trataban de ocultar el crimen y propalaban rumores embusteros para terjiversar de esa manera la realidad. El hecho siguiente comprueba la verdad de este aserto. En la época del embarque de la espedicion al Perú, hallábase en Valparaiso el anciano padre de

(1) De estas dos cartas existen en mi poder copias autorizadas.

Rodriguez. Estaba allí no por su voluntad sino por orden superior. Sus otros dos hijos, don Ambrosio y don Carlos, militares tambien y desinteresados patriotas, seguian la desgraciada suerte de los hermanos Carreras, y sufrían como ellos las amarguras del destierro y de la persecucion mas tenaz. Un jóven a la sazón estaba en Valparaiso y habitaba en la misma casa que el infeliz anciano. Varias veces habian conversado juntos, y casi siempre la memoria del hijo sacrificado arrancaba lágrimas al desdichado padre. Para el jóven, como para tantos otros, era un misterio la desaparicion de Rodriguez. Amistado con uno de los ayudantes de San Martin y preguntándole sobre el destino de Rodriguez, oyó de boca del oficial que habia sido enviado al Perú para preparar la llegada de la espedicion, como ántes lo habia sido de Mendoza, para allanar el camino del ejército restaurador. Qué por eso (le decia) se obraba con tanto sigilo; y añadía con certeza que del valor de Rodriguez debían esperarse grandes cosas. Inmediatamente voló a comunicar a su triste amigo tan agradable noticia, consolándole y esperando mucho de su realidad. El anciano dió gracias al jóven; pero le dijo que no creyese, que eran solo invenciones de sus enemigos, y que él estaba bien seguro de la muerte de su hijo; porque habia visto en manos ajenas un reló que le habia regalado en mejores dias, como una prenda de cariño, de la cual no podria haberse desprendido jamás sino con la muerte. Pobre anciano! su corazón estaba ya tan herido que no abrigaba ni podia abrigar ninguna esperanza.

Mientras duró el gobierno de O'Higgins, ninguna voz acusadora se levantó en su contra; ni cómo era posible que se levantase en la postracion y abatimiento moral en que todos yacian? Los mas atrevidos apenas osaban acusarle en secreto y en el recinto de su casa.

En el año 23, Navarro volvió a Santiago; fué denunciado como asesino de Rodriguez, y el gobierno de entónces lo mandó juzgar. O'Higgins habia caído; pero el consejo de guerra se compuso en su mayoría de adictos a O'Higgins, y por consiguiente, de interesados en ocultar su crimen. Navarro nada confesó; invocaba para defenderse el testimonio de *otros*; en fin, vacilaba en todo y en todo mentía. El consejo falló sobreseer en la causa, y el asesino huyó protegido por jefes de alta graduacion y personalmente interesados. El proceso y todos los documentos que comprometian en algo al gobierno de O'Higgins, fueron consumidos por el fuego. Por eso hai fanáticos de O'Higgins que validos de la impunidad por falta de pruebas, niegan cuanto les desfavorece, llaman *vulgaridad* lo que es un crimen. Pregúntese a los hombres de aquella época y todos ellos responderán, con la convicción mas profunda, que O'Higgins fué el asesino. Es ridículo exigir pruebas evidentes en una accion tenebrosa. Todavía la historia del gobierno de O'Higgins está incompleta. Los asesinatos y destierros de los patriotas en la otra banda, las prisiones de muchos de ellos en las casamatas del Callao, y los dobles suplicios en Santiago, son hechos horribles que la histo-

ria no ha compilado aun, pero que recuerdan con estremecimiento súbito los hombres de aquella época.

Para deshacerse de Rodriguez, O'Higgins llamó ántes que a Alvarado, a don Mariano Necochea; pero este bravo oficial, le contestó que si lo creia culpable lo hiciese juzgar, y que él lo fusilaria en la plaza pública. Necochea despues ha negado este hecho. Tal vez por no reabrir heridas que querria ver cicatrizadas, el bravo de Junin, negaba un acto que le favorecia a costa de una infamia para algunos. Tambien como Necochea hai otros cuya revelacion seria la verdad, pero que se encierran en su silencio por las mismas causas. Yo he recojido datos de boca de un hombre de entónces, datos que con su nombre tendrian un merecido valor; pero que sin él son reprochables. Fué vocal del último consejo que juzgó a Navarro, y el único que reconoció su culpabilidad. Mas me está prohibido revelar su nombre.

Cayó al fin el gobierno de pandilla; y cuando la justicia reemplazó al capricho despótico, los buenos patriotas don José Manuel Gandarillas y don Diego José Benavente, consagraron sus plumas al descubrimiento de la verdad, y esclarecieron mil hechos que habian oscurecido la mentira y la baja adulacion.

O'Higgins despues de su obligada abdicacion, tuvo que marcharse a Lima. Allí arribó años despues don Carlos Rodriguez, hermano de la víctima. Intimamente convencido de que O'Higgins era el asesino, lo llamó seriamente a un desafío. O'Higgins rehusó batirse. Esquivaba el duelo no por cobardía; O'Higgins no se arredraba en el peligro. Temia quizá que la mano le temblase o que la vista vacilase estraviada ante la presencia de un hermano que reclamaba a su hermano vilmente asesinado. Enfurecido don Carlos con la negativa, lo insultó entónces públicamente, tal vez con sobrada acritud; y el héroe de Rancagua se despojó de su dignidad y descendió a una acusacion jurídica. En esta, don Carlos salió condenado, como era de esperarse, pues que faltaban las pruebas y el delincuente las exijia. Un doctor Asensio fué el defensor de O'Higgins, y publicó en favor de su cliente un panfleto que merece por sus calumnias groseras, por sus exajeraciones injustas y por sus chabacanos insultos el mas solemne desprecio. En vez de ser justificacion es una acusacion contra O'Higgins. Mas le hubiera valido para su reputacion desdeñar e impedir la circulacion de ese folleto denigrante, que escupé sobre Chile y sus mejores hijos, con la desfachatez de un leguleyo asalariado y con la desvergüenza de un escritor menguado.

Manuel Rodriguez murió en la flor de sus años; a los treinta y cuatro apénas, cuando hai mucho horizonte y muchas esperanzas. Todavía se ignora a donde yace su cuerpo; todavía el que salvó a su patria tantas veces aguarda el sepulcro que ha merecido. La posteridad es imparcial y su fallo es la justicia; ella lo coronará.....

Historia de mi patria, caos deslumbrador; quién manifestará tus for-

mas, quién purificará el oro de la escoria? Después de la fría narración de Thiers, sonará el himno de Lamartine? vendrá la epopeya luminosa de Michelet, resurrección de la justicia y redención de la verdad?

Una palabra más todavía. La generación presente es un árbol robusto; la savia del porvenir fluye por su corteza. Plantado en buen terreno crecerá para engrandecerse; extenderá sus ramas, no por el inmundo suelo de las preocupaciones y maldades, sino por el espacio sublime de las grandes ideas, de las infinitas aspiraciones; y realizará así esa ley de progreso eterno que vivificándolo todo, todo lo alienta y reanima, desde el insecto hasta el hombre, desde la flor hasta el astro. Las ideas caducas, desaparecen como una exhalación pantanosa y otras ideas más nobles, más verdaderas, agitan los cerebros, surgen de las tinieblas de la superstición, y se posan luminosas, como un manojo de rayos divinos, en las cunas de los que nacen, en los sepulcros de los que mueren. Todo se destruye para transformarse y variar de aparición. La humanidad es un sol sin occidente, que asoma en las cumbres del pasado transfigurándolo; que alcanza al meridiano del presente, descubriendo en un horizonte que jamás se estrecha o se oscurece, las fases de otros mundos, cuyas gigantes elipsis circundan un espacio infinito y luminoso, sin término y sin fin. Pero es necesario volver la vista atrás para enviar un saludo de gratitud a los que nos han precedido; es necesario detenerse un poco para consagrar un recuerdo a esos hombres que nos dieron una patria y que no tienen siquiera sepultura; es necesario escribir en mármol esa historia que languidece olvidada como una página de oprobio, iluminando en la piedra la cifra y la memoria. Las estatuas aisladas de fulano o de sutano son bellas como adorno artístico, realzan al escultor; pero no hablan nada al pueblo, no despiertan su pensamiento adormecido. No jira por ellas ese murmurio dulce que parece el lamento de un pasado anheloso, que vibra en todos los labios como el resuello de una generación extinguida. Ante la efígie de un hombre, el pueblo pasa indiferente y descuidado; ante el monumento de una época, se siente conmovido de religioso amor, lo contempla y se postra. Además ¿por qué establecer esa separación? ¿por qué introducir esas excepciones? Nuestra emancipación no ha sido la obra de un solo hombre; todos han contribuido, todos se han sacrificado por ella, y la patria a todos debe estar reconocida. Olvídense, pues, los rencores, las parcialidades vergonzosas; cesen las acusaciones injustas, los ditirambos violentos; cada hombre traiga sus lauros, y donde se coloquen Freire y O'Higgins, aparezcan las figuras de Carrera, Rodríguez, Infante, Ibieta y tantos otros, formando unidos así el monumento de nuestra independencia, con toda la pureza de su gloria, con todo el resplandor de su idea!

GUILLERMO MATTA.

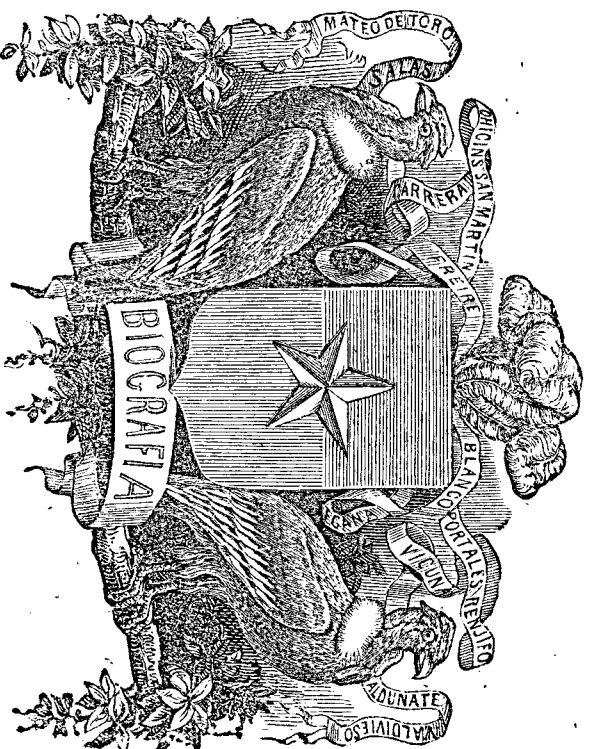
GALERIA NACIONAL.



Dibujado i publicado por N.º Desmadril.

LORD COCHRANE,
Conde de Dundonald.

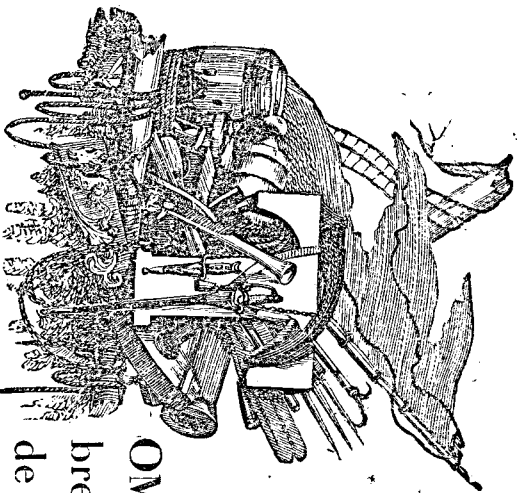
Cochrane



XI.

DON TOMAS A. COCHRANE,

CONDE DE DUNDONALD.



OMAS Alejandro Cochrane nació el 27 de diciembre de 1775. Hijo de Archibaldo Cochrane, conde de Dundonald, sobrino del almirante Alejandro que alcanzó gran nombradía en la guerra americana, descendía de una de esas antiguas familias escocesas en las que el valor es hereditario con el recuerdo de las proezas de sus antepasados. Patrio de nacimiento, su padre siguiendo la costumbre jeneral del país, resolvió dedicarlo a la marina desde su mas tierna edad, aprovechando el valimiento de Alejandro Cochrane, que solicitó de transmitir a su familia el prestigio de sus empresas navales; divisaba también en el pequeño Tomas el jémen de esa voluntad indomable, de ese arrojo impetuoso, de esa rápida ejecución del pensamiento que constituyen los jénios militares.

Contaba once años apenas cuando le llevó su tío consigo, principiando su educación al cuidado del ilustre almirante, que uniendo la teoría a la

práctica estimulaba su valor en los peligros, ejercitaba su entendimiento en las maniobras, cultivando la decidida afición que mostraba el jóven para las artes de la guerra. Preparado en esta escuela, manifestábase su vocacion cada dia mas irrevocable, sin embargo de las molestas dilaciones que entorpecen los primeros pasos en la profesion marítima, mayormente en países como Inglaterra, en los que se aumentan tanto mas las dificultades de los ascensos, cuanto es mas crecido el número de pretendientes; siendo un mérito nunca desmentido y frecuentemente ejercitado en largos años de servicios, el único camino que lleva a los elevados puestos.

Habiendo alcanzado su grado de teniente, pasó el jóven Cochrane a servir bajo las órdenes de lord Keith, almirante británico encargado de cruzar las costas francesas y españolas (1797). La ocasion se ofrecia propicia a los anhelos del mancebo: rotas las hostilidades entre Inglaterra y las fuerzas unidas de Francia y España, el mar era teatro frecuente de encarnizados combates, como que los belijerantes comprendian que el dominio del Océano, era la gran clave de los triunfos terrestres. Las flotas se empeñaban a menudo, ya en encuentros particulares, ora en combates jenerales, brindando siempre a la ambicion juvenil inmenso campo para brillantes hazañas; y bajo estos auspicios no pasó mucho tiempo sin que Cochrane manifestase que no eran infundadas las esperanzas que su familia y él propio, cifraban en sus relevantes cualidades. Mandaba la *Reina Carlota*, aunque en clase de teniente por ausencia del capitan, cuando se avistaron en la bahia de Aljeciras, varias embarcaciones enemigas atacando un pequeño buque ingles, que acosado por número superior parecia próximo a rendirse, logrando los agresores aferrarlo con amarras para sacarlo del puerto. El almirante Keith visto el peligro despachó a la *Esmeralda* y *Reina Carlota* en persecucion del enemigo, que a poco andar abandonó la presa a la *Esmeralda*, mientras Cochrane lo seguia de cerca dándole caza sin consideracion a la notable desigualdad de sus fuerzas: arrojó que amedrentó a los contrarios en términos de hacerles huir, protegidos por la noche que principiaba a caer y el viento que les soplabá favorable (1801).

Este rasgo del denuedo del teniente Cochrane no pasó desapercibido a los ojos del almirante Keith, quien aplaudiendo el bizarro comportamiento del jóven, quiso estimular su valor confiándole el mando del *Speedy* de 14 cañones. Nada mas halagüeno para Cochrane que el mando en jefe de un buque, sin la incómoda sujecion que humillaba su orgullo, esterilizando la belicosa actividad de su jenio. Ardiente por temperamento, impetuoso hasta lo temerario, mañoso por sistema, solícito de ilustrar su nombre dando cima a peligrosas expediciones, era su índole predestinada para esa guerra de maniobras en que se burla la superioridad numérica del enemigo, para esos combates de abordaje en que los hombres se estrechan y las armas se confunden; para realizar esos dificultosos planes que tanto se desprecian al sospecharse concebidos, como maravillan y pasman al mirarlos

realizarse. Entregado a sus propias inspiraciones daba suelta a su ambicion, mientras cruzaba los mares en busca de combates que a la verdad no escaseaban para el que los desease; pues los buques de ámbas flotas surcaban las riberas en todas direcciones; y a poco tiempo topó con el bergantin *Carolina* que apresó; dándole alientos este buen éxito para acometer otras empresas de mayor importancia. Bordeando las costas españolas, encontró como a seis leguas de Barcelona la hermosa fragata *Gamo*, que enarbolaba el pabellon enemigo, montando 32 gruesos cañones y 319 hombres de tripulacion; fuerzas infinitamente superiores a las suyas, y que a cualquiera otro habria parecido loca pretension entrar con ellas en lucha tan desigual; empero Cochrane con ese instinto del jenio que adivina los resultados, con la ceguedad del valor que nada ve mas allá del blanco de sus deseos, con la confianza que inspiran las convicciones profundas, supo infundir a su tripulacion los bríos que le sobraban; y soldados y jefe se apercebieron para una riña a muerte, en la que no habia otra probabilidad que el renombre alcanzado por las armas británicas y la persuacion que jamás abandona al marino ingles de que nunca la estrella de Albion se eclipsará en los mares. Cochrane comprendió mui bien que era necesario frustrar por medio de maniobras, la superioridad que daban al enemigo el número y alcance de sus cañones; así desplegando toda vela, se lanzó con cuanta rapidez era posible hasta colocarse mui próximo a los costados del *Gamo*; de manera que la altura de éste inutilizaba sus furiosas andanadas, que pasaban a mui subido nivel sobre la cubierta del *Speedy*, que podia reconcentrar todos sus fuegos en la fragata, demasiado pesada para moverse con la celeridad del pequeño barquichuelo ingles. Al cañoneo sucedió bien pronto la fusileria y tras esta dióse la voz de abordaje, trabándose la riña con arma blanca, confundidos los combatientes en las cubiertas de ámbos buques, menudeándose recios golpes, incierto el resultado hasta que la valentía de los unos, arrolló victoriosa el inmenso número de los otros, quedando el *Gamo* presa del *Speedy* que lo remolcó a sus costados (1801).

Cebada su actividad con el reciente suceso y juntándose con el *Cangeroo*, buque ingles empleado tambien en el cruzero, resolvió atacar al enemigo en donde quiera que le encontrase; resolucion que puso en planta llegado que hubo a su conocimiento que un convoi español, compuesto de tres buques de guerra, un jabeque, tres cañoneras y doce mercantes se abrigaba bajo las baterías de Oropeso (Castilla la Vieja). La empresa era arriesgada en gran manera; porque sobre excederles en número el enemigo, estaba protegido por la artillería de los fuertes terrestres, necesitándose apelar a toda la proverbial sangre fria del soldado británico para no cejar a la imponente vista de las baterias y buques españoles, que amenazaban acribillar con un diluvio de balas los pequeños buques ingleses. El *Speedy* y *Cangeroo* siguieron derechamente y a toda vela su derrotero hácia el convoi y sin dignarse atender a los tiros que cruzaban en todas direcciones,

despacharon sus botes al abordaje: el combate se hizo jeneral; buques y baterías desparramaban abundante metralla, arreciándose la pelea a medida que era progresivo el paso de los ingleses y se estrechaban los españoles; impotentes para resistir el impetuoso empuje de Cochrane que perfectamente secundado por el *Cangeroo*, conservaba siempre su impasible prudencia para aprovechar el espanto del enemigo. Los agresores despues de dos horas de obstinada lucha, inutilizaron las baterías terrestres, echaron a pique el jabeque y dos cañoneras y marcharon directamente a los buques, salvándose los unos merced a la velocidad de su andar, huyendo los otros; porque no habia como asegurarlos, quedando finalmente tres en poder de los vencedores. El combate duró tres horas de mortífero fuego y Cochrane recibió una pequeña herida.

Tras estas prósperas empresas que animaban mas la fogosa movilidad de su jenio, no era otro su pensamiento que conquistarse nuevos títulos para la consideracion de sus conciudadanos, arrancando difíciles laureles en campos que ninguno se habria atrevido a explotar. Como todos los caracteres superiores desdeñaba las tardas vias que otros abrazan para alcanzar la celebridad: los grandes obstáculos, las dificultades insuperables eran sus elementos, lo maravilloso su aspiracion, lo nuevo del pensamiento, lo rápido de la ejecucion los encantos que buscaba, despreciando los medios términos, pequeños estímulos para saciar la voracidad de su espíritu, ávido de emociones proporcionadas a sus brios. Bien luego se labró Cochrane una reputacion acreditada por sus atrevidas operaciones en el Mediterráneo; parecia multiplicarse con su actividad para acudir a donde quiera que se presentase un enemigo que atacar, una aventura arriesgada que acometer; su nombre era repetido en toda la costa, con pavor por los enemigos, con aprecio por los suyos, y en solo diez meses que mandó ese despreciable barquichuelo de 14 cañones, hizo presa de 33 buques con 533 hombres de tripulacion.

En 1802 un acontecimiento inesperado vino a retardar algun tanto la realizacion de las bellas esperanzas que se habia formado el valeroso marino. Navegaba en su pequeño buque, cuando fué sorprendido y tomado prisionero por la armada francesa al mando del almirante Linois, quien bastante noblé para apreciar el relevante mérito del jóven teniente, permitióle conservar sus insignias, dióle el tratamiento a que su valentia era acreedora, complacido además el prisionero con la amistad de muchos oficiales franceses, que sabedores de sus hazañas, se apresuraban a manifestarle la sincera admiracion de una jenerosa rivalidad. A los pocos meses fué canjeado por el gobierno británico, que deseoso de recompensar sus buenos servicios le confirió el grado de capitan, dándole el mando del *Arab*, posteriormente el de la *Pallas* de 32 cañones; pero la paz de Amiens que sobrevino interrumpió la guerra y postergó para otros tiempos las empresas que Cochrane meditaba llevar a cabo.

Aquella naturaleza nacida para la lucha y el peligro no podia vivir en la indolencia; éranle menester la accion, el movimiento, los dramas de inesperadas peripecias; condenado a la quietud dirigió su actividad a otro terreno, y echándose en brazos de la política buscó en las batallas parlamentarias la emoción de los combates navales. Incapaz de transijir con sus principios políticos, liberales por conviccion, no trepidó en abrazar el partido contrario al ministerio: los liberales de Honington le ofrecieron sus votos; pero derrotado en esta primera campaña electoral, esperó a las siguientes elecciones en que obtuvo los sufragios de los opositores de Westminster; bien que disuelto mui luego el parlamento, apenas tuvo oportunidad para manifestar sus aptitudes oratorias; sin embargo de que jamás desperdició ocasion de hostilizar a los ministros, ya oponiéndose a sus medidas en las discusiones parlamentarias, ora en los *meetings*, constituyéndose tribuno de los intereses populares. Esta actitud independiente del marino, atraia las simpatías de ese pueblo tan zeloso de sus derechos, como entusiasta por sus defensores, y mayormente cuando en Cochrane concurrían dos circunstancias harto poderosas para distraerlo de sus tendencias liberales; pues por una parte, sus antecedentes de familia podían asegurarle un rango distinguido en el bando aristocrático y por otra su profesion le colocaba directamente bajo la dependencia del gobierno.

Declarada otra vez la guerra entre la Inglaterra y la Francia fué encargado Cochrane de recorrer las riberas francesas, y haciendo este servicio echó el ancla en la embocadura del Garona, a corta distancia de los acantonamientos franceses (1806). Imposibilitado para aventurar un ataque contra el grueso de la armada enemiga, despachó sus botes a caza de las embarcaciones sueltas, viniendo aquellos a poco espacio remolcando la *Frapayeuse* de 12 cañones, mientras una corbeta los perseguia de cerca. Los botes se defendieron vigorosamente, y Cochrane entre tanto daba cara a tres buques enemigos, rechazándolos con sin igual celeridad, persiguiéndolos hasta encallarlos en la playa; que tal fué el espanto que los sobrecojió y tal la irresistible impetuosidad del capitán inglés. Corrido un mes apenas se encontró con la *Minerva*, buque mui afamado en aquellas costas y que montaba 44 cañones; los dos adversarios eran bien dignos de medir sus armas, reputada la *Minerva* por una de las mejores velas de la armada enemiga, y Cochrane considerado como uno de los mas distinguidos marinos de esa escuadra, en la que es un héroe cada soldado y un Nelson cada jefe. El combate, como era de esperarse, fué terrible, sangriento, uno de aquellos en que cada combatiente cree ser el Horacio de su patria, disputada con ahinco la victoria, como una gloriosa presa que el valor de los unos, no podia ceder al arrojo de los otros; bien que despues de la mas encarnizada lucha, la gallarda impetuosidad de los franceses, tuvo que deponer las armas ante la porfiada intrepidez de los marinos británicos. Cochrane continuando su victoriosa carrera no se limitó solo a sus expedicio-

nes en el océano, sino que bajó varias veces a tierra, arrasó muchos castillos en las playas francesas, asaltó los unos, incendió los otros, aterrorizadas las poblaciones ribeanas, llevado su nombre en alas de la fama unido a terribles escenas, en las que la mas inaudita audacia andaba a la par de la mas refinada astucia.

Lanzado el grito de libertad en la península española (1808) tuvo Cochrane la honra de cooperar con sus esfuerzos para arrancar la presa de las garras del Emperador, tomando a los franceses el fuerte de Mongal, y defendiendo heroicamente el de Trinidad en la bahia de Rosas, con solo 160 hombres contra 1000 sitiadores; y vuelto al mar recorrió nuevamente las costas francesas, destruyó los telégrafos para entorpecer las comunicaciones del enemigo y saqueó los almacenes de provisiones que aquel tenia acopiadas para su escuadra.

La reputacion de Cochrane se elevaba de dia en dia, orgullosa Inglaterra de sus expediciones, mientras él buscaba una nueva ocasion para mostrar al pueblo ingles cuan preciado valer tenian a sus ojos los sufragios de su patria. Ofrecióse esta mui luego, tal, tan arriesgada y fructuosa como pudiera ambicionarla Cochrane. La escuadra francesa se guarecia en la ensenada de Aix Roads, confiada en las ventajas naturales de su posicion que los mas espertos marinos juzgaban inatacable, protegidos los buques por densos bancos de arena practicables solo por embocaduras estrechas y bien guarnecidas. Lord Gambier, jefe de la flota inglesa, despues de una prolija investigacion juzgó imprudente si no descabellada y temeraria, toda tentativa de ataque, y se apercibia para separarse de aquel paraje, cuando se presentó lord Cochrane comisionado por el almirantazgo para poner en ejecucion el atrevido plan que habia manifestado al gabinete británico, cuando éste sabedor de los conocimientos locales que Cochrane poseia, le consultó sobre los medios que pudieran arbitrarse para empeñar un ataque contra la flota enemiga. Cochrane espresó que en su opinion no era la empresa tan imposible como se juzgaba y que si se le facilitaban los medios, él tomaba sobre sí la responsabilidad del éxito. Decidido que se hubo el asalto, marchó Cochrane a reunirse con lord Gambier, a quien manifestó su plan que el almirante habia juzgado un delirio, sino viniese de un marino harto afamado por la novedad de sus expediciones y la audaz orijinalidad de sus planes. Ocho botes cargados de materias combustibles se pusieron a la disposicion del intrépido capitán, con más una fragata para auxiliarle; y favorecido por una noche oscurísima pudo deslizarse por los estrechos boquetes, lanzando los brulotes cuando calculó que reventarian en medio de la flota francesa apiñada en un reducido espacio. Grande fué el espanto de los franceses al sentir a sus costados estallar los brulotes, que incendiados con terrible estrépito, iluminaban las tinieblas de la noche con las rojizas llamas preñadas de mortífera metralla. A medida que era crecido el pavor, aumentaba el desórden, imposibilitadas las embarcaciones para maniobrar,

confundidas las órdenes de los oficiales con la grito de los marineros, afe-
rradas las llamas a tres navios, enredándose las anclas de los unos con las
de los otros, vanos los esfuerzos de los capitanes, que procuraban resta-
blecer la serenidad en las tripulaciones amedrentadas, que ya amenazaban
arrojarse a las aguas, ora se agrupaban sobre las cubiertas ignorantes de lo
que acontecia: nada bastaba para mantener la disciplina, ya que no para
defenderse contra enemigos perdidos en las sombras. Terrible fué el desca-
labro que sufrió la escuadra francesa, devorados por las llamas cuatro de
sus navios, ídose a pique uno hermosísimo de 74 cañones y mal parados
los restantes; bien que Cochrane no quedó completamente satisfecho, echan-
do en cara a Gambier que por su culpable negligencia se habian escapado
algunos buques enemigos (1809).

Un clamor de admiracion se elevó de todas partes, esparcida que fué
la nueva de tan audaz empresa; la Europa toda dirigió sus miradas al es-
forzado capitán; la Inglaterra le condecoró con la honorífica orden del Ba-
ño, y el emperador Napoleon hablando de esta funcion de armas decia:
«que si lord Cochrane hubiese recibido auxilio del almirante no habria sal-
vado un solo buque de la armada francesa.» El Parlamento ingles quiso
tambien contribuir con su continjente a la merecida ovacion, votando una
accion de gracias al héroe de Roads: mas como Cochrane divisase que el
nombre de Gambier iria unido al suyo en este voto, eclipsándole tal vez,
puesto que era el jefe aunque solo aparente, manifestó en pleno parlamen-
to que se opondria siempre a toda congratulacion al almirante, cuya con-
ducta era harto vituperable en su concepto. Tamaña injuria no podía mé-
nos que causar un profundo resentimiento a Gambier, orijinándose de aquí
una amarga enemistad fructuosa en desagradables consecuencias para lord
Cochrane, poderoso su rival con el arrimo de los ministros y el prestigio
de su rango.

El gobierno concedor de las raras cualidades que Cochrane manifesta-
ba para el mando, quiso enviarle en clase de almirante a la cabeza de una
escuadra destinada a cruzar el Mediterráneo; pero él temeroso de las ma-
quinaciones de sus enemigos, rehusó tan honroso cargo y prefirió quedar-
se en tierra. Apartado de las peligrosas aventuras que tanto sonreian a sus
inclinaciones, lanzado en la vida dispendiosa y opulenta de Lóndres, cau-
tivado con los placeres de la gran capital, proporcionándole su título y la
fama que alcanzaba la mejor acogida en los círculos aristocráticos, érale me-
nester para sostener el brillo de su nombre, esponder sumas inmensas que
no guardaban proporcion con su moderado haber. Las consecuencias de es-
ta imprevision no se hicieron esperar por mucho tiempo; las circunstancias
pecuniarias del lord se hacian de dia en dia mas difíciles; asi no es de
extrañar que aceptase como su tabla de salvamento el espediente que le pro-
puso su tio Cochrane Jhonstone. Era este el de comprar acciones en la bol-
sa, esperanzados en que la terminacion de la guerra continental las haria

subir de precio; pero la guerra se prolongaba y el emperador Napoleon apareciendo a la cabeza de sus lecciones invencibles, amenazaba dar un golpe de muerte al comercio británico, que arrastraría en su ruina a los especuladores de bolsa; y este acontecimiento era para Cochrane no solo la decepcion de sus esperanzas sino la pérdida de su reputacion, ancha oportunidad para la calumnia, que sus enemigos sabrian convertir en desdoro de sus glorias. El dilema era apretado, los partidos extremos y la ruina segura, inminente y deshonrosa. Cochrane Jhonstone que le habia colocado en aquella situacion, arbitró un medio harto delicado, que era el de esparcir noticias falsas asegurando la derrota de Napoleon, lo que hacia subir los fondos a su máximun. Sobre si Cochrane tuvo o no participacion en este plan nada decente, poco puede decirse de cierto, inclinándonos sin embargo a creer que debe absolversele, vistos los satisfactorios descargos que hizo de su conducta en un manifiesto que ninguno de sus enemigos se atrevió a contradecir. Lo cierto es que descubierta la intriga y llevado el asunto a los tribunales, lord Cochrane y su tio fueron condenados a un año de prision y 2500 pesos de multa, condenacion infamante y tanto mas dolorosa, cuanto que el valiente capitan brillaba entónces en el zenit de su popularidad; empero, el pueblo de Lóndres supo hacer de esta sentencia un glorioso triunfo, levantando una suscripcion para cubrir la multa. Prevenido el ministerio contra Cochrane por las opiniones liberales que siempre habia manifestado en la cámara, vió en la ovacion popular que se hacia al marino, una injuria al gobierno, y empeñado en humillar al bando liberal en uno de sus caudillos, le hizo borrar de la Orden del Baño, y llevó su encono hasta arrojarle del parlamento. Irritados los electores de Westminster por los violentos proceder del gobierno, procuraron lavar el baldon con que solícitos enemigos aseaban el nombre del héroe de Roads, eligiéndolo nuevamente como su representante en la cámara. Lord Cochrane detenido en una cárcel y sabedor de su eleccion, escaló las murallas y se presentó en el parlamento con gran sorpresa de los circunstantes y mayor de sus enemigos, confundidos con tan orijinal audacia: sordos murmullos discurrían por los bancos de la sala y la asamblea se manifestaba en gran agitacion, cuando un alcaide vino a reclamarle en nombre de la autoridad, para conducirlo nuevamente a la prision (1814).

Fácil es concebir como despues de este acontecimiento fuese insoportable a Cochrane vivir en el teatro de su desgracia. Apénas le fué posible anunció por los periódicos que deseaba ponerse al servicio de alguno de los nuevos estados Sud-Americanos, y pedia a sus amigos que le facilitasen algun dinero para trasladarse a la América. Don José A. Alvarez Condarco, nuestro comisionado en Lóndres, se apresuró a conferenciar con lord Cochrane, participando al gobierno chileno la oportunidad para hacerse de un jefe «quizá el mas valeroso marino de la Gran Bretaña» y el dictador O'Higgins aceptó gustosísimo las propuestas del celebrado lord.

El 28 de noviembre de 1818 arribaba lord Cochrane a las playas chilenas: Cochrane era para nosotros el símbolo de la union entre la ciencia europea y el valor americano, entre la aventajada pericia de los pueblos del viejo continente y el ardoroso pero inculto entusiasmo de las nuevas naciones del mundo de Colon. Famoso ya su nombre, ilustrada su vida con heroicas expediciones que le elevaron al rango de las mas distinguidas reputaciones, nos traia consigo esa nombradia militar que tanto influye en las batallas, inspirando en los camaradas la confianza del triunfo, e infundiendo en el enemigo el temor de la derrota; siendo mui de notarse que el noble marino, nacido en la tierra clásica de la libertad, se alistaba en nuestras filas no cual el codicioso aventurero que combate en donde quiera que haya valioso botin para su avaricia, sino como el desinteresado campeon de un principio moral que rinde la ofrenda de su espada en las aras de los pueblos oprimidos.

La llegada de Cochrane a nuestras riberas, si bien fué recibida con merecido entusiasmo, colocaba a nuestro gobierno en una situacion bastante embarazosa a consecuencia de los últimos sucesos marítimos que traian mui ocupaba la atencion pública. La escuadra nacional acababa de obtener una señalada victoria sobre las armas españolas en la bahia de Talcahuano; y el gobierno chileno temeroso de herir en su delicadeza al comandante Blanco, al bizarro jefe de la expedicion que con tan singular brillantez habia iniciado nuestras campañas marítimas, se encontraba perplejo, sin atreverse a proponerle que renunciase el mando. Pero el caballeroso Blanco, desoyendo los consejos que pudiera sugerirle un amor propio harto fundado en el éxito de su primera empresa, se dirijió espontáneamente a la autoridad haciendo dimision de su cargo, y declaró del modo mas sincero, que no trepidaba en posponer sus recientes glorias a la incontestable pericia del marino ingles, bajo cuyas órdenes se complaceria en prestar sus servicios a la causa de la independencía.

Hechos los preparativos indispensables, el vice-almirante Cochrane se hizo a la vela con la primera division de la escuadra, compuesta de cuatro embarcaciones; la *O'Higgins*, el *San-Martin*, *Lautaro* y *Chacabuco* (14 de enero 1819) y en esta vez siguió como ántes la táctica que le era acostumbrada, táctica fundada en la rapidez de los movimientos y en el estímulo que daba al valor de los soldados con la familiaridad de los grandes peligros. El vice-almirante quiso terminar la campaña de un solo golpe decisivo y se encaminó al Callao, puerto en que se guarecian las fuerzas españolas, que queria sorprender bajo sus mismos baluartes, amedrentando al enemigo con un ataque cuya dificultad le hacía imprevisto; empero, entonces con gran desagrado suyo le fué imposible la realizacion de su proyecto; porque descubierta la armada nacional, los españoles se mantuvieron bajo las fortalezas del puerto, con una cautela que rayaba en cobardia, frustrando los expedientes que a Cochrane sugeria su ejercitada astucia, sin

embargo de que la impaciencia de éste, le arrastró hasta la temeridad de introducirse entre la misma flota enemiga y mantenerse por dos horas con su solo buque, desafiando las balas de todas las fuerzas marítimas y de los castillos terrestres. Esta primera campaña, sin embargo de algunas presas, no produjo otros resultados que revelar a nuestra marina la conciencia de su propia fuerza, adiestrar las inespertas tripulaciones y enseñar al pueblo chileno que las voces de la fama no eran exajeradas cuando pregonaban las hazañas del vice-almirante, que en esta expedicion no solo se manifestó intrépido y mañoso como se esperaba, sino tambien organizador infatigable empeñado en la instruccion de su tropa bizoña.

De vuelta a Valparaiso el gobierno dispuso que se hiciese nuevamente a la vela, al mando de nueve embarcaciones, abriéndose la segunda campaña, no ya bajo el plan de asaltar al enemigo que se juzgaba imposible, sino de incendiar sus naves por medio de *brúlotos* que se traian apercebidos para el efecto; pero esta vez como antes los esfuerzos de Cochrane anduvieron estériles, contrariados por muchedumbre de circunstancias imposibles de evitarse, y nada pudo conseguir su dilijencia de la impasibilidad del enemigo, protegido por los elementos y seguro en su ventajosa posicion. Permanecer mas largo tiempo en aquella situacion habria sido inoficioso; porque la flota española se manifestaba decidida a continuar en su prudente defensiva; asi es que el vice-almirante se determinó a dar la vuelta a Valparaiso, agriado su ánimo con la esterilidad de la campaña, mal cumplidos los anhelos de su ambicion, desvanecidas las lisonjeras esperanzas, que se habian cifrado en el éxito de la expedicion. Erale necesario un triunfo ruidoso, de arriesgada consecucion, para indemnizarle de la incómoda inaccion a que se veia condenado; éranle necesarios los combates reñidos, algo de grande para ocupar su espíritu, algo de admirable para dejar al Pacífico el recuerdo de su nombre, ligado a gloriosas hazañas; y asi entregado a su despecho, meditaba con ahinco sobre alguna empresa, que arrancase su alma del desaliento que la embargaba. El asalto de Valdivia fué el resultado de sus meditaciones; y a fé que el proyecto era digno del almirante, digna de celebrarse su sola concepcion, admirable, maravilloso si se llevaba a cabo, reportando ventajas de seria consideracion para la causa de la independencia.

«El puerto de Valdivia es reputado por el mas fuerte e inespugnable del Pacífico. Supóngase la angosta desembocadura de un rio navegable, cuyas orillas guardan bosques espesísimos en que la luz del sol no puede penetrar. En la estension de cinco leguas que hai de la punta exterior a la ciudad de Valdivia, una cadena de castillos, cuyos fuegos se cruzan en todas direcciones, dominan completamente la marina y son árbitros de todo lo que se coloca bajo su accion. Estos castillos son comenzando a contar por la banda del sur, los del Ingles y San Carlos, que están hácia la parte saliente de la costa: sigue Amargos que cierra la entrada principal con el

Niebla de la opuesta orilla: el Chorocamayo, que hace fuego con el Piojo, a poca distancia de los dos nombrados; en fin, el Corral, el Mancera y el Carbonero que dan frente a la avenida de los buques y cierran completamente el paso del río. Estas fortalezas estaban coronadas por 118 piezas de 18 y 24, y cada cual se veía resguardada con un foso profundo y una muralla.

Tal era el puerto que lord Cochrane iba a expugnar a viva fuerza, con sus 250 hombres de tierra y la marinería de sus tres buques.» (García Reyes. Memoria sobre la primera escuadra nacional).

Caja ya la tarde del día 3 de febrero de 1820 cuando nuestros buques *Intrépido* y *Motézuma* anclaron a la vista del enemigo, enarbolando la bandera española con que se pretendió engañar a las guarniciones de las fortalezas aunque infructuosamente; pues repetidas descargas manifestaron la voluntad que tenían los españoles de aprovechar lo inespugnable de sus posiciones y castigar en la escuadra chilena la inaudita osadía de su jefe. El enemigo concentró en el fuerte Inglés 300 hombres aguerridos, y despachó una partida de 75 para impedir el desembarque de los patriotas, los que arrostrando la recia fusilería de la tropa apostada en la ribera, lograron apoderarse de ella, mientras la partida española se retiraba a reunirse en el fuerte con el grueso de la división. Los agresores, favorecidos por las tinieblas de la noche, emprendieron el asalto de la fortaleza, escalando las murallas, y se lanzaron furiosamente sobre los sitiados, que sobrecojidos de espanto a tan inesperado ataque, abrieron precipitadamente la puerta del fuerte, huyendo por allí los unos, arrojándose los otros por los muros, completamente desorientados y en tan derecha derrota, que una partida que acampaba a espaldas de la fortaleza, contajada por el ejemplo de sus compañeros, abandonó también el campo a los nuestros. Dueños del fuerte Inglés, la rendición de los otros castillos no ofreció considerable dificultad, y Cochrane que seguía con avidez cada paso de nuestras tropas, tuvo la satisfacción de ver su atrevida tentativa coronada del éxito más completo, de manera que al día siguiente pudo tomar posesión de la ciudad en nombre de la República.

La toma de Valdivia fué no solamente uno de los más hermosos hechos de armas que ilustran los fastos de nuestras guerras, no solo una de esas funciones militares que recuerdan a la imaginación las edades heroicas de la caballería, sino también un acontecimiento político de fructuosas consecuencias para la lucha de vida o muerte en que estaba empeñada la República: Valdivia era el núcleo de acción para las fuerzas españolas, el punto de apoyo de las guerrillas del sud acaudilladas por el feroz Benavides, el baluarte inespugnable a que se aferraba con porfía el humillado poderío de la metrópoli. El gobierno de Chile se mostró altamente satisfecho del distinguido comportamiento del vice-almirante y como manifestación de su gratitud le obsequió la hacienda de Quintero y decretó a la división que

sirvió bajo su mando una medalla con esta inscripcion: *La patria a los héroicos restauradores de Valdivia.*

Rendida Valdivia, el Gibraltar del Pacífico, lord Cochrane no consentia en volver a Valparaiso hasta no concluir con el último resto del ejército español, y con este propósito tomó por blanco de sus operaciones la isla de Chiloé, en que se mantenía fuerte todavía una division enemiga al mando del jeneral Quintanilla. Sin embargo la intentona era aun mas arriesgada que la anterior y los peligros subian de punto a proporcion que las filas patriotas se habian disminuido con la guarnicion que fué necesario dejar en Valdivia, a lo que debe añadirse la completa inutilidad de dos de las mejores embarcaciones espedicionarias; miéntras los españoles contaban sobre mil veteranos, numerosas milicias bien disciplinadas y bien resguardados sus acantonamientos por la fortaleza de Aguí, que dominaba gran estension de mar con sus poderosas baterías.

Los esfuerzos del vice-almirante sobre la playa de Chiloé, aunque tan hábilmente secundados por los jefes chilenos, no surtieron otro efecto que poner mas en claro el valor de nuestros soldados, que tras varios y encarnizados encuentros se vieron obligados a retirarse a los buques de la escuadra; mas no como derrotados que huyen desalentados dando espaldas a los perseguidores, sino que cediendo al número superior y a la superioridad de las posiciones, emprendieron una honrosa retirada en la que sabian infundir al enemigo el respeto que se debe al valor, aunque contrariado por las circunstancias.

Desalojados casi completamente los españoles de nuestro territorio, el gobierno de Chile resolvió llevar a ejecucion el jigantezco proyecto de lanzar sobre el Perú nuestras armas victoriosas; proyecto de vital trascendencia y que sobre envolver la idea de la fraternidad americana en el comun empeño de la independenciam, encerraba por otra parte el objeto político de atacar el poder de la metrópoli en su propio corazon. El jeneral San-Martin, jefe de las fuerzas marítimas y terrestres, deberia espedicionar por tierra, miéntras Cochrane a la cabeza de la escuadra, protejeria las costas, daria caza a las naves españolas que pudiesen surcar estos mares y apretaria el sitio del Callao. Este puerto le habia sido dos veces fatal: dos veces la prudencia española habia burlado su maña; y el ilustre almirante desde que divisó la bahia, se propuso manifestar al enemigo que en esta ocasion venia decidido a vengar la pasada afrenta de su inaccion, sin que los obstáculos materiales fuesen poderosos inconvenientes para arredrar al jénio despechado. Como preludio de la campaña, ejecutó a la vista del mismo enemigo, una de aquellas acciones que se conservarían por la tradicion con los colores de la fábula, a no ser tan numerosos los testigos que las transmiten a la posteridad con la autenticidad de la historia.

«La bahia del Callao está cerrada por la isla de San Lorenzo que deja dos entradas al surjidero; la que cae a la parte del N. O. es ancha y espa-

ciosa y por ella hacen su entrada los buques; la del S. O. es estrecha y sembrada de escollos por lo que se le llama el Boqueron. Jamas se habia visto pasar por esta boca mas que los barquichuelos, llamados místicos que hacen el comercio de la costa y cuya dimension ordinaria no pasa de cien toneladas. Sin embargo a Lord Cochrane se le ocurrió atravesar el Boqueron con una fragata de 50 cañones. Los enemigos viendo hender la O'Higgins por aquellos siempre respetados escollos, creian a cada momento verla fracasar y alistaron las lanchas cañoneras para atacarla en el momento que hubiese dado en el peligro. Para gozar del espectáculo la guarnicion de los castillos se habia subido a lo alto de las murallas, y las tripulaciones de los buques suspendiendo sus faenas, quedaron con la vista fija aguardando el resultado de aquella estraña aventura. Mas con sorpresa de todos, la O'Higgins cruzó serena por medio de las rocas, dejando atónitos a los espectadores que no podian darse razon del estraño desenlace de aquel audaz capricho. El paso del Boqueron ha sido un suceso que ha quedado gravado en la imaginacion del pueblo del Callao, y la tradicion muestra aun asombrada el lugar por donde surcó el almirante Cochrane.» (García Reyes).

La escuadra española estacionada en el Callao estaba colocada de una manera en extremo favorable, no solo para eludir el ataque de cualquiera agresor, sino para rechazar a un enemigo cuyas fuerzas fueran en extremo mayores. La línea formada a manera de semicírculo se componia de la fragata «Esmeralda», una corbeta, dos bergantines, dos goletas de guerra, tres grandes buques mercantes armados y veinte lanchas cañoneras; y no contentos aun se habian rodeado de cadenas y palizadas flotantes, guareciéndose bajo los 200 cañones de los castillos.

La fragata Esmeralda habia escitado desde luego la codicia del Vice-Almirante, que apenas concebido el deseo, trató de satisfacerlo, penetrando en la línea enemiga por el estrecho boquete que se habia dejado en las cadenas para la entrada de los neutrales. Al efecto apercibió 240 hombres de los mas aguerridos y el 5 de noviembre a las diez y media de la noche, 14 botes se destacaron silenciosos de los costados del buque almirante, distribuidos en dos líneas paralelas de las cuales era la una encabezada por el Vice-almirante en persona, dirigida la otra por el intrépido capitán Guisse. A las doce de la noche llegaron a la línea de cañoneras enemigas y habiendo un centinela gritado «Quien vive?» «silencio o mueres» le dice Lord Cochrane y continuó su derrotero a la Esmeralda que a poco rato se vió cercada de nuestros botes, cuyos jefes seguidos por la tropa saltaron al instante sobre la cubierta de la fragata, tomando Guisse el costado de babor, mientras Cochrane trepaba por el de estribor dando muerte al centinela. Ambos jefes se dieron la mano en la mitad de la cubierta como Wellington y Blucher en el campo de Waterloo y ambos a una animaban la entusiasmada soldadesca. Bien que cojidos de improviso los espa-

ñoles, trataron de rehabilitarse de la sorpresa haciendo una desesperada resistencia en el castillo de proa, en el cual sostuvieron un recio fogueo por mas de un cuarto de hora: la lucha era tremenda en la oscuridad de la noche: enardecidos los combatientes con su rabia los unos, con su entusiasmo los otros, mortales todos los golpes en la pequeña distancia que los separaba. Despues de esta breve pero sangrienta pelea, la fragata quedó en poder de los abordadores con una pérdida por nuestra parte de 11 muertos y treinta heridos entre los que debe contarse el bizarro almirante aunque no de gravedad; mientras la del enemigo subia a 175 hombres. El clamoreo de los soldados, el ruido de la fusilería y el brillo de los fogonazos puso en alarma a toda la bahia: los castillos principiaron a funcionar con graneadas descargas, siguieron tambien las cañoneras y las balas granizaban por todas partes. Los buques neutrales para no ser confundidos con los asaltadores en el mortífero fuego izaron unos faroles que era la señal convenida con los españoles en caso de alguna alarma; pero Cochrane supo sacar partido de esta circunstancia; pues se valió de la misma señal de los neutrales y pudo de esta manera sacar a remolque a la Esmeralda y ademas una lancha cañonera. La captura de la Esmeralda bien podia compararse al asalto de Aix-Roads y este golpe de mano tan audaz como afortunado, destruyó para siempre la prepotencia española en nuestros mares.

Con el apresamiento de la Esmeralda termina la gloriosa campaña que suplantó en el Pacífico el estandarte republicano al pendon de la metrópoli y las operaciones subsiguientes pertenecen mas bien a la crónica privada que puede dispensarse de narrar el biógrafo, mayormente cuando sin ofrecer el interes histórico, traen al pensamiento amargos recuerdos, que mal se ligarian a la fausta memoria de aquellos dias. El Vice-almirante se habia retirado a su hacienda de Quintero y desde allí juzgando terminada la tarea que tan noblemente se impuso y que con tanto acierto satisfizo, dirijió una comunicacion al Gobierno, en la cual hacia dimision de su cargo, para ponerse al servicio de otra seccion americana que batallaba a la sazón por conquistar su independendencia. Era esta el imperio del Brasil, cuyos disturbios políticos le habian llevado a términos de constituirse independiente de la dominacion portuguesa y que habiendo menester jefes cuya pericia guerrera estuviese acreditada, hizo a Lord Cochrane las mas lisonjeras proposiciones para que se pusiese al mando de la Escuadra Brasileira.

Aceptadas las ofertas del Emperador, Lord Cochrane a la cabeza de sesenta naves bloqueó el puerto de Bahía en que se habian hecho fuertes los portugueses que contaban una escuadra de ochenta velas y contra la cual no trepidó el impávido Lord en presentar batalla. Mas el enemigo la rehusó y aprovechando el viento, se alejó de la armada independiente, lo que visto por Cochrane principiό a darle caza y logró capturarle muchas de

sus embarcaciones; se apoderó de gran cantidad de armamento que conducian y volviendo a tierra se rindieron en sus manos las plazas de Para y Maranhán. El Emperador agradecido por las ventajosas adquisiciones materiales que le reportaron las rápidas proezas de Lord Cochrane le creó noble del imperio con el título de Marques Maranhán; mas como la guerra hubo de terminarse, Cochrane para quien la inacción era la muerte, resolvió volver a su patria, a donde habia ya llegado su nombre con el nuevo prestigio que le añadiera el interesante rol que le cupo representar en ese bello drama de la emancipación americana.

Llegado a Inglaterra, un nuevo campo se ofrecia a su actividad i una nueva causa, noble en su oríjen, simpática para el universo todo y que por entónces traía en gran manera preocupada la atención de la Europa, vino a reclamar el tributo de sus servicios. La patria de Milciades, resucitada de su letargo a los cantos de Rigas, se aprestaba a ceñir la espada de Maratón, disputando a los sectarios de Mahoma esa tierra consagrada con la sangre de los héroes que inscribieron sus nombres entre los mártires de la libertad. La Europa civilizada apoyaba a la Grecia contra la Europa bárbara y los mas famosos capitanes se apresuraron a enrolarse en esa cruzada de la civilización y libertad cristianas contra la ignorancia y tiranía del paganismo: cúpole tambien a Cochrane la honra de ocupar un puesto distinguido en las filas libertadoras, dándosele el título de Gran Almirante: empero sus talentos encontraron mui pocas ocasiones en que ejercitarse, desde que las flotas combinadas de Inglaterra y Rusia destrozaron completamente la armada otomana. Sin embargo los piratas experimentaron con escarmiento su infatigable actividad y la Grecia unió su voz a la América en los aplausos al héroe que habia combatido por la emancipación y gloria de tantos pueblos.

Desde esta última campaña la vida de Cochrane ha sido la del gladiador que descansa sobre los laureles de cien combates, que concluida la marcial tarea se retira del palenque que ha ilustrado con su nombre, para servir de admiración a los que presenciaron sus hazañas y de estímulo viviente a los que pretenden imitarlas. La Inglaterra supo perdonar al héroe el descarrio de un momento en favor de los méritos de tantos años y le restauró a sus honores y dignidades, confiándole diversas comisiones que ha llevado a cabo con su acostumbrado acierto. La muerte de su padre le ha hecho conde de Dundonald, uniendo la distinción de la cuna a los títulos del valor.

Hijo mimado de la fortuna, Cochrane ha sido uno de esos invencibles combatientes de la antigua mitología, uno de esos temerarios paladines de los siglos caballerescos, de infatigable actividad, de ardiente y nunca desmentido arrojo: soldado de la libertad, ha combatido en donde quiera que haya habido un pueblo esclavo alzándose contra el yugo del opresor. Hai en sus batallas algo que recuerda los torneos de la edad me-

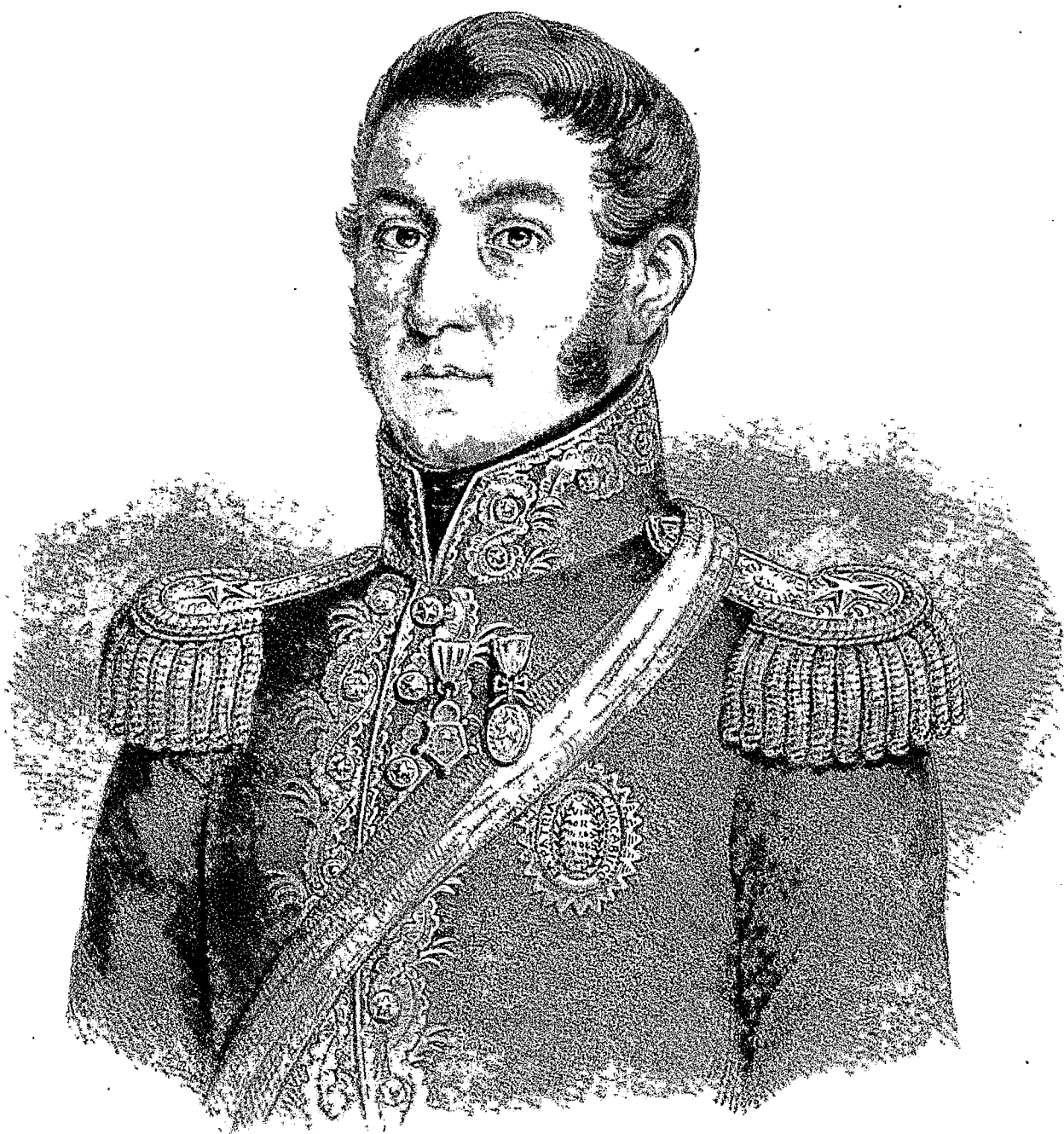
dia, por lo caballeroso del guerrero, por esa porfiada bravura que solo la fé y el amor a la libertad pueden infundir: hai algo en ellos de esos sangrientos encuentros de los españoles y araucanos, por lo encarnizado de la lucha, por las fabulosas proezas de los combatientes. Su táctica ha sido vencer, casi siempre con fuerzas inferiores, sus máquinas de guerra el denuedo de sus soldados, su propio arrojo, su inalterable prudencia, y como los grandes capitanes, como César i Napoleon, la rapidez de los movimientos, lo súbito del ataque, el irresistible empuje de los primeros choques, fueron siempre sus medios de triunfo.

Cochrane no es un guerrero adocenado; pues la historia de los tiempos en que han florecido las mas eminentes capacidades guerreras, le ha consagrado hermosas pájinas entre Nelson y Gravina: no es uno de esos hombres vulgares a quienes el caprichoso impulso de la fortuna ha arrancado de la oscura esfera en que habian nacido parr vejetar; pues cada uno de sus grados ha sido una victoria y cada victoria un esfuerzo admirable de intrepidez y talento: no es una de esas figuras que tan amenudo encontramos en la historia y que como los héroes de teatro pasan delante de nosotros sin dejarnos un recuerdo de sus acciones; porque sus hechos de armas han servido para conquistar la libertad o afianzar la independendencia de cuatro naciones que le adoptaron como su campeon, para bendecirle despues como su libertador.

JOAQUIN BLEST GANA.



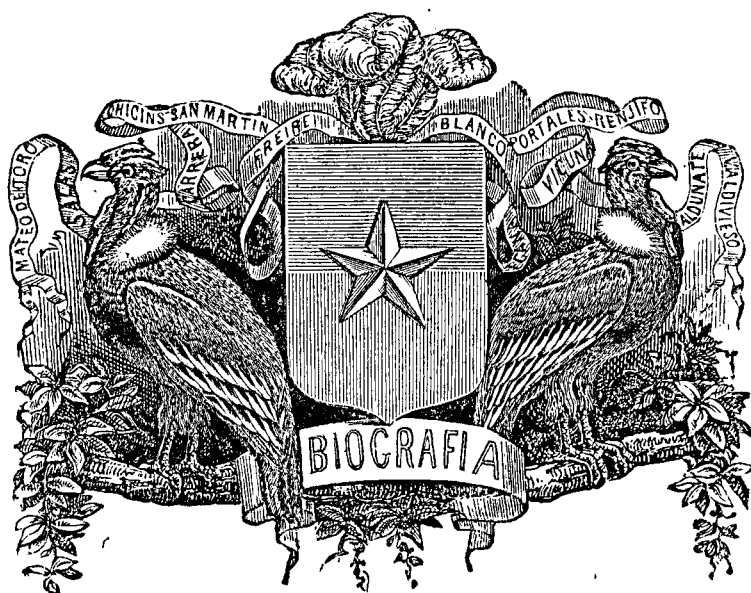
GALERIA NACIONAL.



Dibujado i publicado por N. Desmadril.

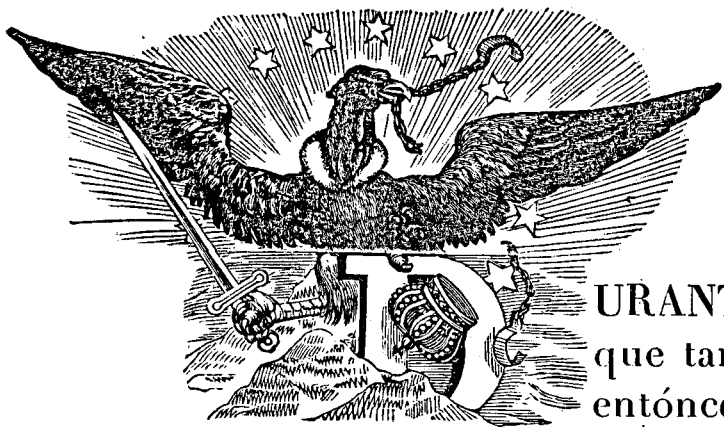
JOSE DE SAN MARTIN.

Jose de S. Martin



XII.

DON JOSÉ DE SAN-MARTIN.



URANTE la famosa guerra de la Península, que tan honda brecha abrió al poder hasta entónces incontrastable de Napoleon, la juventud española desprovista de otro teatro de accion para desarrollar las dotes del espíritu o la enerjía del carácter, acudia presurosa a los campamentos improvisados por la exaltacion guerrera del pueblo, y probaba a cada momento cuánta sávia circula aun por las venas de aquella nacion, cuyo vuelo han contenido instituciones envejecidas. La cordialidad fraterna que une fácilmente a hombres que tienen que partir entre sí iguales peligros y esperanzas, aumentábala el entusiasmo que exaltaba las pasiones jenerosas, haciéndola mas expansiva la jenial franqueza del carácter castellano. Entre aquella juventud bulliciosa, ardiente y emprendedora, tan dispuesta a una serenata como a un asalto, tan lista para escalar un balcon como una fortaleza, partian de habitacion y rancho dos oficiales en la flor de la edad, y llegados a los grados militares, que son como la puerta que conduce al campo de los sueños de ambicion. Era uno el capitan Aguado, llamaban al otro el mayor San-Martin.

Las vicisitudes de las campañas separaron los cuerpos en que servian

los amigos; terminóse la guerra; el tiempo puso entre ámbos su denso velo, trascurrieron los años y no se volvieron a encontrar más en el camino de la vida. Quince años despues empero, hablábase delante de Aguado de los famosos hechos de armas, en América, del jeneral rebelde San-Martin. Es curioso, decia Aguado: yo he tenido un amigo americano de ese apellido, que militó en España. San-Martin oyó nombrar al banquero español Aguado. Aguado! Aguado? decia a su vez, he conocido a un Aguado; pero hai tantos Aguados en España....!

San-Martin llegó a Paris en 1824, y miéntras hacia una mañana su sencillo y ríjido tocado, introdúcese en su habitacion un estraño, que lo mira, lo examina y esclama aun dudoso, San-Martin!---Aguado, si no mé engaño! le responde el huesped, y ántes de cerciorarse, estaba ya estrechado entre los brazos de su antiguo compañero de rancho, amoríos, y francachela. Y bien! almorzaremos juntos---Eso me toca a mí, respondió Aguado, que dejó en un restaurante pedido almuerzo para ámbos. Dirijéronse luego, de la *Rue Neuve-Saint-Georges*, hácia el *Boulevard* y andando sin sentir y conversando, llegaron, en la plaza Vendôme, a la puerta de un soberbio hotel, en cuyas gradas lacayos en libreas tenían en palanganas de plata la correspondencia para presentar al amo que llegaba. San-Martin se detuvo en el primer tramo, y mirando con sorpresa a su amigo, «pues qué!» le dijo «eres tú el banquero Aguado?»---«Hombre, cuando uno no alcanza a ser el Libertador de Medio Mundo, me parece que se le puede perdonar el ser banquero.»

Y riendo ámbos de la ocurrencia y echándole Aguado un brazo para compelerlo a subir, llegaron ámbos a los salones, casi rejios, en cuyos muelles cojines aguardaba la señora de la casa.

Desde entónces San-Martin y Aguado, el guerrero desencantado y el banquero opulento, se propusieron vivir y tratarse como en aquella feliz época de la vida en que ningun sinsabor amarga la existencia. Establecióse San-Martin en Grand-Bourg, no léjos de Paris y a solo algunas cuadras de distancia del Chateau Aguado, mediando entre ámbas heredades el Sena, sobre el cual echó el favorito de la fortuna un puente colgado de hierro, don hecho a la comun, servicio al público, comodidad puramente doméstica para él, y facilidad ofrecida al trato frecuente de los dos amigos. Por largos años los paisanos sencillos del lugar vieron sobre el Puente Aguado, en las tardes apacibles del otoño, apoyados sobre la baranda y esparciendo sus miradas distraidas por el delicioso panorama adyacente, aquel grupo de dos viejos extranjeros, el uno célebre por aquella celebridad lejana y misteriosa que ha dejado léjos de allí hondas huellas en la historia de muchas naciones, el otro conocido en toda la comarca por el don inestimable con que la habia favorecido. Murió Aguado en los brazos de su amigo, y dejó encargada a la pureza y rijidez de su conciencia, la guarda y distribución de sus cuantiosos bienes.

También ha muerto San-Martín! Pero su nombre queda aun viviendo en las tradiciones de la América, hasta que la historia lo recoja para esculpirlo en sus tablas de bronce.

No es esta la tarea que nos hemos impuesto en estas breves páginas. Los grandes hechos en que él tuvo la parte mas notable requieren para ser narrados con verdad y exactitud, las vijilias del historiador; pues seria lijereza indisciplinable, lanzarse a tientas a retrazar el camino que siguieron aquellos que tuvieron en sus manos el destino de las naciones, y que con una palabra suya, o un movimiento de su mano, en momento dado, desquiciaron mundos o echaron a rodar dominaciones por largos siglos cimentadas.

En la márjen derecha del majestuoso Uruguay, mas arriba de las cascadas que interrumpen el tránsito de las naves, está situada, entre naranjales y palmeros, la villa de Yapeyú, habitada principalmente por indios, de los que la misteriosa ciencia social del jesuita redujo a la vida civilizada, en aquellas comarcas que aun llevan en su memoria el nombre de *Misiones*, y que hoi entran a formar parte de la Provincia del Entre-Rios. Allí nació don José de San-Martín por los años 1778, y habiendo su padre dejado el gobierno de aquella poblacion ocho años despues, se estableció en España a fin de proveer a la educacion de su hijo, quien, en virtud de los méritos de su padre, contraídos en el Real Servicio, fué admitido en el Colejio militar de Nobles de Madrid, en donde aprendió los rudimentos científicos de la ciencia de las batallas, con que tan bellos y codiciables dominios habia de segregar mas tarde a la corona de España.

La guerra de la Península le ofreció a poco, escuela práctica en que ejercitar las raras dotes que le habian de asegurar lugar prominente entre los grandes capitanes del siglo. Maestros eran en el arte de la guerra los enemigos, a quienes el denuedo castellano tenia por empresa que vencer; y mas que en las operaciones de los suyos, iba diariamente, espada en mano y con ojo escudriñador, a cosechar laureles y lecciones en las filas de las lejonas Imperiales.

San-Martín estrenó su espada el dia mismo en que la España obtuvo su primera victoria, en la famosa batalla de Baylen, en que Castaños rindió a la division imperial de Dupont, y la Europa concibió la primera vislumbre de esperanza, de contener la audacia siempre feliz y cada vez mas invasora del vencedor de las Pirámides, Marengo, de Jena y de Austerlitz. Desde alli, de grado en grado ascendiendo, bajo las órdenes sucesivas de los jenerales de la Romana, Compigny y Wellington, continuando su carrera entre triunfos, laureles y fatigas, en las campañas de Andalucía, Centro Estremadura y Portugal, llegó a obtener el grado de teniente coronel y reputacion de uno de los oficiales mas diestros para asechar al enemigo, envolverlo, o hacerlo caer en un lazo, en aquella guerra de asechanzas y de guerrillas; y del mas impertérito sableador, cuando era necesario ter-

minar a filo de espada la victoria que habian comenzado hábiles manio-
bras o sagaces estratajemas.

Sorprendiólo en medio de los campamentos la nueva de la insurreccion de la América, y una revelacion súbita de sus futuros destinos en teatro tan vasto y en empresa tan sublime, le hizo comprender que la guerra de la Independencia que hacia en favor de la España, debiera hacerla contra ella en favor de su lejana y esclavizada Patria. Desde entónces su partido estaba tomado, y dejando el servicio de la España, extranjero ya para él, embarcóse para Inglaterra, pusóse allí en contacto con los patriotas, y se hizo a la vela para Buenos-Aires, dando casi desde su llegada principio glorioso a la gigantesca obra de asegurar la independencia americana. Su primer ensayo fué la creacion del rejimiento de Granaderos a caballo, aquel brillante cuerpo de jinetes que en Riobamba hacia alarde de su pericia, y dejaba atónito al gran Bolívar y desconcertados, estupefactos, a los españoles, que escaparon al filo de sus sables. Mostró por primera vez el temple acerado de su organizacion aquel por siempre famoso cuerpo de caballería, en el combate de San-Lorenzo, a las márgenes del Plata, bajo el ojo experimentado de su jefe, quien elevado al rango de coronel se fué a dirigir las operaciones del ejército del Alto-Perú, y pasó a poco a establecerse en la provincia de Cuyo para emprender la reconquista de Chile, que las civiles discordias de sus hijos habian librado de nuevo al yugo de los antiguos amos. Todos los grados de San-Martin en la carrera de las armas, hasta esta época, son apénas comparables a la fogosa juventud que desarrolla y ejercita sus fuerzas. San-Martin, Intendente de Cuyo y jefe del ejército de los Andes en cuadros, hallábase en la edad feliz en que la ardiente impetuosidad del jóven está ya templada por la prudencia de la edad provecta. Treinta y seis años cumplia el guerrero que debiera subordinar una juventud indisciplinada y turbulenta, contener caudillos hostiles entre sí escapados de los últimos descalabros de Chile, iniciar masas bisoñas en las artes y disciplina de la guerra europea, improvisar recursos en el corazon de la América, burlar la vijilancia y la estrategia española, y con los Andes nevados y casi inaccesibles por delante, y los recuerdos de la guerra de titanes en que anduvo confundido entre las lecciones Napoleon y Wellington, trazarse campos de batálla en Chile y por entre la nube misteriosa de hechos futuros que la prevision y el jenio evoca, soñar en escuadras flotando sobre el Pacífico, para deshacer la obra de Pizarro y acaso llevar su nombre, sus armas y sus victorias hasta Méjico, fundar naciones a su paso, y eclipsar con su gloria la de todos sus rivales en esfuerzos. San-Martin en Mendoza es el jenio creador, el Hermes trimejisto de los antiguos, político, guerrero, diplomático. Brotan lecciones a su soplo, fecunda la ciencia de aplicacion, para injeniarse contra las dificultades, imprime a los suyos la conviccion de su fuerza, y tiene a sus enemigos en Chile aturdidos y desconcertados, sin poder penetrar el

misterio que cubre los planes del astuto soldado, que por medio de parlamentos solemnes con los indios, por cartas escritas por la fuerza, fingiendo revelaciones importantes, por rumores hábil y misteriosamente esparcidos en Chile por agentes chilenos, patriotas y denodados hasta el martirio, hace durar tres años aquella farsa de Dijon que solo pudo engañar quince días.

El 24 de Enero de 1817 daba a un amigo el detalle de su plan de campaña, con ese laconismo de la prevision que es peculiar al jenio: «El 18 empezó a salir el ejército, y hoy concluye todo de verificarlo; para el 6 (de febrero) estaremos en el valle de Aconcagua, y para el 15 ya Chile es de vida o muerte.» El quince entraba en efecto el ejército victorioso en Santiago!

Tenemos a la vista una larga correspondencia íntima de San-Martín, que principiando en 1816 en Mendoza, continúa en Córdoba, en Chile y en el Perú con el mismo individuo, y en esta crónica que el acaso ha salvado, se encuentran aquí y allí los eslabones de una cadena de sucesos que la historia ha recojido ya dislocados y separados. La correspondencia íntima de los hombres que han impreso su acción a los pueblos, es el más auténtico documento que pueda citarse para apreciar el espíritu que guió a los protagonistas. ¿Quién se imagina, por ejemplo, que San-Martín haya influido en la osada declaración de Independencia del Congreso de Tucumán en 1816? Sin embargo basta recordar que el Dr. Laprida fué el Presidente que firmó aquella célebre Acta, para dar todo su valor a la influencia que en aquel acto tuvieron los Diputados por Cuyo, que lo eran los señores Maza y Godoi Cruz por Mendoza, Laprida y Oro (después Obispo) por San-Juan. Con este antecedente, reunamos algunos fragmentos de la correspondencia de San-Martín con algunos de esos diputados. «Campo de instrucción, Mendoza 19 de Enero de 1816.... «¿Cuándo empiezan Uds. a reunirse? Por lo más sagrado les suplico hagan cuantos esfuerzos quepan en lo humano para asegurar nuestra suerte. Todas las provincias están en espectación esperando las decisiones de ese Congreso: Él solo puede cortar las desavenencias (que según este correo) existen en las corporaciones de Buenos-Aires..... Espresiones a los amigos el Padre Oro, Laprida y Maza....».... «Abril 12 de 1816, Mendoza---.... Hasta cuándo esperamos declarar nuestra independencia! No le parece a V. una cosa bien ridícula acuñar moneda, tener el pabellón y cucarda nacional y por último hacer la guerra al soberano de quien en el día se cree dependemos, que nos falta más que decirlo por otra parte. ¿Qué relaciones podremos emprender cuando estamos a pupilo, y los enemigos (con mucha razón) nos tratan de insurjentes, pues nos declaramos vasallos? Está V. seguro que nadie nos auxiliará en tal situación y por otra parte el sistema ganaría un cincuenta por ciento con tal paso. Animo! Para los hombres de coraje se han hecho las empresas! Vamos

« claros. Mi amigo, sino se hace, el Congreso es nulo en todas sus partes,
 « porque reasumiendo éste la soberanía es una usurpacion que se hace al
 « que se cree verdadero soberano, es decir a Fernandito....» « Mendoza,
 « mayo 24 de 1816. « Veo lo que V. me dice sobre el punto de que la Inde-
 « pendencia no es *soplar y hacer botellas*, yo respondo que es mas fácil ha-
 « cerla que el que haya un solo americano que haga una sola (botella).»

« Córdoba Julio 16 de 1816 (ya se habia hecho la declaracion el 9). « Ha
 « dado el Congreso el golpe majistral con la declaracion de la Indepen-
 « dencia. Solo hubiera deseado que al mismo tiempo hubiera hecho una
 « pequeña esposicion de los justos motivos que tenemos los americanos
 « para tal proceder. Esto nos conciliaria y ganaria muchos afectos en Eu-
 « ropa. En el momento que el Director me despache volaré a mi Insula
 « cuyana: La maldita suerte no ha querido que yo me hallase en nuestro
 « pueblo para el dia de la celebracion de la Independencia. Crea V. que
 « hubiera echado la casa por la ventana!»

« Córdoba Julio 22. « Al fin estaba reservado a un Diputado de Cuyo
 « ser el Presidente del Congreso que declaró la independencia, yo doi a
 « la Provincia mil parabienes por tal incidencia.... Ya digo a Laprida (el
 « presidente del Congreso) lo admirable que me parece el plan de un In-
 « ca a la cabeza: las ventajas son jeométricas, pero por la Patria les su-
 « plico no nos metan una rejencia de personas, en el momento que pase
 « de una todo se paraliza y nos lleva el diablo. Al efecto no hai mas que
 « variar de nombre a nuestro Director, y quede un Rejente, esto es lo
 « seguro para que salgamos a puerto de salvacion.»

Este singular proyecto no era la obra de San-Martin, sino la de todos los grandes e intachables patriotas de aquella época. Belgrano, Sarra-tea, Rivadavia mas tarde, todos con San-Martin creian en la posibilidad y la necesidad de monarquías; pero bien entendido con *dinastias*, sin las cuales pueden hacerse tiranías, pero nunca monarquías. La atmósfera de las ideas cambió mas tarde, y los promotores de aquel pensamiento aparecieron despues como monstruosidades fosiles de un mundo anterior. Los que culparon despues a San-Martin de ambicion personal y de querer hacerse monarca en el Perú, deben tranquilizarse sabiendo que era la idea comun desde 1816 erijir monarquías por todas partes, y que no fué por falta de voluntad que se abandonó la idea. No es esta la única ilusion que ha tenido lugar y tiene aun América, y no pocos de nuestros desastres actuales vienen del empeño de los hombres públicos, por error de concepto, hábito y educacion, de creer imposibles las instituciones libres.

A principios de 1817 movíanse de Mendoza aquellas huestes intactas como arma no probada aun, y en las Coimas, en la Guardia-Vieja, donde quiera que encontraron fuerzas españolas, abrieron brechas profundas con un arrojo candoroso, que ménos parecia hijo del humano esfuerzo, que efecto de una alucinacion estraña y comun a jefes y soldados inesper-

tos en la guerra. Los viejos tercios españoles eran compuestos según la creencia del soldado, de algo menos que hombres, de *godos*, *matuchos* y otros apodos sin sentido y que traían sin embargo al alma bisona del soldado del ejército de la Patria, la idea de una inmensa superioridad de su parte, y de la ineptitud ridícula y desmañada de sus enemigos. Y sin embargo esos enemigos! esos enemigos hoy eran ayer los amos; y el mezquino godo, a penas digno de darle una lanzada al paso, como a bicho nocivo y dañino, había poco antes contenido las soberbias águilas imperiales, y libertado a la Europa humillada, dándola entereza con su ejemplo! Chacabuco es menos una batalla que una sorpresa hecha a la luz del día, y después de tres años de amenaza continua. Realizaba allí San-Martín el grande axioma de la guerra, ser el mas fuerte en un punto dado. Las divisiones españolas que ardiendo de San-Martín habían hecho dirigir al Sud, llegaron a Santiago demasiado tarde para evitar o reparar el desastre, y el ejército victorioso de los patriotas entró a la capital en medio de las aclamaciones entusiastas del pueblo que los aguardaba hacia años como a sus libertadores, y por cuyo triunfo oraba de rodillas, todos los días, ante las imágenes de la vírjen, en el apartado retrete del asilo doméstico.

San-Martín fué proclamado Jefe de la restablecida República, y aunque no aceptó el mando, compréndese bien que todo el poder y las fuerzas activas de la nacion quedaron desde entónces a su disposicion para llevar a cabo la obra comenzada. Con suerte varia la guerra continuó al Sur, a fin de desalojar a los españoles, que se hacian fuertes en Talcahuano hasta recibir refuerzos de Lima. Un año después, el jeneral San-Martín abria la campaña con trece mil hombres de línea, equipos y trenes que solo la Europa pudiera presentar iguales. El viejo ejército arjentino, veterano con una batalla en su foja servicios, y las nuevas huestes chilenas, ardiendo en deseos de mostrar su denuedo, recibieron no obstante en la noche fatal de Cancha-Rayada, un jaque a su petulancia y leccion severa para su inesperienza. Es seguro casi siempre el éxito de lo absurdo, porque la prevision humana nada tiene prevenido contra ello. El coronel Osorio sujirió en consejo de guerra a dos mil españoles que debieran rendirse a discrecion al dia siguiente en Talca, echarse, a merced de las tinieblas de la noche, en medio del numeroso ejército patriota, y ver lo que saldria de aquella estravagancia. Un minuto mas tarde los dos mil hombres habrian quedado en aquel campo sábiamente dispuesto, como el avecilla incauta que entra en la jaula preparada para aprisionarla. Sucedió todo lo contrario; la confusion se introdujo en el campo patriota; trece mil soldados y diez mil caballos y bestias de carga se desbandaron amedrentados por la grito y el estrépito de las armas; y los dos mil valientes españoles, en lugar de la muerte o el cautiverio que aguardaban, encontraron una victoria sin sangre, pero no sin gloria, hecha aceptable por el botin mas rico que dejó jamas ejército americano.

San-Martín huía de aquel campo sin darse cuenta bien de lo que le pasaba, y es fama que a su habitual confianza en el éxito, se sucedió mortal abatimiento, de que lo sacó una Juana de Arco chilena que le salió al paso en Maipú, alentándolo a nuevos esfuerzos y dejándole preveer, con fatídica seguridad de Sibila, un próximo y final triunfo. Desde aquel momento el jeneral San-Martín halló en sí mismo el antiguo jefe improvisador de prodijios; el genio de la estratajema reapareció mas alerta y fecundo, y su poder de fascinación mas activo. Entró a Santiago, y el auxilio de patriotas animosos mediando, reanimó los espíritus, reorganizó los restos de su desbandado ejército, haciéndose una ejida y un baluarte de los que el denuedo del jeneral Las-Heras había conservado intactos. Tomó de nuevo la iniciativa, ordenando a sus *Granaderos* a caballo que fuesen con Lavalle y otros desalmados a sablear a los infantes que venían avanzando a marchas forzadas y a paso de vencedores, hasta que en el llano de Maipú, de entre nubes de polvos y torrentes de sangre, se alzó por medio de la humareda densa el genio de la América radiante de nuevo, y coronado de laureles. Mas que el atronador estampido del cañon, en las concavidades de los vecinos Andes, resonó por todo el continente la batalla de Maipú, no ménos funesta a la dominación española que la final de Ayacucho. Perdido Chile, las Provincias Unidas garantidas, el Perú no estaba ya seguro, y Bolívar invadiendo desde el Norte, San-Martín desde el Sur, el poder español sería al fin reventado por la presión de estas dos fuerzas en que venía concentrándose la América.

San-Martín repitió en grande otra vez lo que en pequeño había hecho ántes en Cuyo. Hizo de Chile una maestranza; y de la fortuna pública y de la de los españoles sobre todo, su caja militar. Las madres no habían parido hijos robustos sino para llenar los cuadros del ejército, ni los antepasados acumulado bienes sino para servir a la causa de Independencia de sus hijos. Entusiasmo o terror no importa, godos o patriotas todos, todos debían contribuir a la grande obra. Con tales recursos y tal sistema, Chile se sobrepasó a sí mismo, y dos años después lanzó a los mares una escuadra, y sobre las playas del Perú, al pié del trono de fastuosos vireyes, un ejército de ocho mil veteranos. Lima se dió bien pronto a su libertador; los españoles se refugiaron en las montañas; la guerra llevó sus estragos al interior; la peste de los climas tropicales hincó su diente en las constituciones de los hombres de los climas templados; los desastres se mezclaron a las victorias; el ejército español reincorporó las divisiones que hasta entonces habían estado obrando sobre Salta y Tucuman, mientras que San-Martín por su parte se ponía en contacto en Pichincha con el ejército de Bolívar; y todas estas causas obrando, la prolongación de la guerra y la magnitud del teatro, la accesión de nuevos personajes, las fatigas de la campaña y las voluptuosidades de aquella Capua Americana, la distancia del punto de partida del ejército, y las ambiciones que desenvolvía i es-

timulaban trastornos e incentivos tan poderosos, ello es que la unidad de accion y de mando que solo hace de los ejércitos un instrumento en mano del que lo dirige, empezó a desmoronarse. Acusábase a San-Martín de espoliaciones en beneficio propio, de pretensiones a colocar sobre sus hombros la púrpura real, de haber abandonado el pabellón arjentino haciendo de su ejército *condottieri* sin otra patria que los campos de batalla. La historia dará a cada uno de estos cargos su verdadero mérito; pero no estará por demas apuntar aquí, que San-Martín, colocado en Chile en la disyuntiva de continuar la grande obra, o regresar a las Provincias arjentinias a sofocar la guerra civil como se lo ordenaba el Gobierno de Buenos-Aires, optó por lo primero, y para cohonestar paso tan aventurado, hizo-se elejir Jeneral en jefe por el ejército mismo, dejando desde entónces aguzada la sorda lima que habia de destruir su propio poder. No eran mui fijas entónces las ideas en cuanto a la futura forma de gobierno, y estando los jefes españoles divididos entre sí en partidos políticos, San-Martín dejaba traslucir a los *constitucionales* la posibilidad de monarquias americanas con aquella garantia. Conferencias y armisticios se celebraron sobre esta base, y a punto estuvieron fuertes divisiones españolas de reunirse a los independientes. Otra causa y acaso la mas influente en los acontecimientos de la época, fué la proximidad de Bolívar y sus esfuerzos para anular a un rival que por lo ménos, partiria con él la gloria de libertar la América. La ambicion de Bolívar era inmensa como su jenio, y no bien estuvieron en contacto ámbos ejércitos y cuando mas urjente era obrar de acuerdo, Bolívar se mantuvo en la inaccion, impenetrable en sus designios, frio en sus relaciones, y hostil en actos que exijian armonía y buena intelijencia, tales como la ocupacion de Guayaquil, y reintegro de las bajas de la division de San-Martín, que a las órdenes de Sucre y de Santa-Cruz, habia ayudado al triunfo de Pichincha.

Este estado de cosas y la aproximacion de la época de la apertura de la campaña, inspiraron a San-Martín la idea de abocarse con Bolívar, y disipar las nubes que acaso la distancia solo levantaba entre ellos. Solicitó al efecto una entrevista en Guayaquil, y fijado el dia, tuvo el sentimiento de saber, al acudir a ella, que Bolívar estaba ausente. Diéronse nueva cita, y esta vez se encontraron las miradas de los dos grandes protagonistas americanos. Aquella escena no tuvo en la realidad nada de dramático; pero la historia y la poesia, evocando los antecedentes de aquellos dos hombres famosos que venian personificando a la América española, libertándola sucesivamente, y arrastrándola tras sí, el uno desde el istmo de Panamá al sur, el otro desde Magallanes al norte, hasta encontrarse un dia en Guayaquil, punto céntrico del continente, le darán una grandiosidad que el tiempo hará cada vez mas solemne.

Bolívar no correspondió a la marcial franqueza de su rival. En este punto están acordes la tradicion, el testimonio de San-Martín, docu-

mentos irrefragables, y los hechos posteriores. Uno de los jefes de Bolívar, repitiendo rumores de vivaque, pone en boca de Bolívar frases que a ser ciertas serian un reproche mas contra él. Lo que hai de cierto es, que Bolívar se sentia personalmente embarazado por la presencia de San-Martin. García del Rio, grande admirador de Bolívar, y que se halló en la entrevista, hacia notar mas tarde el contraste de aquella noble figura, imponente, elevada y verdaderamente marcial, con las formas ménos aventajadas de Bolívar, su mirar esquivo e inquieto, recelosó de ser comprendido por aquel que no venia a otra cosa que a comprenderlo. Nada tenia Bolívar que ostentar ante San-Martin, en cuanto a disciplina, brillo y capacidad de su ejército; mas en la persona de Bolívar mismo, en su animo esforzado, en la pertinacia heróica de sus propósitos, en la audacia de su vasta ambicion y en su sed de gloria, zelosa y vengativa como las grandes pasiones, habia todo lo que caracteriza a los varones fuertes. Probólo el resultado de la entrevista. San-Martin no obtuvo nada: no encontró siquiera hombre con quien discutir los graves asuntos de la América. Halló en cambio una voluntad fria y persistente, un partido tomado, y un velo que era no obstante fisonomía humana, y que so pretestos frívolos, apoyándose en sofismas insostenibles, encubria pensamientos inescrutables. San-Martin salió de allí vencido y juzgado. Era hombre no mas, Bolívar era el jenio de la dominacion y del poder.

San-Martin vuelto a Lima, halló asesinado a Monteagudo, el pensamiento político a quien él habia confiado la direccion de los negocios; desmayado el ardor de los soldados, insolentes los jefes y amotinada contra él la opinion pública que un año ántes se mostraba fanatizada. San-Martin abdicó el mando, y se impuso voluntariamente el ostracismo mas duradero, mas absoluto, que haya ofrecido jamas hombre alguno a la admiracion de la historia.

Desde este momento supremo, San-Martin recupera toda la altura de un héroe, sin que un solo acto de su vida posterior la desluzca. Aquella abdicacion es un bautismo que lavó todas las faltas, que en tan azarasas y extraordinarias circunstancias pudo cometer el que tanto poder acumuló en sus manos; y todos los rencores han debido ceder ante aquella abnegacion, que eliminaba bruscamente un nombre de la América, que dejaba una página de la historia inacabada y una frase sin sentido.

Casi treinta años han discurrido desde la época en que San-Martin dijo adios en Lima a la gloria y a la América, y en tan largo espacio de tiempo toda ella se ha revuelto en facciones y partidos. Bolívar ha muerto en el entretanto, luchando con algo peor que el ostracismo, con la oscuridad de las tinieblas, que despues de tanta luz y de tantos proyectos de ambicion colosal, creaba en torno suyo la reprobacion de sus contemporáneos. Ni una queja, ni un esfuerzo, ni una palabra se ha escapado a San-Martin, de manera que la historia añadirá a la página que sin termi-

narse concluía en 1823, la fecha de su muerte acaecida en Boulogne-sur-Mer en 1851.....

Pero para la biografía del hombre de corazón, cuántas páginas preciosas quedan y cuántas lecciones abraza aquel intervalo! Después de vagar por varios países de Europa, el ínclito varón se fija en los alrededores de París, se hace campesino, sin boato como sin ostentación de pobreza y desvalimiento, cual, para hacer antítesis a su pasado esplendor y poner en acción una ironía, suelen los caídos de las alturas del poder. Es campesino en el verdadero sentido de la palabra, poniendo al servicio de flores y legumbres, los hábitos matinales adquiridos en la vida militar. En Grandbourg, rodeado de su familia, viviendo para ella, como en otro tiempo para la Independencia de América, ha dejado acumularse sobre sus hombros lentamente los años, y deslizarse quietamente la vida, como se deslizaban a su vista las tranquilas aguas del Sena que llevan su tributo al vecino mar. Allí le vieron los americanos, allí le vi yo, admirado de que varón tan preclaro fuese viejo tan jovial y comunicativo, huésped tan solícito, abuelo tan *chocho* con sus nietos, jardinero tan inteligente en flores y melones, y administrador de inmensos caudales ajenos tan pródigo y desinteresado. De América hablaba con efusión, como de un recuerdo de la juventud y de lo pasado; prefería siempre los lances chistosos a los serios, sobre los cuales era parco en detalles. De los primeros, hai uno que por su originalidad característica de la época, merece recordarse. Mientras la expedición de los Andes se preparaba en Mendoza, los realistas no perdonaban medios de sublevar contra él las aversiones populares. Un padre Zapata lo maldecía desde el púlpito, y comentando su nombre decía a sus oyentes: «San-Martín! su nombre es ya una blasfemia! No le llameis San-Martín, sino Martín, para que se asemeje mas a Martín Lutero, su prototipo en impiedad y sedición contra las leyes divinas y humanas, el altar y el trono.»

Supo el caso San-Martín a su llegada a Chile, e hizo comparecer ante sí al amedrentado padre predicador; y torciéndose los bigotes para darse espantables aires de matón, y clavándole sus ojos negros y centellantes, cuál si intentara fulminarlo: Como! le dijo, so godo bellaco, V. me ha comparado con Lutero, y adulterado mi nombre quitándome el *San*, que le precede!!.... ¿Cuál es su apellido? Zapata señor Jeneral, respondió su aterrada y goda Reverencia---Pues le quito el *Za* en castigo de su delito; y levantándose encendido en finjida cólera, y mostrándole la puerta, «lo fusilo, añadió con énfasis aterrante, si alguien le da su antiguo apellido.» Mas muerto que vivo el pobre fraile salió a la calle; y cómo acertase a pasar a la sazón un su *quondam* amigo realista, asombrado de verlo salir de la casa del jeneral insurgente. Cómo! lo atajó diciendo, V. por acá Padre Zapata!--Pero aun no habia acabado la frase cuando el padre, aterrado y con voz ahogada, y volviendo los ojos a la puerta de donde salía, temero-

so de ser escuchado, le cortó la palabra diciendo No! no! no soi el padre Zapata, sino el padre Pata: llámeme V. Pata y nada mas que Pata, que la vida me va en ello.....!

Era alta la talla de San-Martin y marcial en extremo su talante, y tan a prueba de fatigas su naturaleza, que para todos los climas y estaciones, para la noche en las crestas nevadas de los Andes y para el dia en los tórridos arenales del Perú, tenia el mismo uniforme, severa y minuciosamente prendido, y exento de todo adorno o aditamento que saliese del rigor del equipo del soldado. Bajo esta cubierta ferrea, abrigábase una alma elevada, un espíritu ardiente, templado por la prudencia astuta e impenetrable de quien sabe anticipar los hechos, inventarlos a su placer, distraer las pasiones ajenas, subyugar las voluntades, y hacerlas concurrir diestramente a sus fines. A estas raras cualidades que incuban por años enteros un proyecto, ocultándolo a las miradas aun de aquellos destinados a realizarlos, añadía San-Martin el arte difícil de administrar, inventando recursos, y empleándolos con esquisita parcimonia, a fin de hacerles producir mayores resultados.

Sabia inspirar al soldado el arrojo hasta la temeridad, y la constelacion de jefes y oficiales que le acompañó a Chile tuvo largos años fatigada a la fama, pregonando por toda América las hazañas caballerescas de verdaderos paladines. La estricta disciplina era el bello ideal a que la tirantez y severidad de su carácter le hizo aspirar siempre, llevándola hasta hacer de ella una tortura constante. Un boton de la casaca manchado por accidente, tenia a sus ojos la gravedad de un delito igual al abandono no motivado de un puesto de importancia.

A estas dotes que abarcan toda la existencia de los hombres, tomada por horas y por minutos, a esta facultad de descender a todo, prepararlo todo y hacerlo concurrir a un fin, añadía la rapidez de la concepcion, y aquel golpe de vista que distingue a los hombres de accion, y que en la infinita complicacion de los hechos humanos les hace descubrir uno, del cual dependen todos los otros, y que una vez destruido arrastra tras si la suerte de las batallas y la caida de los imperios. Puede aun apuntarse como complemento aquel, no sé si llamar desprecio de la especie humana, que dejan traslucir en sus actos los hombres eminentes, cuando descenden al campo de los hechos, y que les hace mirar la justicia, las leyes ordinarias, las fortunas y las vidas, como instrumentos u obstáculos, sin otro valor que el que les dan las circunstancias.

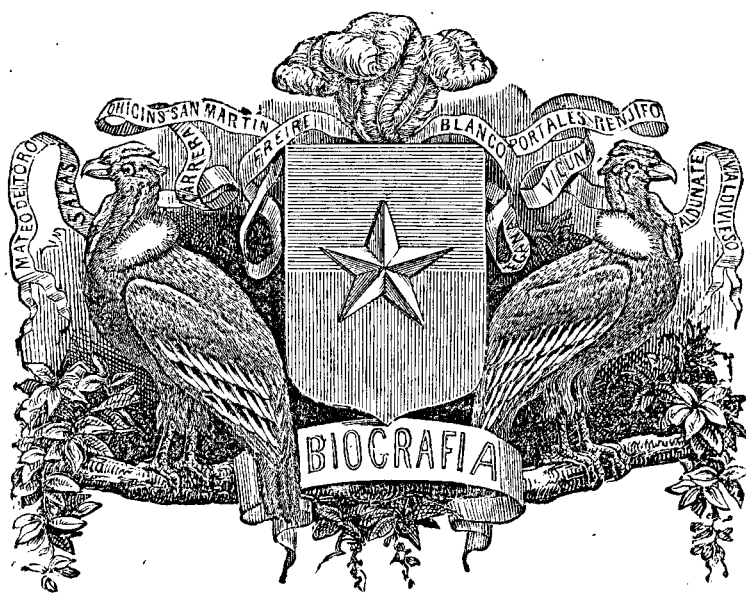
Nada de particular presentan los últimos años de San-Martin, sino es el ofrecimiento hecho al Dictador de Buenos-Aires de sus servicios en defensa de la Independencia americana que creia amenazada por las potencias europeas en el Rio de la Plata. El poder absoluto del jeneral Rosas sobre los pueblos arjentinos, no era parte a distraerle de la antigua y gloriosa preocupacion de Independencia, idea única, absoluta y constante de

toda su vida. A ella había consagrado sus días felices, a ella sacrificaba toda otra consideración, la libertad misma. Pocos meses antes de morir, escribió a un amigo algunas palabras exajerando las dificultades de una invasión francesa en el Río de la Plata, con el conocido intento de apartar de la Asamblea Nacional de Francia el pensamiento de hacer justicia a sus reclamos por medio de la guerra.

A la hora de su muerte acordóse que tenía una espada histórica, y creyendo o deseando legársela a su patria, se la dedicó al jeneral Rosas, como defensor de la Independencia americana.....! No murmuremos de este error de rótulo en la misiva, que en su abono tiene su disculpa en la inexacta apreciación de los hechos y de los hombres, que puede traer una ausencia de treinta y seis años del teatro de los acontecimientos, y las debilidades del juicio en el período septuajenario. En todo caso, los hombres pasan y solo las naciones son eternas, y aquella espada quedará un día colgada en el altar de la Patria, y envuelta en el estandarte de Pizarro, para mostrar a las edades futuras el principio y el fin de un período de la historia de Sud-América, desde la Conquista hasta la Independencia. Pizarro y San-Martín han quedado para siempre asociados en la dominación española.

DOMINGO F. SARMIENTO.

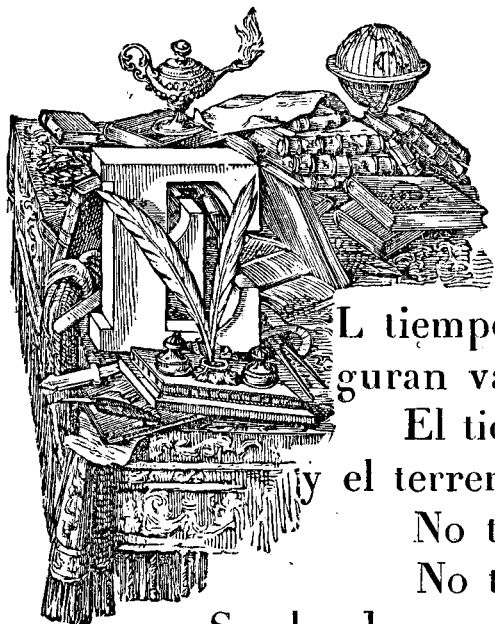




XIII.

DON JOSÉ ANTONIO ROJAS.

I.



El tiempo y el teatro en que los personajes históricos figuran valen mucho para su fama.

El tiempo y el teatro son a la fama lo que la estación y el terreno son a las plantas.

No todo terreno es bueno.

No toda estación es propicia.

Sembrad una semilla en un erial, o un momento antes o un momento después del que la naturaleza ha señalado para que pueda jermínar, y nada lograreis.

Echadla oportunamente en un surco preparado, y no tardará en convertirse en un árbol que se cubrirá de hojas, de flores y de frutos, que levantará sus ramas hacia el cielo, que internará sus raíces en la tierra, que desafiará a los años y a las tempestades.


Suponed a un hombre lleno de inteligencia y de actividad, que viva en una aldea miserable, o en una época de ignorancia y de atraso. Es evidente que por más esfuerzos que haga, sus apocados compañeros no podrán comprender sus ideas, no sabrán apreciar sus actos. Si habla, pasará por

CALERIA NACIONAL.



Dibujado i publicado por N.Desmadril.

JOSÉ ANTONIO DE ROXAS.

José Antonio de Roxas


un loco, un insensato, un iluso, un visionario, o algo peor; si calla, el silencio le confundirá con la multitud que le rodea. No tiene arbitrio para evitar el uno o el otro de esos dos extremos.

Suponed ahora que viva entre personas que participan de sus mismas convicciones, que están animadas de sus mismos sentimientos, a quienes sirve y por quienes estaria dispuesto a hacer algunos sacrificios; estad seguros de que la opinion pública elevará la reputacion de ese individuo hasta las nubes, y le hará pasar por un coloso.

¡Es una desgracia nacer en ciertos tiempos!

¡Es una calamidad tener que alternar con ciertas jentes!

Hai hombres que deberian haber venido al mundo un siglo ántes o un siglo despues de aquel en que existieron para que su nombre pudiera aparecer con brillo en los fastos de la historia.

Don José Antonio Rojas ha sido hasta cierto punto víctima de esa injusticia inevitable de la suerte. La fatalidad le ha obligado a pasar su juventud y su edad madura en Chile, cuando este país era todavía una colonia de la España. Bajo el réjimen despótico en que se ha visto precisado a vivir, ha tenido que ocultar sus principios como herejías, sus virtudes como vicios, sus acciones como crímenes. La fuerza de las cosas le ha condenado a ocuparse en secreto de la felicidad de su patria.

Sin la revolucion de la independendencia, a la que tanto contribuyó y que le sorprendió en la vejez, poco o nada se sabria sobre su vida, porque sus servicios habrian quedado ignorados, sus trabajos perdidos, su memoria sepultada en el olvido. Sin ese feliz acontecimiento la biografía de Rojas no se habria compuesto mas que de

la fecha de su nacimiento,

la fecha de su matrimonio y

la fecha de su muerte,

que habrian interesado, cuando mas, a sus descendientes, pero no a sus conciudadanos.

Entre esas tres fechas se habrian intercalado los datos siguientes:

que don José Antonio Rojas era mayorazgo;

que sus deudos habian tenido mitras, togas y empleos importantes en las iglesias, audiencias y supremos consejos de Santiago, Lima y España;

que desde sus mas tiernos años habia abrazado la profesion militar y empezado a servir de cadete en el ejército de la frontera en la plaza de Santa Juana;

que despues habia continuado siendo capitan de caballería de milicias en Santiago;

que en seguida habia llegado a ser ayudante real a sueldo del virrei del Perú Amat, quien le habia llevado consigo cuando fué ascendido a aquel virreinato;

que en el Perú había sido promovido al empleo de correjidor de la provincia de Lampara; y por último.

que había sido subteniente en el rejimiento de la nobleza de Lima, del cual era coronel el excelentísimo virrei,

con otras menudencias por el mismo estilo, que vendrian mui bien en esas hojas de servicios que se presentan a un jefe para solicitar un grado o una condecoracion; pero no en esa hoja de servicios que se presenta a la posteridad para que nos admita en el panteon de los grandes hombres.

Afortunadamente la lucha franca y abierta contra la metrópoli, en que entró desde 1810, le ha puesto en escena, y ha revelado su importancia. Gracias a las prisiones y destierros que durante ese período tuvo que soportar, su nombre ha figurado en otra parte, que en los libros parroquiales, o en la lápida de su sepultura.

Don José Antonio Rojas merecia ciertamente el honor de ocupar un lugar prominente en nuestros anales. El distinguido chileno cuyo retrato vamos a bosquejar no era un espíritu vulgar. En su juventud había viajado por la Europa, que le había dejado sorprendido con sus ciencias, sus artes, sus monumentos, sus caminos, sus máquinas, su comercio, su industria. El espectáculo de ciudades que encerraban en su seno mas poblacion y riqueza que los reinos en que estaba dividida la América, le había abierto los ojos sobre la degradacion y miseria de las colonias. La situacion deplorable de esas vastas comarcas, tan favorecidas por la naturaleza y tan perjudicadas por la monarquía que de ellas se había posesionado, le había infundido un odio profundo contra ese gobierno que tan mal cumplia su mision. No podia considerar como lejítima una dominacion que veia en cada una de sus provincias de ultramar una mina que explotar, no una reunion de seres humanos que instruir y civilizar.

La Europa se agitaba entónces en una atmósfera de libertad, de que quedaban impregnados cuantos pisaban su suelo. La revolucion francesa estaba próxima. Los tronos bamboleaban; los monarcas llevaban con susto la mano a sus coronas, que no sentian seguras sobre sus sienas. La filosofia del siglo XVIII había invadido todas las cabezas.

Educado en esa escuela, don José Antonio Rojas se hizo un fervoroso partidario de las nuevas doctrinas sociales. La igualdad de todos los hombres y la independenciam de todos los pueblos fueron dogmas para él. El derecho divino de los reyes y el derecho de conquista le parecieron patrañas que no merecian refutarse. Estando imbuido en tales máximas, la emancipacion de su patria llegó a ser el norte de todos sus pensamientos, el blanco de todas sus aspiraciones, el objeto de todos sus deseos. La justicia y la utilidad estaban de acuerdo para aconsejárselo.

Encontrábase en la península cuando estalló la insurreccion de los Estados- Unidos contra la Inglaterra. La noticia de ese acontecimiento fué recibida con jeneral aplauso en el continente. La Francia, y aun la Es-

paña, apoyaron con sus simpatías y sus recursos a los rebeldes, sin que esta última potencia se fijara en las funestas consecuencias que podían resultarle de un paso semejante. ¿Qué habrían contestado los mandatarios españoles a los americanos del sud si éstos hubieran querido seguir las huellas de los americanos del norte? ¿Qué razón habrían alegado para oponerse a sus pretensiones?

Los pueblos son más lógicos que sus gobiernos, y obran siempre en el sentido de sus verdaderos intereses. El ejemplo de los Estados-Unidos no podía quedar estéril. La España tenía que espiar su falta. Los colonos británicos debían tener imitadores.

Cuando Rojas regresó a su patria, traía la persuasión íntima de que los títulos alegados por los monarcas de Castilla para ejercer dominio sobre América eran falsos, de que la política empleada para mantenerla en la obediencia era absurda, y de que una revolución dirigida a sacudir el pesado yugo que la oprimía no era imposible. El estudio y la experiencia le habían hecho arribar a esas conclusiones.

Las ideas, como las semillas, pueden trasportarse de una región a otra. Depositadas en una cabeza o en un libro, viajan, y han dado muchas veces la vuelta al mundo. Podríamos nombrar sin temor de equivocarnos el pasajero y el buque que han conducido algunas de las más famosas a países donde antes eran ignoradas. La insurrección de la América es una prueba de lo que afirmamos. Las ideas de libertad e independencia que a principios de este siglo penetraron en las posesiones españolas apesar del bloqueo intelectual a que éstas se hallaban sujetas, han sido una importación directa de la Europa y los Estados-Unidos. Tocóle a Rojas la gloria de haber sido uno de los conductores de esa simiente divina que debía dar por fruto la emancipación de Chile.

Antes de restituirse a su patria, resuelto a guerrear sin tregua ni reposo contra la autoridad que en ella imperaba, había cuidado de reunir una biblioteca selecta de las mejores obras de filosofía y derecho públicas escritas hasta entonces, persuadido de que una colección como aquella era la mejor artillería para derribar una dominación que solo se apoyaba en preocupaciones inveteradas y en falsas creencias.

Pero la dificultad estaba, no en formar una colección de esa especie, sino en introducirla.

Nadie ignora el terror que los libros inspiraban a la metrópoli, las dificultades sin cuento con que embarazaba su introducción, el examen riguroso a que los sometía antes de permitirlos. Si esto lo hacía con los devocionarios y los misales, ¿cómo sería con las obras que bajo cualquier aspecto tuvieran conexión con la política? Las que traía Rojas eran precisamente de esta clase. Habría sido locura esperar que las autoridades hubieran puesto su visto bueno al pie de semejante factura.

En tal apuro cuentan que recurrió a la astucia para hacer pasar aquel

cargamento de jéneros prohibidos. Alteró los rótulos en el lomo de las tapas. Sustituyó los títulos que habrían podido asustar ó parecer sospechosos, por otros muy inocentes, que no hacían recelar de ninguna manera el contenido abominable del libro.

Por espertos que estuvieran los aduaneros de la España en los fraudes del contrabando, la novedad de aquel ardid burló su esperiencia y les hizo dejar pasar los libros bajo aquellos falsos títulos, como el poeta refiere que el ciclópe Polifemo dejó pasar bajo su mano a los compañeros de Ulises cubiertos con los vellones de sus ovejas.

Desde entónces los enemigos estuvieron dentro de los muros. Eran los guardianes mismos de la fortaleza los que les habían abierto las puertas. No está lejano el día en que tendrán que llorar con lágrimas de sangre su imprudencia.

Junto con los libros introdujo Rojas los primeros aparatos de física y química que han existido en el país. El vulgo, que le veía en un cuarto adornado con estantes, y en medio de máquinas, tubos y ruedas, cuyo objeto no comprendía, se lo figuraba como una especie de nigromántico que mantenía comercio con los seres sobrenaturales. La multitud no le nombraba mas que el *brujo*. Esta circunstancia rodeaba su persona de un prestijio misterioso, que imponía a las jentes ignorantes. La posición independiente en que le colocaban su familia y su riqueza, le salvaba sin embargo de los riesgos que semejante reputación habría atraído sobre la cabeza de cualquiera otro.

El vulgo no andaba descaminado. Rojas era una especie de alquimista, un profesor de ciencias ocultas; pero la piedra filosofal que buscaba no era el secreto de hacer oro; la ciencia que cultivaba no era la que enseña la descomposición de los metales. Trabajaba por la libertad de la América, y deseaba propagar entre los criollos las verdades del derecho público.

Rojas estaba dotado de un carácter audaz y de una voluntad imperiosa. Pertenece a esa clase de hombres que quieren que todo verbo se haga carne, que todo pensamiento se convierta en acción, que toda teoría sea una realidad. El peligro no le asustaba.

Habiéndose puesto en relación durante el año de 1780 con dos franceses residentes en Santiago, llamados el uno Berney y el otro Gramuset, entró con ellos en una vasta conspiración, en que se proponía nada ménos que levantar el estandarte de la insurrección para fundar a su sombra una república floreciente allí donde existía una colonia miserable. Desgraciadamente los planes se frustraron, la conspiración fué delatada, sus autores fueron apresados.

Berney, remitido a la península para que se sentenciara allá su causa, pereció en un naufragio. Su compañero Gramuset, mas infortunado todavía, no tuvo por tumba el océano, sino un calabozo de los castillos de Cá-

diz, adonde se le habia conducido con igual destino, y donde se le dejó agonizando varios años.

La suerte de Rojas fué mui diferente, aunque su criminalidad era la misma. La real audiencia, encargada de sustanciar el proceso, no le llamó siquiera a declarar, apesar de que su complicidad era evidente, y de que su nombre habia sonado en boca de todos los conjurados.

Una razón de estado fué el motivo de esta infraccion manifiesta de las reglas judiciales. Deseando evitar a toda costa que se desprestijara la corona, el supremo tribunal procuró disminuir la importancia de la causa antes que esclarecerla. Mal por mal, quiso mas bien dejar impune a un culpable que turbar la tranquilidad del pueblo despertando su malicia. La prision de dos extranjeros sin familia y sin hogar podia pasar desapercibida; pero no así la de un hijo del país que tenia una fortuna pingüe, deudos poderosos, amigos influentes. El seguimiento de un juicio contra tan alto potentado habria causado ruido, y puesto en circulacion una idea que nadie debía conocer. La ignorancia es el mejor preservativo para impedir que se cometan ciertos delitos. El crimen de rebelion era de aquellos que debian encontrarse previstos en el código como una hipótesis, pero no aparecer en la sentencia de un juez como un hecho que pudiera realizarse.

El rei aprobó el procedimiento de su audiencia; pero al mismo tiempo mandó que se vijilara con sumo cuidado la conducta de Rojas. En una nota datada en San-Ildefonso a 24 de julio de 1781 don José de Galvez, ministro de estado, dice a don Ambrosio de Benavides, presidente de Chile: «Tambien ha resuelto S. M. se prevenga a U. S. reservadamente que esté *mui a la mira* de los enunciados Rojas y Orejuela (otro de los conjurados) para proceder a asegurar sus personas en el caso de ser sospechosos sus procedimientos, averiguándolos entónces con individualidad y cuidado, y tomando con ellos cuantas providencias regulare oportunas al sosiego y tranquilidad de ese reino.»

Las consideraciones políticas de la audiencia salvaron al turbulento patricio de un proceso, de la cárcel, del destierro, talvez de la muerte; pero no salvaron a la España de su ruina. La empresa de contener las ideas es tan insensata como la de impedir a la tierra que jire en su órbita. Dejemos trascurrir algunos años, y verémos de qué sirvieron tales precauciones.

II.

En 1810 gobernaba a Chile en calidad de capitan jeneral interino el brigadier don Francisco Antonio García Carrasco, quien se habia elevado a ese puesto, no en razon de sus méritos, sino de su antigüedad. Pobre era la historia de ese jefe para tan alta dignidad. El orador encargado por la universidad de San-Felipe de pronunciar el pomposo panejirico con

que se solemnizaba la exaltación de todo mandatario a la silla presidencial, no había encontrado otra cosa que elojiarle, sino que era español, cristiano y blanco, apesar de haber nacido en Africa, tierra de bárbaros, de infieles y de negros. No tenía talento ni voluntad, era violento y débil a la vez, mezquino en sus miras e incapaz de elevarse a la altura de su situación. Los hombres de esa especie no sirven sino para hacer detestar la causa que defienden. Un gobernante inepto y arbitrario es el mas activo de los revolucionarios. Nadie ménos idóneo que el nuevo presidente para rejir el país en los tiempos que corrían.

La colonia estaba ajitada, los ánimos inquietos. Las noticias que unas en pos de otras venían de Europa habían alterado esa calma secular, tan parecida a la muerte, que era el estado habitual de los establecimientos españoles. No había nave que abordara a nuestras playas, que no trajera la nueva de los sucesos mas alarmantes.

La familia real daba el espectáculo de una desavenencia escandalosa entre un padre y su hijo y de amores adúlteros entre una reina y su privado. Carlos IV abdicaba despues de haber cometido torpeza tras torpeza.

Los franceses habían invadido la península.

Fernando VII estaba prisionero.

José Bonaparte ocupaba el trono de los Borbones.

Las tropas de Napoleon se habían apoderado de casi todo el territorio español.

Los colonos no quedaron frios espectadores de esa gran catástrofe, sino que trataron de obrar para no ser sorprendidos por los acontecimientos. La creacion de una junta compuesta de varios individuos elejidos por el pueblo para que reemplazara a las autoridades coloniales fué la primera medida en que se fijaron.

Ese proyecto de establecer un gobierno nacional, mientras durara el cautiverio del monarca, fué acogido con entusiasmo por la mayoría de los ciudadanos. Para algunos era el principio de una revolucion a cuyo término veían la independencia de Chile. Para otros la imitacion de lo que estaba sucediendo en la península, a la cual, segun creían, era preciso tomar en todo por modelo. Para los mas simplemente un medio de deshacerse de Carrasco, a quien consideraban indigno de mandar.

Los españoles europeos experimentados y de prevision fueron los únicos que calcularon de un golpe las funestas consecuencias de este cambio, y resolvieron impedir que se llevara a cabo. La creacion de un gobierno nacional les parecía una cosa inadmisibile por dos razones; primera, porque era una innovacion, y toda innovacion es perjudicial en virtud del principio que dice que mas vale lo malo conocido que lo bueno por conocer; y segunda, porque los reformadores manifestaban mui a las claras sus propósitos de trastornos y revueltas desde el instante en que trataban de derribar una autoridad lejitima bajo el frívolo pretesto de la defensa de un país

en que no habia enemigos que combatir ni traidores que temer, escepto los autores de tan peligrosas novedades.

Inútil nos parece advertir que don José Antonio Rojas habia sido uno de los mas ardientes promotores de esa junta, que tan mal sonaba a los defensores del sistema antiguo. El distinguido patriota cuyo nombre encabeza estas líneas, tenia a la sazón sesenta y siete años y meses, segun consta de una declaracion prestada por él mismo. Se sentía viejo, y estaba cansado de la inacción. Temia morir sin ver alborear en el horizonte el sol de la libertad. Desde 1780 hasta 1810 no habia cesado de predicar sus doctrinas apesar de la vijilancia con que se seguian sus pasos, del cuidado con que se espiaban sus palabras. La propaganda secreta que con tanto teson dirijia, habia reclutado principalmente sus prosélitos entre los jóvenes, que le consideraban como su maestro. Infante y Vera, para no citar mas que a éstos, se gloriaban de ser sus discípulos.

Hacia la época a que nos referimos, la casa de Rojas habia llegado a ser un foco de oposicion contra las autoridades coloniales, una especie de club político en que se censuraban las providencias del capitan jeneral y se hacian votos por la ruina de la metrópoli. La palabra *independencia* se pronunciaba tambien algunas veces.

En mayo de 1810 la agitacion fomentada por tan hábiles manos habia cundido tanto, que Carrasco temió ser arrastrado por la corriente si no ponía un dique a esa marea que subia, que subia sin cesar. Violento por carácter, la represión y el rigor le parecieron el modo mas espedito de cortar esas ideas de independencia y de reforma, que tanto terreno iban ganando. A su juicio bastaba el estrañamiento de tres o cuatro revoltosos para que todo continuara tranquilo, él en la posesion de su empleo, la España en posesion de sus dominios.

Resuelto a proceder enérgicamente contra los innovadores, dispuso que en la noche del 25 de mayo se apresara a don Juan Antonio Ovalle, don José Antonio Rojas y don Bernardo Vera, se les condujera en el acto a Valparaíso, y se les embarcara en la fragata *Astrea*, que iba a dar la vela para el Perú; todo lo cual se ejecutó puntualmente como lo habia mandado.

Aquel atentado produjo efectos mui diversos de los que Carrasco se habia imaginado. No todo golpe de estado sale bien. No siempre la fuerza logra sofocar la opinion pública. La prision de los tres sujetos mencionados, léjos de intimidar, dió bríos a la poblacion: El vecindario de Santiago protestó contra esa tropelía, ofreciendo afianzar la inocencia y conducta futura de los reos. El cabildo hizo otro tanto, pidiendo que no se les juzgara en el Perú, sino en Chile, donde estaban sus acusadores, sus testigos, sus defensores, donde eran conocidos sus antecedentes, donde habian cometido el delito que se les imputaba.

Las autoridades con sus protestas, los ciudadanos con sus gritos, impusieron a Carrasco que asustado por aquella desaprobacion unánime, se vió

obligado a prometer, no solo que Rojas, Ovalle y Vera quedarían en el país, sino aun que en breve tornarían libres a sus casas.

La promesa solemne del presidente hizo que la calma y la tranquilidad volvieron a reinar en la capital. Nadie dudaba que el jefe supremo de la nación cumpliría su palabra. La falsedad y la perfidia no podían suponerse en un funcionario de tan alta jerarquía.

Entre tanto partió para Valparaíso un oficial, portador de un pliego cerrado. En ese pliego se contenía, al decir del presidente, la orden de que se trajeran los reos a Santiago. Carrasco no hacía en esto mas que obrar en conformidad de lo que había dicho.

La noticia se difundió con rapidez por la ciudad. La esperanza animó todos los corazones; la alegría brilló en todos los semblantes. Las familias de los desterrados se prepararon a abrazarlos, sus amigos a recibirlos, la población entera a solemnizar su regreso.

Aquel magnífico programa estaba destinado, como tantos otros, a quedar sin ejecucion. El júbilo debía trocarse en furor, la fiesta en una asonada.

El 11 de julio, a la seis de la mañana, entraron a escape en Santiago dos correos particulares que Rojas y Ovalle enviaban a sus respectivas familias con el objeto de anunciarles que en aquel mismo instante se les embarcaba en un buque que salía para el Callao.

Carrasco había faltado villanamente a su palabra. Temiendo la popularidad de los tres supuestos delincuentes, había resuelto alejarlos del país; y en vez de mandar que se les condujera a Santiago, había ordenado que se les remitiera para Lima. El miedo le había hecho prometer una cosa y hacer otra.

La perfidia del capitán jeneral llevó a su colmo la efervescencia de los ánimos. La agitacion pública, que hasta entonces se había contenido en límites moderados, dejeneró en un verdadero alzamiento. El cabildo y la audiencia, colocados al frente de los descontentos, impusieron la lei a Carrasco obligándole a pasar por las condiciones mas humillantes a trueque de quedar en el poder. Una de esas condiciones fué la libertad de los tres beneméritos ciudadanos a quienes tan indignamente había ultrajado.

Apénas se hubo firmado el decreto en que esto último se disponía, el alférez real don Diego Larrain, encargado de hacerlo cumplir, y muchos jóvenes distinguidos de la capital que voluntariamente quisieron acompañarle, montaron en sus mejores caballos y partieron como el rayo con direccion a Valparaíso. Desgraciadamente llegaron tarde y cuando la nave que debía conducir a los presos había zarpado ya del puerto. Intentaron alcanzarla en una barca, pero no pudieron conseguirlo. En esa nave iban Rojas y Ovalle; Vera había logrado quedarse en tierra a pretesto de una enfermedad.

La partida de esos dos ancianos no restituyó la calma a la ciudad. Las

medidas de rigor con que Carrasco había querido conjurar la tempestad que rujía sobre su cabeza, no hicieron mas que precipitar su caída. A los pocos dias del último atentado perpetrado por ese mandatario, el pueblo, cansado de sufrirle, le obligaba a abdicar.

A fines de octubre de 1810 regresó Rojas de su destierro. Entre su salida y su vuelta habían ocurrido grandes cambios. La pobre colonia que había dejado bajo la férula de Carrasco, español sin otro mérito para mandar que la fecha de sus despachos de brigadier, se hallaba ahora gobernada por una junta compuesta de ciudadanos respetables, que la elección había elevado a ese puesto. La revolución estaba inaugurada, y una era nueva comenzaba para Chile.

La entrada de Rojas en Santiago fué una verdadera ovación. Todos los habitantes salieron a recibirle con músicas y aclamaciones, y le condujeron en triunfo hasta su casa. Le acompañaban, dice el historiador realista Martínez cuyo testimonio no parecerá sospechoso, todos los personajes de primer orden, los cuales venían en carruajes, siendo innumerables los individuos de a caballo que componían su inmensa comitiva.

Hai dos hechos que nos permiten apreciar en su justo valor la importancia de Rojas: la sublevación causada por su destierro y el entusiasmo producido por su vuelta. ¡Feliz el hombre que ha recibido durante su vida tales demostraciones de afecto! No hai remuneración, por espléndida que sea, que iguale a los aplausos de todo un pueblo.

La vejez, que nos arrebató tantas ilusiones; la persecución, que hace flaquear tantos caracteres; la pertinacia del error, que desalienta a tantos corazones, no enfriaron el ardor de Rojas. Restituido a su patria, se alistó en el partido mas exaltado, en aquel que pretendía abreviar cuantos trámites se pudiera para obtener en el exterior la independencia, en el interior la libertad. La consideración de su avanzada edad, lejos de calmarle, le hacía apresurar el paso, y tomar el camino mas corto para llegar al término a que siempre se había dirigido, temeroso de que la muerte le sorprendiera en el camino.

Las ideas de Rojas le mantuvieron lejos del gobierno. Los liberales que llegan a la vejez sin haber triunfado, logran pocas veces subir al poder. Tropiezan con la losa de su sepultura antes de que sea fácil y hacedero lo que en su tiempo parecía difícil o imposible.

Sin embargo, la falta de participación de Rojas en la dirección del estado no le libertó de la persecución. Cuando los realistas volvieron a apoderarse del país en 1814, era un anciano achacoso, a quien no quedaban sino unos cuantos dias que vivir. Pero aunque los años y las enfermedades debían ponerle a cubierto de todo insulto, por un presentimiento de los males que le amenazaban, huyó a la aproximación de las tropas de Ossorio. Habiendo sido alcanzado por un destacamento, fué conducido a Santiago a la presencia de los jefes vencedores, que condolidos al aspec-

to del venerable viejo, le restituyeron la libertad, pero despues de haberle despojado de varias alhajas y de algunos miles de pesos que consigo llevaba.

Rojas no siguió recibiendo por largo tiempo semejantes consideraciones de parte de los reconquistadores. A los pocos dias, por recomendacion especial del virrei de Lima, vió todas sus valiosas posesiones confiscadas, y él mismo fué relegado al presidio de Juan Fernandez.

Los padecimientos que tuvo que soportar en esta isla fueron excesivos. La falta de las atenciones que exijia su estado valetudinario le hizo perder la razon. Los soldados de la guarnicion, sin respeto a sus canas, le convirtieron en un hazmereir. Le figuraban espectros, y le atormentaban con toda especie de burlas, no dejándole tranquilo ni aun en el sueño. Ese tratamiento inhumano, impío, reagravó su situacion a tal punto, que el mismo Marcó del Pont, el cual ciertamente no se distinguia por lo compasivo, accedió a las súplicas que se le dirijieron para que consintiera en que el noble patriota viniera a morir en Santiago, atendido por los cuidados de su familia.

El fallecimiento de Rojas siguió de cerca a su regreso de la isla. ¡Qué duerma en paz en la tumba, porque su memoria está protegida por la libertad!

Los servicios que ha prestado a Chile son demasiado importantes para que puedan ser olvidados. El no haber constancia de todos ellos ha dependido de que es imposible probar con documentos auténticos ciertos hechos. No se levanta acta de una conversacion entre amigos; no se extiende escritura pública de una conspiracion. Si los trabajos de este ilustre patriota, como los de todos los precursores, están rodeados de brumas y misterios, no por eso son ménos efectivos. La parte de su vida que se ve al sol, por decirlo así, la que todos conocen, es poca cosa; la que ha quedado en la sombra, la que estamos condenados a ignorar, es bien grande. La época de oscuridad en que ha figurado y la carencia de datos sobre todo lo que hizo para preparar la revolucion de la independenciam han perjudicado notablemente a su fama. Rojas es como esos astros que situados a una distancia inmensa de nosotros, parecen a la simple vista una nube mas bien que una estrella, pero que el telescopio nos muestra en todo semejantes a los demas que ruedan por la bóveda celeste. Felizmente la razon puede suplir la debilidad de los sentidos y dar a cada persona el lugar que le corresponde en la historia, a cada cosa el lugar que le corresponde en la creacion.


GREGORIO VICTOR AMUNATEGUI.

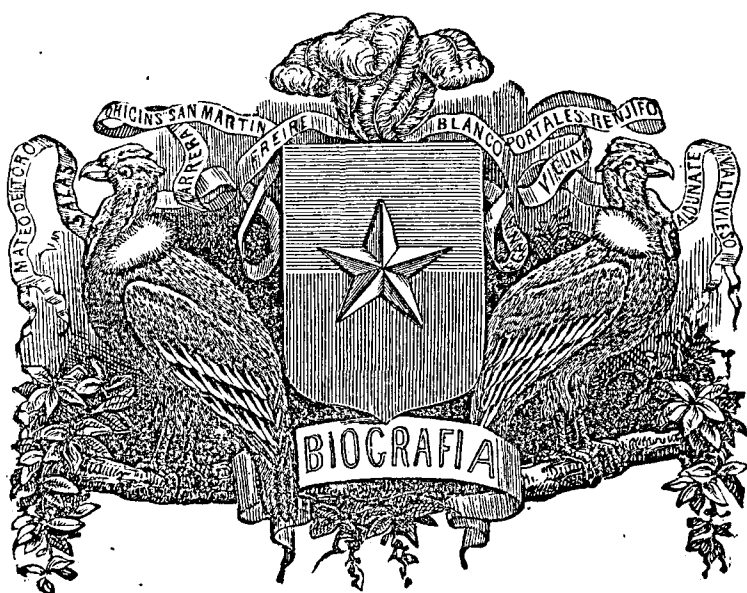
GALERIA NACIONAL.



Dibujado i publicado por N.Desmadril.

JOSÉ IGNACIO ZENTENO.

José Ignacio Zenteno




XIV.

DON JOSÉ IGNACIO ZENTENO.



A revolucion de la independencia ha producido muchos hombres eminentes; mui pocos de ellos sin embargo, quizá ninguno, cuentan la honra que ha cabido al jeneral Zenteno de abrirse paso por el solo mérito de su persona hasta encumbrarse a los primeros puestos de la república, realizar allí los mas arduos y gloriosos empeños, y descender despues a la vida privada llevando consigo una reputacion de habilidad y de integridad que jamas han puesto en duda ni el rencór de los partidos, ni la ingratitud del pueblo.

Las relaciones de familia, que tan poderosas eran en la colonia, prepararon el lampo brillante y rápido de los Carreras y de los jóvenes que como ellos se lanzarón en la tormenta revolucionaria. Otros ocupaban elevados empleos al tiempo en que sonó la hora de la emancipacion, y se vieron echados, llenos de influencia y de prestigio, en la lucha que se abrió en seguida. No gozó Zenteno de estas ventajas. El 18 de setiembre de 1810 le encontró redactando instrumentos públicos en su oficina de escribano, y ganando allí honradamente la subsistencia propia y la de una familia numerosa de hermanos, que habia quedado huérfana por la sentida muerte de su padre.

Don Antonio Zenteno, el padre comun, pertenecia a una familia antigua y estimada en el país, cuyos miembros se habian dedicado a la igle-

sia, al ejército y al comercio. Esta última profesion abrazó don Antonio, pero un contratiempo en sus negocios le redujo a admitir una oficina de escribano, que se creó para él en 1772 y que dirigió con buen nombre hasta 1803. Perdidos sus bienes de fortuna, había puesto todos sus conatos en la educacion legal de su hijo don José Ignacio, cuyas prendas le hacian presentir en él un distinguido abogado y un poderoso apoyo de su vejez. El jóven entró mui temprano al Colejio Carolino, y en sus aulas se distinguió desde luego por un talento precoz, un jenio pensativo y observador y una imaginacion singularmente vivaz.

La muerte empero de su padre hirió al jóven en medio de sus tareas, y le obligó a abandonar el colejio y salir en busca de recursos para cumplir los deberes que la situacion de su familia le imponia. Mui notoria debió ser su capacidad y mui segura su honradez cuando en 1806, teniendo apenas veintiun años de edad, le vemos instalado en la oficina de su padre ejerciendo un cargo público de tal confianza. Allí, en medio de sus ocupaciones mercenarias, el jóven Zenteno se entregaba al placer de los estudios, y anudando las rotas lecciones, se empeñaba en llegar al término de las aspiraciones que le habia hecho despertar su padre---recibir el plóma de abogado.

Acaso ignoraba que la Providencia le habia echado al mundo con mas altos destinos. La voz eléctrica de emancipacion comenzó por aquel tiempo a circular sacudiendo el cerebro y tocando el corazon de los hombres bien organizados. Zenteno tenia un alma mui noble para que no respondiese a este llamamiento, y de buena gana se habria dejado llevar del impulso de sus sentimientos patrióticos para tomar parte en los primeros movimientos de la revolucion, si los severos deberes de su oficio no se lo hubiesen vedado. En esos movimientos no habia riesgos que arrostrar, ni papel que pudiese desempeñar un hombre de posicion modesta. Las altas notabilidades de la colonia eran las que estaban llamadas a dar nuevo y desusado impulso al antiguo movimiento de las cosas.

Mas no bien se dejaron oír los primeros tiros de la guerra, cuando Zenteno sintió que perdía la calma de su espíritu, y no pudo quedar tranquilo en medio de sus espedientes y protocolos. Ofreció sus servicios al gobierno y en 1813 debió ser nombrado secretario de una tercera division que iba a organizarse en Santiago a las órdenes del coronel Lastra. La division no se formó al fin, y en 1814 Zenteno obtuvo igual nombramiento para otra nueva, que a las órdenes del teniente coronel don Manuel Blanco fué levantada a toda prisa y encargada de recobrar la ciudad de Talca, ocupada entónces por tropas realistas. El secretario, sin embargo, no llegó a salir a campaña. El director Lastra, cuya confianza se habia granjeado, le retuvo en Santiago para sacar mejor partido de su notable actividad; y a su lado y al del comandante jeneral de armas don Juan Mackenna permaneció sirviendo diversas comisiones, hasta que Lastra y Mackenna caye-

ron del poder a consecuencia de un movimiento revolucionario acaudillado por el jeneral Carrera. Zenteno cayó con ellos tambien, y no solo se vió alejado del servicio público, sino que tuvo que sufrir una prision de breves dias a que le condenó la junta gubernativa que de su propia autoridad habia suplantado en la silla al depuesto director.

El funesto descalabro de Rancagua, que ocurrió en seguida, confundió a todos los partidos en una desgracia comun. Una espesa hilera de emigrantes ocupaba el camino de Santiago a Mendoza: o'higginistas, carrerinos, rozistas, patriotas de todos colores iban allí envueltos unos con otros procurando a largo paso salir cuanto ántes de los términos de la infortunada patria. Zenteno, cuyos modestos servicios hasta entónces no le habian granjeado una situacion espectable, pasó desapercibido entre sus otros compatriotas y se encontró en Mendoza, libre de las garras enemigas, pero presa de la necesidad y aun de la miseria.

Bien pudo haberse acogido, como otros varios, al espontáneo favor con que los vecinos de Mendoza recibieron la emigracion chilena; pero Zenteno no era hombre para llevar la vida de un huésped holgazan. Dando de manó al puntilloso orgullo que enjendran el nacimiento y una educacion literaria, se propuso ganar la vida con el trabajo de sus manos. Llamóle la atencion un lugar nombrado la Estancilla, que está en el punto en que comienza cerca de Mendoza la gran pampa de Buenos-Aires. Allí erigió una venta, y él se colocó detras del mostrador. Su palabra insinuante, la afable atencion que dispensaba a los que visitaban la venta, la discrecion y oportunidad de sus conversaciones, el aseo y arreglo con que mantenía el mezquino ajuar del establecimiento, llamaron la atencion de todos, y en breve la venta de la Estancilla fué concurrida, no solo por los viajeros, sino por los vecinos de Mendoza, que iban a pasar allí algunos ratos de solaz. No faltó quien, notando el contraste que se hacía sentir entre el hombre y la posicion que ocupaba, o talvez herido de ciertas excentricidades de carácter que hacian mas picante su persona, llamase al ventero *el filósofo*, denominacion que fué mui del agrado del vulgo; pero en jeneral los concurrentes se retiraban siempre complacidos de la sagacidad con que sabía hacer tan agradable y cómodo un lugar tan pobre en sus elementos.

El jeneral don José de San-Martin, que gobernaba a la sazón la provincia, tuvo tambien el capricho de visitar la venta de la Estancilla para conocer al *filósofo*. El ojo penetrante del vencedor de San-Lorenzo descubrió en el intelijente ventero el hombre de que necesitaba para realizar los grandiosos proyectos que le tenian preocupado. Sin vacilar un instante le propuso el empleo de secretario de la intendencia, que Zenteno aceptó gustoso, y desde ese momento quedó establecida entre ambos una estrecha amistad y estimacion, que no fueron parte a relajar ni los contrastes de la política, ni el tiempo, ni la distancia.

Es conocida la táctica con que el jeneral San-Martin preparaba el ejér-

cito con que espedicionó sobre Chile. Sus artes y sus precauciones daban a aquella empresa la apariencia de una conspiracion. Ocultaba cuanto le era posible sus designios a sus mas íntimos colaboradores, fraguaba falsas correspondencias que hacía llegar a Chile para hacer salir de quicio el ánimo del presidente Marcó; de ordinario engañaba a sus propias tropas con órdenes destinadas a disimular sus verdaderos planes. El secretario le acompañaba maravillosamente en estos afanes. Su cabeza fecunda en recursos, su perspicacia, el arte con que sabía conducir las cosas por caminos especiales hasta llegar a su fin; eran de grande auxilio al jeneral; y aun el hábito adquirido de mantener en arreglo los papeles de una oficina, cuadraba mui bien en aquellas circunstancias en que se requería tanta laboriosidad, tanta habilidad como orden. Multiplicadas en gran manera las atenciones de la guerra, San-Martin, de acuerdo con el gobierno de Buenos-Aires, le nombró secretario especial de aquel ramo en enero de 1816, y posteriormente el 18 de diciembre del mismo año, le confirió, en recompensa de sus buenos servicios, el empleo de teniente coronel de infantería de línea, empleo que el gobierno de Chile ratificó en seguida. Sea dicho de paso, y como un testimonio de la abnegacion con que los patriotas se consagraban entónces al servicio de la república, el secretario Zenteno apénas gozaba el sueldo de 25 pesos mensuales.

La espedicion libertadora se movió al fin, y al atravesar los Andes hizo resonar sus cumbres con el estrépito de una gran victoria. La ciudad de Santiago fué rescatada, y ella proclamó como supremo director de la república que estaba aun por erijirse, al benemérito jeneral O'Higgins. O'Higgins partió la tremenda responsabilidad de su nuevo puesto con el secretario Zenteno, a quien llamó a su lado encargándole el despacho del ramo de la guerra. Cualquiera podrá formarse idea de las tareas que estaban cometidas entónces a este funcionario. Crear ejércitos, armarlos, equiparlos, destinarlos; hacer brotar de la nada hombres y elementos; darles el orden y la concentracion necesaria para llenar su objeto, hé aquí la ocupacion que absorbía casi entera la atencion del gobierno. Cuatro grandes batallas, Chacabuco, Talcahuano, Cancha-Rayada y Maipo se sucedieron en el espacio de un año, consumiendo cada una de ellas gran parte de los elementos acumulados a tanta costa. La actividad del gobierno, en medio de la penuria en que el país se hallaba, debía ser mui grande, y aun cuando la república tenía un buen número de intelijentes servidores, no cabe duda que una gran parte de estos trabajos, la principal sin duda, debió recaer sobre el ministro de la guerra. La salud de hierro de que estaba dotado, le permitía en efecto dirigir su atencion sobre todos los puntos, y despachar diariamente hasta la alta noche los multiplicados pedidos y exigencias que de todas partes se le hacían.

Dos meses permaneció el gobierno despues de la batalla de Chacabuco evacuando las providencias que demandaba la ocupacion de las pro-

vincias centrales. Al cabo de ese tiempo (abril 16) el director supremo se trasladó al sud y llevó consigo al secretario Zenteno. Rudas penalidades les aguardaban allí por la resistencia obstinada de la plaza de Talcahuano, en donde el coronel Ordoñez habia recojido una buena parte del roto ejército español. Asaltos, dura estrechez de un largo sitio, no bastaron para rendir la porfiada obstinacion de los defensores; pero en cambio la frontera con todas sus plazas y el estenso territorio de Maule y Concepcion, que habia sido el arsenal del ejército realista, quedaron sometidos al poder de los independientes, y sufrieron en su réjimen militar y administrativo las profundas modificaciones que hacía necesarias el cambio de su condicion política. Zenteno entónces (agosto) regresó a Santiago, adonde le llamaban atenciones de un órden superior, y recobró cerca del gobierno delegado el despacho de la secretaría de la guerra, mas laboriosa y mas pesada que otras veces a medida del ensanche colosal que tomaban nuestras fuerzas militares. Miéntras O'Higgins engrosaba el cuerpo de operaciones sobre Talcahuano, San-Martin organizaba otro bajo su direccion inmediata en el campo de las Tablas. Entre los dos se llegaron a contar sobre doce mil soldados, la mayor fuerza armada de que haya dispuesto la república.

En esta coyuntura llegó la noticia de que una espedicion considerable, compuesta de cuerpos recién venidos de la península, se preparaba en Lima para invadir a Chile, ya por Talcahuano, ya por el puerto de San Antonio. Fué menester trazar un plan de operaciones que permitiera hacer frente a esta invasion, que tenia tan estensa costa franca para desarrollarse, y que pusiese en relacion, y en estado de prestarse mutuo apoyo los dos cuerpos del ejército independiente, separados entre sí por tan larga y escabrosa distancia. Zenteno fué escojido para este encargo. El visitó los dos campamentos, oyó a los jenerales, y madurando con ellos sus indicaciones, logró que se pusiesen de acuerdo para la próxima campaña que se debia abrir.

Cúpole a Zenteno por esta vez una gloria que le puede envidiar cualquiera. En medio de los azares de la invasion, que parecia formidable, el director O'Higgins quiso que la independendencia nacional se proclamase solemnemente a la faz del mundo, y que los ciudadanos prestasen juramento de sostenerla con sacrificios sin tasa. El documento en que debia constar este grande acto, ese documento que era la auténtica echada en el cimiento de la nueva nacion y que debe cobrar con el curso de los siglos una veneracion cada vez mas creciente, fué redactado por Zenteno, y sancionado con su firma; alta honra reservada a las almas fuertes que, como la suya, tuvieron resolucion bastante para arrostrar las fatigas, las responsabilidades, los peligros que imponia el cargo del gobierno en aquellos solemnes momentos.

Aun le cupo otra satisfaccion bien lisonjera. El dió a la república su

actual pendon, ése símbolo querido de nuestra nacionalidad, a cuya vista late y se enciende de orgullo todo corazón chileno.

La expedición anunciada desembarcó en Talcahuano, y en conformidad de los planes acordados, los dos cuerpos de nuestro ejército marcharon a unirse en la ciudad de Talca. Lo serio de las circunstancias concentró en el ejército toda la vitalidad de la república. Allí también Zenteno debió hallarse presente en su carácter de secretario de la guerra, y uniéndose como lo tenía de costumbre los trabajos del bufete, con las penalidades y las fatigas del soldado, hizo la campaña subsiguiente y asistió a las funciones de Cancha-Rayada y Maipo. En medio de las cargas a la bayoneta que decidieron en esta última la suerte de Chile, Zenteno redactaba el parte de este fausto suceso, y anunciaba a los pueblos que su independencia desde aquel instante quedaba perpetuamente consolidada.

Zenteno mereció una recomendación especial en el parte detallado de la batalla que se dió mas tarde, y el supremo gobierno recompensó sus servicios confiriéndole el grado de coronel y la medalla de oro de los vencedores.

La batalla de Maipo fué la pira en que se consumió todo entero el poder español. El estandarte de la independencia se paseó sin obstáculo desde el norte hasta la Araucanía, y las débiles reliquias enemigas que quedaron esparcidas en esta o aquella plaza de la frontera, fueron a buscar un asilo a la distante plaza de Valdivia, poniendo de por medio el territorio de los indijenas. No por eso, sin embargo, el afán del gobierno tuvo un momento de reposo. Su atención sobre la marcha se dirigió a la marina, y se comenzó con decisión a trabajar en los aprestos de una grande escuadra, que era de tiempo atras el objeto de su vehemente anhelo. El coronel Zenteno vió abrirse a sus tareas un campo tan importante como desconocido y ajeno para él. El se veía constituido en ministro de marina, y probablemente no habia pisado jamas la cubierta de un buque. No por eso su ánimo se arredró, ni rehusó con frias escusas el nuevo servicio que se le exijia. Trasládose a Valparaíso y allí, metido a bordo de diversas naves, comenzó a estudiar desde sus fundamentos el ramo que estaba encargado de dirigir. Examinó con detención las cuernas, las costillas, todo lo que constituye la solidez del casco de un buque; se hizo cargo del velámen, de la aparente complicación del sistema de cordaje; se hizo explicar el oficio de todas las piezas, hasta el mas pequeño moton, hasta la mas insignificante espiga: muchas veces se le vió al rayo del sol colocado en la tabla del calafate viendo tapar con filástica la juntura de los forros. De allí pasó al orden del servicio náutico y militar, y al oficio que desempeñan en la nave las diferentes personas que la tripulan de capitan a paje. Tomó razón de los víveres que consumían, del equipo que necesitaban y del sueldo que debían gozar. Se echó al cuerpo las ordenanzas de la marina española, y quedó en breve tan in-

telijenciado en todos estos pormenores que podia apreciar por sí, y sin el informe de oficiales prácticos los pedidos abrumadores que cada capitán de buque dirijia por momentos al gobierno. La escuadra estaba tripulada por multitud de extranjeros deseosos de correr las aventuras de la suerte, y que sin amor al servicio, ni interes patriótico por la causa que se comprometian a sostener, no perdian ocasion de demandar sin tasa ni medida, a favor de la ignorancia en que suponian a las autoridades, todo cuanto podia presentarles una oportunidad de medrar. Dícese que conociendo esto mismo el gobernador de Valparaíso, dió en decretar los pedidos concediendo solo la mitad, y que habiendo solicitado cierto capitán un bote, recibió con estrañeza la providencia de costumbre. El ministro de marina se habia puesto en aptitud de conocer y remediar estos abusos, y en cuanto lo permitia la delicadeza esquisita de las circunstancias, pudo precaver no pocas defraudaciones.

No es de este lugar narrar las proezas de la escuadra. Son conocidas de todos la toma de la *Maria Isabel* y su convoi, ocurrida en Talcahuano el 23 de octubre de 1818, seis meses despues de la batalla de Maipo, bajo la direccion del contra-almirante Blanco, y las dos campañas marítimas que al mando del lord Cochrane ejecutó en seguida sobre las costas del Perú. En un breve instante las armas chilenas, triunfantes en tierra, dominaron el océano y se ostentaron potentes ante el solio de la dominacion del rei de España en la metrópoli de Lima. Ciertamente que fué eso un prodijio.

Pero para tormento del ministro de guerra y marina, los triunfos del ejército y escuadra no hacian mas que atraer odiosos compromisos sobre su persona. De parte de tierra, el jeneral San-Martin, arrogante y pretensioso, acosaba al gobierno con exigencias diarias. El podia mucho como jefe de las armas argentinas, y se le debia mucho tambien. El ejército chileno no contaba por desgracia con ningun jefe de bastante prestigio que pudiéra colocarse a su cabeza, ni en el ejército argentino, tan propenso a la insubordinacion y al descontento, podia soplarse el jermen de la desunion sin esponerlo a un cataclismo. San-Martin tenia que ser omnipotente dueño de la situacion.--No estaba en mejor estado la marina. Lord Cochrane habia traído consigo una falanje de jóvenes marinos tan gallardos y apuestos como él, entre los cuales habia dividido los mandos y las comisiones. La escuadra le pertenecia a él de hecho y al gobierno solo de derecho, de ese derecho que es tan débil en tiempos de guerra. La escuadra podia mudar de bandera cuando su almirante lo ordenase, y apenas habia otra garantía contra este fatal contratiempo que los caballerosos sentimientos personales de su cáudillo. El gobierno intentó quebrantar en parte aquella absoluta influencia, alzaprimitando a los capitanes Guise y Spri que habiendo venido al país de su cuenta propia, no pertenecian al círculo del almirante; pero sus conatos no sirvieron sino para des-

pertar emulaciones, cargos, recriminaciones y represalias de parte del almirante contra los ahijados del gobierno.

En verdad el gobierno se hallaba en la mas mortificante situacion en que se puede hallar gobierno alguno. Aparente dueño de un ejército de tierra formidable y de una escuadra sin rival, era en realidad esclavo de los caudillos que comandaban el uno y la otra. Para colmo de embarazos se le ocurrió a lord Cochrane tomar el mando de la expedicion libertadora, y ser jeneralísimo de mar y tierra. La debilidad de la escuadra española en estos mares no le prestaba ocasion alguna de desplegar su potente jenio, ni el servicio pasivo de la nuestra era para satisfacer ni con mucho las aspiraciones de su alma altiva. Para no sufrir un chasco en su venida a estos países, no le quedaba mas partido que acometer una grande empresa y hacerse el restaurador del imperio de los Incas. San-Martin por su parte miraba de tiempo atras aquella empresa como suya y no estaba dispuesto a cederla a nadie. Los dos caudillos se hicieron pues rivales, y su ojeriza se pronunciaba en forma de quejas, renunciaciones, pretensiones y denuestos, que caian sobre el gobierno dispensador de los títulos e investiduras a cuyo favor iba a emprenderse la expedicion.

Fácil es comprender que la nombradía y la pericia de uno y otro de aquellos jefes eran indispensables para el buen éxito de la empresa. Por lo mismo todo el conato del gobierno se cifraba en conservar a los dos en su servicio, y en hacerlos emprender juntos la gran cruzada de libertad que estaba preparando. Figúrese cualquiera qué maña y qué sagacidad se necesitaban para aplacar las prevenciones mutuas de los dos rivales, para hacerlos dóciles a los intereses de la América sacrificando su ambicion personal, para conciliar sus pretensiones, y aun para hacerles de cuando en cuando reconocer sus deberes de súbditos! El consejo no era escuchado, la autoridad no imponia, la amistad era débil ante las exigencias de la ambicion y del orgullo. Ciertamente las exacciones de dinero bajo todas las formas y denominaciones imajinales, los reclutamientos y prorratas de hombres y animales, y todas las vejaciones con que la autoridad omnímoda del gobierno arrancaba a los particulares su fortuna para organizar la expedicion, todo eso, decimos, era poco al lado de la pension que imponia la malquerencia de los jenerales expedicionarios; y estamos en la intelijencia de que, aparte de los grandes intereses políticos que aconsejaron la expedicion libertadora del Perú, mas de una vez el gobierno se sintió inclinado a apurar los preparativos solo por el deseo de verse libre de los sinsabores que su rivalidad y su petulancia le ocasionaban.

Es fama que el coronel Zenteno llevaba el peso de este negociado. Transijiendo a veces en el cumplimiento de sus propias providencias para obtener una parte, si no el todo, de lo que se queria, prestándose otras a mediaciones, estimulando a alguno por aquí, y retirando a otro por allá, logró mantener las cosas en un razonable equilibrio, y aun consiguió al

fin que el orgulloso marino, tascando el freno de la obediencia, marchase a las órdenes de su rival. La espedicion fué lanzada sobre las costas del Perú, y allá fué a estallar la tempestad.

Con la salida de la espedicion libertadora cambió de escena la república. A las armas sucedió la política, a los ejércitos las convenciones, a los aplausos de la victoria las murmuraciones de los descontentos. Nuevos ministros, que pretendian corresponder a las exigencias de la nueva situacion, entraron a tomar parte en la direccion de los negocios públicos, y entre ellos figuró mui en gran manera el de hacienda don José A. Rodriguez Aldea, que tomó posesion de su puesto el 2 de mayo de 1820.

Rodriguez era un hombre de mucho ingenio y maña, adornado de una vasta instruccion legal, que hacía estensiva al derecho público y a otros ramos del saber humano. Aunque se habia mantenido siempre ajeno de los negocios de hacienda que el director le confiara, supo hacer frente a las serias dificultades de la situacion, reglamentó el servicio y tomó providencias que si no le acreditaban de un profundo financista, por lo ménos sostenian justamente su reputacion de hombre hábil. Pero Rodriguez habia figurado hasta entónces en el bando realista, en donde habia gozado de influencia y ejercido cargos de importancia: su nombre no tenia las simpatías de la opinion, y con razon o sin ella dióse en murmurar con harta acritud de su conducta funcionaria, culpándole de manejos poco delicados con los intereses del fisco y hasta de prevaricatos.

El ministro de la guerra no pudo jamas entenderse con su coléga. Sea que los separasen instintivamente las condiciones del carácter personal, o las tendencias de los opuestos bandos a que habian pertenecido; sea que cada uno reconociese en su coléga la capacidad y el deseo de preponderar en el ánimo del director supremo, ello es que ambos dieron en mirarse de reojo y acabaron al fin por hacerse abiertamente la guerra. Por un momento Zenteno llegó a prevalecer, habiendo sido separado Rodriguez del ministerio (14 de setiembre de 1821) con el pretesto de una mision diplomática cerca del gobierno del Perú; pero este triunfo fué efímero: el mismo Zenteno tuvo que retirarse de los consejos del director (8 de octubre) y ceder la victoria a su rival, que, no habiéndose movido de Santiago, recobró sobre la marcha su puesto. Del mismo modo que su competidor lo habia hecho anteriormente, Zenteno se retiró conservando el título de ministro de la guerra, y fué a servir la gobernatura política y militar de Valparaíso, a la cual estaba anexa la comandancia jeneral del departamento de marina.

¿Cuál fué la causa de esta separacion dorada? ¿Fué nada mas que la rivalidad personal con el ministro de hacienda motivada por pretensiones de dominar sobre el ánimo del director? fué desagrado por los manejos que se atribuian a aquel coléga? fué desacuerdo de principios políticos sobre el curso que debia darse a la administracion pública? Este punto ha quedado

envuelto en las sombras del misterio, y no hemos encontrado quien nos dé razon de las íntimas agitaciones que perturbaron el ministerio del director O'Higgins en la época a que nos referimos. Talvez todas aquellas causas concurren simultáneamente; talvez preponderó una sola.

El contratiempo experimentado por Zenteno, si bien le separó de los consejos, no le privó del afecto personal del director O'Higgins. Este le habia conferido el empleo de coronel efectivo de infantería el 17 de junio de 1820, en los momentos de zarpar la expedicion libertadora del Perú, a cuya creacion habia contribuido en tan gran manera, y poco despues de su separacion del ministerio, el 13 de abril de 1822, le confirió el de brigadier, último puesto de la escala militar a que alcanzó en su vida. El jeneral San-Martin, constituido en el rango de protector del Perú, le condecoró tambien por el mismo tiempo con el diplóma de benemérito de la Orden del Sol, declarándole acreedor al reconocimiento de la patria y de la posteridad. Ya de antemano gozaba, en materia de distinciones honoríficas, la condecoracion de mayor oficial de la Lejion de Mérito, creada por el gobierno de O'Higgins en 1817 para premiar a los esforzados patriotas que habian cooperado eficazmente a la restauracion de la república. Bellas distinciones que el tiempo y las ideas han hecho caer en olvido, pero que entónces marcaban el valimiento de las personas que las obtenian.

Es escusado decir que en su gobierno de Valparaíso, Zenteno desplegó las dotes de un intelijente y celoso administrador. Muchas mejoras materiales le debió aquella poblacion, entre ellas la calle nueva que se abrió a sus instancias y que hoi figura en primera línea. Su discrecion y afables maneras le granjearon la estimacion de todos los vecinos; y su prescindencia de la política del gobierno, entónces blanco de un jeneral disgusto, le atrajo de tal modo el aprecio público, que habiendo ocurrido la deposicion del director O'Higgins, el pueblo de Valparaíso, reunido en cabildo abierto, reasumió la soberanía y se dió un gobernador. Este gobernador, tan del agrado del pueblo, fué el mismo jeneral Zenteno. La junta gubernativa que habia tomado las riendas del estado, tuvo a bien ratificar este nombramiento en una nota que nos sentimos inclinados a reproducir. Dice así: «Ministerio de gobierno.---La junta gubernativa me ordena esponer a U. S. que la mas sublime recompensa que pueden recibir los servicios de un majistrado, es la confianza y agradecimiento de los pueblos; y que en la aclamacion que para jefe político y militar de Valparaíso hicieron sus habitantes en la noche del 29 último, mira S. E. un homenaje rendido al mérito de U. S. Su Excelencia no solo ratifica este nombramiento, sino que añade el de comandante jeneral del departamento de marina con todas las atribuciones y facultades que haya U. S. ejercido hasta aquí. Al significar a U. S. estos sentimientos de la junta gubernativa, tengo la satisfaccion de felicitarle por el testimonio de gloria que ha recibido U. S., y ofrecerle las seguridades de mi

consideracion.---Dios guarde a U. S. muchos años.---Santiago, febrero 3 de 1823.---*Mariano de Egaña.* »

No fué tan grata la permanencia de Zenteno a las administraciones que sucedieron a la junta gubernativa. Los partidos comenzaron a fermentar en Chile, y tuvieron en breve tiempo un desarrollo bastante para producir escenas escandalosas, para trastornar el natural buen criterio de la sociedad, y sumerjir el gobierno y la república en un dédalo de confusiones y de intrigas de que la historia todavía no ha dado cuenta.---Tampoco Zenteno estaba mui satisfecho de la marcha de las cosas. Hombre de autoridad, ministro de gobierno en una época en que la plenitud del poder concedida al director supremo habia permitido ejecutar maravillas, él no podia ver sin dolor la inestabilidad de las cosas, el cambio casi diario de ministros, de planes y de tendencias que se operaba en torno del director Freire, las asonadas que resolvian los mas graves asuntos de estado, el desprestijio en fin de esa autoridad que bien dirigida era en su concepto la única esperanza de la república. Con tales antecedentes era fácil prever que no estaba distante el momento en que el gobernador de Valparaíso, cediendo al movimiento convulsivo que sacudia la república, dejase vacante aquella importante pieza de la administracion.

Un suceso a la vez político y económico vino a producir aquel resultado. El gobierno, deseoso de reprimir el contrabando y regularizar la marcha del comercio en Valparaíso, espidió diversos decretos mui mal acordados que produjeron una gran fermentacion entre los vecinos de aquel puerto. El desagrado del vecindario habia sido preparado y atizado por diversos incidentes, que en aquella época de libertad, hirieron profundamente las fibras de los ciudadanos. Resolvióse pues hacer una gran junta popular y elevar al congreso una vigorosa representacion, que envolvia agrias quejas contra el ministerio. El gobernador de acuerdo con los vecinos, y adicto a su causa, no se curó de poner coto al movimiento. El congreso a la sazón era compuesto de los diputados de la provincia de Santiago, en que predominaban por el número y la influencia los mas decididos partidarios del depuesto director O'Higgins. Inútil es decir que el congreso y el presidente de la república se hallaron desde luego en abierta contradiccion, y que no pudiendo subsistir el uno al frente del otro, ponía cada cual en juego todos sus recursos para echar por tierra a su adversario. La representacion del pueblo de Valparaíso encontró naturalmente la mas decidida proteccion en el congreso, el que requirió al presidente de la república para que se abstuviese de proceder contra los peticionarios. El presidente, que habia destacado una division militar sobre aquel puerto a las órdenes del jeneral Borgoño, no se sintió dispuesto a acceder del mejor grado. Siguiéronse agrias recriminaciones: el congreso creyéndose desobedecido, hizo concurrir a las autoridades civiles, eclesiásticas y militares para que le jurasen obediencia, y habiéndose retirado de la ciudad el presidente, declaró vacante su puesto

y procedió a elegir sucesor; pero el presidente regresó en breve al frente de buenas tropas, disolvió el congreso, desterró a sus miembros principales, apaciguó la inquietud de Valparaíso, y envió fuera del país a su complaciente gobernador. Zenteno, previendo este lance, se había asilado a bordo de la fragata de S. M. B. *Britton*, y ahí recibió obligantes testimonios de adhesión del cabildo y del pueblo que había gobernado con jeneral satisfacción por espacio de cinco años.

La vida pública de Zenteno termina aquí. Si al cabo de tres años de espatriación volvió a Chile habiendo logrado previamente que un consejo de guerra solicitado por él juzgase de su conducta en la ajitación de Valparaíso, y le diese una completa absolución, no fué para tomar parte en las contiendas que tenían ajitada la república. Zenteno no era de esos hombres en quienes el pecho hierve por ambición de mandos y de honores. Patriota sincero, se ofrecía decidido en los lances críticos en que el cálculo de las probabilidades hiela el corazón de los mas. Cuando había en la arena multitud de aspirantes que pretendían dirijir la república ya salvada, y se figuraban allá en sus dorados sueños adquirir prestigio y gloria en contiendas de palabras contra hermanos, entónces Zenteno apartaba su vista con desden y se iba a recojer en el secreto de la vida privada. Modesto por carácter, escusaba cuanto le era posible poner en juego su personalidad, y aun creía que los hombres que se habían preparado para las rudas tareas de la guerra de la independencia, debían ceder su puesto a los que tuviesen la misión de organizar y formular las instituciones de la república. Por eso fué que no tomó compromiso en la revolución de 1829 y 1830, y que, a imitación de aquellos antiguos próceres de Roma, fué a consagrar sus fuerzas al cultivo del campo.

Pobre y reducido fué su negocio. El antiguo ministro del tiempo de los secuestros y de las confiscaciones; el hombre de influencia que gozando de todos los favores del poder atravesó una época de estorciones, de dilapidaciones y de desórdenes financieros, apénas tenía como establecerse de arrendatario en un fundito a las inmediaciones de la capital. Allí reconcentró sus aspiraciones y se abrió un nuevo porvenir. Su familia, que comenzaba ya a demandar sus cuidados, ocupó el lugar del servicio público que hasta entónces había preocupado su atención.

Sin embargo, un hombre de la importancia de Zenteno no podía mantenerse separado totalmente de los intereses públicos. En los momentos en que la revolución triunfante de 1829 se instalaba en el lugar de las autoridades depuestas, el congreso de plenipotenciarios llamó a los jefes y autoridades de diversos órdenes para que le prestasen obediencia. Muchos rehusaron su adhesión, y fueron separados de sus destinos y dados de baja de sus grados militares. Zenteno no fué de este número. El reconoció el congreso, y dió a conocer así ese ojo certero y práctico que entiende el curso de las cosas, y que acepta de antemano en bien de la paz pública los he-

chos que han de consumarse mas tarde a despecho de la resistencia de los unos y de la malquerencia de los otros.

El gobierno le llamó poco despues (abril de 1831) a desempeñar la comandancia jeneral de armas e inspeccion jeneral del ejército, empleo que ejerció dos años.

Fué nombrado miembro de una comision encargada de arreglar la contabilidad del ejército, y despues, de otra que tenia por objeto formar un reglamento de la guardia nacional, institucion que naciendo en Chile sobre bases peculiarísimas, no se sabe todavía a qué interes responde.

La sociedad de agricultura le contó entre sus miembros fundadores, habiendo dirijido por algun tiempo como presidente la seccion de policia rural y lejislacion agrícola.

Constituida la universidad de Chile, recibió el diplóma de miembro de la facultad de leyes y ciencias políticas.

Fué tambien nombrado ministro de la corte de apelaciones en sala marcial, y ejerció este destino hasta su fallecimiento.

Finalmente, los departamentos de Santiago y la Victoria unidos le nombraron diputado al congreso nacional para el trienio que comenzó en junio de 1846, y la cámara le colocó en la mesa directora de sus trabajos con el título de vice-presidente.

En todas estas comisiones Zenteno mostró aquel pulso que aprecia con profunda exactitud la materia que le está sometida. El tenia algo de orijinal en sus vistas como hombre acostumbrado a pensar por sí y a leer en el gran libro de la naturaleza. Su palabra era lenta; pero salia preñada de sentido y refulgente por la fuerza de la imájen. Nunca pudo decirse que su intervencion era estéril, cualquiera que fuese el asunto sobre que se le llamase a discurrir. En la cámara misma, para la cual no estaba preparado, el peso de su voto daba prestigio a la cuestion y alentaba a los sostenedores de la causa a que se adheria. Decimos que no estaba preparado para el parlamento, porque en efecto él era mas bien para el consejo que para la tribuna; pero no habia materia que se sometiese al exámen de la lejislatura, de la cual no fuese dueño, y ¡cosa estraña! se le oia discurrir con majistral acierto en la formacion del reglamento interior de la cámara, encomendado a una comision de que fué presidente y en que se daban reglas sobre la direccion de los debates, y el curso intrincado de las indicaciones y de las enmiendas.

¿Se quiere conocer en Zenteno al hombre íntimo, al hombre privado? En cuanto es dado a la historia tocar esta materia vedada a sus investigaciones, nosotros que le tratamos amigablemente en sus años postreros, podemos afirmar que el aprecio que inspiraba su persona se fortalecia cada vez mas por el conocimiento de sus prendas morales. Ningun sentimiento odioso abrigaba su corazon contra aquellos que habia tenido que combatir durante su vida pública. El juzgaba de los hombres y de las cosas co-

mo si pertenecieran a una época que no fuera la suya. Consecuente en sus amistades, era solícito en cultivarlas y en prestar a todo el mundo las atenciones que la sociedad prescribe. Alguna vez estuvo en nuestro poder un diario confidencial que tenia la estraña ocurrencia de llevar, y en que anotaba las obras del dia, los resultados y operaciones de sus negocios, y hasta las mas tenues emociones de su alma. Perdónenos su sombra si arrancamos dos pájinas de este libro secreto, y traicionamos su deseo revelando lo que él pensó tener siempre oculto; pero dos notas que tomamos entónces al acaso y que conservamos por casualidad, hablan tan elocuentemente a nuestro propósito, que no podemos resistir a la tentacion de transcribirlas.

«Octubre 25 de 1839.---Asistí al entierro de mi condiscípulo don Cárlos Rodriguez. ¡Que Dios haya perdonado sus culpas, como suplico a su Divina Majestad se digne perdonar las mias! Jóvenes en un tiempo, arrojados impetuosamente en medio de una revolucion política, ¡cuántos errores, cuántos crímenes acaso habremos cometido! Dios tenga misericordia de nosotros. *Tibi soli peccavi et malum coram te feci.*---Mas---*secundum magnam misericordiam tuam dele iniquitatem meam.*»

«Abril 14 de 1842.---Fuí a la ciudad a reparar un destrozo de carretas: la del vecino N. rindió el eje de la calle; se tomó otra prestada, y a poco andar le sucedió lo mismo. ¡Castigo justo de mi imprudencia! Demasiado sabía que nuestras carretas (las comunes al ménos) no aguantan el peso que les he puesto, es decir, el de treinta a treinta y siete quintales; pero lo hice por el miserable ahorro del costo de unos cuantos viajes. Siempre tengo en boca la máxima de que lo barato sale caro; pero en su aplicacion la olvido las mas veces. Así es como en la práctica nos burlamos de nosotros mismos contradiciendo nuestras buenas teorías. Hablamos como filósofos y obramos jeneralmente como brutos. Este es el hombre. ¿No habrá algun remedio para este mal? Sí; el de una educacion severa y esmeradamente filosófica.»

¡Cuánta filosofía, cuánta bondad, cuánta profundidad encierran estas palabras!

La república tenia en el jeneral Zenteno uno de sus mas leales e inteligentes servidores, un pensador profundo, uno de sus mas puros y eminentes ciudadanos. Dios le llamó a sus puertas a la edad de 62 años, y él, lleno de una resignacion relijiosa que ejemplarizaba, le entregó su alma el 16 de julio de 1847.

ANTONIO GARCIA REYES.

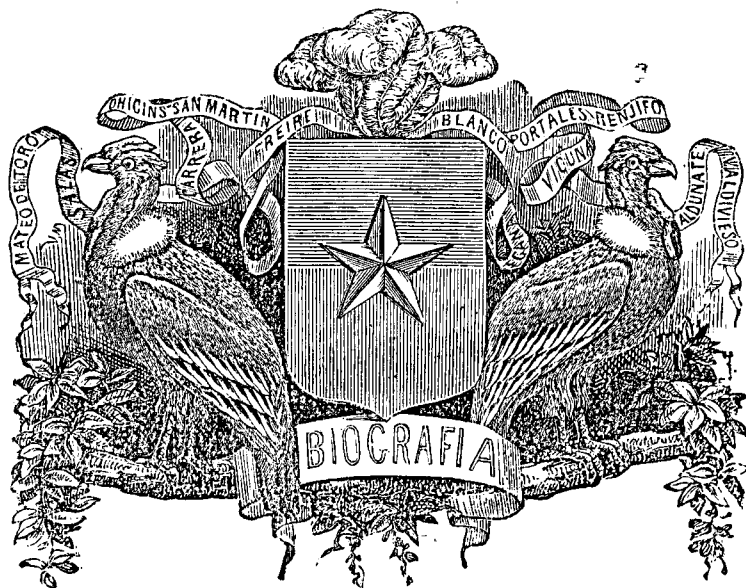
GALERIA NACIONAL.



Dibujado y publicado por N. Desmadril

JOSÉ GASPARD MARIN.

D^a José Gaspar Marin



XV.

DON JOSÉ GASPAS MARIN.



NO de los deberes mas sagrados que reconocemos es el que nos impone la gratitud respecto de aquellos individuos que habiendo consagrado su existencia al bien de la patria, y sacrificado en sus aras el reposo y la felicidad, tienen un derecho incontestable a la buena memoria de las jeneraciones futuras. Si la independendencia, la gloria, la prosperidad que gozamos, son el fruto de sus jenerosos sacrificios, justo es recordar sus virtudes, y tributar a sus cenizas el homenaje de una veneracion respetuosa y de un vivo y sincero reconocimiento. Pero como por una fatalidad estraña sucede a veces que algunos nombres ilustres queden sepultados en el olvido, creemos de nuestro deber recordar al doctor don José Gaspar Marin, como uno de los ciudadanos que figuraron con mayor esplendor en la época feliz de nuestra emancipacion política, y dar una ojeada rápida sobre su laboriosa e interesante vida, que además de estar ligada a los principales acontecimientos de nuestra revolucion, ofrece rasgos dignos de consignarse a la posteridad, ya se le considere como patriota, ya como majistrado, ya como padre de familia, practicando las virtudes privadas, y encontrando en ellas y en la elevacion de sus sentimientos un asilo contra los reveses que le acompañaron constantemente hasta el término de sus dias.

Nació don José Gaspar Marin el año de 1772 en la ciudad de la Serena de una de las mas nobles familias que existian allí desde el tiempo de la conquista. Su padre, rico encomendero, y vecino honrado de la provincia, se llamó don José Fermin Marin y Aguirre; y fué su madre doña Francisca Esquivel y Pizarro, señora de distinguido mérito y poco común hermosura. Reconocidas por sus padres sus felices disposiciones para el estudio, le remitieron al colejio de San Carlos, donde se educaba entónces toda la noble juventud chilena. Su aplicacion incesante, su despejado entendimiento, una memoria feliz, y lo que es mas que todo esto, aquel noble deseo de distinguirse que es el móvil de las grandes almas, fueron parte a que recorriese en pocos años la serie de conocimientos que se consideraban necesarios para dedicarse a la carrera del foro, apesar del obstáculo que la debilidad de su salud podia oponer a sus progresos. Amado de sus superiores, respetado de sus contemporáneos, el jóven Marin fué a todas luces un estudiante distinguido, y su carrera literaria le ofreció en lo sucesivo frutos abundantes de este primer trabajo, y dias de gloria que le indemnizaron ampliamente de todos sus sacrificios. Un acto jeneral de filosofía fué el primero de sus triunfos. Diósele despues el grado de licenciado y doctor en teología, y de bachiller en sagrados cánones y leyes. Pero el teatro en que debian campear la viveza de su ingenio y la copia de conocimientos que habia adquirido, era las oposiciones a las cátedras. Hacíanse estas funciones de universidad con el mayor aparato, y el pueblo culto de Santiago, extraño por entónces a las ideas políticas, tomaba en ellas un interes extraordinario, con el que inflamándose el ánimo de los contendores, se hacian tales esfuerzos para obtener la corona, que en muchas ocasiones vaciló la mano de los jueces, no acertando a decidir sobre cuál cabeza debian colocarla. El doctor Marin se presentó en la liza, y siempre supo captarse la admiracion y los aplausos del auditorio. Diósele en propiedad y por aclamacion la cátedra de *Decreto*; y conformándose a los usos de la escuela, se doctoró en las facultades de sagrados cánones y leyes. En este mismo tiempo fué presidente de la academia de abogados; y era tal su amor a la ciencia, que, no solo no se le vió jamas dispensarse de las asistencias y demas obligaciones de sus respectivos cargos, sino que deseoso de propender al adelantamiento de la juventud, enseñó gratuitamente *Instituta* a varios individuos que hoi contribuyen con sus servicios a la prosperidad y a la gloria de la patria. En el año ocho obtuvo la asesoria del consulado, desempeñándola siempre a satisfaccion del público, y de las muchas personas que han compuesto aquel tribunal por un dilatado número de años. Afable y atento en sus maneras, ilustrado mas de lo que permitian serlo en aquel tiempo la falta de libros y todas las trabas que ponía a la instruccion el sistema colonial, respetado por un carácter de probidad, firmeza y desinteres, jeneralmente reconocido, el doctor Marin estaba destinado a representar un papel brillante en nuestra revolucion, desenvolviendo en

ella el jérmen de aquellas virtudes patrióticas que debian eternizar su nombre.

El movimiento de 1810, tan grande en sí mismo, como fecundo en resultados de toda especie, le abrió en efecto una nueva senda de gloriosos trabajos y de amargos padecimientos.---Un impulso simultáneo habia conmovido toda la América meridional. Los sueños de independendia y libertad que recreaban la imaginacion de los pocos americanos pensadores que habia en aquella época funesta de humillacion y servidumbre debian realizarse; y estaban contados los dias de la dominacion europea sobre nuestro continente.---Depuesto en el mes de julio de 1810 el mandatario español, a causa de un atentado cometido en las personas de tres ilustres ciudadanos, o talvez por el impulso que inclinaba todos los ánimos hacia la independendia, le subrogó en el mando del reino el conde de la conquista señor don Mateo Toro, quien nombró para asesor de la presidencia al doctor don José Gaspar Marin. Esta eleccion alarmó en extremo a los satélites del despotismo, que aun no habian perdido su influjo, y trabajaron eficazmente en su separacion. Conocian ellos los verdaderos sentimientos del asesor, y temian por consiguiente inclinase el ánimo del conde a sustraerse enteramente del dominio de la metrópoli, conmovida entónces por la invasion de Bonaparte. El señor Marin creyó de su deber dejar un cargo que le parecia no poder conservar sin ofender su delicadeza; pero llamado de nuevo y casi al instante por el presidente, que le estimaba sobre manera, le continuó sirviendo con tanto mayor gusto, cuanto se proponia trabajar en consorcio de una porcion escojida de virtuosos chilenos, en allanar el sendero para que se efectuase la formacion de un gobierno nacional, obra difícil por cierto, si se atiende a la complicacion de los intereses, y al prestigio que ejercian aun las viejas instituciones sobre la ignorancia y las preocupaciones de un pueblo que distaba mucho de conocer sus derechos. En resolucion, el célebre 18 de setiembre se rompió el frágil velo que ocultaba tan nobles aspiraciones, y el pueblo procedió a elejir una junta gubernativa, compuesta de siete individuos, presidida por el mismo señor conde, confiriendo al doctor Marin el empleo de secretario del nuevo gobierno, con voto informativo en todo jénero de asuntos, a virtud de un oficio que será siempre un testimonio irrefragable del distinguido aprecio con que le honraban sus conciudadanos.

No se ocultaba a la penetracion de Marin la importancia del paso que acababa de dar Chile, ni las consecuencias que podrian sobrevenir. Hallábase ligado con los vínculos del matrimonio, y lisonjeado con la esperanza de una brillante fortuna; pero ninguna consideracion fué bastante poderosa para embarazar su decision a la causa santa cuyos principios estaban profundamente grabados en su corazon y, por decirlo así, identificados con su alma. Aleccionado por los grandes ejemplos de la historia, era el señor Marin grande admirador de las virtudes republicanas, y entraba en su carácter

el odio a la tiranía y un respeto sagrado a la dignidad de los hombres libres. Consagróse, pues, con el mas vehemente anhelo al servicio de su patria. Reposo, fortuna y esperanzas, todo lo sacrificó gustoso desde aquel instante a un incierto porvenir, guiado por el jeneroso impulso del mas puro y exaltado patriotismo. Tomó posesion de su nuevo destino, cuyo ejercicio era para él tanto mas delicado, cuanto hallándose el conde en una edad avanzadísima, descargaba en su secretario todo el peso de las mas importantes deliberaciones. Es indecible lo que trabajó en uniformar la opinion, reprimir la audacia de los contrarios, arreglar la parte administrativa y zanjar en fin los fundamentos de nuestra rejeneracion política. Para tener de esto una idea exacta, era necesario haber oído hablar en las efusiones de la confianza a este hombre idólatra de la verdad, como nosotros le hemos oído, y a otros de sus colaboradores en aquella obra inmortal. ¿Pero quién habrá que ignore la conjuracion del 1.º de abril de 1811, la conducta firme y decorosa de la ilustrísima junta, y su triunfo sobre los ocultos y encarnizados enemigos del orden y de la libertad?

Con todo, no fueron estos los únicos obstáculos contra los cuales tuvo que luchar el celo de aquellos virtuosos patriotas. Mezcláronse con los jérmes jenerosos del patriotismo, las pasiones malélicas, tanto mas peligrosas, cuanto ménos consolidada estaba la obra que se habia emprendido. Pero en medio de la confusion de los partidos y de las aspiraciones de la ambicion, el señor Marin llevó siempre una marcha franca y sostenida hacia el laudable fin que se habia propuesto, sin abanderizarse en ninguna faccion, ni encarnizarse contra ningun individuo. Por el contrario, sinceramente amado de todos sus conciudadanos, cada uno procuraba atraerle a sus ideas particulares en materia de política juzgando que así sostendria mejor sus diversas pretensiones. Prueba de esta verdad, es haber sido elegido presidente de la segunda junta gubernativa, bajo la cual se convocó aquel primer congreso, que fué como el crepúsculo de nuestras instituciones. Pero disuelto este cuerpo por un movimiento anárquico, y reconocida por Marin la imposibilidad en que se hallaba de servir con utilidad a su patria, viendo que su voz se perdia entre el rumor de los disturbios y agitaciones populares, aunque aclamado de nuevo por el pueblo para continuar en el mando, se retiró de la escena pública deplorando los males que no le era dado remediar.---Encendióse entre tanto la guerra civil: espedicionó el virrei de Lima, y la accion de Rancagua fué el triste resultado de estos primeros estravíos de los inespertos chilenos.

Posesionado de la capital un enemigo que infundia terror, mucha parte de los ciudadanos emigró al otro lado de los Andes. De este número fué el doctor Marin, que perseguido en su fuga por los españoles, y no pudiendo salvar otra cosa que su persona, se halló en un país extraño sin recursos, y espuesto a todos los rigores del infortunio. Pasó a Buenos-Aires y allí fué donde impelido de su celo infatigable por la causa de la indepen-

dencia, trabajó cuanto le fué posible en unir los ánimos de sus compatriotas, extraviados por el espíritu de partido que un escarmiento de tanto peso no había podido estirpar, a fin de que se operase la restauracion de Chile, único objeto de los votos de tantas infelices víctimas. Verificóse esta el año de 1817 bajo los auspicios del valiente jeneral San Martin, y la victoria de Chacabuco, que coronó a tantos bravos, rompió las cadenas con que yacia aherrrojado el desgraciado Chile. Restituyéronse a sus hogares los prófugos de 1814, y el señor Marin se vió en el seno de su amada familia, reunido a una esposa, cuyo patriotismo fué tambien acrisolado durante los dos años de cautiverio con las mas terribles pruebas.

Habia perdido toda su fortuna, y aunque no le hubiera sido difícil reparar sus quebrantos ya por medio del ejercicio de su profesion, ya negociando con sus servicios y méritos contraídos un empleo lucrativo, desinteresado por carácter y amante de su independenciam, se contentó con su destino de asesor del consulado, ocupándose en algunas empresas de comercio y otros asuntos de su casa, que estaban en grande atraso por su ausencia.

La educacion de su naciente familia vino a ser por entónces el principal objeto de sus cuidados, formando a la vez sus delicias en el tiempo presente y sus esperanzas para lo futuro. Durante su mansion en Buenos-Aires, y apesar de la escasez de sus recursos, se habia procurado una reducida, pero selecta biblioteca, que contribuyó no poco a estender sus ideas y completar su instruccion. Las vidas de los hombres ilustres de Plutarco, la lectura de Filangieri y otros publicistas de nota; las ardientes declamaciones de Raynal sobre la *humanidad*, la *igualdad* y la *libertad*, templaban como en una fragua su espíritu republicano; pero lo que sobre todo le conmovia y hechizaba eran las obras de Juan Jacobo Rousseau, interesándole vivamente sus desgracias, su sensibilidad y su jenio. Pretendia encontrar en la vida del filósofo ciertas coincidencias notables con su persona, y las habia indudablemente en la índole y en la fuerza de los sentimientos. Talvez se afectó un poco su carácter con la hiel que destila a veces aquella pluma elocuente; pero todos sus sofismas le hallaron invulnerable en lo concerniente a la religion, cosa harto rara en aquella época de libre pensar, y en la que la incredulidad era como un elemento necesario a los que podian blasonar de la cualidad de ilustrados. Desde la altura de sus convicciones, miró con desden las producciones frívolas de los escritores adocenados del siglo XVIII; y aunque de un espíritu el mas a propósito para percibir las sales de un chiste, siempre le produjeron indignacion las sátiras impúdicas y las bur-las sacrílegas de Voltaire. Con semejante modo de pensar, fué para sus hijos un guia seguro, que zanjó con acierto los fundamentos de su primera enseñanza. Dirijia sus lecturas y aun las hacía frecuentemente con ellos; enseñábales los elementos de la lengua francesa, que entendia con perfeccion; hacíales sentir las bellezas de la literatura; les inspiraba el deseo de

saber sin fomentarles la vanidad; y si bien no era persona capaz de ligarse a seguir un método prolijo y que exigiera una asiduidad constante, tenía el don de insinuar en pocas palabras lecciones útiles, que no se borraban jamás de la memoria de sus hijos, y que dejaban en sus tiernas almas una indeleble impresión. Firme y severo para corregir sus faltas, procuraba no obstante infundirles una confianza sin límites, siendo sumamente expansivo y tierno en sus afectos de padre; y aunque sujeto por su enfermedad a frecuentes accesos de melancolía y sensibles alteraciones en su humor, tenía momentos de una jovialidad encantadora, en que las gracias de su conversacion hacían su trato íntimo lleno de amenidad y de atractivo.

Así trascurrieron los mejores y más apacibles días de su vida; pero ninguna de estas atenciones pudo distraerle de los intereses de su país, que aunque no del todo tranquilo, ofrecía por entonces una magnífica perspectiva de gloriosas esperanzas. Ocupaba la silla del gobierno el capitán general don Bernardo O'Higgins con el título de supremo director, y se hallaba a su lado el general San Martín, radiantes ambos con el prestigio del triunfo y llenos de la noble ambición de llevar a cabo la atrevida empresa de libertar al Perú. En estas circunstancias se hicieron sentir algunos síntomas de descontento a causa de un partido contrario, que aunque caído alimentaba antiguos resentimientos, conservaba su energía, y contaba con caudillos inteligentes y audaces. Despertóse con demasiada viveza la celosa susceptibilidad de los mandatarios, y esto fué parte a que hombres de gran mérito, manchasen sus glorias con acciones que apenas pueden disculpar la fuerza de los acontecimientos y las exigencias apremiantes de la causa de la libertad. El doctor Marín, aunque sincero admirador de los talentos del general San Martín, no tenía por su carácter ningún género de simpatía, y siempre se había mantenido a cierta distancia de su persona; pero íntimo amigo de O'Higgins, deploraba con amargura el ascendiente que sobre él ejercía el genio preponderante y audaz del general argentino, atribuyendo a este doble influjo los actos de arbitrariedad que se perpetraban a la sombra de un régimen militar. La entereza de sus principios no se avenía ni con las violencias del general, ni con la inercia aparente del supremo director, y suspiraba en secreto por un estado de cosas más análogo a las ideas de verdadera libertad, sin olvidar no obstante el objeto principal de los votos formados por los patriotas de aquel tiempo: la total extinción de la dominación española sobre el continente americano. Mantúvose el doctor Marín retirado de la escena pública sin dejar por eso de servir a su patria siempre que se presentaba la ocasión. Como su noble carácter daba todo género de garantías a la confianza, fué algunas veces depositario de secretos importantes que le comunicaban sus conciudadanos, y pudo por sus atinados consejos contener los movimientos anárquicos que un patriotismo imprudente hacía nacer en los ánimos exaltados.---Consultado por los gobernantes sobre asuntos de público interés, siempre prestó gustoso el auxilio

de sus luces; supo decir verdades atrevidas de palabra y por escrito, y aun hubo vez en que el decoro de la patria halló en su alma impertérrita un escudo contra los avances del despotismo militar. Probarémos esta asercion, refiriendo un hecho poco conocido que recordamos haber oído a personas que lo presenciaron, y que es sin duda notable. Tratábase de activar la espedicion al Perú; San Martin reunió a algunos de los principales vecinos de Santiago para esponerles su designio y estimularlos a coadyuvar con sus esfuerzos a tan noble como denodada empresa. Todos los concurrentes participaban de sus mismos sentimientos; pero abrigaban algun recelo de que el jeneral se propusiese conducir la espedicion bajo una bandera estraña, a cuya conjetura daba lugar su preferencia decidida por las tropas arjentinas, el influjo de su sociedad privada, compuesta toda de individuos de aquella nacion, y talvez otros datos de mayor peso. Sea pues con justos motivos, o por una susceptibilidad estremada, el señor Marin y otros chilenos se hallaban alarmados por esta idea, y nadie habia osado aventurar una sola pregunta para salir de sus dudas, fascinados por el prestigio de aquella voluntad omnipotente. Terminado que fué el elocuente discurso del jeneral San Martin, el señor Marin con aquella fina sagacidad que en ocasiones importantes sabía dar a su palabra, le dijo: "estamos todos de acuerdo, señor; la empresa no puede ser mas útil ni mas loable, pero ¿bajo qué bandera marchará esta espedicion?" Turbóse algun tanto San Martin a una interpelacion tan imprevista; pero recobrándose instantáneamente, contestó con su acostumbrada viveza: "bajo la chilena, señor Marin." Esta espresion disipó todas las alarmas, tornó la serenidad a los corazones y al disolverse la asamblea, O'Higgins apretaba cordialmente la mano a su antiguo amigo con un sentimiento inesplicable de admiracion y gratitud. El doctor Marin, sensible en estremo a los estímulos de la gloria, recordaba siempre con gusto este rasgo de su vida.

Es indudable que habia en el alma de Marin algo de la de Caton y de Régulo; pero esta estoica firmeza se hermanaba con una tierna sensibilidad que le hacía sumamente compasivo. ¡Cuántos hermosos ejemplos se presentan a nuestra memoria en apoyo de este aserto! Y a la verdad: si el espíritu de partido se ensaña contra alguna familia desgraciada suscitándole una cruel persecucion, si la severidad del gobierno estimó justo aplicar un ejemplar castigo al iluso a quien juzgó delincuente, y en tales circunstancias una desconsolada madre, una esposa aflijida se presentó al señor Marin solicitando su patrocinio para elevar sus clamores hasta el solio del poder, él supo ofrecerla una mano socorredora, alentarla en su infortunio y prestarla su enérgica voz, no por ninguna clase de interes personal, sino por el placer inefable de proteger la justicia o consolar la humanidad aflijida. Nosotros recordamos los nombres y las desgracias de estas personas a quienes el señor Marin servia de padre y de amigo, despues haber agotado en su favor todas las solicitudes y buenos oficios del abogado. Sinceramente adicto a su.

profesion, aun lo era mas al reposo de las familias. Por tanto, cuando le buscaban para alguna defensa, si el asunto admitia transaccion, la procuraba empleando para ello las persuasiones mas eficaces. Jamas alucinó a ningun pleiteante acerca de la justicia que concebía en su derecho, ni prostituyó a fines indecorosos su pluma ni su influjo personal.

Un mérito tan distinguido atrajo de nuevo la atencion del gobierno, y el señor O'Higgins le llamó a servir la fiscalía, por una carta llena de las manifestaciones mas espresivas del alto concepto que le merecian sus relevantes prendas; pero él rehusó admitir este destino por razones que es fácil inferir de los antecedentes que hemos sentado. El señor Marin estaba persuadido de que los hombres de bien no deben tomar parte en las administraciones tenebrosas, en que los derechos del ciudadano no se hallan suficientemente garantidos: al ménos este es el espíritu de una contestacion que arrancó a su reserva la inquieta curiosidad de su esposa, interesada en saber los motivos que le habian estimulado a no aceptar la fiscalía, y aunque es doloroso para nosotros revelar lo que Marin hubiera querido ocultar, aun de sí mismo, por amistad y gratitud, nos obliga a hacerlo la imparcialidad de la historia y el respeto que debemos a la verdad.

El gobierno del señor O'Higgins era ya mui vacilante a fines del año 1822, y a semejanza de una máquina gastada cuyos resortes no pueden marchar, todo le presajaba un trastorno. Hallábase a esta sazón el señor Marin en la provincia de Coquimbo, y allí recibió cartas del jeneral don Ramon Freire, en que le invitaba a unirse a él para verificar una revolucion que pensaba hacer con el objeto de rejenerar al país reuniendo un congreso nacional. Aunque la propuesta era seductora, el señor Marin no pudo resolverse a tomar parte activa en aquel movimiento, bien sea por no haber tenido inclinacion a las revoluciones, o porque no conociendo a fondo el carácter y principios del jóven jeneral, le faltó quizá aquel grado de confianza indispensable para dar un paso tan avanzado. Pero cuando vió decididas a todas las provincias por el cambio de administracion, juzgó que era necesario respetar la voluntad nacional; invitado por el gobierno de la Serena a una junta de vecinos que tuvo lugar con el fin de resolver sobre tan importante asunto, y obligado a dar su dictámen, lo espresó con franqueza y conforme en todo a los derechos de los pueblos y a las ideas liberales y de orden, de que siempre habia hecho profesion.

Reunido que fué el congreso constituyente de 1823, esta corporacion llamó al señor Marin para que ocupase un lugar entre los ministros de la suprema corte de justicia, destino honroso que admitió lleno de la mas pura satisfaccion, y como aquel viajero que despues de una larga jornada, torna a sus hogares proponiéndose disfrutar en ellos del mas dulce y apacible sosiego. Consagróse desde el primer dia al desempeño de su nuevo empleo, no como un antiguo jurisconsulto versado en la administracion de justicia, sino con el ardor de un jóven que principia su carrera. Fuera de las acos-

tunbradas asistencias de que jamás supo dispensarse mientras conservó algún vigor, pasaba largas horas en su gabinete registrando los puntos más delicados del derecho, a fin de formar dictámenes justos y legales sobre todo género de asuntos. Por la constitución de 1823 quedaron los juicios de conciliación a cargo de los señores ministros de la suprema corte, y es indecible lo que el señor Marin trabajó en su desempeño. Nosotros le hemos visto buscado diariamente por infinitas personas, recibirlas lleno de afabilidad y cortesía, oír las con la mayor paciencia y sacrificarles gustoso el tiempo destinado a tomar un ligero descanso en el seno de su familia o en la compañía de sus amigos. Su mayor complacencia era evitar las litis que habrían arruinado a muchas familias, y estampar por la noche en su diario estos lisonjeros triunfos de su persuasión y de sus luces.

¡Qué feliz habría sido este benemérito ciudadano, si este estado de tranquilidad hubiese podido prolongarse hasta el término de sus días! pero no lo permitió así el destino, sino que contrariando sus mejores esperanzas, le había reservado para sus últimos años el cáliz amargo de la más injusta persecución. Al tocar este delicado punto, séanos permitido decir que no nos proponemos ventilar cuestiones políticas, y menos aun despertar pasiones adormecidas por el tiempo; pero siendo absolutamente necesario, para dar alguna idea del último período de la vida pública del señor Marin fijar la vista en ciertos acontecimientos, procuraremos hacerlo con rapidez y sin ninguna parcialidad.

Promulgada la constitución de 1823, fué el señor Marin llamado por el director don Ramon Freire a ocupar una silla entre sus consejeros de estado. La nueva legislatura embarazaba de tal modo al supremo magistrado en el ejercicio de sus funciones, que apesar de sus tendencias liberales, varias veces indicó a su consejo el deseo que tenia de ser investido de facultades extraordinarias. No ignoraba el señor Marin que hai circunstancias difíciles, en que el único recurso para salvar la patria, es oponer la voluntad firme y vigorosa de uno solo, contra una multitud anárquica; pero sabía tambien que estas ocasiones son raras, y juzgó que no era necesario ocurrir a tan peregrino medio, para conducir a un pueblo dócil, que observaba tranquilamente la marcha de sus instituciones. Opúsose por consiguiente a esta medida el celo republicano con toda la fuerza de su carácter, y logró en efecto paralizar el golpe que, estallando poco despues con mayor violencia, echó por tierra dicha carta, a los nueve meses de su promulgación. Celebróse una especie de convenio entre el señor Freire y el senado, por el cual se obligaba aquel a convocar prontamente el congreso nacional. Reunido que fué en 1825, el señor Marin pasó a ocupar un asiento en él, como diputado por San Fernando, despues de haber lamentado en el silencioso retiro de su casa males que no podían ocultarse a su penetración, y cuyo remedio no era fácil encontrar. En efecto, el congreso y el poder ejecutivo estuvieron siempre discordes, y el 8 de octubre, despues de haber disuelto violentamente aquel cuerpo, el direc-

tor espidió un decreto, por el cual se ordenaba la espatriacion de algunos de sus miembros, sin formarles causa, ni dar oído a sus justas reclamaciones. Se procuró difundir el rumor de que eran conspiradores, pero no se produjo ningun dato, no se exhibió la menor prueba. El señor Marin fué aprehendido, puesto en prision i remitido con escolta armada al lugar de su destierro. No nos es fácil dar una justa idea de la impresion que labró en su ánimo tan indigno tratamiento. Dirémos solamente que no fué la pérdida de su empleo, ni la separacion de una familia adorada lo que le llenó de amargura, sino la imputacion vaga de traidores a la patria con que se pretendió grabar a los comprendidos en el decreto. Talvez el gobierno de aquel tiempo no tuvo un conocimiento exacto del mérito del señor Marin: ignoró, puede ser, el número y calidad de sus servicios, desconoció el verdadero temple de su alma, y por tanto no supo graduar la fuerza del golpe con que le habia herido.

El doctor Marin esperaba al pié de los Andes se abriese la cordillera para cumplir su destierro en tanto que su aflijida esposa se ocupaba en Santiago en remover influencias para que éste no tuviese efecto. Entre las personas que intercedieron por el señor Marin, hubo una, que alucinada sin duda por el tenor del decreto, y por las voces que se hicieron correr en órden a los confinados en un documento público, se habia espresado de un modo agravante al honor de aquellos, y aun dádoles epítetos infamantes. Noticioso Marin de este hecho, escribió al instante al supremo director una carta respetuosa, pero llena de noble altivez, en que le dice: "que si compadecido de sus dolencias, o tocado de las lágrimas de su familia, S. E. tiene a bien conmutarle su destierro, lo aceptará; pero que si esta gracia se le concede por la mediacion de ciertas personas, que sabe han interpuesto a su favor su influjo, ántes se someterá gustoso a su adverso destino, que deber nada a jentes que han vulnerado su honor, y ofendido tan gravemente su delicadeza." El público tuvo luego conocimiento de esta carta y unos creyeron reconocer en ella al *Romano Marin* (1), otros al discípulo de Juan Jacobo, y otros en fin al hombre de bien, luchando con la adversidad, y protestando noblemente contra los juicios apasionados y erróneos de sus deslumbrados compatriotas.

Ausente el director Freire a causa de la espedicion a Chiloé, el gobierno provisorio alijeró el destierro del señor Marin, permitiéndole pasar a la provincia de Coquimbo; y últimamente el congreso de su espontánea voluntad le restituyó a su casa persuadido sin duda de su inocencia. Pero no bastando esta satisfaccion indirecta a la delicadeza de Marin, se justificó victoriosamente despues ante la lejislatura nacional por medio de una representacion enérgica (2) que contiene una multitud de hechos interesantes, poco conocidos aun en aquel tiempo, y que ponen en claro su inculpabilidad. Algunos observadores superficiales dieron a este paso una interpretacion siniestra,

(1) Este nombre le daban en el colejio sus condiscípulos a causa de su entereza.

(2) Este documento existe y nos ha servido mucho para ilustrar esta biografía.

atribuyendo a resentimiento y animosidad el calor de sus espresiones, y la fuerza de sus racionios; pero estuvieron muy distantes de creerlo así los que conocian el fondo jeneroso de su carácter. Un sentimiento exaltado de pundonor, un celo ardiente por la justicia y la verdad, su natural franqueza, y si podemos esplicarnos así, un amor excesivo de su buen nombre, junto con el convencimiento íntimo de su inocencia y de su propia dignidad, le hicieron empeñarse demasiado en una justificacion inútil para la mayor parte de sus oyentes. No: el decreto de 8 de octubre de 1825 no podia grabar el sello de la ignominia sobre tan incorruptible ciudadano, ni aun mancillar en lo mas leve su reputacion. Dicho documento contiene un espresivo elogio de los confinados, y si bien se examina su contenido, parece que al espedirlo hubiese vacilado la mano del que lo firmó por una emocion involuntaria de respeto para con sus mismas víctimas.

Y en efecto, ¿cómo podria con justicia tacharse de díscolo al que tantas veces, y en tan diversas épocas de su vida, se habia ocupado en sofocar revoluciones, en tranquilizar los ánimos, persuadiendo a los que pretendian atentar contra las autoridades sacrificasen al bien jeneral su ambicion o sus resentimientos? ¿Cómo habia de pensar en abrir las puertas al extranjero, despues de haber trabajado tanto por la libertad de su país y combatido las aspiraciones al poder absoluto que abortaron en el seno mismo del gobierno? ¿Qué especie de seducción podia tentar al que todo lo habia sido en su carrera, al republicano virtuoso que, satisfecho con una mediocridad decente, a nada aspiraba sino a la felicidad y a la gloria de su patria?

Lo decimos con la conviccion mas íntima. El doctor Marin no desmintió jamas el aventajado concepto que se habia sabido merecer. Su carácter imparcial y justo se sostuvo sin interrupcion hasta el fin de su carrera, y los últimos actos de su vida pública van a suministrarnos pruebas que acreditarán hasta la evidencia cuán léjos estuvo de servir a los partidos, y cuán dispuesto se le encontró siempre a reconocer el mérito ajeno y a rendir homenaje a la verdad.

Pero el señor Marin esperimentó aun una nueva decepcion. Al fin de la memoria que presentó al congreso para la justificacion de su conducta, añadió una solicitud sobre el cobro de los medios sueldos de que se le habia privado durante su destierro. Nada parecia mas obvio, puesto que separado de su destino por un golpe de estado y sin formacion de causa, todas las disposiciones legales estaban a su favor; y sus compañeros de destierro, empleados como él, habian sido reembolsados hacia ya mucho tiempo. Pues bien, para él solo hubo otra jurisprudencia desconocida y jamas practicada en Chile, ni aun en los tiempos del gobierno español. Despues de haberle llevado de tribunal en tribunal con los mas frívolos pretextos, la corte de apelaciones, en tono de oráculo, sin dar la menor razon ni escudarse con lei alguna, decretó: "que el fisco no era responsable a los sueldos del señor Marin." Dejamos al buen sentido de nuestros lectores el comentar este

proceder; por lo que hace a nosotros, jamás hemos podido darnos la razón de tan notoria injusticia.

Nuestro virtuoso ciudadano continuó, como era justo, mereciendo la confianza de sus compatriotas, y en 1827 fué elegido diputado al congreso nacional. En esta legislatura se acordó conceder honores fúnebres a la memoria de los malogrados Carreras, y conducir a su patria las cenizas de estas tres víctimas infelices de propias y ajenas pasiones. El diputado Marin juzgó debía hacerse el mismo honor a los restos del ilustre Rodríguez, y al efecto hizo una moción que, por una fatalidad inconcebible, por uno de aquellos signos de desgracia que parecen marcar la existencia de ciertos individuos aun más allá de la tumba, no halló eco en la representación nacional. Hubo diputado que contestó al señor Marin con un necio y grosero sarcasmo, y aquel, demasiado delicado y pundonoroso, guardó silencio contentándose con haber promovido este acto de alta justicia, en que no tenía parte el espíritu de partido ni afección de personal amistad. Lo que acabamos de referir nos da un ejemplo bien triste de la facilidad con que la generación que se levanta se olvida de la que le ha precedido, y desconoce la voz de los que aun tienen el derecho de aconsejarla y dirigirla. Pero volviendo al señor Marin, parece que sus propias desgracias le hubiesen hecho más reconocido y justo para con las notabilidades patrióticas, puesto que en el congreso de 1836 aun hizo otra moción semejante. Persuadido como lo estaba de ser un baldón para Chile el desconocer los servicios del capitán jeneral don Bernardo O'Higgins, y temiendo que este veterano de la independencia acabase sus días en país extraño, cargado con el anatema de un ostracismo injusto en fuerza de su larga duración, solicitó en una moción elocuente y empapada toda en los sentimientos de su amistad y respeto por el noble deportado, se le restituyesen sus honores y se le abriesen de nuevo las puertas de la patria. Su voz fué oída con entusiasmo por la cámara, su moción aceptada; pero no sabemos por qué motivos quedó al fin sin efecto. Hemos oído sobre este acontecimiento varias versiones, que por ser opuestas entre sí, no nos merecen entera fe. Lo que nos parece más verosímil es que los hombres influyentes de la época no supieron sobreponerse al espíritu de facción. No vivían como el señor Marin en el porvenir para legarle sin mezcla de pasiones bastardas las más preciosas glorias del pasado.

El señor Marin fué uno de los diputados que firmaron en 1828 la constitución más liberal que haya tenido Chile; pero descontento en jeneral del orden de cosas que existía, perteneció por sus opiniones al movimiento revolucionario que siguió a la promulgación de aquel código. El nuevo gobierno establecido en la república a consecuencia de este trastorno halló por conveniente reformar una constitución que no se hallaba en armonía con la actitud fuerte de una administración que se asienta sobre las ruinas de un partido, y al efecto abrió una asamblea de plenipotenciarios nombrados por

las provincias, los cuales debian convocar un congreso para llevar a cabo esa reforma. El señor Marin se encontró elegido diputado; pero celoso como lo fué siempre de las libertades de sus conciudadanos, miró dicha reforma como un verdadero atentado, y léjos de cooperar a ella, votó siempre en contra de todos los artículos alterados, guardando en las discusiones un tético y profundo silencio, bastante espresivo sin embargo para los que conocian el temple de su ánimo lleno de rectitud e incapaz de doblegarse al poder a costa de sus convicciones.

Este último acto de firmeza coronó la carrera pública del doctor Marin, y nosotros vamos tambien a terminar la honrosa tarea de recomendar su memoria. Grato nos es reposar un momento a la sombra de esta reputacion sin mancha, despues de haber visto al digno republicano atravesar las tempestades revolucionarias, conservando ileso el sagrado depósito de su honor. Su vida pública, si se examina con imparcialidad, fué una protesta no interrumpida contra los extravíos de los gobiernos, y los desbordes de las pasiones populares, tan rara vez rejidas por la razon. Pudo como hombre padecer errores; su alma ardiente no podia presenciar estas luchas en que figuran las grandes ideas sin tomar alguna parte; pero tan luego como creyese comprometido el bien de su país, o los sagrados principios de la justicia, retrocedia espantado, asilándose en el santuario de su conciencia y el retiro de la vida privada. Se le objetará quizá haber sido severo en el modo de juzgar a sus contemporáneos: talvez le faltó algo de esa impassibilidad filosófica que transije con las ajenas debilidades, i economiza muchos disgustos en la vida; pero no entraba este indiferentismo en su carácter apasionado y vehemente, y es preciso acordarnos que, herido en los mas nobles instintos de su corazón; no podia dejar de afectarse, rechazando con horror todo lo que se dirijiese a empañar su buen nombre y la gloria póstuma a que con tan justo título debia aspirar. De tal manera le ocupaba esta idea, que muchas veces en la época de su persecucion, se le oian proferir a solas exclamaciones dolorosas que revelaban toda la amargura de su alma, y solia decir a sus hijos estas sentidas palabras: "No ocuparé una sola página en la historia de Chile, y sin embargo, *he merecido bien de la patria.*" Apesar de todo, jamas abrigó el menor deseo de vengarse. A la vuelta de pocos años, y por una de aquellas crueles vicisitudes del destino, el jeneral Freire se vió a su vez desgraciado y perseguido en su país, engañado en sus expectativas, mal comprendido en sus sentimientos, y víctima en fin de una larga y penosa espatriacion. En tales circunstancias, el doctor Marin, que siempre habia hecho justicia a la bondad de carácter del jeneral y a su mérito patriótico, tomó por su suerte un decidido interes, compadeció de corazón su infortunio, y nadie pudo con tanta propiedad como Marin aplicarse en aquel caso este tan conocido verso del poeta:

Non ignara mali, miseris succurrere disco.

El doctor Marin no fué jamas aspirante, ni hubiera podido serlo, tanto por su estremado desinterés, como por no estar avezado a los artificiosos manejos de la ambicion: él mismo decia que todos sus deseos se hallaban satisfechos con el papel que le habia tocado representar en el drama de nuestra revolucion, y con el honroso destino que le habia confiado la patria.

Preocupados por la faz seductora que presenta la vida pública del señor Marin, habíamos omitido hasta este momento la descripcion de su persona, como si ignorásemos que nada es indiferente en los hombres de un mérito no comun. Fué Marin de estatura poco mas que mediana, delgado, garboso y de buenas proporciones. Su rostro moreno y enjuto nada tenia de bello, pero era distinguido por un aire de penetracion y firmeza que espresaban perfectamente sus ojos pequeños y negros, llenos de intelijencia, y sus labios juntos i delgados que le daban cierta semejanza de espresion con algunos bustos romanos. Tenia el habla suave en la conversacion ordinaria; pero cobraba grande enerjía siempre que le animaba la pasion. Sus maneras finas, su fácil elocucion y la lijereza y gracia con que discurría sobre todo jénero de asuntos, hacian interesante su trato, y bastaba verle entrar en un salon o saludar a alguna persona, para reconocer en él al hombre culto y de mundo que pertenece a una sociedad adelantada.

A fines de 1837, sintiendo debilitarse su salud de dia en dia, pidió su jubilacion, i es notable una cláusula de su escrito, en que despues de confesarse de todo punto inhábil para el trabajo, ofrece a sus hijos y nietos, para que continúen sus servicios a la patria. Concedióle el gobierno su solicitud, por un decreto en que no solo se tuvieron presentes las calidades indispensables para obtener la jubilacion, sino tambien su acendrado patriotismo; y el ilustrado chileno don Mariano Egaña, fiscal entónces de la suprema corte de justicia, le llamó en su vista *uno de los fundadores de nuestra libertad*, y añade recomendando su mérito que “no puede presentarse objeto mas digno de la consideracion del gobierno, que aquellos patriotas, a cuyos gloriosos esfuerzos debe la nacion su existencia como tal, y todos los chilenos una patria.”

Estos honoríficos testimonios del aprecio de sus conciudadanos, y de la atencion del gobierno, fueron un suave bálsamo para el ánimo del señor Marin, y esparcieron alguna calma sobre sus últimos dias, en medio de sus graves dolencias e infortunios de consideracion de que se miró rodeado. Su alma grande era tambien profundamente relijiosa. Por tanto la beneficencia y la piedad fueron su mayor consuelo. Pero aunque privado del uso de todos sus miembros, no parecia existir sino para el dolor, aun se interesaba cordialmente en todo lo respectivo a la dicha de su adorada patria. Tres dias ántes de su muerte, llegó a Santiago la noticia de la gloriosa victoria de Yungai, y al oírla fué tal su enternecimiento, que rompió en llanto mezclado con espresiones bíblicas de relijiosa gratitud a la divina providencia por tan singular favor. La impresion de una súbita alegría pareció aflojar los

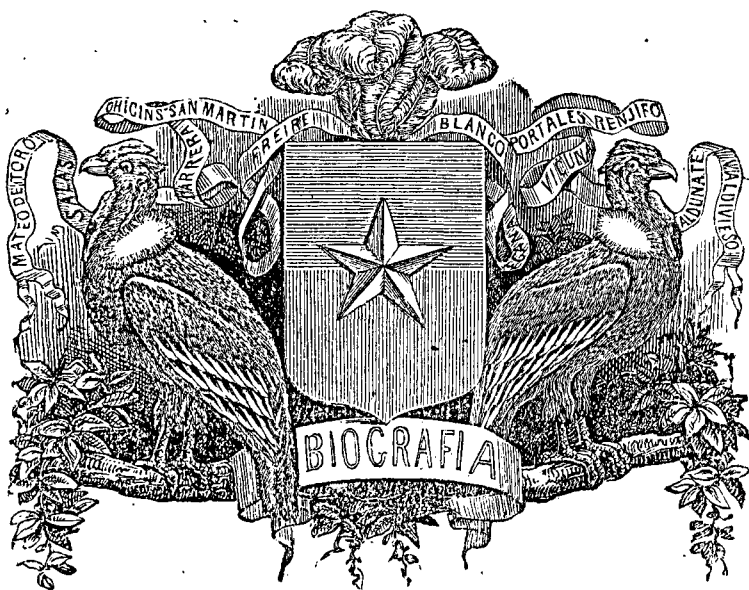
débiles lazos que le unian a la vida, y en efecto falleció el 24 de febrero, confundiéndose en su alma hasta el último suspiro el sentimiento precioso que habia sido el norte de sus acciones con sus afectos mas caros y las interminables esperanzas de la vida futura.

Dos dias despues fueron conducidos sus restos mortales al panteon de esta capital, y sobre su modesta losa gravó la ternura filial el siguiente epitafio, que no desmentirá la posteridad.

AQUI YACE
 EL DOCTOR DON JOSE GASPAR MARIN,
 MUERTO EL 24 DE FEBRERO
 DE 1839,
 DE EDAD DE 67 AÑOS.
 FUE EMINENTE PATRIOTA,
 RELIJIOSO, BENEFICO, ILUSTRADO,
 INCORRUPTIBLE I HABIL MAJISTRADO:
 SI CHILE AGRADECIDO
 DEL AÑO DIEZ VENERA LA MEMORIA,
 EL NOMBRE DE MARIN ESCLARECIDO
 EN SUS ANALES GUARDARA LA HISTORIA.

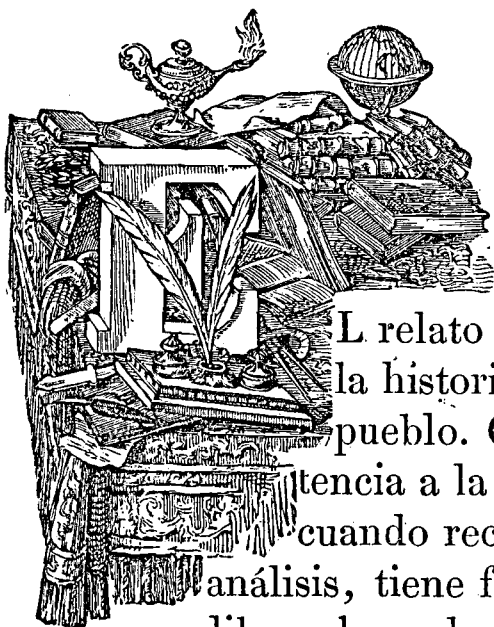
MERCEDES MARIN DE SOLAR.





XVI.

DON JOSÉ MIGUEL INFANTE.



I.

El relato de la vida de un hombre suele muchas veces ser la historia de los mas brillantes episodios de la vida de un pueblo. Cábeles a algunos la fortuna de vincular su existencia a la del país en que nacen; y así es que el historiador, cuando recoje los hechos que ha de someter a su estudio y análisis, tiene forzosamente que consignar en cada página de su libro el nombre de aquellos de quienes no puede desprenderse cada suceso en el momento de su apreciacion y exámen. Esta identificacion preciosa del individuo con la patria, que mui pocos alcanzan, puede mirarse como un favor especial otorgado por la Providencia.

¿Podrémos nosotros volver la vista a 1810 y seguir el curso de la sociedad chilena hasta 1830, sin que nos salga al encuentro y nos sorprenda el nombre de don José Miguel Infante? Cuando escribimos su vida, hubimos de dilatarnos por esta causa; pero ahora, que debemos circunscribirnos a estrechos límites, vamos a seguirle a grandes rasgos, marcando solo aquellos hechos mas culminantes.

A principios de este siglo un capitan intrépido y feliz ponía a la España a dura prueba. Obligada a reconcentrar sus fuerzas para hacer frente al peligro, proporcionaba favorable coyuntura a sus colonias para romper los vínculos que a ella las ligaban. Animo era menester, sin embargo, para esta

GALERIA NACIONAL.



Dibujado i publicado por N.Desmadril.

JOSÉ MIGUEL INFANTE.

José Miguel Infante

obra. En la abyección en que las sociedades americanas vivían, no era tan fácil dar principio a un cambio completo, a no ser por hombres valerosos y esforzados.

Pero estos hombres ni podían ser muchos ni obrar tampoco a cara descubierta. La España había tenido buen cuidado de no popularizar la ciencia, porque en el embrutecimiento de sus colonias hacía estribar la perpetuidad de su dominación. El derecho en cuanto aseguraba la propiedad y prescribía una pasiva obediencia al soberano, y la teología en cuanto explicaba los dogmas y los misterios de la religión católica, eran los únicos santuarios a que al pobre colono le era permitido llegar. El abogado ramplón y el teólogo escolástico eran los oráculos que la ciencia tenía: para pasar más adelante era preciso salvar una valla que comenzaba en las aduanas y terminaba en la inquisición.

Sin embargo, el despotismo nunca será bastante cauteloso para asegurar su dominio. En el ansia del hombre por vivir libre, siempre injeniará medios como burlar las más pensadas medidas adoptadas para encadenarle; y así es que aun cuando la España con sus leyes de Indias y código de las Partidas había creído cerrar el paso a todo otro conocimiento que el que estos libros dieran, jamás pudo impedir la introducción de otros apesar de los rigores de aquellas, ni alcanzó a advertir que en las prescripciones de este último habían de hallarse consignados principios que sirvieran para combatirla.

La noticia del cautiverio de Fernando daba un pretexto legal para desarrollar planes que estaban todavía en jérmen. Si las provincias de España habían instalado sus juntas para gobernarse durante la prisión del rei, las colonias podían de derecho hacer otro tanto; y si este paso, una vez dado, tendía a procurarse otros fines, no podía tampoco acusarse de criminal desde que la lei lo garantía. Una junta que mandase a nombre de Fernando era una cosa que podía hacerse con la mano puesta sobre el código que la misma España diera. El pretexto era pues plausible, y nuestros padres bastante astutos para no despreciarlo.

A esta época concurría también la feliz casualidad de mandar el país un hombre inepto, áspero y de ruines entretenimientos. Don Francisco Antonio García Carrasco, brigadier de artillería y presidente solo por la antigüedad de su grado militar, advertido de las ideas revolucionarias que trabajaban a Santiago, tomó para impedir su curso desacertadas medidas, que provocaron la indignación jeneral y hasta arrancaron a la misma audiencia serias y formales reclamaciones. El destierro de los señores Rojas, Ovalle y Vera, decretado violentamente y mediante un golpe de autoridad, fué una de las providencias más culminantes con que Carrasco quiso poner atajo al mal que le amenazaba, sin advertir que ni las prisiones ni los destierros son bastantes a comprimir ni anular las ideas cuando han llegado a ser convicciones en el corazón de los demás, y cuando esas ideas son, por otra parte, hijas de esa lei de progreso y de libertad que marca la marcha del mundo. El terror

puede imponer silencio, mas no convencer. Los gobiernos que creen asegurar su existencia llevando el miedo a los ánimos, nunca están suficientemente seguros, puesto que no cuentan con el amor ni con el corazón de los que obedecen.

Tanto desacierto de parte del capitán jeneral y tanta nulidad reunida en su persona, proporcionaban un flanco ventajoso para combatir y para desprestijiar la autoridad que ejercía. Nuestros padres se aprovecharon de él para poner por obra sus planes y obligar a Carrasco a dejar su puesto; el cual fué ocupado por un hombre que aunque respetable, era débil, y a cuya sombra podía por tanto sin mayor dificultad abrirse camino la revolución. Entre las personas que tal plan desarrollaban, distinguíase Infante por su ardorosa pasión por la revolución, y mas que todo por su atrevimiento para proclamarla.

Era también Infante uno de los hombres mas adelantados en ideas de aquel tiempo. Abogado distinguido en el ejercicio de su profesión, no habia limitado sus estudios a las fuentes estériles a que la metrópoli condenara a sus colonos, sino que habia devorado con ansiedad una colección de libros de los filósofos del siglo XVIII en su mayor parte salvados ingeniosamente del prolijo registro aduanero. Estos libros habian iluminado y seducido su inteligencia, y lanzádole a la revolución con una fe mas ardiente y un amor mas desinteresado.

La instalacion de una junta gubernativa ganaba cada vez mayores prosélitos, sin que por esto dejaran de presentarse no pequeñas dificultades para su consecucion. No siempre las buenas ideas se acojen a la simple enunciaci6n: el egoísmo y la ignorancia son enemigos capitales que las combaten, naciendo de aquí que los hombres que se encargan de la alta misi6n de propagarlas, hayan menester de una constancia indomable y de un valor no comun.

En Chile el cabildo, de que don José Miguel Infante era procurador de ciudad y el mas osado caudillo, se habia puesto al frente del partido que pedía la creacion de una junta; pero no obstante la posición que este cuerpo ocupaba y la respetabilidad de las personas que lo componian, la lucha era indispensable y necesaria. En el interés de los mandatarios españoles estaba sostener la dominacion de su rei; y el pueblo, en cuyo beneficio la revolución iba a obrarse, apenas comprendia los bienes que un cambio de cosas pudiera traerle. El pueblo era ignorante y preocupado: impugnábbase su adhesión intuitiva a la revolución, sublevando el sentimiento religioso. Los realistas eran hartó entendidos en esta estrategia, y al vicario capitular, jefe por ent6nces de ellos, le ocurri6 dirigir una circular a los curas recomendándoles su sumisión y obediencia al rei y excitándoles amonestasen en este sentido a los feligreses.

Este golpe era mortal. El clero ejercía una decidida influencia; y el clero, con rarísimas excepciones, combatía la instalacion de una junta, como

pudiera combatir una herejía de Lutero. Dios y el rei formaban una sola entidad para él. La teología de las escuelas habia elevado a dogma todo esto.

El cabildo recibió con notable desagrado la noticia de este hecho. El provisor, alarmando la ruda conciencia del pueblo por medio de la eficaz cooperación de los curas, era un caudillo temible que levantaba un ejército sin necesidad de armamentos ni maestranzas. Sucedia tambien que el provisor, categoría inmune y de prestigio entónces, era el prebendado don José Santiago Rodriguez, de vastas relaciones de familia, de carácter imponente y de grande influencia en la sociedad. El peligro no era pequeño; pero el cabildo, a quien no arredraba ninguna consideracion y que estaba decidido a hacer triunfar a toda costa la instalacion de la junta, adoptó el partido de acusar al provisor ante el capitan jeneral, diputando para este efecto una comision que formulara ante éste y en presencia de aquel, los cargos que por su conducta se le hacian.

De lo audaz de este paso no es posible juzgar sino trasladándonos a aquel tiempo. Acusar a un provisor y acusarle ante la autoridad civil, era un pecado casi sin remision; pero esta acusacion, una vez hecha, aunque no diera por resultado una pena, probaba tambien que el cabildo era una autoridad superior, que vijilaba los procedimientos de los demas cuerpos del estado, y manifestaba que existia un jefe ante el cual nadie, por privilegiado que fuese, podia escusarse de responder. El cabildo no buscaba sino el efecto moral: no pretendia mas que convencer al pueblo que ese provisor que hablaba a nombre de la iglesia, podia ser llamado a cuentas como cualquiera otro que a sus deberes faltase.

La diputacion del cabildo la compusieron don Diego Larrain, don Francisco Perez García, don Fernando Errázuriz y don José Miguel Infante, que dominaba entre sus colégas por su firmeza e impetuosidad. El provisor se presentó orgulloso ante el capitan jeneral; pero este orgullo hubo de estrellarse impotente contra la palabra de Infante, quien, contestando al cargo de revolucionarios que se les hacía, llamó a aquel carlotino, es decir, traidor, por ser válida entónces en Santiago la existencia de un partido que queria entregar el reino a la princesa Carlota del Brasil.

La instalacion de una junta, sin embargo de tantas contrariedades, llegó a ser una idea jeneralmente aceptada. El 18 de setiembre de 1810 una numerosa concurrencia se encontraba en la sala del tribunal del consulado, deliberando sobre su conveniencia y votando el nombre de las personas que debian componerla. De en medio del concurso se dejaba oír una voz llena de audacia y calor, que aconsejaba la medida que se tomaba y probaba su legalidad. Infante, como procurador de ciudad, era quien esto hacía en un discurso hábilmente preparado para insinuar en los ánimos una idea, cuya proclamacion a cara descubierta tanto trabajo habia demandado, y cuyo triunfo no era seguro, si no se la presentaba disfrazada y ataviada de razones legales, sacadas de los códigos españoles, ántes que del código eterno de la

justicia. El procurador de ciudad fué, pues, el pregonero de esta nueva éra que se abría a Chile; pregonero feliz en cuya cabeza bullía un pensamiento más grande y dilatado, pero que le era forzoso ocultar, a trueque de que la libertad no sufriera en su primer anuncio un revés que alejara su reinado.

Infante tenía a esta época treinta i dos años. Había nacido en Santiago el año de 1778 de una familia distinguida y relacionada. Sus padres eran don Agustín Infante y doña Rosa Rojas. Distinguíase entónces, como se distinguió siempre, por la firmeza de su carácter, por su fe, laboriosidad, franqueza, y sobre todo por una moralidad que no rindió jamás la pasión y por una sed de justicia que llegó a hacer de su nombre un honroso proverbio. Su físico estaba en relación con su alma: alto y corpulento, tenía una frente estendida, y un mirar firme que animaban sus pobladas cejas. Su voz, que fácilmente se encendía en la discusión, se prestaba a todas las modulaciones de la más atrevida declamación. Infante tenía todos los arranques de un tribuno; todo el atrevimiento de un hombre de estado; todo el celo y tino como abogado, y toda la calma, pureza e ilustración como magistrado.

II.

La instalación de la junta no importaba sino el primer paso que daba la revolución. Una abierta declaración la habría hecho fracasar de seguro, atendida la humillación en que al pueblo se mantenía. El nombre de Fernando era la consigna mentirosa con que debía caminar. Si los cimientos de un nuevo edificio se habían zanjado, los obreros no debían descansar hasta darle cima.

Pasado el arrobamiento producido por el triunfo, el cabildo comenzó por meditar los medios de adelantar la obra tan mañosamente principiada. Su procurador de ciudad apareció solicitando la convocación de un congreso, elegido popularmente, que representase la soberanía de la nación y diese a esta una existencia propia. Atrevida en extremo era esta petición. Convocar un congreso por medio del voto del pueblo, era llamar a éste a la vida pública; reconocerle derechos que ántes se le negaban y buscar el principio de autoridad y la emanación de todo poder en otra fuente que en la de que ántes venía. Importaba en verdad, todo esto, una conspiración sin disimulo contra ese rei cuyo nombre hipócritamente se invocaba.

A la junta le asaltaban temores sobre la adopción de esta medida que creía inoportuna; mas Infante, que comprendía bien que las revoluciones no pueden marchar a pasos lentos y que tienen un momento que es menester aprovechar para que no perezcan, dirigió una valiente solicitud al cabildo para que requiriese a la junta por la pronta convocatoria del congreso y la aceptación inmediata de las providencias necesarias a este objeto. En esta solicitud se desembozaba, y arrojaba al suelo la máscara con que hasta entónces se en-

cubria : decia que era necesaria la pronta formacion de una constitucion sabia que sirviese de regla inalterable al nuevo gobierno. ¿Qué mas podia decirse en un tiempo en que el derecho i la justicia eran una mentira, si no un crimen? Un congreso, emanacion del pueblo, y una constitucion dictada por los representantes de éste , sancionaban la independenciam política del país, por mas que al frente de cada decreto se inscribiera un nombre real. La honra de haber emitido estas ideas no podrá jamas arrebatarse a Infante ; por mas que se diga, cábele a él tamaña gloria.

El congreso hubo de reunirse el 4 de julio 1811. A su eleccion precedió una funesta division entre el cabildo y la junta, a quien alentaba un hombre hábil y valeroso. Natural era que esta circunstancia unida a las informalidades de la eleccion, diera un cuerpo compuesto en su mayor parte de hombres incapaces, apocados y tímidos. El congreso habia asumido todo el poder público que la junta ejerciera, y dividiéndose, para la mejor expedicion, en diversas comisiones, le habia arrebatado al gobierno el principio de unidad de que mas necesitaba. La revolucion podia perecer en sus manos ; pero un jóven entendido y ardiente, capaz de grandes concepciones, llamado José Miguel Carrera, acabó mediante repetidas asonadas populares con la vida de este congreso, trasladando a una junta de que él fué miembro, todo el poder que aquel ejercia.

Infante condenó este procedimiento de Carrera : creia que se daba un funesto ejemplo para en adelante, derribando, mediante atrevidos golpes de mano, la autoridad que la revolucion habia creado. Carrera e Infante estaban a este tiempo en filas opuestas : disentian acerca de la marcha que a los negocios públicos debiera darse, y los alejaba tambien la pronunciada diferencia entre los caracteres de uno y otro. Infante era atrevido por la justicia; Carrera era intrépido por la fogosidad de su alma.

Por este tiempo el virrei del Perú se propuso ahogar en su cuna la revolucion de Chile, mandando una expedicion a las órdenes del brigadier don Antonio Pareja. La noticia del arribo de este jefe produjo una alarma jeneral en Santiago. Ya no era posible el disimulo, ni servian de nada las protestaciones hechas a nombre del rei. Si las autoridades de Chile mandaban a nombre de Fernando VII, no debian recibir como enemiga una fuerza que se presentaba invocando su nombre ; pero si ellas servian à otros fines, como no podia dudarse, menester era combatirla y disputarle el terreno palmo a palmo. Para la defensa y el combate no se contaba con mas elementos que el valor y el patriotismo. Durmiendo el país el sueño de la esclavitud, ¿en qué manos podrian estar las armas sino en las de los amos? Ni cómo adiestrar tampoco a los colonos en el ejercicio de la guerra, cuando él podria despertar la conciencia de sus fuerzas y alentar el deseo de ser libres? Pareja iba a pelear con ciudadanos, y la revolucion, hasta entónces pacífica, iba ahora a presentarse armada y resuelta.

Carrera fué nombrado jeneral en jefe de las fuerzas militares que debian

organizarse y acantonarse en el sur; y como su ausencia hacía necesaria la organizacion de una nueva junta gubernativa, quedó esta definitivamente compuesta de don José Miguel Infante, don Agustin Eyzaguirre y don Francisco Antonio Perez que mas tarde fué sustituido por el presbítero don José Ignacio Cienfuegos.

La junta, que era rejentada por Infante, se colocó desde luego a la altura de las circunstancias. Sus esfuerzos, combinados con los del ejército del sur, debian salvar la revolucion. Poco importaba que fuese derrotada en los campos de batalla, con tal que hiriendo el corazon del pueblo, dejase jérmenes que la hicieran siempre renacer vigorosa y amenazante. El valor para obrar lo decidia todo, y este valor lo tuvo la junta.

Su primer providencia fué mandar embargar los caudales y propiedades de toda persona que residiese en Lima o en cualquiera de los otros puntos sometidos a la obediencia del virrei, dando por razon que se ignoraba lo que éste o su ejército harian con las de los chilenos en los pueblos que subyugasen. Tal medida importaba declarar rotas las hostilidades con un poder que se desconocia ya como lejítimo y que se miraba como enemigo.

Al lado de este decreto, la junta espedia otros que tendian a facilitar los recursos necesarios al ejército y a dar al país una organizacion regular y espedita que facilitase la marcha del gobierno y dejase en todas partes libre la accion de la revolucion. Pero entre las providencias culminantes que entónces se espidieron, no podrémos dejar de mencionar dos, bastantes por sí solas para inmortalizar el nombre de la junta.

La revolucion no tenia hasta ahora un mensajero que la representase, y carecia de un emblema que dijese cuanto ella queria. La junta, acojiendo un pensamiento de Infante, decretó oficialmente un pabellon tricolor que anunciando la nacionalidad chilena, sirviese al soldado en el campo de batalla de norte seguro para la victoria.

Peró no es esto solo: ¿podria creerse, a no ser los decretos de 13 de junio y 27 de julio de 1813, que la junta, animada por la voluntad i la intelijencia de Infante, contrajese su atencion y desvelos, en medio de los azares de una cruda guerra, a objetos totalmente estraños y casi ajenos de las circunstancias? El Instituto Nacional, precioso plantel de risueñas esperanzas para Chile, le debió su vida a Infante y un plan de estudios en que la instruccion cobrase un vuelo que le permitiera desarrollarse en campo mas vasto y ameno; y la educacion primaria, bautismo necesario para el pueblo, que ha de obrar su rejeneracion social y moral, merecióle una contraccion preferente, mandando que se abriese una escuela en cada ciudad, villa o pueblo que contuviese cincuenta vecinos, costeada con los propios y arbitrios de cada localidad. Nada importa que, atendida la situacion del país, tales decretos se mirasen como estemporáneos o no alcanzasen su planteacion; nada importa, repetimos, todo esto, porque la verdad es que la enunciacion de tales pensamientos, a la par de embellecer la revolucion, formarán siempre del nom-

bre de Infante una cauda luminosa que recibirá respetuosa la posteridad.

Pero miéntras que la junta se contraía a medidas de tan alta trascendencia, contra Carrera se habia alzado el grito de la envidia y del encono. Supuestas miras ambiciosas encabezaban el proceso, y los desastres de la guerra motivaban la sentencia.

La junta participó de este sentir común, y bajo pretesto de acelerar las operaciones del ejército, se trasladó a Talca con el propósito deliberado de entregar el mando a otro jefe, si mas valiente, no mas hábil que Carrera. Don Bernardo O'Higgins fué nombrado en su reemplazo.

De regreso a Santiago la junta encontró la opinion preparada en su contra y jeneralizado el pensamiento de crear un gobierno directorial que confiado a una sola persona, diese unidad a la direccion de los negocios públicos y celeridad en su marcha. El 7 de marzo de 1814 el vecindario se reunió en cabildo abierto y dió cima a sus deseos. En esta reunion Infante predijo la ruina que se le esperaba a la patria: "un bien, dijo, es exonerarme del peso de la autoridad; lo sensible es que no pasarán seis meses sin que el país caiga en poder del enemigo." ¡Triste vaticinio que ántes de tiempo hubo de cumplirse! Una funesta division, que el patriotismo no fué bastante a ahogar, comenzó a pronunciarse desde el principio de la revolucion; y esta division que las pasiones habian de encender cada vez mas, era la causa de que se culpase a los hombres mas puros y entendidos de males que ellos no podian evitar, que eran un consiguiente del desquiciamiento en que la revolucion lo habia traído todo, y que se aumentaban por el mismo desconcierto en que los patriotas andaban. Cada cual procuraba culpar a otro de lo que talvez él mismo era cómplice; y deseando poner coto a tal situacion, se arbitran medios ineficaces que, léjos de mejorarla, la empeoraban. ¿De qué valian las oscilaciones a que estaba sujeto el poder, ni la trasmision que de él se hacía de unos hombres a otros, cuando esto mismo estaba atizando la discordia y ahondando heridas que solo la union podia curar? Por lo demas, la revolución debia traer sus desgracias: en medio de la santidad y pureza de sus fines, ¿cómo depurarla de los medios de que habia de echar mano, cuando ellos son la consecuencia de una lei, fatal si se quiere, pero forzosa e inevitable?

Despues de su separacion de la junta, Infante se marchó a Buenos-Aires investido de un carácter público. En su ausencia tuvieron lugar nuevos cambios en el poder y nuevas y mas acres acriminaciones entre los partidos; y si por un momento el peligro comun pudo reconciliar los ánimos, sucedió esto ya tarde y cuando el mal era incurable. Estaba decretado: la revolucion habia de sufrir un cruel reves para purgar las faltas de sus sostenedores. Rancagua fué su sepulcro y el campo de heroicas i nunca bien ponderadas proezas. Los jefes militares que en este encuentro de armas se hallaron cruzaron las cordilleras, buscando asilo en otra tierra y dejando el vaticinio de Infante cumplido. La patria quedaba maniatada en poder de sus opresores.

III.

La batalla de Chacabuco abrió las puertas de la patria a todos los que en tierra lejana sufrían las amarguras de una inmerecida proscripción. Don Bernardo O'Higgins había sido nombrado director supremo; y entre sus primeros afanes se notaba el de reunir fuerzas y elementos que oponer al enemigo, asilado aun en las provincias del sur. Se preveían nuevas batallas, nuevos lances y mas espléndidos triunfos.

En estas circunstancias Infante atravesó los Andes y se restituyó a Chile. Al poco tiempo un desastre militar vino a poner en conflicto la situación del país. En Cancha-Rayada el ejército patrio fué sorprendido, desordenado y dispersado, mediante la oscuridad de la noche, por las columnas enemigas, llegándose a creer que esta sorpresa fuese derrota.

La noticia de este suceso llenó de espanto los ánimos en Santiago. Creíase ver al enemigo a las puertas de la ciudad cometiendo nuevas estorsiones e imponiendo al patriotismo castigos cada vez mas crueles. Fresca estaba la memoria de la imbecil tiranía de Marcó. No se pensaba sino en huir y en ir al suelo extranjero a mendigar una compasiva hospitalidad. Pero en medio de este abatimiento un hombre cuyo jenio era motivo de espanto para el enemigo se encargó, ayudado de Infante y otros pocos, de levantar los ánimos de la postración en que yacían. Manuel Rodríguez, que había hecho de la patria una deidad, tomó sobre sí el empeño de hacer frente al peligro, sacando recursos de la misma situación apurada en que el país se hallaba. Mediante sus esfuerzos y los de Infante el ardor cívico renació; y mediante el desprendimiento de este último se compraron en las armerías todas las armas que en ellas había, y con las cuales se equipó el escuadrón de Húzares de la muerte que el primero formaba. Así fué como un pueblo animado de civismo y un ejército movido por el entusiasmo pusieron para siempre en tierra, en las llanuras de Maipo, el orgulloso pendón español.

A los pocos días de esta victoria, Infante fué llamado por el director supremo a servir el ministerio de hacienda, donde, mas que un verdadero sistema económico, era menester establecer ántes una organización capaz de regularizar las operaciones de este ramo. Estaba Infante en esta obra, cuando serias diferencias con el director y funestos acontecimientos de que no quería mas tarde se le culpase, le obligaron a abandonar el puesto. A la verdad que Infante no era para ministro de O'Higgins: demasiado puro y demasiado honrado, no reconocía en política otro norte que la justicia, y no admitía el extraviado principio, tan válido en toda época y tan funesto siempre, de que hai circunstancias y conveniencias sociales que hacen necesario el sacrificio de aquella.

Por otra parte, el gobierno de O'Higgins había tomado tambien un rumbo equivocado y héchose reo de graves faltas que sus defensores procuran

explicar y aun pobremente disfrazar, como si para reconocerle grande y confesarle sus relevantes servicios fuese necesario ocultar a la historia y a la posteridad los yerros en que, como hombre y como político, pudo incurrir. Se llama gobierno fuerte su administracion; y bajo esta palabra bastante vaga y que se da la mano con el despotismo, se quieren paliar los extravíos en que incurrió, las tendencias que desarrolló, las violaciones legales que cometió y los actos de innecesaria venganza que ejerció. ¿Ha menester O'Higgins de reticencias, de pueriles esplicaciones, de tergiversaciones palpables y de apolojías mentirosas para que se le declare el primer soldado en el campo de batalla, el capitán mas atrevido i valeroso y uno de los patriotas mas desinteresados y decididos por el bien público? Habrá menester que se emplee la escolástica en su defensa para que se le confiese su tesón en llevar adelante la espedicion libertadora sobre el Perú, en circunstancias que Chile aun estaba amagado por el enemigo y las arcas nacionales exhaustas, pobres y escasas para atender a imperiosas necesidades? O'Higgins tiene su hermosa página en la historia; pero a su gobierno, a su gobierno fuerte, como lindamente le llaman sus encomiadores, no se le podrá vindicar de los desaciertos que prepararon la opinion en su contra y concertaron la revolucion majestuosa que le derribó.

O'Higgins habia sacrificado cobardemente a Manuel Rodriguez por medio de un oscuro asesinato, que la conciencia pública recojió para no aceptar ninguna disculpa con que quisiera despues paliarse.

O'Higgins habia perseguido tenazmente a sus enemigos y protejido el fusilamiento de los Carreras en Mendoza, llevando el descaro hasta hacer pagar al padre de éstos el salario que el verdugo habia llevado por la ejecucion.

O'Higgins habia burlado la reclamacion unánime que se le hacía por el otorgamiento de una constitucion que asegurase las garantías individuales y estableciese el imperio de una libertad moderada en todos los ramos en que debiera reinar.

O'Higgins, para no ser mas difusos, mantenía en playa lejana y agobiados por el peso de la miseria, a muchos de los mas esforzados campeones de la revolucion, a ardientes patriotas, cuyas faltas, si es que las tenían, afectaban solo la persona del director supremo, y no merecian, ni con mucho, ser penadas con un doloroso y largo ostracismo.

El descontento cundia por esta y otras muchas causas; y este descontento lo alentaban y recojian hombres en quienes no podia suponerse ninguna mira personal, ni ningun interes individual.

Infante, Eizaguirre, Guzman, Errázuriz y otros combinaron los medios de concluir con la administracion de O'Higgins, dirijiendo para esto la opinion del pueblo elocuentemente pronunciada. El ejército del sur, puesto bajo las órdenes del jeneral don Ramon Freire, y la guarnicion de Santiago, apoyaron el pronunciamiento unánime del vecindario, que reunido el 28 de enero de 1823 en el mismo lugar en que se inauguró la pri-

mera junta gubernativa en 1810, comenzó por acusar la conducta del director supremo y por exigir su completa separacion. O'Higgins quiso resistir y aun imponer; pero en vano. Infante habia hecho oír su terrible voz pidiendo la terminacion del poder militar que en Chile se habia entronizado.

Una junta sucedió a O'Higgins. El pueblo designó para componerla, y miéntras se nombraba un presidente con el acuerdo de las provincias, a los señores Infante, Eizaguirre y Errázuriz, quienes funcionaron poco tiempo, pero que durante él, dictaron entre otras medidas, una amnistía jeneral que pusiese olvido a los odios y rencores que ajitaban la sociedad.

Los plenipotenciarios de las provincias designaron al jeneral Freire para presidente, y acordaron, ínterin se reunia una convencion que diese la suspirada constitucion, un reglamento provisorio en que fijaron ciertas bases para la marcha del gobierno, y establecieron un senado lejislador con cuyo acuerdo debian los negocios públicos dirigirse.

A este senado, elegido en la forma que el reglamento determinaba, fué llamado Infante; y durante el corto período de las sesiones de este cuerpo presentó una mocion que bastaria por sí sola para darle un título a la veneracion de su nombre: hablamos de la lei dictada en 24 de julio de 1823, que abolió para siempre la esclavitud en Chile y declaró libres a todos aquellos que con este triste carácter pisaban nuestro territorio. Esta lei fué el complemento de las medidas parciales que en años atras se habian tímidamente dictado: esta lei fué la espresion jenuina del espíritu de la revolucion anunciada en 1810 y su principal y mas notable conquista, y con esta lei se dió a la libertad un dia de fausto regocijo y se la vengó de los ultrajes que por tanto tiempo se le habian hecho.

Infante recordaba con orgullo y emocion profunda este hecho de su vida; decia siempre: "despues de muerto, no querria otra recomendacion para la posteridad, ni otro epitafio sobre la lápida de mi sepulcro, que el que se me llamase autor de la mocion sobre la libertad de los esclavos". ¡Digno y justo orgullo!..... Sus deseos no se han cumplido hasta ahora, y nosotros le debemos esta deuda.

IV.

El 13 de noviembre de 1825 el jeneral Freire partia de Santiago para ir a mandar en persona el ejército que por segunda vez espedicionaba sobre Chiloé, donde el pabellon español aun flameaba, sostenido por Quintanilla, godo tenaz, que habia recojido en esta isla todos los restos de los ejércitos del rei que el valor chileno habia derrotado. Antes de separarse nombró un consejo directorial que debia gobernar la república durante su ausencia, compuesto de los ministros de estado y presidido por Infante.

Al poco tiempo de funcionar este directorio, tuvo lugar un hecho que vamos a referir, porque de él ha querido siempre hacerse por los hombres pacatos un severo cargo a Infante.

Gobernaba la diócesis de Santiago el obispo don José Santiago Rodríguez Zorrilla. Casi no debemos decir la decidida influencia que un obispo ejercía por aquellos tiempos, porque en el cuidado de la metrópoli por exaltar las ideas religiosas, bien es de figurarse qué respetos no se tributarian al representante de estas ideas y a qué punto no llegarían, encontrándose el episcopado confiado a una persona como Rodríguez, de carácter sostenido, de inteligencia abierta, de estendidas relaciones, y afecto al boato y a la ostentación ruidosa de su dignidad. Era, pues, el obispo un cruel enemigo que la revolución tenía, y tanto más temible cuanto que la hería sin estrépito y de seguro, alarmando la conciencia del pueblo, en la que hondamente estaba arraigado el sentimiento religioso.

El señor Rodríguez no encubría tampoco sus opiniones ni su aversión a la revolución; creía ver en ella, a la par de un cataclismo político, un completo trastorno religioso. Teólogo, a usanza de aquellos tiempos, y empapado en solo los libros a que la España daba su pase, no era extraño que sus convicciones fuesen contrarias a toda modificación en el orden social establecido. Para él aquella máxima "*obedeced a las potestades*" no tenía más interpretación que la de su letra muerta; y si esta potestad en Chile eran el rei y sus lejitimos representantes, ¿cómo el obispo no había de combatir arduosamente todo proyecto, todo pensamiento y toda obra que tendiese a derrocar este poder de origen tan sagrado?

La revolución tenía pues que habérselas con un enemigo poderoso, y nada habría de particular que durante la lucha o después de la victoria se dirijieran mutuamente recios golpes. El que al fin venciese pondría la lei al vencido.

Así fué que después del triunfo de Chacabuco en 1817, una de las primeras providencias del director O'Higgins fué desterrar al obispo a Mendoza, de donde se le permitió regresar en 1822, cuando talvez entraba en las miras de aquel esplotar la influencia de éste en favor de su gobierno, que la opinion del país combatía.

Por este tiempo el señor Rodríguez parecía resignado a respetar una obra que los hechos habían consumado, sin embargo de que no había abandonado sus primeras convicciones, a juzgar por el círculo de personas de que se rodeaba y por la protección que dispensaba a las que con él coincidían en ideas.

Las razones que había para mirar al obispo con ojo prevenido, parecieron debilitarse en 1823, cuando se le vió prestarse dócilmente a predicar en la iglesia catedral un sermón en acción de gracias por la constitución política que en ese año se promulgaba. Consiguiente era que el público ansiasse por la publicación de este discurso en que creía encontrar una prueba de los talentos de Rodríguez y una protesta franca contra su conducta pasada. Todos los esfuerzos que se hicieron para esto fueron inútiles: el obispo se negó a poner bajo el dominio de la prensa su trabajo, y esta negativa que en otras circunstancias se habría estimado como aconsejada por la modes-

tia, en aquel tiempo en que los acontecimientos traían a todos suspicaces, se miró como una doblez del obispo, que rehusaba contraer un compromiso abierto que le pusiera de mala data en la corte de España, con la que, según se decía, mantenía correspondencia por medio de su hermano frai Diego Rodriguez, que allí residía.

El directorio no se creía satisfecho con la conducta del señor Rodriguez: a sus ojos era sospechosa y simulada; y estas sospechas cobraron un carácter de certidumbre, cuando llegó a sus manos uno de los títulos de párroco que la curia espedía y en cuyo encabezamiento se decía: "José Santiago Rodriguez Zorrilla, obispo de Santiago y del consejo de su majestad." Las últimas palabras eran demasiado significativas para que el directorio no se alarmase: denotaban que el obispo desconocía aun el gobierno establecido, y que se preciaba más bien de ser súbdito de un rei que era nuestro enemigo.

A este tiempo la república no estaba tampoco esenta de peligros. Quintanilla, como ya hemos dicho, sostenía el dominio español en Chiloé; y el Perú luchaba por conquistar su independencia, dando batallas célebres por sus jefes y por los ejércitos que contendían. Si la existencia política de Chile no podía ser ya dudosa, podía al ménos todavía turbarse y rodearse de peligros; y en tales circunstancias la prudencia y el deber de atender a la salud del estado aconsejaban separar a todas aquellas personas que, llegada una crisis, podían amparar y proteger las pretensiones de la metrópoli.

El gobierno, obedeciendo a estas convicciones, creyó que debía proceder contra el señor Rodriguez, y el 24 de agosto de 1824, le retiró de la administracion de su diócesis, donde tantos medios de influencia reunía, y le ordenó se trasladase a Melipilla, debiendo subrogarle en sus funciones el dean don José Ignacio Cienfuegos. La traslacion no tuvo lugar, pero sí la separacion del gobierno de la diócesis, bien que pronto se suscitaron dificultades entre el obispo y Cienfuegos relativamente a la delegacion de facultades, que trajeron al directorio la conciencia de que el primero obraba así por un espíritu de hostilidad manifiesta.

En tan mala disposicion de los ánimos, la fatalidad quiso viniese a manos del gobierno un documento que acabó por encenderlo y prepararlo para una última medida. Don Mariano Egaña, ministro plenipotenciario en Lóndres trascribió un oficio del ministro colombiano en que participaba que el obispo mantenía comunicacion con el consejo de Indias y la sede romana; y este documento, que el directorio acogió sin exámen y sin detenerse a inquirir la verdad de los hechos que relataba, lo aceptó como una prueba de la conducta doble y siniestra que al obispo se atribuía, decidiéndose a decretar su estrañamiento fuera del país. El 22 de diciembre se espidió la órden que prescribía el destierro.

¿Debió el directorio, a cuya cabeza estaba Infante, obrar de esta manera, o debió preparar un juicio ante nuestros tribunales, o remitirle a Roma para que se le juzgase? A nuestro juicio no hai ni lugar a cuestion sobre este punto.

Si el destierro del obispo era el resultado de una medida de estado, aconsejada por la situación del país y justificada por los antecedentes del proscrito, apenas podía demandarse otro procedimiento que el que el directorio abrazó. A nuestros tribunales se les negaba competencia para abrir juicio a la primera autoridad eclesiástica, de manera que si se hubiera abrazado este camino, se habría hecho necesario el debate de este punto, en que el obispo habría sin duda triunfado, atendida su influencia, las ideas entonces dominantes, y el escándalo que se creía encontrar en un enjuiciamiento de esta naturaleza, que a fuerza de ser largo, prestaría campo a la cábala hasta concluir por aparecer injusto.

A Roma no podía volverse la cara. Si la independencia del país no era una palabra vana, ¿cómo habíamos de ir al extranjero a mendigar justicia, a llevar pruebas y a pedir fallo, esto es, sin hablar del favor que el obispo allí debiera encontrar? El directorio obró bien: calificada la necesidad de separar al señor Rodríguez, un decreto debía poner término a la dificultad. Sensible y doloroso es que su estrañamiento se prolongase por tanto tiempo, hasta privarle del goce de morir en la patria; pero aun esta prolongación, a que ningún gobierno posterior puso fin, arguye en favor de la justicia con que Infante procedió.

El destierro del obispo era una consecuencia lójica de los sucesos que se habían desarrollado. La revolución había sido combatida por el clero; y una vez que se veía ya robusta y con fuerzas propias, no podía esperarse otra cosa sino que volviera armas contra sus enemigos, en quienes miraba con prevención hasta la autoridad que ejercían.

Ejecutada la orden del directorio, el vecindario hizo inútiles empeños al día siguiente por alcanzar su revocación. Infante, en quien no cabían retracciones ni vacilaciones, despidió corridos y avergonzados a los que con este objeto se le presentaron. El destierro del obispo se miró desde entonces como un hecho consumado, cuya justicia debería calificar la historia.

V.

La caída del director O'Higgins dió vida a la prensa, entretenida hasta entonces en querellas personales. Hasta principios de 1823 la revolución había limitado sus conquistas al campo de batalla, donde el enemigo común se le presentaba siempre al frente. Las atenciones de la guerra casi no daban lugar a satisfacer otras exigencias; y si bien se notaba un justo deseo de dar al país una organización consecuente con los principios y las miras de la revolución, él no cobraba vuelo bajo la administración de un hombre que, militar, creía que la ordenanza era la mejor ley que rejir pudiera. La terminación de su gobierno trajo una reacción en las ideas. Comenzóse a despertar el espíritu de investigación y análisis, y la ciencia constitucional se puso a la orden del día, hasta dar por resultado la promulgación de la carta de 1823.

Esta constitucion, sin embargo, apénas tuvo vida. Los hechos arguyeron en su contra, y los diputados del congreso instalado el 15 de noviembre de 1824, de que era miembro Infante, la dieron por insubsistente en todas sus partes, declarando que continuase el órden hasta entónces establecido. Esta declaracion vaga provocaba nuevamente el debate; y abierto con calor y sostenido con teson, comenzaron a surgir nuevas ideas que no habian sido adoptadas ni puestas todavía bajo el dominio de la crítica y del estudio. El país andaba a ciegas, buscando una pauta segura que le sirviese de guia; y los hombres encargados de dársela, se afanaban con un ardor tan laudable como patriótico, por encontrarla en una constitucion que ántes de todo debia fijar la forma de gobierno. En una constitucion estaba para ellos encerrado el problema; y atendiendo al progreso que en otros países habia, progreso que descubrian en las prescripciones de la constitucion que los rejia, atribuian a ésta todos los bienes de que disfrutaban, y se desvivian por trasplantarla al nuestro, sin mas modificaciones que las mui ligeras que nuestro estado exijiese. De aquí nació la cuestion reñida de federacion y union, y de aquí y del encanto que les producía el asombroso adelanto de los Estados Unidos, el gran valimiento que cobró la primera, hasta verse impulsada por el directorio, de que era jefe Infante, y alentada y sostenida por el congreso de 1826, compuesto de sus mas ardientes y fervorosos partidarios.

Infante se declaró desde un principio, con un entusiasmo febril, partidario de este sistema, hasta hacerse su corifeo y propagador. Como jefe del directorio en 1825 pretendió sistemar sus principios; pero esta tarea debia ser obra de los afanes de un congreso, el cual, reunido el 4 de julio de 1826, comenzó por acordar las primeras medidas, que sin quererlo habian de comenzar tambien por despopularizar la idea.

El congreso se reunió con una resolucion tomada. Casi no tenia que discutir sobre la cuestion mas ardua que en sus primeras sesiones ponia bajo su dominio. La opinion estaba ya formada. El clamor de la guerra habia cesado, y el soldado despues de haber llenado su puesto honrosamente y dado laureles a la patria, habia arrimado armas para ceder el campo a otras voces y a otro jénero de combates, en que se ostentara el brillo de la intelijencia, impulsado por el estudio y el patriotismo pacífico.

A los diez dias de reunido aquel cuerpo, declaró que el país se organizaria bajo la forma federal; y esta declaratoria, que debió mirarse solo como un preámbulo, quísose desde luego que fuese un hecho, acordando leyes parciales, cuya anticipación importaba trabajar a retazos y sin trabazon un edificio que debia ser compacto y uno. Las leyes que determinaban la forma como debian elejirse los gobernadores, párrocos, asambleas, etc., se dictaron casi a un tiempo, resintiéndose todas ellas de la precipitacion con que se habian preparado. Su observancia trajo desde luego el mas completo embolismo: diversas como eran e imperfectas, llevaron a las provincias el desórden, el tumulto y la anarquía. El país se encontró en una conflagracion

jeneral, y cuando la constitucion federal hubo de presentarse al congreso, como tambien un proyecto provisorio de Infante que deberia rejir miéntras se discutia aquella, ya la opinion habia lanzado su anatema y condenado un sistema que no habia correspondido a sus esperanzas. Ni la constitucion ni el proyecto alcanzaron a merecer aprobacion: el congreso se habia desprestijiado, y un soldado insolente se habia presentado a sus puertas a intimarle su disolucion, bajo la amenaza de disparar las armas contra sus miembros. Este congreso, debemos decirlo, no se rindió ni abatió su majestad ante la voz del caudillo; pero cierto de su impotencia para seguir adelante, desde que servia a una idea absoluta de que no podia renegar i que ni aun le era posible modificar, determinó abandonar sus bancos y consultar a las provincias sobre la forma de gobierno que debiera constituir la república.

La consulta se dirijió, y trajo la reunion de una constituyente que dió la constitucion de 1828. La federacion fué vencida, pero despues de sostenida por Infante con un teson que encendia cada vez mas el fanatismo con que la servia. ¡Rara influencia que ejercen las ideas en las almas puras y en los corazones rectos! El fanatismo relijioso, como el político, obliga al hombre a ser intolerante y muchas veces cruel. No es de estrañar por esto que Infante, seducido por una idea que estimaba como la espresion de todo bien, rehusase toda transaccion con los que la combatian, y la sostuviese hasta su muerte con el mismo ardor que en los primeros dias de su debate. Cuando atravesamos las ruinas de un pueblo antiguo, solemos encontrar intactos y conservados a despecho de la accion violenta del tiempo, algun monumento que en su porte, su estructura, sus relieves y adornos nos revela el gusto dominante de la época de su construccion; así Infante, no rendido, aunque vencido, por los adelantos de la ciencia constitucional, habia quedado como monumento vivo de los patriotas de 1810 y los liberales de 1826 espresando sus ideas, sus miras, su patriotismo, su honradez y hasta sus errores. ¡Cómo no contemplar con veneracion a estos hombres privilegiados que son la vida práctica y un libro vivo de toda una época?

Pero Infante no solo defendió la federacion en la tribuna y el gobierno, sino tambien en la prensa, a donde descendió para sostener sus ideas. El 1.º de diciembre de 1827 publicó el primer número de su *Valdiviano Federal*, de que no solo fué redactor, sino rejente y primer industrial de la imprenta en que se imprimia. Hasta la víspera de su muerte sostuvo la publicacion de este periódico, que llevó solo y sin ayuda de otros; periódico que si no reúne un mérito literario distinguido, al ménos fué un centinela avanzado con que contó siempre en la prensa la libertad, y un testamento verdadero en que su autor consignaba para la posteridad hasta su espíritu y su alma.

No puede hacerse increpacion a Infante por sus principios, aunque la federacion fuese una utopia para Chile. ¡Por qué exigirle a él ni a nuestros padres el acierto, cuando no tuvieron otra escuela que la de la servidumbre;

ni otro libro de aprendizaje que el desencanto que les dejaba la misma obra que emprendían con tan sanas y puras intenciones? Demasiado hicieron! Sus yerros eran lecciones provechosas que a nosotros nos legaban. Tras de un bien siempre nos han dejado conocidos como ineficaces cien caminos que, sin ellos, talvez habríamos mas tarde emprendido. ¿Qué federacion cabia en Chile, en un país reducido, estrecho, unido por vias fáciles y cortas, con hábitos idénticos en todos los pueblos, con educacion igual, con antecedentes uniformes, con lejislacion pareja, pobre, sin ideas de independencia y de gobierno y sin mas existencia ni virilidad, que la que todos y cada uno pudieran de consuno y simultáneamente darse? Un extravío era buscar ejemplos en otra parte y ménos en la Union Americana. Las localidades de un pueblo no pueden trasplantarse ni imitarse, y el diverso orijen y la distinta organizacion que ésta desde su nacimiento habia tenido, no lo habia merecido la América del Sur para que sus colonias logran imitar un modelo para el que no tenian colores. Sin embargo, es menester ser justos: si alguna cosa recomienda a Infante es esa tenacidad en servir a una idea que miró siempre como la consoladora de toda desgracia pública, y como el carril seguro que debia conducir a Chile al goce perfecto de una prosperidad estable y de una libertad verdadera.

VI.

En 1829 el ejército del sur, obedeciendo a la voz de su jefe, dió el grito de sublevacion contra las autoridades constituidas, apoyado en débiles y fútiles pretestos. Esta voz de alarma se tradujo por Infante como uno de aquellos síntomas inequívocos que demuestran los grandes dolores que suelen aquejar al cuerpo social; y como a su juicio la organizacion política falseaba por su base, llegó hasta imaginarse que este movimiento convulsivo que iba a ajitar la república, era obra de las provincias que trabajaban por darse la independencia que necesitaban para constituir la federacion, tema de todas sus ilusiones políticas. La conspiracion del sur, con todo, que tenia sus ramificaciones en Santiago, caminaba en diverso sentido; y tan léjos estaba de favorecer la esfera de accion de las localidades, que queria mui al contrario concentrar la autoridad en el gobierno que se constituyese y dilatar y acrecentar su poder, como único medio de asegurar el orden, primer objeto de sus aspiraciones.

El espíritu y tendencias de esta sublevacion militar se dejaron conocer pronto, y los que aun abrigaban dudas hubieron de salvarlas a la reunion en 1831 del congreso llamado de plenipotenciarios, compuesto de los mas marcados revolucionarios triunfantes, y en el que no tuvieron entrada sino dos hombres de ideas y espíritu opuestos. Infante y don Carlos Rodriguez fueron los únicos que alcanzaron un asiento en este primer concilio del partido pelucon; pero asientos que hubieron de abandonar forzosamente pron-

to, desde que alzaron la voz para defender un proyecto que tendia a restituir sus grados a aquellos a quienes los conspiradores se los habian arrebatado en el primer momento de gozo y vértigo. Esta cuestion fué la última en que Infante ocupó la tribuna parlamentaria. Si su voz se perdió entonces entre los murmullos de un partido, la posteridad la recojió mas tarde como la espresion de la justicia.

Cuando en 1843 otros hombres estaban al frente de los negocios públicos, se dieron a Infante testimonios de la consideracion que merecia. Por este año fué nombrado ministro decano de la suprema corte de justicia y miembro de la facultad de leyes en la universidad, que se hacía resucitar bajo otra planta y con otras atribuciones. Ambos destinos los renunció, como habia renunciado en 1823 el ser ministro del tribunal superior. Infante tenia aversion a nuestra lejislacion goda, como decia, y no le agradaba, en la rectitud de su conciencia y firmeza de sus convicciones, tener como juez que arreglar sus fallos a ella. Las universidades eran para él el foco y el albergue de ideas espurias, encaminadas a propalar el monaquismo y la monarquía. En su fervorosa pasion por la libertad, Infante creia ver amagos contra ella en todos los cuerpos colejiados que no traian su oríjen ni su autoridad del pueblo.

En la consagracion de Infante a la vida pública, no habia tenido cabida otro móvil que no fuera el mas ardoroso amor a la patria. La severidad de sus costumbres, la rijidez de su vida y la sencillez de su habitacion denotaban al republicano espartano. En esta última no se encontraba ningun aderezo de lujo: toscos muebles formaban todo el menaje de la morada del patriota que poseia una fortuna, sino cuantiosa, suficiente para vivir con ostentacion. Una cosa sí, que habia notable, y eran los bustos de Rousseau y Voltaire, colocados sobre su mesa escritorio, como en señal de la veneracion que les profesaba.

Una pasion vino a conmover su alma en edad ya avanzada, que no habia sido capaz de impresionarle en la primavera de la vida. A los sesenta y cinco años contrajo matrimonio con su sobrina la señorita Rosa Munita, de quien no tuvo sucesion, pudiendo decir como el jeneral tebano que si no dejaba hijos, dejaba gloriosos hechos a que estaria siempre vinculado su nombre.

Una fiebre que le atacó violentamente, y que se dejó solo sentir por nueve dias, puso término a su vida el 9 de abril de 1844. La noticia de su fallecimiento arrancó un dolor jeneral. El Instituto nacional, que le debió su vida en 1813 y su mayor desarrollo en 1826, tomó una parte activa y espresiva en este duelo que comprometia a la patria.

A las nueve de la mañana del dia en que los restos de Infante se conducian al cementerio, arrastraba el carro fúnebre la juventud de Santiago, turnándose con los militares, los artesanos y los viejos soldados llamados Infantes de la patria.

¡Preciosa manifestacion del sentimiento público! Ella era capaz de recom-

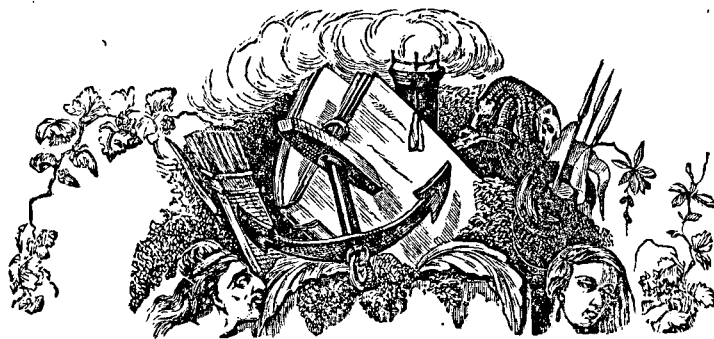
pensar a Infante de sus pasadas fatigas! Decia siempre, y lo decia con ternura: "No quiero los honores que prodigan los gobiernos, porque siempre son injustos; quiero las manifestaciones populares, porque el pueblo tiene el instinto de la justicia." Sí! el pueblo, obedeciendo a este instinto, fué a pagar al hombre que mas le habia amado su tributo de reconocimiento.

Dirémos ahora lo que dijimos escribiendo su vida.

El gobierno entónces nada hizo que significase el dolor nacional. Mas tarde, de acuerdo con el congreso, dictó una lei mandando construirle un mausoleo en el cementerio; pero apesar del tiempo trascurrido, aun no se descubre la cúspide de este monumento, sino únicamente una pequeña cruz de madera, colocada por el pueblo y casi cubierta de pasto, en cuyos brazos se lee lo que el pueblo podia escribir, este conciso y espresivo epitafio:

JOSE MIGUEL INFANTE.

DOMINGO SANTA MARIA.




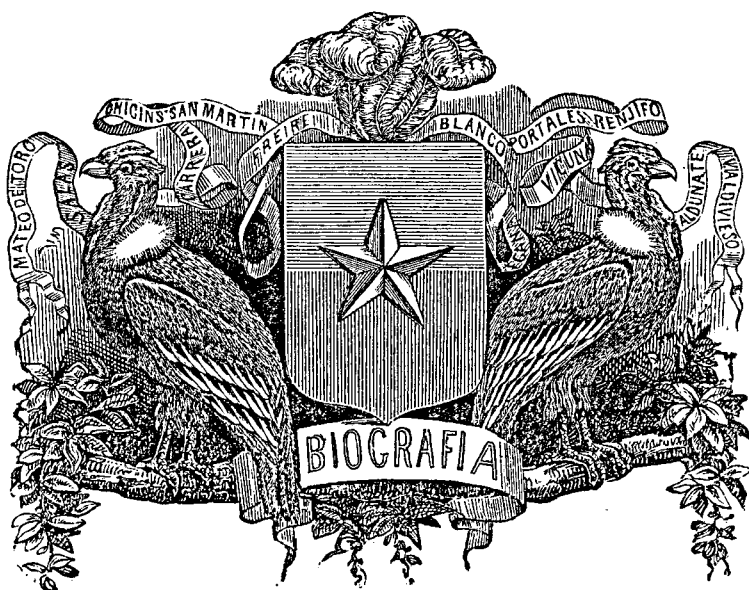
GALERIA NACIONAL.



Dibujado i publicado por N. Desmadril

AGUSTIN DE EYZAGUIRRE.

Agustín de Ezaguirre 



XVII.

DON AGUSTIN EIZAGUIRRE.



HAI americanos cuya vida se compone de dos épocas bien distintas y separadas la una de la otra por un grande acontecimiento que rejuveneció y trasformó a las antiguas sociedades de este continente. De esa clase son todos aquellos que habiendo sido espectadores o actores en el drama de la emancipacion, sobrevivieron a él y siguieron interviniendo en los negocios públicos, o bien se retiraron a la vida privada, fatigados ya con las luchas y los reveses. Entre ellos debe contarse al personaje cuyo nombre sirve de epígrafe a nuestro trabajo, y cuya vida vamos a bosquejar con la posible brevedad.

Nació en Santiago el año de 1766, y fueron sus padres don Domingo Eizaguirre y doña Rosa Arechavala. Su carácter vivo, jovial y bondadoso se manifestó desde temprano. Apénas tuvo la edad competente, entró a la mejor escuela que a la sazón habia en Santiago, y allí aprendió lectura, escritura y elementos de aritmética. Pasó despues a ser alumno del seminario conciliar, llamado entónces *Colejio Azul*, y dos años mas tarde recibió la primera tonsura y los órdenes menores. En el seminario estudió latinidad, filosofía y teología, únicos ramos que en aquel tiempo se enseñaban a los jóvenes dedicados a la carrera eclesiástica. Permaneció en este establecimiento nueve años, durante los cuales dió repetidas pruebas de sinceridad, de honradez y de piedad cristiana, y contrajo al mismo tiempo relaciones ínti-

mas con sus discípulos, que conocian y apreciaban en alto grado aquellas distinguidas dotes.

Siendo ya de edad de 23 años, y no sintiéndose con inclinacion al estado clerical, salió del colejio y se dedicó a las labores del campo; industria que ejerció primeramente en un fundo de la pertenencia de su padre, y mas tarde en otros varios que tomó en arriendo. Mudando nuevamente de profesion, se contrajo al comercio, emprendiendo especulaciones en union con algunos amigos suyos; al cabo de todo lo cual se encontró dueño de una modesta fortuna.

Este fué el terreno en que Eizaguirre desplegó sus facultades durante la primera mitad de su vida. La honradez, el amor al bien, la austeridad de costumbres, y la lealtad y jenerosidad para con sus amigos, fueron las prendas que le hicieron recomendable y jeneralmente querido.

La vida de los colonos chilenos tenia un horizonte demasiado estrecho, y dentro de él era imposible que se desarrollasen grandes pasiones y sublimes virtudes. Chile no era árbitro de sus propios destinos, carecia de un pasado glorioso y de una historia que despertase heroicos recuerdos en la fantasía de sus hijos. Era ademas un pais aislado, que apenas mantenía escasas relaciones con la madre patria y con las demas colonias sus hermanas, ignorando lo que pasaba en el resto del mundo. La vida de sus habitantes era toda interior y doméstica.

Cualquiera puede fácilmente imaginar de qué temple son las almas que nacen i viven en un pueblo sujeto a tales condiciones. El individuo es grande o pequeño segun lo es la sociedad en que se educa.

Llegó el año de 1810, y en él se abrió para todas las almas nobles un anchuroso campo en que pudieron ejercitar su actividad y ganar honrosos e inmortales timbres. Ese año comenzó la lucha entre dos órdenes de cosas, el uno viejo y caduco, y el otro jóven y vigoroso, que aspiraba a dominar la sociedad de que hasta entónces se habia enseñoreado su adversario.

Eizaguirre, dotado de una alma recta, no pudo dejar de apoyar la causa de la justicia y del bien comun. Las ideas nuevas encontraron un eco en él, y fueron sostenidas por todos los medios de que su posicion social le permitia disponer.

Sabido es que en todas las secciones americanas los cabildos fueron los focos de la revolucion de la independenciam. Instituciones populares, aunque dejeneradas y envilecidas, recobraron por un momento sus antiguos fueros, y se constituyeron en defensores de los derechos de los pueblos. Por esta razon en los cabildos fué donde primero se ajitó la idea de crear gobiernos nacionales en las colonias que habian quedado huérfanas por la prision y estrañamiento del soberano.

Al cabildo chileno de 1810 le cabe pues la honra de haber promovido y llevado a cabo la creacion de la junta gubernativa instalada el 18 de setiembre del mismo año. Eizaguirre, que habia sido incorporado a ese cabildo a

finés del año anterior, trabajó con una abnegación y entusiasmo verdaderamente patrióticos por la realización de aquella insigne empresa. Aunque el partido revolucionario a que pertenecía no veía en él un sabio distinguido, ni un orador vehemente y popular, ni un caudillo impetuoso y osado, veía sin embargo un hombre de probidad proverbial, acompañada de bastante entereza de alma, de un juicio naturalmente recto y de calificado amor al bien público; y si a todas estas cualidades se añade el prestigio inherente a una ilustre alcurnia y a una numerosa parentela, fácilmente se conocerá la importancia de los servicios que prestó a la causa de la emancipación chilena.

Las revoluciones, como los dramas, necesitan personajes de diversos caracteres, de diversas pasiones, de diversa posición social. En ellas hai siempre un protagonista; pero no basta eso solo para que alcancen el triunfo. ¿Qué hará el caudillo, si no hai quien segunde sus esfuerzos y coadyuve sus miras y proyectos? Hombres del temple y circunstancias de Eizaguirre son necesarios en toda revolución para que sea consistente y eficaz. Ellos están dotados de un instinto conservador, no muy fuerte a la verdad, pero bastante para poner un saludable contrapeso a las pasiones ardientes e impetuosas de los partidos novadores, que de otro modo fracasarían por falta de tino y cordura. La misión que estos personajes desempeñan no es por cierto tan brillante como la del caudillo que obra; pero es esencialísima para el triunfo, porque es conservadora de la revolución.

Derribada la autoridad colonial, los revolucionarios se dividieron en dos bandos, de los cuales el uno pretendía hacer marchar la revolución a paso acelerado por medio de providencias francas y enérgicas, y el otro, más tímido y conservador, se oponía a las innovaciones que se proyectaban. El primero prevaleció en la junta gubernativa, y tuvo por caudillo a don Juan Martínez de Rosas, el más distinguido de los revolucionarios de su tiempo; el segundo, que dominó en el cabildo, reconoció por corifeos a don Agustín Eizaguirre y don José Miguel Infante. El cabildo y la junta se hicieron por algún tiempo la guerra a la sordina, y más tarde rompieron abiertamente las hostilidades.

Los pueblos debían elegir diputados que compusiesen el primer congreso nacional, y en el campo de estas elecciones fué donde estalló la lucha. Prevaleció al fin el partido del cabildo, que obtuvo una notable mayoría en el congreso. A Eizaguirre le cupo el honor de ser elegido diputado por la capital, y de formar por consiguiente parte de la primera asamblea legislativa que creó el pueblo chileno en la infancia de su vida política.

El partido rosista, aunque derrotado, no se anonadó. Contaba en sus filas hombres dotados de energía y talentos superiores, que no se allanaban a recibir la ley de los que no poseían esas prendas en el mismo grado. Conspiró incesantemente para recobrar por la fuerza el puesto y la influencia que había perdido; pero todos sus conatos fueron estériles. Al fin se le presentó

el hombre que necesitaba para triunfar. Don José Miguel Carrera, joven militar dotado de talentos y de noble osadía, ganoso de gloria, y adornado de laureles recojidos en una guerra lejana, fué el brazo fuerte que elevó a los rosistas al mando supremo del estado. El partido del cabildo quedó derrotado, y no volvió a aparecer en la escena política sino con las modificaciones producidas por el tiempo y los acontecimientos de que en lo sucesivo fué teatro el país.

Eizaguirre se retiró con este motivo a la vida privada, llevando su honradez y moderacion por escudo contra las persecuciones de que ordinariamente son víctimas los vencidos. Su persona fué respetada por sus adversarios victoriosos.

Invadido el territorio chileno por el jeneral realista Pareja en marzo de 1813, don Agustin Eizaguirre salió de su oscuridad y dió principio a un segundo período de vida pública. Carrera, que a su vez habia anonadado al partido rosista, tomado en sus manos el timon de los negocios públicos, y dado un fuerte impulso a la revolucion, fué nombrado jeneral en jefe del ejército que debia rechazar al invasor; viéndose de este modo obligado a salir de Santiago para activar los preparativos de la próxima campaña. El gobierno supremo debia organizarse de nuevo, puesto que acababa de ausentarse el que hasta entónces habia sido todo su nervio; por lo que el senado, en 15 de abril del mismo año, nombró una junta gubernativa, compuesta de don José Miguel Infante, don Francisco Antonio Perez García y don Agustin Eizaguirre.

Semejante eleccion recaia, es verdad, sobre individuos cuyas opiniones políticas eran contrarias a las de Carrera; pero este caudillo no se opuso a ella; porque tenia conciencia de que era un hombre necesario en aquellas circunstancias, porque el inminente peligro de que se hallaba amenazada la causa de la libertad habia hecho olvidar por un momento las antiguas discordias, y finalmente porque los vocales electos eran personas de notoria honradez y patriotismo y de gran prestigio entre todos los partidos.

Los primeros conatos del nuevo gobierno tuvieron por objeto llenar del mejor modo posible las necesidades de la guerra. Excitó el espíritu público de los ciudadanos, promovió donativos voluntarios para subvenir a los gastos que demandaba la situacion, levantó batallones y proveyó de municiones y víveres al ejército.

Estas urgentes atenciones no le impidieron contraerse a los cuidados de la administración pública y procurar la prosperidad de la nacion por medio de providencias sabias y liberales. Se declaró la libertad de la prensa, se establecieron escuelas en muchos pueblos, se fundó el Instituto Nacional, se comenzó a formar una biblioteca pública, y se dictaron otras muchas medidas análogas a éstas. Los principios filosóficos que habian enjendrado la revolucion se manifestaban cada dia en las instituciones que se iban creando, y que hasta entónces habian sido desconocidas de los chilenos.

Las enemistades políticas que habian existido entre el jeneral Carrera y los actuales miembros de la junta, las cuales habian estado amortiguadas por algun tiempo, no tardaron en estallar de nuevo. El gobierno empleó todos los arbitrios que estaban en su mano para echar por tierra a su adversario, desnudándole del mando del ejército que hacia la campaña del sur. Consiguió su intento, y a principios de 1814 Carrera tenia ya por sucesor a don Bernardo O'Higgins.

Para efectuar este cambio, el gobierno se habia trasladado a Talca en noviembre del año anterior, y así que hubo llenado sus miras, regresó a Santiago, donde debia terminar mui pronto sus funciones. A principios de marzo se reunió en cabildo abierto una parte del vecindario de la capital, decretó la destitucion de la junta gubernativa, y confirió el mando a don Francisco de la Lastra con el título de supremo director. Eizaguirre, del mismo modo que sus colégas, descendió de nuevo a la vida privada, satisfecho de haber servido a su patria con la honradez que le caracterizaba.

No duró mucho tiempo el reposo de que estaba gozando. En octubre del mismo año los realistas, victoriosos en Rancagua, se apoderaron mui pronto de todo el territorio chileno, y desplegaron un sistema de tenaz persecucion contra todos los que de alguna manera habian cooperado a la creacion o al sosten del gobierno nacional. Eizaguirre, confinado como insurgente en el horrible presidio de Juan Fernandez, padeció por la primera vez las privaciones y amarguras del destierro, soportándolas con heroica resignacion y con la magnanimidad del justo. En aquella tierra inhospedable fué testigo por mas de dos años de la rabia con que la naturaleza parecia empeñarse en añadir aflicciones a los desgraciados proscritos. Furiosas y continuas borrascas, recios terremotos, incendios y escasez de los alimentos necesarios para la vida, tales fueron las espantosas escenas que los patriotas chilenos tuvieron que presenciar durante su mansion en Juan Fernandez. Eizaguirre se hizo amar de sus compañeros de infortunio por la jovialidad y dulzura con que les prodigaba consuelos cristianos.

Vencido el poder español en la gloriosa jornada de Chacabuco, los restauradores de la libertad determinaron mui pronto ir a quebrantar las cadenas con que estaban aherrojadas aquellas víctimas ilustres, que ascendian a setenta i ocho. A principios de abril de 1817 el presidio de Juan Fernandez se hallaba ya desierto, y los proscritos, restituidos al regazo de sus familias, se congratulaban del triunfo que poco ántes habian alcanzado las armas de la patria.

Durante el gobierno del jeneral O'Higgins Eizaguirre se mantuvo ajeno a la política, viviendo como simple ciudadano, contraido a los cuidados de su casa y al manejo de sus intereses. En ese tiempo fué cuando se formó y organizó la famosa compañía denominada "de Calcuta," que tenia por objeto especular en sederías y jéneros de la India, y en la cual tomaron parte muchos de los capitalistas chilenos mas notables. Eizaguirre fué el principal

promovedor de esta empresa, que debe mirarse como uno de los primeros frutos producidos por la libertad de comercio ya establecida y por el espíritu nuevo que ganaba terreno diariamente en el país. La compañía de Calcuta hizo flotar por la vez primera el pabellon chileno en los remotos mares del Asia, y lo presentó delante de pueblos que no comprendian las sublimes ideas simbolizadas por los tres colores que lo constituyen.

La caída del director O'Higgins, acontecida el 28 de enero de 1823, dió principio a una época muy notable de la historia de Chile, y que al presente no es bien conocida sino de los que fueron testigos de los sucesos acaecidos en ella. Esa época se extiende hasta el año de 1830, en que el partido denominado *pelucon* se apoderó del mando supremo y comenzó a crear un nuevo orden de cosas, imprimiendo su espíritu a todas las instituciones. Durante los siete años que ella abraza se hicieron diversos ensayos para constituir el país de una manera estable; pero todos ellos fueron impotentes. Discutiéronse por la prensa y en varios congresos altas cuestiones de política y de organización social; se hicieron importantes reformas en la administración de justicia; se dictaron medidas económicas atemperadas a las circunstancias; se fomentó en cuanto era dable la instrucción pública; se envió una expedición al Perú para ayudarle a sacudir la dominación colonial; se dió libertad al archipiélago de Chiloé, último baluarte del poder español en Sud América; y finalmente se sostuvo una guerra tenaz y atroz con los salvajes araucanos, acaudillados por algunos jefes españoles y por el terrible bandido Pincheira. Chile, aunque carecía de instituciones sólidas, iba creciendo en medio de las tempestades y vaivenes consiguientes a su situación.

En la época de que acabamos de hablar, don Agustín Eizaguirre se halló dos veces a la cabeza de los negocios públicos. En el mismo acto en que el director O'Higgins depuso la autoridad que ejercía, se nombró una junta compuesta de Infante, Eizaguirre y Errázuriz, a quien se encargó provisionalmente el gobierno del país hasta que se eligiese en debida forma el jefe supremo. Esta elección se hizo el 31 de marzo de 1823, y el 4 de abril siguiente tomó posesión de su cargo el electo, que fué el jeneral don Ramon Freire. En los dos meses y días que funcionó la junta gubernativa, se contrajo a llenar las necesidades del momento, dictando al mismo tiempo algunas medidas liberales, como la amnistía otorgada a todos los reos políticos. Merecen también mencionarse la creación del Boletín de las Leyes, que ha continuado publicándose hasta el día, el restablecimiento de la academia de práctica forense, y el permiso de sembrar y vender libremente tabaco en el país. En todos sus decretos se advierte la rectitud de miras de que se hallaba animada la junta.

A consecuencia de las activas y prolongadas discusiones políticas, que no cesaron de agitar a los hombres pensadores desde la deposición de O'Higgins, la opinión pública se hallaba en 1826 dividida entre el régimen

unitario y el federal. Los partidarios del último triunfaron en el congreso, y el 14 de julio quedó establecida la federacion como base de la constitucion chilena, a lo cual se siguió la promulgacion de varias otras leyes que pueden considerarse como fragmentos de un código fundamental.

Tal era el órden reinante cuando Eizaguirre se encargó del mando supremo como vicepresidente de la república en 10 de setiembre del indicado año. Permaneció en este puesto hasta el 26 de enero de 1827, dia en que lo abdicó a consecuencia de un motin militar. Su caida no debe atribuirse a otra causa que a las circunstancias en que a la sazón se hallaba el pais, las cuales no permitian que hubiese nada consistente y duradero.

En los cuatro meses y dias de su gobierno desplegó todo su celo y honradez para llenar dignamente sus deberes. Despues de su abdicacion publicó un manifiesto en que explicó su conducta gubernativa, y que parece haber sido escrito por él mismo. De ese documento tomamos el siguiente párrafo, en que aparece retratado el hombre de bien, el patriota sincero, el ciudadano desinteresado y el mandatario celoso: "El resultado ha sido que en mi cuadrimestre desgraciado se restableció el instituto anulado, se nombró rector al de Concepcion para restablecerlo, se dieron fondos para el de Coquimbo, se previno la devastacion de Pincheira y de los bárbaros del sur. Este año no habreis oido, "se degollaron tantos a cada correo, se robaron tantos millares de ganado;" el labrador de Concepcion y del Maule han cosechado tranquilos; ha sido vencido el enemigo al primer encuentro, y se le tenia en el último aprieto segun las últimas comunicaciones, cuyos resultados pueden saberse por momentos; el crédito ha subido desde el 60 de pérdida al 15, un 45 por ciento; están preparadas las bases de los tratados con el Perú, que deben reparar la agricultura, el comercio y la navegacion de ambos paises; las del resguardo y aduana examinadas, y propuestas las economías; restablecido el almacen de tránsito bajo la mano fiscal; pagado el ejército de los vencidos en mi tiempo y de mucha parte de los atrasados en que lo encontré; quedaron en cajas 138,000 pesos en vales, que con lo corrido hasta aquella fecha debian subir a mas de 160,000; en pagarés de aduana en Valparaiso mas de 200,000, segun avisos de su administrador. Pronunciad sin que oigais alegaciones indignas de la majistratura que ejercí y de mi carácter, y concluiré con el héroe griego: *No tengo victorias que ofreceros, y al cabo los triunfos son la obra de la fortuna y del valor del soldado. Solo os ofrezco y recibo el placer de no haber hecho verter lágrimas a ningun chileno.*"

El trozo que precede, escrito con tan amable candor, lleva el sello de la verdad y nos escusa de hablar de los trabajos administrativos emprendidos por Eizaguirre durante su corto gobierno.

Esta fué la última vez que figuró como hombre público. El resto de sus dias lo pasó en la vida privada, gozando del cariño de su familia, de quien era en extremo querido, y atendiendo al cultivo de su hacienda de Tango, adonde hacia frecuentes viajes. Como tres años ántes de su muerte se vió

acometido de una enfermedad que lo redujo a una casi completa inacción, y que no cesó de molestarle hasta el fin de su existencia, que fué el 19 de julio de 1837. Las lágrimas sincéras con que le lloraron sus numerosos deudos y amigos, son el mejor testimonio de las virtudes de que estaba adornada su alma, y que no desmintió en ningun lance de su vida.

Los hombres públicos que no están animados de miras desinteresadas, los que se proponen por blanco de sus acciones su elevación personal y no la justicia y el bienestar de los gobernados, podrán tener satisfecha por algun tiempo su mezquina ambición; pero cuando la fortuna les vuelve el rostro, se acabó todo para ellos; deben abandonar la esperanza de ocupar de nuevo puestos distinguidos entre sus compatriotas; el pueblo los conoce ya, y ningun bien se promete de elevarlos al mando por segunda vez. No así el magistrado íntegro, desprendido y recto: es un hombre que no se envejece; en todos tiempos está en aptitud de ofrecer sus servicios a sus conciudadanos, en la confianza de que serán aceptados con benevolencia; si las convulsiones políticas le arrojan del puesto que ha ocupado, desciende a la oscuridad sin llevar en su pecho ningun remordimiento, sin que vaya en pos de sí el negro cortejo de odios y rencores que persigue aun en el retiro a los mandatarios inicuos que hollaron las leyes, que ultrajaron a los ciudadanos, o que ejercieron su ministerio con miras poco nobles y puras. Se aplaca la borrasca, y sus virtudes son recordadas, reconocidas y admiradas con respeto por los hombres de todos los partidos.

Eizaguirre es una prueba práctica de la verdad de estas observaciones. Su conducta fué siempre honrada y leal; los chilenos reconocieron unánimemente la rectitud de sus intenciones, y en un espacio de mas de diez y seis años de continuas oscilaciones y trastornos, en que aparecieron y se eclipsaron muchos personajes eminentes, le honraron diversas veces confiéndole la dirección suprema de la república.

El siguiente pasaje, referido por el inglés Sutcliffe, que militó algun tiempo bajo la bandera chilena, pinta al vivo la franqueza de carácter, la sencillez de costumbres, la piedad cristiana y el sincero patriotismo de don Agustín Eizaguirre: "Abril 25 de 1827. El jeneral me envió a la capital con despachos, y de paso me detuve en Tango, donde visité al expresidente don Agustín Eizaguirre y le di muchas cartas. Me recibió y trató del modo mas amistoso. Eran las once de la noche, y como sus sirvientes se habian retirado a descansar, colocó algunas frutas en la mesa; mas observando mi sonrisa por esta circunstancia, me pidió excusase la cena fria y perdonase a sus sirvientes, que se habian acostado. Mientras yo hacia honor a sus bandadas (porque habia andado cerca de 40 leguas aquel dia,) parecia examinar el contenido de las cartas, y a cada momento se escapaban de sus labios estas jaculatorias: "Gracias a Dios, gracias a Dios." Conversamos hasta tarde, mostrándose mui satisfecho de las operaciones del ejército y mas del jeneral Borgoño, y de que él hubiese sido el promotor de la espe-

dicion que habia facilitado la repoblacion de las provincias del sur.”

Su alma era incapaz de rencores y de viles venganzas; olvidaba las ofensas; las perdonaba de corazon a lei de verdadero cristiano. Cuando los realistas se apoderaron de Santiago en 1814, Eizaguirre se hallaba en Tango; y deseando sustraer a la rapacidad de los conquistadores varias alhajas y prendas de plata de su pertenencia, las escondió dentro de un hoyo que hizo abrir al intento en la bodega de la hacienda. Pocos dias despues se presentó una partida de soldados, que incitados por la codicia, examinaron la casa de un extremo a otro, sin que pudiesen dar con el oculto tesoro. Se retiraban ya desesperanzados, cuando un sirviente de Eizaguirre, que habia sido testigo de la ocultacion, los llamó aparte y les dió todas las instrucciones necesarias para que pudiesen encontrar lo que buscaban. Los soldados satisficieron su instinto de pillaje, merced a este acto de infame felonía. Pasado algun tiempo, el sirviente infiel se vió reducido a una extrema miseria por haberse inhabilitado para ganar la vida con su trabajo; y Eizaguirre que tuvo de ello noticia, le recojió a su casa, le mantuvo a sus expensas y le suministró ademas una pension mensual, de que aquel miserable gozó hasta el fin de sus dias.

La nacion chilena, deseando pagar la deuda que habia contraido para con un ciudadano tan benemérito, decretó que se erijiese un monumento a expensas públicas, en el cual se grabase la inscripcion siguiente: “El congreso nacional, por decreto de 8 de agosto de 1837, mandó erijir este monumento a la memoria de don Agustin Eizaguirre, uno de los primeros y mas esforzados defensores de la independenciam de Chile, en testimonio de veneracion y gratitud a sus virtudes y eminentes servicios.”

F. VARGAS FONTECILLA.

FIN DEL PRIMER TOMO.



INDICE

DEL PRIMER TOMO.

	Páj.
Frontispicio.	
Introduccion, por D. HERMÓJENES DE IRISARRI.	I
I. D. MATEO DE TORO ZAMBRANO, Vizconde de la Descubierta i Conde de la Conquista, por D. BERNARDO JOSÉ DE TORO.	1
II. D. JUAN MARTINEZ DE ROZAS, por D. DIEGO BARROS ARANA.	13
III. D. CAMILO HENRIQUEZ, por D. MIGUEL LUIS AMUNÁTEGUI.	24
IV. D. JOSE GREGORIO ARGOMEDO, por D. MARCIAL MARTINEZ.	33
V. D. J. A. MARTINEZ, Obispo de Santiago, por D. DIEGO BARROS ARANA.	39
VI. D. MANUEL SALAS, por D. MIGUEL LUIS AMUNÁTEGUI.	45
VII. D. JUAN MACKENNA, por D. HERMÓJENES DE IRISARRI.	57
VIII. D. BERNARDO O'HIGGINS, por D. JUAN BELLO.	70
IX. D. JOSE IGNACIO CIENFUEGOS, Obispo de la Concepcion, por D. JOSÉ MANUEL ORREGO.	108
X. D. MANUEL RODRIGUEZ, por D. GUILLERMO MATTA.	114
XI. D. TOMAS A. COCHRANE, Conde de Dundonald, por D. JOAQUIN BLEST GANA. ...	139
XII. D. JOSE DE SAN-MARTIN, por D. DOMINGO F. SARMIENTO.	155
XIII. D. JOSE ANTONIO ROJAS, por D. GREGORIO VICTOR AMUNÁTEGUI.	168
XIV. D. JOSE IGNACIO ZENTENO, por D. ANTONIO GARCIA REYES.	179
XV. D. JOSE GASPAR MARIN, por D.ª MERCEDES MARIN DE SOLAR.	193
XVI. D. JOSE MIGUEL INFANTE, por D. DOMINGO SANTA MARIA.	208
XVII. D. AGUSTIN EIZAGUIRRE, por D. FRANCISCO VARGAS FONTECILLA.	227

